

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

18
JUNIO
1941

1° 468

LIBRERÍA
DE
PAHI
de
LOTI

UNIO
LA
ION
de
R.
POE

AN
QUE
de
TOS

NTINA
DIOS
EROS

GLAS
ARKS,
EINA,
NAIN,
SICA,
GRAP,
CIO,
SICA



Microscopios Escolares

- A. MICROSCOPIO tipo laboratorio, 24 cm. de alto y extrapesado. Cabeza revolver con tres objetivos (250, 500, 750 x). Plataforma 7x8 cm. Incl. valija de madera lusturada, preparación y portaobjetos. **\$ 48.-**
- B. MICROSCOPIO muy difundido, de 20 cm. de alto. Cabeza revolver con tres objetivos (250, 400, 600 x). Plataforma 5x5 cm. Incl. caja de madera, preparación y portaobjetos. **\$ 29.50**
- C. MICROSCOPIO escolar con un objetivo (350 x). Enfoque por cremallera doble. Incl. caja de madera, preparación y portaobjetos. **\$ 17.-**
- D. MICROSCOPIO con un objetivo (150 x). Enfoque por cremallera simple. Incl. preparación y portaobjetos. **\$ 13.50**
- E. MICROSET. Comprende microscopio (100 x), portas, cubres, frasco, estile, varilla de cristal, cuentagotas y papel de filtro. **\$ 5.-**

(Franqueo por cada microscopio 75 ctvs.)

Amplificadora RAJAH

Diseñado especialmente para negativos 24x36 mm. y 30x40 mm. Anastigmático 1:4.5. Diafragma Iris "al tacto". Amplificadora a 11 veces lineal, sin girar. Deslizador relámpago a una sola mano. Freno automático a presión. Iluminación intensa y uniforme por condensador. Portapelículas con cristales deslizable a palanca excéntrica. Construcción sólida y prolija para satisfacer exigencias severas. **\$ 250.-**

(Solicite prospecto "Rajah")

Otros modelos, con óptica 1:4.5 para negativos hasta 6x9 centímetros, desde. **\$ 200.-**

GRAN COPIADORA

Con ella el costo de cada ampliación de negativos 24x36 mm., a tamaño tarjeta postal, queda reducido a la suma modesta de 8 centavos. ¡Revise ahora sus negativos y diviértase ampliándolos con rapidez y comodidad desconocidas! ¡Aproveche las noches de invierno para terminar su álbum! Gran Copiadora, incl. transformador, excelente óptica acromática, lámpara, cable, interruptor e instrucciones. **\$ 98.-**

LA PIPA OPTICA

es el fotómetro ideal para ampliaciones. Basta con arrimarlo al objetivo de la ampliadora y en el acto se encuentra el tiempo de exposición para cualquier sensibilidad de papel y para todo tamaño de ampliación. **\$ 35.-**

Estudie Idiomas por DISCOS

LINGUAPHONE

Primero Vd. escucha

las voces nítidas de una decena de profesores, todos ellos catedráticos extranjeros, que le hablan en su idioma materno. Son voces masculinas y femeninas, para que usted vaya acostumbrándose al potpourri de la vida real. ¡Y hay que ver la paciencia de estos profesores! Veinte, treinta veces, sin cansarse y sin amojarse, le repiten las mismas frases. Bien entendido, nada de construcciones artificiales. No. Preguntas y contestaciones como se emplean diariamente entre gente culta, desde la mañana hasta la noche. Así, poco a poco se forma su oído, igual como en la época de su vida en que, gracias a la paciencia de sus padres y hermanos, aprendió el castellano, sin darse cuenta.



Después Vd. hablará

con soltura, con acento seguro, sin importar el idioma que usted desee aprender. Sea cualquier extranjero, pues usted lo dejará a guisa de un espejo. Sorprendidos, le preguntarán la cantidad de años que usted vivió en el extranjero. Pues nadie sospechará que usted no ha aprendido otras lenguas en su hogar con semejante perfección. Sin embargo, lo increíble es cierto, gracias a los equipos LINGUAPHONE, a base de discos fonográficos y textos ilustrados. Si usted quiere que la noción del

Inglés, Francés, Alemán

o de cualquier otro idioma puede serle de gran utilidad, solicite los interesantes equipos LINGUAPHONE.

No olvide: 188 profesores. 54 cursos para principiantes y adelantados, en 25 lenguas más, están a su disposición. ¡Aproveche!

Casa Tuercke S. R. L., Florida 209, Buenos Aires
Sirvanse enviarme su prospecto "Linguaphone" para el estudio del idioma.....

Nombre.....

Profesión.....

Calle..... No.....

Ciudad..... F. C..... L. 168

Casa TUERCKE

Soc. de Resp. Ltda.

FOTO-CINE-OPTICA

FLORIDA 209

Buenos Aires

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual
N.º 78.920

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL
SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

ESMERALDA 116
U. T. 34-4067 - Buenos Aires

AÑO VIII - N.º 168 - 18 JUNIO 1947

Sumario

Págs.

OBRA FAMOSA:	
LA BELLA DE UN SPAHI, PIERRE LOTI.....	80
CONTOS:	
EL DEMONIO DE LA PER- VERSION, por EDGARD	
ALLAN POE.....	47
EL RITMO DE UN COCAINO- MO, por Antonio Saab.....	57
EL GRAN DUQUE, por Jacinto Ra-	
.....	66
VERDE, por Manuel Cerbán	
.....	72
ENCUESTA LOCAL:	
ARGENTINA VISTA CON OJOS EXTRANJEROS por Tibor Sekeli,	
traducciones de Douglas Fairbanks,	
Ignacio Bárcena, Ignacio Ara,	
Milánov, Hernán Larraín,	
Graf y José Mojica.....	40
COMICAS:	
EL AMARU, ARRIERO Y MAR- TE, por Fernando E. Conut.....	30
ENFERMERAS DEL SINAI, por	
J. Wilkinson.....	44
CORDOBA SE DICTAN CLASES DE NIÑOS TITIRITEROS, por	
Villaforte.....	50
PORTAJES:	
QUE NO PUDE LLEGAR AL CHOCAGUA, por Baldomero Al-	
.....	26
EL CERVO, SULTAN SIN HAREN, VALERDA SUS BUENOS TIEM-	
PO, por Darío Quiroga.....	38
LA NACION EN MARCHA, por	
Manco.....	62
ARTICULOS Y NOTAS:	
LOS TRABAJADORES DE LA NO- CHE, por Roberto Torreiro.....	34
EL CAMINO BLANCO DE COLUM- BA, por Agustín M. Valenzuela.....	54
EL ERROL FLYNN QUISO EMULAR A SHERLOCK HOLMES,	
EL SAM SE PREPARA, por Jorge	
.....	76
COMICIONES:	
MI COMPAS NI RITMO.....	14
NO MATAR EL TIEMPO.....	14
NOTAS GRAFICAS:	
LA CANZANZA DE LA MARIPOSA.....	4
LA CAMPAS DE CARPI.....	6
LA VENDE UN RESO.....	8
LOS NUDISTAS.....	10
LA JUGAR AL GOLF.....	12
LA HISTORIA DE UN IDILIO ESCRITA CON LOS PIES.....	18
EL CASO DE LOS MOLINOS.....	20
LA MEMORIA EN MOTOCICLETA.....	22

Ilustraciones de Raúl Valencia, Aristides
Fainstein, Fairbanks, Bernabé y Domingo
Malaie. Fotografías de Angel Costella,
P. Conesa, F. Romero y J. Podestá.



En la página 47, EL DEMONIO
DE LA PERVERSION, historia ex-
traordinaria de Edgard Allan Poe.



Lee en la página 70 la es-
pectacular nota titulada CUANDO
ERROL FLYNN QUISO EMU-
LAR A SHERLOCK HOLMES.

En el próximo número:

CARGAMENTO NEGRO, una emocionante novela
de EMILIO SALGARI.
LA CANCION DEL PERAL, bellísimo cuento de Paul Féval.


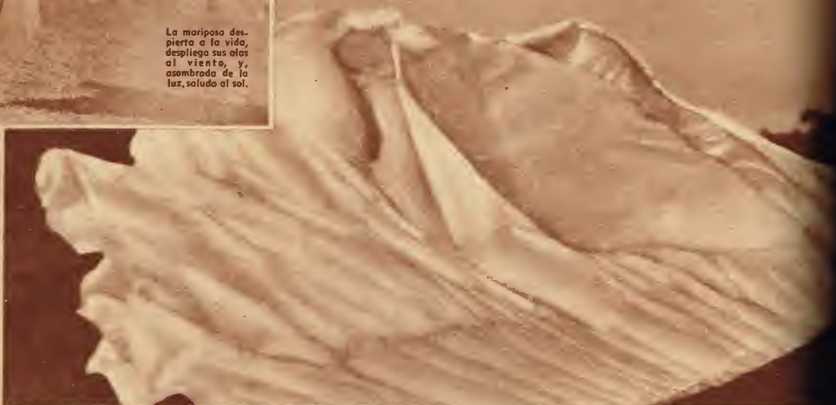
DIME QUE LLEVAS EN LOS BOLSILOS Y TE DIRE QUIEN ERES,
original reportaje a OLINDA BOZAN, JAIME SARLANGA, ENRIQUE MUÑOZ y el presidente RIVAROLA;
y **MAJADABLANCA**, narración dramática de Gabriel y Galán.
LEOPLÁN aparece el 2 de julio - RESERVE SU EJEMPLAR

La danza de la

MISS Edna Emmett es una eximia bailarina australiana que desde hace cierto tiempo viene dedicándose con éxito a las danzas clásicas a cielo abierto. Aquí la tenemos en una de sus más interesantes creaciones, interpretadas en una pradera de Sidney, Australia, teatro habitual de sus audaces concepciones. La danza de la Mariposa es la pantomima, brillante por excelencia, en la que miss Edna Emmett luce ampliamente sus aptitudes de bailarina clásica. Con sus alas de seda, de varios metros cuadrados, surge al sol; después vive su alocada y corta existencia, revoloteando en zigzag de flor en flor; y, al fin, rotas sus alas antes de que ella se cansa de la vida (he ahí el drama), detiene el vuelo, baja a tierra y muere.



La mariposa des-
pierto a la vida,
desplega sus alas
al viento, y,
asombrada de la
luz, saluda al sol.



Ahora la mariposa está segura del
poder de sus alas, y, llamada por
el sol, parte en vuelo agitado.

Mariposa



Y su alacada vida es un continuado
fraseo: entre colores, néctar, per-
fumes, aire, luz, tibiezas de primavera...



Hasta que sus frágiles y vaporosas alas se ajan, se rompen y la arras-
tran nuevamente a la tierra, punto final de su fugaz felicidad.

Tanto luz, agitación, locura y alegría han pasado. Todo termina.
Entonces los alos se pliegan para siempre, y la mariposa muere.



Estampas de CAPRI



Lo primero que admira el viajero al acercarse es el grupo de rocas il faraglione. Es digno de pliar, además, el colorido de los paisajes de



Soto se llama Capri, y no tiene diez kilómetros cuadrados de sión; pero es como una piedra preciosa engarzada en la inmensa mar Tirreno, sobre el que espe reflejos de oro de sus cardales y cha verdosa de sus olivos. Su desde Augusto hasta Tiberio y benedictinos hasta los Anjou, m aire de romance y de tragedia una nota más de atracción y de en esas rocas milenarias que la za ha vestido con las galas más de su paleta de colores. Cent Mediterráneo, apostada entre azul, Capri recibe anualmente 40.000 turistas, ávidos de escalas tes de cálidas laderas, de sus grutas frescas y sombrías o tar el horizonte en busca de lejana, parados sobre la cima agrestes acantilados. En esta nota gráfica, la isla se presenta del objetivo, tal como ella es, y diminuta, pintoresca y altiva

Entrada a la Gruta Azul, sumamente turística. El interior de esta gruta es azul luz que lo ilumina pasa a través del agua



...tomado desde el camino a Anacapri. En primer término se ve el puerto de...
...el fondo elevase la histórica "roca de Tiberio", conocida por Il Timbero.

...antigua que baja al mar entre pircas y olivos. Toda la isla de Capri está for-
...por rocas, coninas, castillos, grutas, playas y costas de una belleza sin par.



Este capillo antiguo, con vistas no-
bre al Mediterráneo, se halla situa-
do dentro de la propiedad del au-
tor de "El libro de San Michele",
el celebrado escritor Axel Munst.

TOME GENIOL Y ESTARA MEJOR



GRIPE y FIEBRE

La acción del GENIOL
contra la GRIPE se com-
plementa añadiendo unas
gotas de limón al agua
con que se toma.

El GENIOL corta la fie-
bre, entona el organismo
y produce una saludable
reacción.

Tome GENIOL y estará
mejor.

GENIOL

CALMA, ENTONA Y DESCONGESTIONA



Por la muestra el lector se hará cargo de cómo eran las "finlandesas" cuyos besos contribuyeron, indirectamente, a engrasar la colecta realizada a favor de Finlandia.



Todo gratis, menos los besos, que costaban cinco dólares cada uno. Estas tres chicas se encargaban de servir la colecta.

Se vende

Todos los años, en un salón recreativo de Nueva York, se realiza la "Fiesta de los enamorados". La entrada, por lo general, es libre para todo el mundo. En el presente año los organizadores dieronle, a esta reunión, un carácter trópico, recolectando fondos a favor de Finlandia, mediante la resurrección de una vieja costumbre de ese lejano país, nada la "llamada del cartero". Con el lema: "Si me besas, me ayudas."



Entre los jóvenes que dieron realce y animación a la fiesta de beneficencia existió una cordial y franca competencia.



trata aquí de un nuevo paso de baile, sino de uno
entusiastas invitados a la "Fiesta de los enamorados".

an beso

en una "finlandesa", la fiesta transcurrió en medio de la
animación de los concurrentes. Cada beso costaba
monedas, y consiguió así reunir una cantidad bastante.
Además, cada beso tenía derecho a una pieza de
todas las muchachas concurrentes estaban ataviadas
con trajes y ellas mismas servían y atendían a los invitados.



la que es una prueba concluyente la presente foto, en la
se ve cómo se auxilian entre sí las hermosas "finlandesitas".



Ni ella se avergüenza de vender sus besos ni él de comprarlos. He aquí, en esta
foto, a otro de los invitadas a la fiesta dispuesto a pagar primera para cobrarse luego.



Niños nudistas

1 Al aire y al sol, estos artistas del pincel ponen toda su atención en lo que están haciendo. Hoy que cuando se pelean mientras tienen en los manos sus pinceles y sus pinturas, armas de terribles efectos.

2 En este pensionado de niños, que funciona con gran éxito en Nueva York, tienen aplicación las teorías más modernas sobre la "libertad". Aquí están jugando. Sus cuidadores sólo intervienen cuando es muy necesario.

3 Los niños tienen su jardín, y ellos lo cuidan a su riesgo, aunque se siempre se ocorden de ellos, pero cada vez que lo hacen se ponen en franco contacto con la naturaleza: plantas, flores, agua y tierra.

4 Estos dos caballeros encuentran sus rapas en la vida de una cómoda. "¿Viste usted primer?" "No, primero usted". "No fallaba más: usted". Al fin lo gobernante y les dos fueron a parar al patio de...



Tome **Tuil** y andará "como un reloj", se sentirá mejor, más alegre, animoso y sin preocupaciones.

Tuil depura y limpia el organismo, elimina las toxinas y facilita la secreción biliar.

REFRESCA

Tuil

PURGA

8 TABLETAS 30 CENTAVOS
LABORATORIOS DEL GENIOL

Para jugar al GOLF

El aprendizaje del juego del golf ha sido hasta ahora lento y, sobre todo, excesivamente "largo". Cada golpe lanza la pelota muy lejos, y hay que ir hasta ella para darle un nuevo impulso. Pero esta dificultad acaba de ser salvada; hoy se aprende a jugar en poco tiempo y en un reducido espacio, gracias a cierto aparato inventado por Mr. L. G. Pimblett, de Sydney, Australia. Consiste dicho aparato en una red destinada a detener las pelotas de golf después del "drive", que así se llama el golpe, y en un tubo, donde se almacenan aquéllas, con un dispositivo que permite su salida de una en una, y su colocación sobre un felpudo para que se ejecute el golpe. Este aparato da la oportunidad de ejecutar veinte "drives" en dos minutos y de repetir la hazaña durante dos o tres horas, si se desea, en las mismas condiciones que presenta el verdadero campo de juego. Así que ahora ya podemos aprender a jugar al golf en cualquier rincón de nuestro jardín.

1 El inventor australiano L. G. Pimblett, de Sydney, aparece en esta fotografía sorprendido en momentos en que imparte instrucciones a una culta del elegante juego del golf sobre el funcionamiento de los distintos partes del original aparato de su creación. Obsérvese el largo tubo vertical en el que se depositan las pelotas, y la palanca que las hace salir.



2 Acto seguido, la entusiasta deportista ensaya el dispositivo. Primero inserta la cabeza del bastón de golf en el gancho y la palanca tiende, y empuja ésta hacia abajo. El movimiento hace que la primera pelota salga del tubo y se deslice por la canaleta que se ve.

3 Aquí la jugadora levanta el bastón, dejando que la palanca vuelva a su posición primitiva. La pelota, pasando por el felpudo que se ve en la canaleta, quedó depositada en el felpudo. La jugadora entonces el "drive" y la pelota es detenida por la red.





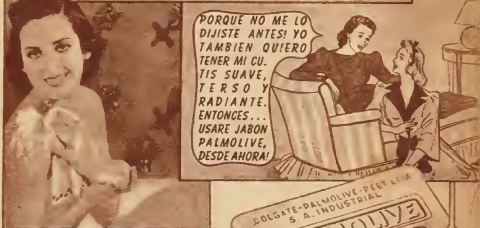
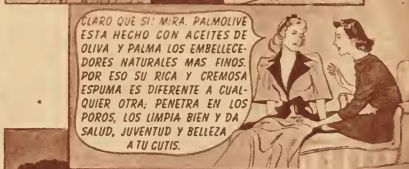
Cuando se han jugado todas las pelotas contenidas en el aparato, éstas se sacan "picándolas" con el empleo del tubo que se ve en la foto, el cual está provisto de un asa en la parte superior, para manejarlo, y de un dispositivo en su interior, que permite que aquéllas suban, pero que les impide caer.

Volviendo después el tubo, las pelotas se deslizan fácilmente en el depósito del aparato, el cual queda así listo para volver a iniciar el juego. Como es un dispositivo ingenioso, sencillo y práctico, que permite aprovechar hasta la pequeña rincón del jardín para practicar ese difundido y popular deporte.



*Romance
en su
vida*
con ese cutis
de colegiala

Para conservar el romance, mantenga su cutis hermoso con este suave jabón, hecho con aceite de oliva.



NUEVO TAMAÑO

También conserve hermoso el cutis de todo su cuerpo, usando Palmolive en su baño diario.

Ahora hay un nuevo tamaño gigante, especial para el baño. La pastilla de 150 gramos **35** centavos.



A
25-15
10 y 5
ctvs.

CONSERVE ESE CUTIS DE COLEGIALA

Sin compás ni ritmo

El grosor de un espejo

Para averiguar el grosor del cristal de un espejo, basta apoyar sobre la superficie del mismo el canto de una moneda. El grueso de la luna es equivalente al espacio que queda entre el borde de la moneda y el de su imagen.

Replica
 Bésame con fuerza a los profundos
 A guisa del alfiler que se alista.
 "Desprende, amiguito mío,
 Camina así con la sangre".
 "Desprende este de mí".
 Responde el otro con calma,
 "Cuando seas una abeja
 Volante en una montaña".
 El hombre



EL ESTORNUDO Y EL RONQUIDO

El estornudo y el ronquido son dos manifestaciones del sistema respiratorio completamente opuestas en la forma de exteriorizarse. El primero, en efecto, no se produce nunca cuando se duerme, mientras que el segundo aparece únicamente durante el sueño.



EL VENTILADOR

Cualquiera diría que la cámara se adelantó o siado y perdió el "plato fuerte", el beso cinematográfico que debe seguir a esta escena de piernas, manos y brazos y escalera y mujer y hombre. Pero no pasó nada: no hubo beso. El ventilador echó aire frío sobre los corazones, y se acabó todo. "A pequeñas causas, grandes efectos", es un refrán que encierra una gran verdad; no hay más que mirar bien esta foto para reconocerlo.

LOS MAORIES Y LA PESCA

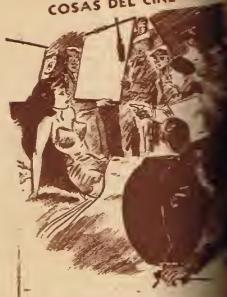
Cuando los maories, primitivos habitantes de Nueva Zelanda, van de pesca, vuelven a echar al mar el primer pez que logran, pronunciando antes una fórmula cabalística, para que induzca a los demás peces a dejarse pescar. Aunque el primitivo no vuelva nunca más a caer en la tentación de morder un traidor anzuelo.



LOS "PELIGROS" DEL POLO

Se cree generalmente que la exploración de los polos es una empresa muy peligrosa. Sin embargo, se ha comprobado que de cada cien expediciones que van a aquellas regiones, noventa y siete vuelven con vida.

COSAS DEL CINE



—Ahora, usted grita: "¡Mamá! ¡Hay un hombre en el cuarto! Dios, pongo cara de asustado".

Camaradería



A juzgar por la expresión del rostro del hindú, el terrible elefante de la india lo ha "entrompado" suavemente, y ahora lo está balanceando por las alturas para hacerle tomar un poco de aire fresco, mientras el muchacho apoya su pie ya en un colmillo ya sobre el otro, a fin de que por el nombre del autor, no se trata de nada de eso, sino de un momento de alta inspiración artística realizada por un buen lápiz. Y, si juzgamos por otros datos, diremos que es una interesante propaganda norteamericana de la película "El niño del elefante".



PODEROSO CABALLERO

Si, en efecto, es dinero lo que menos de este sujeto africano no significa que le haya vendido ller a algún traficante de esclavos. Sencillamente sucede que el negro ha trabajado en una mina en África, y ahora está calculando cuantos collares y generos de colores se puede comprar con la paga. Después, con un sombrero, que resulta difícil imaginarse lograrlo, unas polainas, una americana a cuadros y pulseras, rosamente descolto, irá a la aldea de su tribu a exhibirse y provocar la envidia y la codicia de sus desnudos congéneres...

LOS GORILAS Y EL TRABAJO

Entre los nativos que viven en las regiones montañosas por los gorilas, circula la leyenda que estos monjes pueden hablar como los seres humanos, pero que sostienen de hacerlo por temor a que el hombre los haga trabajar. Poniendo en práctica la original creencia, muchos de esos nativos encadenados también en cuanto un blanco se dirige la palabra.



SUB- REALISMO FOTOGRAFICO

Estos son unos señores y damas etéreos vestidos de etiqueta en una ceremonia realizada en el vacío de un mundo en el que todo se esfuma (véase el humo que sube de la casa vacía y sin techo) y en el que hay un cementerio de almas (véanse los cipreses de la izquierda). El todo es obra del arte subrealista sueco, y significa: "unos están encerrados y otros sueltos".

DIMINUTO

El monito recién nacido se prende a la mano del hombre (presunta medida de las cosas) para contemplar desde lugar seguro el enorme tamaño de todo. El no sabe todavía que, no obstante ser el más chiquito de todos los primates, tiene el honor de ser primo hermano del más grande: el hombre.



En la Manchuria, la dote de las jóvenes casaderas no consiste en dinero ni en propiedades, sino en cierto número de perros gordos, de piel gruesa y pelo suave como la seda. Son comestibles y su piel es muy apreciada.

Una muchacha se considera pobre si no tiene más que seis perros; de clase acomodada, si son doce; y si ofrece diez docenas al futuro esposo, se trata de una novia rica.



LO QUE SE DICE..

"Las horas caminaban tan lentamente como un ciempiés paralítico."

WINSTON CHURCHILL

TAMAÑO DE LA CABEZA

A despecho de la imaginación popular, que siempre pinta a los hombres del futuro con enormes cabezas, la experiencia dice que hoy en día los hombres tienen el cráneo más pequeño que hace quinientos años. El tamaño de los someros de una y otra épocas lo prueba a un modo incontestable. De donde se deduce que el hombre del futuro llegará a tener una cabeza muy semejante a la del átiler.



Los zapatos usados

Carbón de leña, diversos metales, grasa y sulfato de amonio se obtienen de los zapatos en desuso, en una importante fábrica de Inglaterra. Del cuero viejo se extrae, además, goma y varios fertilizantes.

LOS REPRESENTANTES TERRIBLES



—Bueno, ya que no es usted conda no tendrá interés en esta política de seguro matrimonial. Y dígame, ¿tiene algún compromiso para esta noche?

LA FOTO CURIOSA



Un "pez" como hoy pocos...

CLUB DE LOS PELADOS

Obsérvese cabeza por cabeza. Inmediatamente el lector tendrá que pensar que cada cabeza de estas pertenece a un hombre sin cabeza, sin seso. Que alguien se rape completamente por razones de higiene o de economía, resulta comprensible, cómodo también es aceptable que un hombre se deje una soltería melena leonina por razones potenciales. En cualquier caso caben las volidades, los equívocos y las necesidades económicas, y la mejor cabeza del mundo está expuesta a "pagar el pato" cuando su dueño da un tropezón o hace versos o es maestro de provincia. Pero pensar a la cabeza a la milsería, como lo que aquí vemos, ¿es qué cabeza? En ninguna. Excepto en la de estos jugadores de rugby del Club de los Pelados, de Fife, Estados Unidos.



Ríos argentinos

ANCHOS y

profundos, los ríos de nuestro suelo son como un reflejo del mar inmenso donde van a volcarse. Sus aguas, que llegan al océano tras largo viaje desde el lejano norte, semejan vías de plata por donde

suben y bajan los barcos cargados con las riquezas argentinas. A veces, aguas arriba, la corriente encrespada arrastra un camalote, que es como un trozo de selva con ansias de horizontes. Sobre su lomo, en medio de cañas y arbus-tos, cabalgan arañas monstruosas, serpientes temibles y, en ocasiones, algún felino hambriento. Aguas



abajo, donde el paisaje se ensancha, la corriente refleja mástiles y cabrias, o se corona de espuma frente a la proa que avanza. En la fotografía a modo de viñeta de esta nota gráfica, el sol

poniente brilla sobre el Río Paraná, a la altura del puerto de Corrientes. Abajo, se ve una amplia vista del Río de la Plata, el más ancho del mundo, y a la derecha un vapor cruzando, frente al objetivo, por el Paraná Guazú. Hoy, ostentan, casi intacta, una belleza primitiva. Mañana se vestirán de puentes o aeropuertos, que son las galas del progreso... ♦





Gracia y Belleza

La mujer elegante realza su personalidad y buen gusto con unas gotas de Colonia de Preal.

Colonia de Preal, con su suave y acariciador perfume, es el complemento insustituible en el tocador.

Por su fragancia noble y aristocrática, Colonia de Preal es única.

Colonia de Preal se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

En el Uruguay: J. C. CADENAZZI, - Paysandú 906 - Montevideo
CAMAUER & Cía. - Inclán 2839/47 - Buenos Aires


COLONIA de PREAL



Historia de un idilio

LA presente nota gráfica constituye la más cabal demostración de dos cosas que acaso a los lectores les parezcan inusitadas. Que no hace falta ser autor de novelas radiales para escribir con los pies, y que no todas las cosas escritas con los pies han de ser novelas de radio. En este caso se trata de algo mucho más edificante y, desde luego, mucho menos aburrido. Es la historia de un idilio esbozada en forma tan elocuente, que resulta obvio todo comentario. Sólo cabe,



1 —¡Coramba, qué silbeto! Esto no se ve todos los días. Le diré algo...



2 —Digo, señorita... Este... ¿Se ha dado usted cuenta de la bonita que es? ¿No? Pues no deja de ser una lástima, porque es usted la única que no lo ve.

5 —¿De veras que le parece linda? ¡Bah! Ustedes, los hombres... ¡son tan mentirosos! Pero..., retirese, por favor, mire que pueden vernos... En fin...



3 —¡Por favor, joven!... No lo autoriza a... ¡Por más que... el muchacho simpático... y, después de todo... lo que dice no es ninguna columna!

6 —¡Sí, a mí también me parece usted muy simpático... Pero... ¡Oh! ¿No le usted que va muy ligero? ¿Qué pensará de mí? No vaya a creer... ¡Oh!



escrita con los pies

emplando las fotografías que la componen, pen- en la conveniencia de incorporar a nuestro léxico frase más apropiada para anatematizar a los que en mal, y desconfiar un poco de la poesía de dihos. Porque nadie negará, después de ver escenas, que hay quien escribe con los pies cosas sugestivas... y que hay cosas muy sugestivas terminan en algo tan vulgar como... el matri-...



¿Que si me di cuenta de la...? ¡Oh! ¡A cuántos le habrá...? En fin, se lo perdono, porque es una frase de circunstancias...

ya que se empeño, acompáñeme. Pero le advierto que si nos ve Bueno; ella, después de todo, es comprensiva y... si le cae en gracia...



NO RENIEGUE DE SU FUTURO

DICIENDO:



NO TENGO TIEMPO PARA ESTUDIAR!

Poder estudiar ya no depende de la cantidad de dinero y del tiempo de que uno dispone. El modernísimo sistema de enseñanza por correo de la **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA** le permite emplear sus ratos libres en forma provechosa, aprendiendo una especialización lucrativa!

Más de veinte mil jóvenes ya han triunfado gracias a nuestra enseñanza, y su éxito comprueba que depende únicamente de usted que progrese o no! ¡No vocile, pues!

Cada día que pasa sin que usted lo aproveche, es un día perdido! ¡Tome una decisión e inscribese hoy mismo en el curso que más le interese y convenga!

Los alumnos de la Capital Federal, pueden estudiar por correspondencia o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

IMPORTE DE LOS CURSOS COMPLETOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tecnicar de Libro	\$ 10	Tecnicar de Música	\$ 10	Tecnicar de Inglés	\$ 10
Contador General	\$ 100	Caligrafía	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Contador Mercantil	\$ 100	Arquitectura Comercial	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Acta Notarial	\$ 100	Relaciones y Negocios	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Escuela Bancaria	\$ 100	Relaciones Públicas	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Cajero	\$ 10	Preservación	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Escuela de Comercio	\$ 10	Administración de Bienes	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Corresponsal	\$ 10	Procesamiento	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Secretaría	\$ 10	Relaciones Industriales	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Secretaría	\$ 10	Vigencia en Yales y Llanos	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100
Tecnicar	\$ 10	Industria y Turismo	\$ 10	Curso de Inglés	\$ 100

IDIOMAS: Estudie con el modernísimo sistema "Fono-Maestro Argentino" de enseñanza por discos.

Obsequie A cada alumno inscripto obsequiamos un "Diccionario Enciclopédico Castellano" o "La Farmacia en Casa" cuyo valor es \$ 5.- y el lapso "Carnet del Estudiante"

Si Ing. R. Hargrave, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires. Remite GRATIS y sin compromiso, el material de estudio "YALES ADELANTE".

Nombre

Nombre

DIRECCION

LOCALIDAD

L. 168



El mundo tiembla

pero la casa está segura, pues es la única inversión en que el dinero no está expuesto a las variaciones de los momentos de incertidumbre. La casa propia es la mejor garantía para el pequeño capital. FINCA, con sus bien estudiados planes, le da la oportunidad de obtener su propio casa en pequeñas y cómodas cuotas mensuales y es la única compañía en que usted se economiza los gastos si anticipa la cancelación de la deuda.

F.I.N.C.A.

Autorizada por Decreto del Poder Ejecutivo Nacional N° 77481 de fecha 29 de febrero de 1936

San Martín 501, - U. T. 31, Ref. 6001 al 4

Envíe este cupón.

Nombre.....

Domicilio..... L. 168

TOS



Defiendase

con

PECTORAL FUCUS

TOS-CATARROS

Y RESFRIOS



Ocaso de los molinos

APENAS giran ya las aspas de los últimos molinos de viento. Parecen cansadas de haber girado durante siglos. Fueron testigos del nacimiento de nuestra civilización; pero se fueron dando atrás, y ahora ésta las está matando con sus motores. Las sobrevivientes son pocas.

Estos molinos de viento quedarán, por supuesto, adornando la Historia de Occidente y trazarán en la literatura con fuerza de plano en las aventuras quijotescas, y serán vistos netamente en todos los cuadros de las pinturas de Holanda. Las fotografías, como de esta nota, mostrarán a las nuevas generaciones su elevada y pintoresca silueta en el panorama antiguo, que vino a borrarse con el albor de nuestros días. ♦







Tony Denno, de la policía londinense, con un casco y unas botas como único defensa protectora, se lanza y derriba una pirámide levantada con barriles.

El audaz motociclista pasa con su máquina a través de un gran vértice. Y luego, a peor de estar casi desnudo. No hay duda de que esta prueba es



Acrobacia en motocicleta

El aspecto espectacular de estas pruebas hace pensar en pruebas de circo y en sus trucos. Pero de eso es, sin embargo, trata de miembros de la policía londinense que desean poseer en alto grado que todo el mundo debe tener: nervios bien templados. Como todas las cosas, ésta de no dejarse presionar, también se cae. Para realizar, sin las pruebas que vemos en estas fotos se necesita haber hecho mucho ejercicio, es decir, tener bien educado el sistema nervioso.



¡Inmensa prueba de la motocicleta que puso bajo el arco viviente requiere sangre fría de los acrobáticos y va salto a tiempo de uno de ellos. Pero, ¿quién salta "a tiempo" si siente miedo?

Sea MECANICO DENTAL



Profesión lucrativa para ambos sexos.

LA VIDA! GRATIS.—Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase a conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo.

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratoria propia para atender trabajo de los Dentistas. HAY GRAN DEMANDA. No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

No se dictan clases por correspondencia.

Nombre.....

Calle.....

Localidad..... L. 168

MAQUINAS DE ESCRIBIR

NUEVAS Y DE OCASION,
ESCRITORIO Y PORTATILES,
GARANTIZADAS.

EL MEJOR SERVICIO MECANICO
DE LA CAPITAL.

A. TRASORRAS & Cía.

SARMIENTO 438 - U. T. 33-6220

UN ADELANTO ASOMBROSO EN RADIO



"INTERNEX MIRACLE"

SINTONIA POR PERMEABILIDAD!
ELIMINACION POR COMPLETO DEL
CONDENSADOR VARIABLE

- Sintonía en onda corta aún más fácil que Broadcasting.
- Cada banda abarca todo el dial.
- Verdadera "BAND SPREAD" (Bandas ensanchadas como lo hacen en EE. UU.).
- 5 BANDAS 19 - 25 - 31 - 45 metros y Broadcasting.
- Sintonía Automática. ¡Magnífica por su sencillez! ¡Tan exacto que se usa en onda corta!
- Tonalidad soberbia y enorme poder.
- Selectividad asombrosa por la etapa de R. F.
- Dial enorme y calibrado en onda corta.
- Conexión para fono.

Pidan folletos a:

SVENDSEN & Cía. S.R.L.

ESPECIALISTAS EN ELECTRICIDAD, RADIO
Y REFRIGERACION EN EL CAMPO

Tacuarí 362-Buenos Aires-U. T. 34-1543

La clave del Éxito



FAMA

La elegancia en el vestir es un aliento de optimismo para Vd. y para los demás. Vista bien y experimentará este optimismo expansivo que es la clave del éxito. Y para vestir bien THE CITY le ofrece la fórmula que habrá de darle completa satisfacción.

Corte irreprochable - Últimas novedades en casimires
Elegancia para todos

UTILICE NUESTRO SERVICIO
DE CREDITOS

{ DESDE
\$10.- POR
MES

EXCEPCIONALMENTE RAPIDOS • A SOLA FIRMA

VEA LAS ULTIMAS
NOVEDADES EN POPLINES
PARA CAMISAS
ANEXO BONETERIA

Sr. Gerente:
Solicito me sea acordado un crédito por \$

NOMBRE _____
DIRECCION _____
LOCALIDAD _____
EMPLEADO EN _____ F.C.



SASTRERIAS

THE CITY

VICTORIA Esq. PIEDRAS

A un paso de la Av. de Mayo U. T. 34 - 1941

UN CENTRO DE MODA PARA LA MODA

Ellas y... ellos

Amigos de las mujeres no sólo son el hombre, los perros y los gatos, le son también los osos y los monos. La foto de esta



...mente la expresión de la felicidad es una: vestido a la
... en tan buenas manos, el pacífico plantigrado toma su bi-
... mientras que, en otro foto, un chimpancé retribuye las aten-
... de la hermosa rubia haciendo descender el cacho de bananas
... pequeño al alcance de sus manos, Amor con amor se paga.

AHORA...



...es el mejor
momento para
depurar su
organismo.

●
ATENCIÓN: El legítimo está
protegido por la estampilla fis-
cal, con el nombre de su inven-
tor Prof. Girolamo Pagliano -
Emilio Frey - Buenos Aires

GIROLAMO PAGLIANO

PURGANTE Y DEPURATIVO

CALMA LATOS



CATARROS



BRONQUITIS

JARABE

CRESIVAL

Expectorante eficaz de rico sabor
para niños y mayores



POR QUÉ NO PUDE LLEGAR A



La foto muestra a los esposos Lance en la cumbre del cerro Cuernavaca, a 5.650 metros sobre el nivel del mar; esta ascensión no siempre se realiza con éxito.

NIDIA DE LANCE, LA PRIMERA MUJER ARGENTINA QUE INTENTO LLEGAR A LOS DOMINIOS DEL "PADRE DE LA MONTAÑA", RELATA PARA LOS LECTORES DE "LEOPLÁN" COMO TUVO QUE ABANDONAR LA EMPRESA Y COMO PERMANECIO PERDIDA EN LAS NEVADAS Y PELIGROSAS REGIONES CORDILLERANAS

La entrevista Baldomero Alvarez

ESPECIALMENTE PARA "LEOPLÁN"

-BUENO—nos dice la señora Nidia Lance de Lance—; les relataré mis experiencias por la cordillera de los Andes y las nevadas que he sentido en las nevadas altas cordilleranas, ya que fui la primera mujer argentina que se atrevió a probar su resistencia para admirar el espectáculo maravilloso de aquellos parajes.

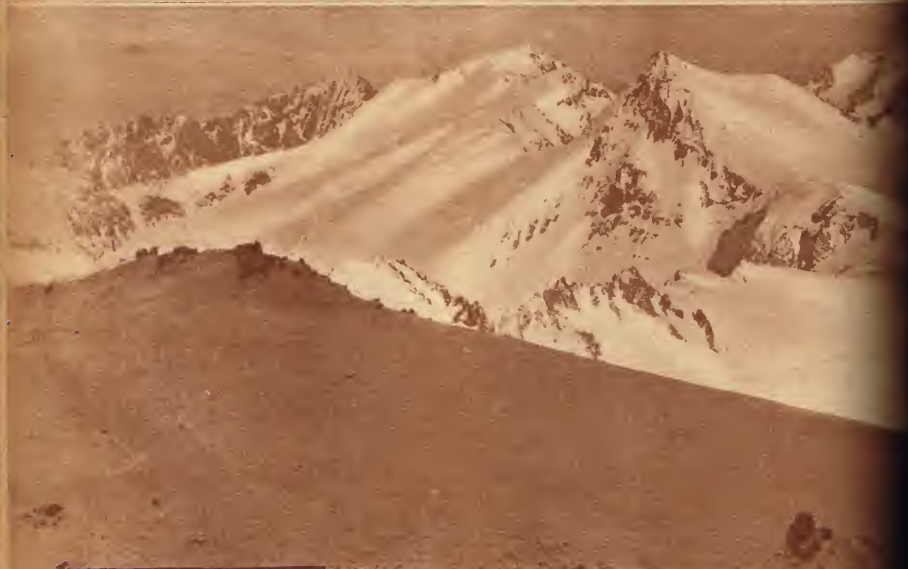
La señora de Lance tiene la palabra y sencilla. Dejemos de lado la exposición de las circunstancias que la llevaron por espíritu de aventura a acompañar a su esposo, entusiasta andinista chileno, Willy, y sigamos el relato desde la partida de la Inca.



Rumbo a las contrafuertes de la montaña andina, camino del Tupungato. La caravana deberá cruzar luego el río Colorado, cuyas aguas corren a la derecha.



En estos frágiles corcos, recién batidos por los vientos de la cordillera, los viajeros albergaron los entusiastas andinistas. Este campamento está situado a 5.650 metros.



He aquí un panorama tomado desde el Aconcagua. Los hombres y animales de la caravana parecen seres diminutos. Al centro, el cerro del Cuernavaca.

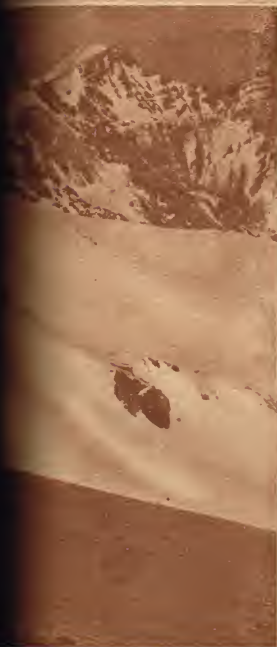
ACONCAGUA

LA PARTIDA

Como yo no tenía entrenamiento alguno para relatarlos nuestra interlocutora—, me permitieron los días de descanso en Puente Alto para efectuar cortos paseos, ya a pie y ya en mula. Visitamos el cementerio local, buscamos los restos del capitán Marden, que fué hallado por mi esposo, en 1927, en los alrededores de la quebrada de los Hornos. Marden había intentado ascender al Aconcagua. Llevamos un homenaje floral a Reissing, muerto también en su tentativa de ascender al Aconcagua en el año 1900, acompañado por mi esposo.



En primer término, la señora de Lance, en el valle del Aconcagua. Al fondo se ve el volcán del Tupungatito.



Es preciso, como puede comprenderse por lo escarpado de la pendiente, tener gran entusiasmo para aventurarse a través de estos porojos desolados.

"Rodeado de piedras, triste, sin vegetación, con sus tumbas hechas en las mismas piedras, aquel cementerio de montaña produjo en mi espíritu una impresión desoladora. Contemplando la tristeza de aquellas tumbas en las que no había indicios de que fueran visitadas por algún amigo, aquel triste fin de estos hombres intrépidos que arriesgaron la vida por llevar a cabo la misma hazaña que a nosotros nos guiaba, contrastó mi alma y un secreto temor hizo presa en mí. Pero bien poco duró mi depresión. Contagiada por el entusiasmo de mi esposo y sus acompañantes, me decidí más que nunca a seguirlos. Un íntimo orgullo me invadía, no sólo por la empresa en sí, sino por la fe que en mí tenían mis compañeros. Llegó por fin el día en que las mulas ya cargadas nos esperaban frente al hotel. Nuestro grupo estaba formado por el ingeniero F. Strasser, don Carlos Anselmi, el ingeniero Pedro Moyano, Willy Lance, mi esposo, y yo, más dos hombres del servicio del hotel que nos acompañaban. Estábamos prontos a partir; el señor De Piaggi, administrador del hotel, y una gran cantidad de veraneantes vinieron a despedirnos y a desearnos buena suerte. Con un vibrante hurra partimos hacia la montaña.

EN PLAZA DE MULAS

"Entre conversaciones interrumpidas por el ruido áspero del arriero que guiaba las mulas, nos internamos en el valle de los Horcones. A la entrada de éste vimos al gran gigante, el Aconagua, que nos esperaba impasible, como burlándose de nuestros proyectos. Fueron desfilando durante el trayecto los altos picos blancos que flanquean el valle. Al pasar ante ellos y como un saludo, ya mi esposo, ya Anselmi o ya Strasser, decían sus nombres. El Tolosa; en frente los Almacenes; continuando al primero, el Sin Nombre; después Los Dados y, por último, el Catedral; cerrando el valle, al noroeste del Aconagua, el Cuerno".

La señora de Lance hace una pausa. Después, agrega:

—Qué insignificante se veía nuestra caravana comparada con las fuerzas de la naturaleza! Qué diferente de cuando salimos del hotel, que nos sentíamos casi héroes. Allí, rodeados de altas cumbres, nos empequeñecimos de pronto, hasta parecer una hilera de hormigas que van subiendo trabajosamente una empinada cuesta.

"Llegamos a Plaza de Mulas, a 4.200 metros, campamento establecido ya por los primeros exploradores del Aconagua, al pie mismo de éste.

"Era el atardecer. Había comenzado a nevar y bajó la temperatura. El "Padre de la Montaña", que tal significa Aconagua, empezaba a hostilizarlos. Recordé lo que poco antes me dijera uno de los arrieros: "la montaña s'enoja cuando vienen a subirla". Y así parecía, efectivamente. Nos recibió bosco, frío, escondiendo su cabeza entre las nubes, como si quisiera ocultar a nuestros ojos su belleza. Cerrando el valle y como un hijo pequeño del Aconagua, unido a él por el contrafuerte, se eleva puntiagudo, todo vestido de blanco, el Cuerno, de 5.500 metros, pico que escale posteriormente."

FRENTA AL COLOSO

Nuestra interlocutora espera un poco, mientras anotamos. En seguida prosigue:

—En tanto cenábamos, circulaba la cantimplora, se discutía la ruta a seguir, se indicaban en una carta geográfica los campamentos a instalar y se fijaba día para la ascensión final.

"Antes de acostarnos vimos que se había despejado el cielo y, ¡oh, sorpresa!, mientras nosotros nos alumbrábamos con faroles a nafta, la cumbre del Aconagua estaba teñida de rosas. Qué momento de admiración. ¡Quién podía imaginarse que esas rocas áridas, esa región desolada podía tener tanta belleza! Me aparté un poco del grupo para poder contemplar mejor el cielo de un color azul oscuro intenso, tachonado de grandes y coronas estrelladas, que parecía que estirando la mano las alcanzaría. Era como un terciopelo azul salpicado de diamantes enormes. Los cerros como mudos centinelas, y ese silencio, esa soledad, me produjeron tan viva emoción que mis ojos se llenaron de lágrimas. Pensé en los seres que no verían jamás ese espectáculo de la naturaleza, y en los que viéndolo no lo comprenderían, que es peor todavía. Con el alma oprimida por esa grandeza, descendí de la roca donde me había trepado instintivamente para engrandecerme un poco. Imposible me fué conciliar el sueño. La emoción había sido demasiado intensa. Me sentí empequeñecida, como si en ese instante tuviera conciencia de la pequeñez de mi ser.

Me sentí abandonada de toda ambición trivial. Me sentí una débil hoja..."

LA ASCENSIÓN

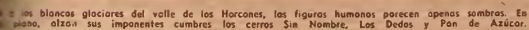
"Desde el campamento hicimos varias cursiones con el fin de aclimatarnos: unas ces interminables por el ventiquero, otras faldando el Aconagua. En una de ellas leíamos otro campamento provisorio a 5.000 metros, llegandoos hacia el cerro Cuerno una boyra natural cerca del Portezuelo. Dormí allí por parecerme al lugar más apropiado, pero durante la noche nuestro termómetro cayó 27 grados bajo cero. Hasta el vino se echó a helarse en las botellas. Esa noche nevó copiosamente; el tiempo, en general, era malo. Las audaces excursionistas sonríe ahora al recordar aquello.

—Llevábamos —agrega después— siete esperando que se asentara, y una tarde pareció que al día siguiente sería buen día para emprender la ascensión. Después de seleccionar los comestibles, todos nos parecíamos, como en las alturas no se sienten deseos de comer, pero lo hacíamos a salvo de que era necesario conservar las energías. Es un verdadero problema encontrar un alimento que sea lo suficientemente nutritivo y de fácil digestión. Mucho depende, también, los distintos temperamentos. Así como algunos de nosotros el ajo y la cebolla tónicos, para otros resultaba un sacrificio comerlos. Partimos, pues, hacia el campamento superior, que instalamos a 6.200 metros. El cielo estaba limpio, lo que hacía prever un tiempo magnífico. Ya en este lugar, y de reponer energías, nos estiramos a descansar en espera de la medianoche, hora ya para escalar el trecho final. Las razones aconsejaban salir a medianoche son: la poca luz de la luna, la duración de la ascensión, más o menos de doce horas, y la circunstancia de que, generalmente, a la caída de la tarde producen los temporales.

"Y la espera llegó a su término. La luna llena como un disco de plata, iluminó los cerros, arrancando brillantes destellos de nieve. La mochila al hombro es un peso parezca imposible de soportar en otras condiciones, pero entonces parecía aminorado. Con paso lento y acompasado, empezamos la gran jornada, abriéndonos paso en la nieve recientemente caída. Pasamos de los hombres que nos acompañaban, echaba a la cabeza de la caravana, y a las veces de guía, porque conocía la

El campamento provisorio, instalado a 5.000 metros, y próximo al cerro Cuerno, del que habla nuestra entrevistada en el relato de su aventura





de caminar unos cien metros co-
a sentir un frío intenso en los pies y
manos. Era tolerable y no dije nada,
ando llegamos más o menos a 6.500
ya no sentía mis pies. Parecía que me
cortado las piernas a la altura de las
y, a pesar de los espesos guantes,
nos estaban muertas y la piqueta se
aba de ellas. Advertida por mi esposo
ro que esto significaba, y siendo para
 sufrimiento insoportable, les advertí de
de pasaba.

...claras, que los zapatos que calzaba los usados por los soldados, y no me lo suficientemente gruesos para contra la acción del frío. Mis cuatro pares completamente húmedas. Tal noticia a mis compañeros, los que después de darse decidieron que yo tendría que campamento. Esta resolución, mi mayor debía acatar, dado el peligro de seran que amputarme los pies me. Era el fracaso de mis más íntimos los despedidos con lágrimas en los para seguir hacia arriba y yo para mento. La idea de esta fatalidad ajenas energías y voluntad agregaba más desconuelo a mi despedida.

vez que llegué a la carpa y quedé
capaz de hacer reaccionar mis pies y ma-
todos los procedimientos que había
empleaban en tales casos. Sólo quan-
dación con nieve sentí un dolor in-
entonces comprendí que era la san-
empezaba a circular. Por fin quedé
ciones de dormir, pero el pensamiento
los otros habían seguido tal vez a correr
pero no me dejaba.

el día siguiente nevó copiosamente. menos a las dieciséis, senti gritos de señores, que se acercaban. Preparé té, y me acerqué a los gritos, pero los lejos: salí a ver, pero no me llegó, pero inútil. Por la nieve que caía no veía más metros. Empezó a stardecer y no podía más de ellos. ¿Qué les habría pasado? Nunca espera alguna me pareció más extraño. Me acerqué a ellos, pero al acercarme que vinieran a buscarme si se estaban con vida. Aquella noche me fué a dormir. La nafta del calentador, para un día, se había terminado. El siguiente día, me fué a buscar, pero al descender al campo base. Era tanta que había caído, que hacía casi extinguiéndose. Entonces opté por sentarme, y me puse mis pantalones de goma, y me abracé a la vida donde pude. Así abracé a la vida. No sé cómo me fué a salir, pero donde podía, me deslizada por

los rodados hasta que por fin avisté a los
lejos el campamento. Estaba agotada, mis pier-
nas no me obedecían, y más que el sufrimien-
to físico era el moral. Trataba de preparar
el espíritu para recibir lo que suponía terrible
atentamente, nada se movía. Grité con toda
la fuerza de mis pulmones. Nadie contestó.
Tenía la seguridad de que todos mis temores
eran ciertos. Quería seguir y no me animaba.
Estaba cansada.

— ¡Estando así, ¡por fin!, vi moverse una persona.
Grité y me contestaron. Olvidé que estaba
cansada, que no podía más, y corrí por la pen-
sión para llegar pronto. Tropecé y caí.
No pude levantarme. Estaba exhausta, mis
piernas no parecían mías”.

—Otra vez nuestra interlocutora sonríe ante el recuerdo.

—Ahí me quedé hasta que vino mi esposo a buscarme, y en brazos de él llegué al campamento.

"Al otro día mis compañeros hicieron otra tentativa sin éxito y regresamos a Puente del Inca, donde creían que con el temporal que habíamos pasado nos habíamos perdido, y organizaban una partida para ir a buscarnos. Pocos días después Anselmi y Strasser escalieron el Aconcagua, pero mi esposo y yo habíamos partido.

"Y ésta fué — termina la señora Lance — mi primer gran aventura en la cordillera de los Andes." ♦



Uno de estos LIBROS GRATIS puede ser la base de SU PORVENIR



**RADIO
TELEVISION
Y
CINE SONORO**



**FUERZA MOTRIZ
DIESEL**



AVIACION

RADIO - TELEVISION - CINE SONORO

Este libro describe innumerables oportunidades y maneras de *ganar dinero* en cada una de las ramas de esta excepcional industria, tales como: *Difusoras; Radiomecánica; Amplificación del Sonido; Radiocomunicación*, etc., mediante un estudio sencillo y fascinante.

FUERZA MOTRIZ - DIESEL

Estos conocimientos de *Ingeniería Mecánica* están justamente considerados como *"La Palanca del Progreso"* por abarcar todo clase de *Motores* de explosión hasta las mademismas *DIESEL*, y se convertirán en fuente inagotable de ingresos a quienes los adquieran.

AERONAUTICA Y AVIACION

De palpitante actualidad son las reveladoras datos que encierra este libro, cuyo valor es inestimable para quienes desean dedicarse a la prometedora carrera de la *Aviación*, en todas sus subdivisiones, como: *Piloteaje - Construcción - Motores - Comunicaciones*, etc.

ELECTROTECNIA - REFRIGERACION, ETC.

Este otro libro está dedicado a la *Electricidad* y sus aplicaciones prácticas más importantes, a saber: *Acendicionamiento de Alas (Climo Artificial); Plantas Eléctricas; Lossmódos Eléctricos y Diesel-Eléctricos; Instalaciones*, etc., y como derivar ganancias.

ESTAS CARRERAS ESTAN AL ALCANCE DE SU MANO MEDIANTE NUESTRO METODO POR CORRESPONDENCIA SIMPLIFICADO, PRACTICO Y ECONOMICO. SOLO UN LIBRO GRATIS A CADA SOLICITANTE. ¡PIDA EL SUYO HOY!



Envíe ESTE cupón

Dr. J. A. ROSENTHAL, Presidente:

● Mándeme un libro GRATIS con datos para ganar dinero en la industria que he seleccionado y marco con una "X"

NOMBRE _____

DIRECCION _____

CORREO _____

TEL. _____

CITY _____

ESTADO _____

PAIS _____

EDAD _____

OCUPACION _____

INDICAR _____

PROF. _____

☐ RADIO

☐ DIESEL

☐ AVIACION

☐ ELECTROTECNIA

Dpto. Núm. 380 - 6 GA

NATIONAL SCHOOLS

EDIFICIO BOSTON (1er. Piso)
BUENOS AIRES, ARGENTINA

Tapac-Amaru,

UNA PAGINA DE LA
EPOPEYA DE LOS COM-
QUISTADORES DEL PERU
QUE NARRA LA FORMIDABLE
LUCHA SOSTENIDA ENTRE
EL CAUDILLO INCA Y LA
HUIRAKJACHA QUE
ARREBATARON SU IMPERIO

Escribe

Fernando E. Canut

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

A dos siglos estamos del nati-
vismo de una gran figura indigena, pero
tantos acontecimientos lo silen-
cio, ello no obstante, es el momento
rico de su recordación.

Se aducen argumentaciones
den económico de violación
rechos y hambre de justicia
como razones de la lucha que
siona al mundo. Esos mismos
seculares obraron la aparición
te — aun en sus mismos
desbordes — de aquel "indio
que es simbolo de su raza: Ja-
briel Condorcanqui, cacique de
gasueca y marqués de Oropeza
conocido bajo el nombre de
Amaru.

Rico y poderoso fué el In-
ca, donde floreció una
ción admirable, que Cieza de
atribuye a Huiracocha, un
blanco llegado de lejanos paises.

La dinastía que fundara
Capac, hijo del Sol, le dió su
extendido hasta los valles del
mán y las dilatadas costas del
fio.

Una sabia organización as-
amparo a la infancia y a la ve-
derecho al trabajo, distribui-
forma equitativa la tierra y
ciendas.

La industria y el comercio
caban generosos en una mag-
vial que convergia en Cuzco,
cuya plaza central partían las
famosas Carreteras del Inca,
sando el imperio y llegando
confines.

Y era allí, en el Cuzco, la



Raul Valencia

arriero y mártir

esta capital, donde se encontraba el corte de la unidad en la persona del Inca, soberano absoluto que vivía rodeado de fastuosa corte, nobles, sacerdotes y guerreros, en un majestuoso palacio entre igualmente majestuosos, consistentes, respectivamente, por cada año, al asumir su mando. Era donde se elevaba imponente el templo del dios Sol, el más grandioso de los andes, formando con las viviendas de los sacerdotes y de las vestales dedicadas al culto) un barrio llamado "El Dorado" por sus fabulosas riquezas, donde estaban los templos dedicados al Sol, la Luna y las estrellas, gigantescas imágenes de oro y plata macizas entre paredes de mismo metal, y en las puertas de bronce cuajadas de esmeraldas y piedras preciosas. Y no muy a la zaga de la opulencia del palacio del Inca, en la oriental magnificencia de Cuzco, nombre indígena de este codiciado país, donde una gran población de naturales vivía dedicada al mismo culto, hablando en su lengua y desarrollando en sus expresiones del espíritu en el arte de la arquitectura, orfebrería, alfarería, música, pintura...; en la industria del textil y de teñido; en el cultivo del algodón que labraban con inteligencia, dando los resultados con canales de riego y otras obras reveladoras de una civilización adelantada.

Un día irrumpieron los Huichas (hombres "extraordinarios" del lago o del mar), que llegaban en palacios flotantes; de cabeza, y faldas de bronce, con armas que tronaban, sembrando la guerra.

Quitaban sus tierras y riquezas, quitaban sus derechos y su legislación, quitaban su mita y su sabiduría. Hasta fueron obligados a cambiar de religión, con los dioses de raza viril y digna en su mismo suelo. Y por ejercer el sagrado derecho de la defensa de sus tierras, fueron llamados salvajes y crueles... ¿verdad que, acaso, lo fueron menos que decían obrar en nombre de una civilización superior?

Si no de haber sido la incontenible carga protesta que inflamó el espíritu de Condorecanqui, impulsándole a la histórica rebelión de su pueblo, el inca, dependiente de los incas, de su origen influyó fuertemente en su destino la nostalgia de la pasada libertad; la injusta opresión que era objeto su raza; la mala condición, el dolor de sentar plaza de esclavo para ganarse el sustento, hizo germinar en su





espíritu la obsesión de una misión trascendental: liberar a pueblo y reconstruir el imperio.

En las continuas andanzas a que le obligaba su oficio, sembrando el germen de la rebelión entre los indígenas, ansiosos de sacudir el yugo del conquistador. Y su plan revolucionario alcanzó a Chile, Quito, Perú, Buenos Aires...

Se dió a conocer bajo el nombre nativo de *Tupac-Amaru*, significa "luminosa culebra", y ejerció poderosa influencia sobre los naturales por su real linaje, además de su elevada tampa de varón bien plantado, valiente, decidido y fue exponente cabal de las virtudes de su raza.

No es que *Tupac-Amaru* no haya intentado redimir a suyo por medios pacíficos. Comprendiendo que su problema nadie mejor podría ser expuesto que al clero, potencia divina humana de gran influencia, solicitó su intercesión en favor de ese pueblo suyo, dueño legítimo ante Dios y la ley natural, ese tan querido suelo, en el que los vejaban y oprimían "esclavizadores" ambiciosos y crueles.

El clero, comprometido de la justicia que involucraba el cargo, resolvió elevarlo al soberano Carlos III por mediación de Santelices, gobernador de Potosí.

La Corona de España, que en todo momento (es justicia histórica decirlo) condenó los procedimientos arbitrarios y violentos, acogió con interés la súplica y, para su mejor resolución, nombró al propio Santelices en el seno del Consejo de Indias.

Pero pronto el optimismo de *Tupac-Amaru* había de marcharse, Santelices (como ocurrió a muchos de los que intercedieron por los indios) falleció repentinamente en forma misteriosa, dejando la impresión de haber sido asesinado.

Es entonces cuando *Tupac-Amaru* decide la redención lenta.

El 4 de noviembre de 1780, pretextando festejar el nacimiento del monarca, da en Tungasuca una gran fiesta, a la que especialmente invitado el corregidor de la provincia de Tarma, Antonio Arriaga, detestado de los indios por sus crueles procesos, en el que actuó de juez un negro llamado Antonito. Una vez allí, *Tupac-Amaru* ordena su detención y, tras un proceso, se le condena a morir ahorcado en la plaza pública. Entonces se le hizo firmar una carta haciendo entrega de los soldados y armamentos de su jurisdicción. La rebelión estalla, asumiendo proporciones trágicas.

Tupac-Amaru se ciñe el *llanzu*, polícroma corona de incas. Organiza su ejército y se multiplica en la acción. Su presencia es vitoreada como a Inca-rey libertador. Y tiene el fin de perseguir tan sólo a los europeos, haciendo gala de tolerancia a los americanos y respetar a los sacerdotes, conquistando así la simpatía de criollos y mestizos. Pero eso, al principio, permitió excesos lamentables. Y comienza la irrefrenable de degüellos, saqueos, incendios... ¡Desahogo de un cúmulo de injusticias!

Sucede lo fatal. La violencia de la insurrección es reprimida por las armas. Tras luchas enconadas y de derrota en derrota, *Tupac-Amaru* se refugia en las montañas. Perseguido por los españoles, por la valiente tenacidad del general Valle, escapa a la cordillera de Lanquín con el propósito de reorganizar sus huestes. Delatado por un traidor, es apresado con casi todos sus seguidores.

Allí empieza su fin. José Antonio de Areche, visitador general, investido de poderes judiciales extraordinarios, le instruye y condena a muerte. ¡Y a qué muerte!

Con refinamiento de rigor y crueldad increíble, que merecido eterna condena, le destinó a "morir por decapitación".

Aun en el suplicio evidencia *Tupac-Amaru* su singular dignidad y su entereza. Atados sus miembros a cuatro postes, de las que tiran sendos caballos, el inca ha de haber resistido en el crujiir de sus huesos el martirio de su raza.

Los cuatro animales no le pudieron despedazar. Y José Antonio de Areche, en un arranque de compasión, puso fin a su sufrimiento ordenando su decapitación.

Tupac-Amaru, inmortalizado en el dolor, es el símbolo de su raza, sufrida, viril y digna. Raza extinguida casi por la civilización que, a pesar de decirse superior, no pudo



Estamos a dos siglos del nacimiento de esa gran raza indígena, pero los acontecimientos lo silencian...

CREDITOS A SOLA FIRMA

Pastrería LOS ASES C. Pellegrini 68

ofertas extraordinarias

CASAS EN

MITRE 839

MELLANEDA

INGUEZ 599

NEYRO

PAZ 221

LANUS

PLATA 1616

LUGARES

AVIA 282

LMES

N.º 303—Traje derecho 3 botones, de corte juvenil y moderno. Sugerimos telas tipo "pic and pic", "fil a fil" o a pequeños cuadritos.

desde \$ 95

N.º 304—Sobrio modelo de traje cruzado, indicado para toda oportunidad por la clásica sencillez y discreción de líneas.

desde \$ 95

PIDA
UNA
SOLICITUD
DE CREDITO
Y MANDE
EL
CUPON
OBSEQUIO

LOS ASES

serán sus sastres

CUPON-OBSEQUIO

VALE POR LA PRIMERA CUOTA

NOMBRE

LOCALIDAD

— ORIGINALES CREACIONES — NOBLES CASIMIRES — CAMPER —



Hay barrios porteños que sólo se animan de noche; por ejemplo, el cosmopolita "Boedo". En sus concurridos "dancings" y "cabarets", músicos y bailarinas cumplen su paciente labor de divertir a los noctámbulos.



A medianoche, cuando Buenos Aires duerme, el agente de facción patrulla las calles desiertas, velando por los que descansan. Hele aquí en la tarea de comprobar si todas las puertas están herméticamente cerradas.



Sorprendidos en plena noche por la visita del vecino acuden a la farmacia de barrio. Allí el cético, que vela largos y monótonos horas, poco de esperanza en forma de jarabe o de c...





...afirmarse que en Buenos Aires los automóviles siempre
...Empiezo, aunque breve. Es que cada noche me levanto
...cambiarlos se afana empeñosamente, entre mate y mate,
...guitarles el barro empleando esponjas y mangueras.

MIENTRAS LA CIUDAD DUERME POBLADA DE SOMBRAS Y
SILENCIO, TODO UN EJERCITO DE TRABAJADORES SE
ENTREGA A LAS MAS DIVERSAS ACTIVIDADES NOCTURNAS

Una nota de Roberto Torreiro

FOTOGRAFÍAS DE PEDRO CONESA
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Hay incidentes comunes de la vida cotidiana que, por lo mismo que son comunes, no llaman la atención ni invitan a meditar. Sin embargo, tras esos hechos triviales se esconde un mundo conocido sólo de oídas, a cuyas inquietudes y afanes ha pretendido asomarse, alguna vez, la curiosidad ciudadana.

Recibir el pan fresco y aun caliente, muy de mañana; recoger de la puerta de calle el diario del día o llamar al verdulero que pasa tirando sudoroso de su carrito, cargado de frutas y de verduras, son algunas de esos hechos sin importancia. Pero ellos son posibles únicamente por la labor silenciosa y oculta de un grupo de obreros, que se afanan para ganarse el sustento mientras la ciudad descansa de su fatiga de cada día, y que, en medio de su trajín, tienen aún tiempo para sonreír y mostrar el orgullo de su destino, tan distinto del común de las gentes. Son los trabajadores de la noche.

Su mundo, pintoresco e inquieto, es el que vamos a descubrir al lector en estas crónicas breves y nerviosas, trazadas bajo el haz de la luz eléctrica, entre la última campanada de la tarde y la primera del amanecer.

EL AGENTE DE FACCIÓN

LA noche no es de las más propicias para recorrer las calles de la ciudad: cuando abandonamos nuestra casa, un viento frío, acompañado de una tenue llovizna, nos azota el rostro. A poco de andar, ya nuestro propósito comienza a verse satisfecho; desde hace escasos minutos, el viejo agente de facción en la esquina del barrio se halla apostado en su parada. Tras el saludo de rigor, cambiamos al pasar un breve párrafo:

—Mal tiempo, agente, ¿eh?

—¡Cierto! ¡Se me hará larga esta noche!...

En una esquina de la ciudad que duerme, el fogonazo del magnesio sorprendió la mirada triste que esta pequeña vendedora de diarios deja rodar por la calle desierto. Quizá algún transeúnte retrasado le compre "la sexta"...

El mercado nocturno de diarios se instala cada noche en la avenida de Mayo. Los camiones de los vendedores parten de allí velozmente hacia los rincones más apartados de la ciudad, para iniciar la venta al público, de madrugada.





Se acerca la madrugada y los rotativos giran vertiginosamente imprimiendo diarios y revistas. Bajo los focos de luz eléctrica, los encargados de los moquinos extreman enfances su celosa vigilancia.

¡Qué agradable es recibir el pan fresco mañana! Pero ello sólo es posible por la actividad nocturna de quienes lo hacen. El lector sorprendido aquí al muestra de polo en



licia se prepara a intervenir en un choque de automóviles que acaba de producirse casi sobre nosotros.

ruidosamente, revela la felicidad que se ve al ser los encargados de dar forma a uno de los alimentos.

LA MULTIPLICACION DE LOS PANES

DOLOR Y BARRO

A medida que la hora avanza, una densa niebla va proyectando su sombra gris sobre la adormecida metrópoli. De tal suerte, apenas si podemos distinguir la importante panadería que hasta hace pocas horas surtió del más elemental alimento a buena parte del vecindario. Acertamos a penetrar por un estrecho portón, contiguo a la entrada principal del negocio. Luego de atravesar un oscuro corredor, un pequeño mundo se descubre ante nuestros ojos: una elevada cantidad de obreros, vistiendo ligero y cómodo ropaje, y dedicado de lleno cada uno a su respectiva habilidad, va colaborando en las tareas previas a la fabricación del pan. Al cabo de un rato, el maestro de pala debe redoblar su actividad para retirar del horno los frescos y apetitosos panes. Nuestro pensamiento vuela entonces y se detiene primero en el milagro bíblico que da cuenta de la multiplicación de los panes, después..., después nos asalta el deseo de saborearnos aún calientes y recién salidos del horno.

Mientras tanto, ese grupo de animosos obreros, haciendo caso omiso de lo avanzado de la hora, en medio de ocurrencias festejadas

Luego de permanecer por espacio de minutos cerca del horno encendido, aún más fría la noche cuando recorremos la calle. Un diminuto letrero luminoso llama nuestra atención: muy cerca, detrás del reducido enrejado, el farmacéutico atiende los pedidos de quienes han sido sorprendidos por la inesperada visita y viéndolo expender paquetes y botellas, sabemos que debe de ser lindo el trabajo de esperanza en forma de comida o de jarabe.

Distraídamente consultamos el reloj. ¿Las 3 y ya! ¿Cómo vuela el tiempo en ese ruido? ¿Quién andará regando las horas? Pocos metros más, y un silencio rompe nuestra marcha para introducirnos en el "garage" cercano; nos decidimos a salir, porque precisamente de ahí proviene el ruido. Nuestra llegada no puede ser oportuna: el cuerpo de lavadores está a iniciar su tarea y... ¡a fe que es una noche! Los automóviles, desde las largas filas, se hallan materialmente dormidos. Entre mate y mate — también se "mates" —, los lavadores atienden las incidencias de la jornada:

—Parece que vamos a tener agua para rato... —¡Eso sería lo de menos! ¡Ha llovido tanto sobre mis espaldas! Es que..., ¿saben?, cuando uno se hace viejo los huesos crujen, y ¡es tan lindo pensar en la cama!...

—¡Caramba!, ¿y por qué no se acoge al retiro?

—Porque ya estoy hecho a mi oficio, y esta vida tiene encantos que ustedes no comprenderían. El silencio de la noche..., el brillar de las luces en las calles desiertas... Además, ¡el deber es el deber!

Cuando tratamos de ensayar alguna frase de circunstancias, el hombre da paso al agente, y, olvidándose de sí mismo, el veterano po-



De noche llegan a la capital los alimentos que van a saciar el apetito de sus habitantes. Esta foto, tomada en el mercado de Abasto, muestra a un par de trabajadores descargando verduras.

tendremos que sumarnos, por una vez, a la falange de los que duermen de día.

Iniciamos el regreso caminando lentamente por las calles desiertas, cuyos reflejos de luz eléctrica comienzan a mezclarse, en la humedad del asfalto, con las nacientes luces del alba. Tropezamos con los primeros trabajadores nocturnos, que se retiran ya a sus hogares, huyendo de la claridad del día. Aquí y allá se abre una ventana y se golpea una puerta combostezándole a la mañana. Dentro de un rato no más iniciará la ciudad sus tareas cotidianas, esparciendo por las calles de la urbe una multitud trajinante y ruidosa... Esa trajinante y ruidosa multitud por la que se afanan — mientras Buenos Aires duerme — los trabajadores de la noche. ♦



LA ESMERALDA
Postizos de Arte

LA ESMERALDA
Masajes Modernos. Sistemas nuevos.
\$ 3.—



LA ESMERALDA
Postizos de Arte.
\$ 7.— y \$ 12.—



LA ESMERALDA
Permanentes Autotérmicas



LA ESMERALDA
Peinados Modernos

PERMANENTES Hermosas \$ 5.—
TINTURAS naturales y al aceite \$ 6.—
DEPILACION, Estética, Belleza, y Masajes... \$ 3.—
PEINADOS modernos. Abonos \$ 2.50
a 3 servicios...

LA ESMERALDA
Permanentes y tinturas por excelencia

CASA MATRIZ:
PIEDRAS 79 - U. T. 34-1019 (antes Piedras y Venezuela)

CASA CENTRAL:
C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645 y 35-1231

Sucursal Centro: Sucursal Flores: Sucursal Once:
LA VALLE 735 RIVADAVIA 7150 RIVADAVIA 2579
U. T. 31-5720 U. T. 66-1099 U. T. 48-2267



LA ESMERALDA
Permanentes Impecables

ACEITE DE FLORES
Preparación a base de álcalis y aceites de flores: un leve masaje demuestra su bondad en las arrugas, piel de gallo y bolsas de los ojos. Frascos de \$ 3.— y \$ 5.— Al interior contraindicado.

CREMAS DE BELLEZA
Crema A, para cutis resacos y marchitos.
Crema L, sirve para limpieza de la tez.

Crema D, obra como base de polvo. Potes, \$ 3.50 y 6.— Al interior contraindicado.

Creaciones nobles Guillermo Schwartz
En venta: LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425; Franco Inglesa, etc. Consulta sobre Estética y Belleza, diríjase a Guillermo Schwartz, LA ESMERALDA.



LA ESMERALDA
Permanentes Radio Thermo



LA ESMERALDA
Tinturas Perfectas

LA ESMERALDA
Permanentes Hermosas Indesrizables.
\$ 5.—



LA ESMERALDA
Tinturas perfectas Indesrizables.
\$ 6.—



LA ESMERALDA
Permanentes Artísticas



LA ESMERALDA
Masajes Hollywood

LA ESMERALDA
Depilación general y estética.



LA ESMERALDA
Peinados modernos. Abono.
\$ 2.50



LA ESMERALDA
Belleza en todo sentido

... otro de los que velan en la noche sin más que un brasero y el consabido mate. Cuando despierte, dispuesto a iniciar su habitual servicio, él se irá a dormir huyendo al sol.

... no salimos ni a las siete... — dice uno. Total, no ganaremos mucho con salir anoche! Si aquí lavamos nosotros, afuera tampoco se encarga de lavarnos — comenta

... también nuestros trabajadores nocturnos su filosofía...

LITERATURA Y HORTALIZAS

... decididamente, nuestra recorrida no tiene de tocar a su fin. Redacciones e imprentas silenciando su labor luego de haberse ido, periodistas y obreros gráficos, por hacer la insaciable curiosidad del lector nocturno. El resultado de toda esa impropiedad se cita a las tres de la madrugada a un improvisado mercado de diarios y revistas, que, noche a noche, se levanta frente al edificio de "La Prensa".

... a propósito de mercados, los primeros comienzan a atravesar las calles de la ciudad rumbo al Abasto. Allí nos encontramos una enorme cantidad de vendedores minoristas se proveen para saciar la curiosidad de la metrópoli: En rigor de verdad mucho tendríamos que andar aún para cubrir nuestro cometido. Pensamos en el se que vela en la calle, bajo las estrellas, junto a la lumbre de la hoguera; nos también en músicos y en bailarinas que trabajan para divertir a los noctámbulos, ... las horas han ido pasando y nosotros

EL CIERVO, sultán sin harén, recuerda sus buenos tiempos

ME tengo un poco de lástima al acercarme al ciervo llevando en la mano, inofensivamente, lápiz y papel. A este específico símbolo de la caza mayor, de un arte cinegético convertido en verdadera ciencia y que solamente testas coronadas e hidalgos nobles pudieron gustar, no cabe aproximarse sino rodeado de aullantes jaurías, cabalgando veloces corceles, acompañado de expertos monteros y avanzando al son de las trompas de caza, de silbatos y clarines, con aguda daga en la diestra, presta al remate final...

Mi subconsciente vanidoso me empuja, después de esta reminiscencia épica, a adoptar un gesto y una actitud que se me ocurren bravías. Estoy viviendo el momento preciso en que desmonto para ultimar la presa acorralada y vencida que vuelve hacia mí sus ojos angustiados para pedir clemencia...

Mientras dudo si concederla o no, mientras luchan en mi interior el cazador despiadado y el hombre humanitario, otra mirada, burlona y confiada, que nada recuerda a la desesperada expresión de mi ilusoria víctima, me arranca de la heroica postura de montero real en que me encontraba. Es la mirada de mi reportaje poco impresionado, al parecer, por aquellos aprestos sangüinarios y por la fiera de mi actitud. ¿Dónde está aquella mentada "cara de ciervo asustado"? El que tengo delante me parece más bien confiado y cazurro. ¡Si hasta muestra sus seis únicos dientes, todos en la mandíbula inferior, en una sonrisa "sobadora"!.

Es éste mi primer encuentro con el *Cervus canadensis*, representante americano del ciervo común europeo. El pobre animalito está solo en un amplio recinto. No le acompañan las diez o más ciervas que formaban su corte cuando correteaba libremente por los bosques de la región septentrional de la América del Norte. De igual manera, en las viejas florestas de Europa, en las dilatadas espesuras de Asia, en las áridas junglas de África, encabeza también un ciervo macho la manada de hembras. La poligamia cervical ha sido siempre objeto de acerbias críticas por parte de las dignas representantes femeninas de la fauna animal en el "habitat" de los cérvidos. Vale decir, desde la Laponia, país de los renos, hasta nuestra patria, donde mora el venado.

Digamos, de paso, sin alardear de sabios, que la de los cérvidos es una de las más numerosas familias del orden de los paridigios ruminantes. Clase de los mamíferos.

Como al sexo débil le ha gustado siempre ocultar la edad, la naturaleza

ha sido generosa con las ciervas, privándolas de una cornamenta que en su especie (*cervus*) delata, con bastante fidelidad, los años vividos.

Cuento cuatro pitones en las cuernas del ejemplar que tengo a mi vista. Tiene, pues, muy aproximadamente, cuatro años.

—Acertó usted de pura carambola, señor periodista —exclama—. Es una fórmula exacta hasta por ahí no más. Cada nuevo par de cuernos tiene, en efecto, una punta más; pero eso ocurre solamente hasta completar el número característico de la especie.

—¡Buen trabajo tienen ustedes con ellos!

—¡Ya lo creo! No sabe cuánto me alegro de que lo haya advertido. Imagínese... todos los años se caen y en sólo dos o tres meses debemos rehacer una cornamenta mayor aun que la anterior. ¡Estoy realmente descontento con mi suerte! ¿Qué pecado habrán cometido nuestros antepasados para que llevemos esta cruz?

No puedo aclarar este punto oscuro de su genealogía ascendente, aunque me consta que sus antecesores, los *Procerotus aurelianensis*, se encuentran ya en el mioceno inferior.

—Deberían tenerlos recubiertos con una vaina córnea, como los antílopes y los bovinos.

—¡No saben ellos la suerte que tienen!

Me hago eco de las lamentaciones del ciervo. Los cuernos de estos animales constan de dos porciones: un pedúnculo persistente, cubierto de piel, y una porción terminal, generalmente ramificada, que nace revestida igualmente de una envoltura dérmica, llamada terciopelo. Al poco tiempo de formarse el cuerno se interrumpe la circulación sanguínea



Escribe Darío Quiroga

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

DIBUJO DE VILLAFANE

FOTOGRAFIA DE CASTELLANO

entre las dos porciones. Este terciopelo se resaca y se desmenuza y se desmenuza en tiras, quedando desmenuzada la parte terminal, que es la que se denomina cuerno.

—¿En qué mes pierden suyas? —le pregunto.

—Entre agosto y octubre. No tenemos fecha fija.

—Es decir, cuando las necesitan para correr por el amor de una hembra y juvenil cierva.

He mentado, imprudentemente, la cuerda en el ahorcado. ¿Con quién, quién va a luchar en la vida actual? Bien, cierto que a pocos me da allí una parienta que mira con cierto interés a los dos rejas los rejas, y por otra parte, el ruso, su conyuge, la da con firmeza.

—No me asista el liz— dice con desconfianza canadiense, que ha mis pensamientos—

va a comparar su talla y sus fuerzas las mías? Soy más poderoso que cualquier ciervo europeo.

Así es, en efecto. Los más grandes ciervos del viejo continente, los de la grija y Transilvania, no suelen pasar una talla de un metro cuarenta y tres que el americano alcanza el metro setenta. El huesped del zoológico a medir tanto. Es, sin embargo, bello ejemplar. El pelaje es pardo muy claro en el lomo y en la parte superior de las orejas y oscuro en la y en la cabeza. Sus ojos son Alargados extraordinariamente abajo y con finísimas pestañas en el pado superior. No desmienten su tesco con las gacelas. Por cierto también lo tienen, en el mismo con nuestra vaca doméstica, y mismo se advierte en el aspecto de la cabeza y el hocico.

El cuerpo es prolongado, de hundidos y pecho ancho, con recto y plano. Tiene la cruz levantada y el cuello largo y do lateralmente. Las piernas son vigorosas. El rabo cortísimo.

Advierte que lo observo ción, y, como palabras de suspiro:

—¡Debería verme correr por los bosques! Aquí no soy más que un ser, se lo aseguro. Pero en ¡Ah!... ¡Entonces provocho la ción de los hombres!...

Debe de ser, ciertamente, un espectáculo. Mientras me alejo, dome entre las sombras del ya avanzado, alcanzo toda la cuchar:

—¡Soy una ráfaga rasgando gigantescos saltos! ♦



La Argentina vista

DOUGLAS FAIRBANKS, CATALINA BARCENA, HERNAN LARRAIN, SONIA GRAF, JOSE MOJICA, IGNACIO ARA Y ZINCA MILANOV OPINAN SOBRE EL CINE, EL TEATRO, LA PINTURA, EL AJEDREZ, EL FOLKLORE, EL BOXEO Y EL ARTE LIRICO DE NUESTRO PAIS

Los entrevista Tibor Sekelj

Especialmente para "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE ROMERO, CONESA Y PODESTÁ

HERNAN LARRAIN CREE QUE LA PINTURA AUTOCTONA HA ENCONTRADO SU CAMINO



Cuando Hernán Larraín, el excelente pintor chileno que se halla actualmente en la Argentina en embajada artística, nos enseña su estudio, con gesto cordial, creemos que sale a nuestro encuentro el ambiente bohemio del barrio de artistas de Montmartre. Aquí y allá desde el encuadro de las telas recostadas contra la pared o apoyadas en caballetes, paisajes y retratos. En un rincón, varias paletas duermen su sueño de colores y, sobre ellas, los pinceles secos esperan. En el centro del estudio, en una gran tela, vemos el esbozo de un desnudo. Conversamos con la esposa de nuestro entrevistado sobre unos cuadros de tipos indígenas y un paisaje, que nos llevan imaginariamente a la Andina, y mientras Larraín nos cuenta sus andanzas por aquel país, aprovechamos una pausa para preguntarle lo que piensa de la pintura en la Argentina.

—Las artes plásticas en este país, no necesitan ya de la socorrida disculpa "Somos un pueblo joven". Tanto la pintura como la escultura argentinas han encontrado definitivamente su camino y adelantan por rumbos seguros y positivos.

—Y en cuanto al público?

—El público es, justamente, un elemento de gran importancia para el

desarrollo del arte. Creo que bajo ese aspecto el público argentino en condiciones de apreciar el esfuerzo del artista y de darle un impulso. Presenciando algunas exposiciones en Buenos Aires he sentido que los concurrentes no son aficionados, sino que acuden a ellas atraídos por verdadero interés al arte.

—A su juicio, ¿qué rumbo debería tomar la pintura en nuestro país? —le preguntamos con ánimo de dar salida a su crítica.

—Seguir escrupulosamente adelante, tratando siempre de superarse, es el ideal de todo artista —contesta nuestro entrevistado.

Después esboza un gesto con la mano y continúa:

—Creo también que podría hacer algo más. Por ejemplo, desde el interés por el arte en las personas que poseen los medios para asegurar el estudio, la vida y el progreso del artista. En los Estados Unidos...

Una nota discordante, que llega de la habitación vecina, corta frase de Larraín. Es un niño que llora. Hay entre nosotros un expectante y los asposos cambian entre sí una fuzaz mirada.

—¡Estos chicos!... —exclama Larraín, levantándose rápidamente.

Va después hasta un rincón, elige un grueso pincel y exclama: Va después hasta un rincón, elige un grueso pincel y exclama: Va después hasta un rincón, elige un grueso pincel y exclama:

—Nuestra curiosidad nos hace aguzar el oído, y un instante después rechina nuevamente la calina en la casa.

Ya en la calle, se nos ocurre pensar que habiendo ido a hablar arte con el destacado pintor chileno, nos vamos descubriendo en vez, el pincel puede ser un arma de doble filo.

Aunque no sabemos cómo al por qué...

DOUGLAS FAIRBANKS ESTÁ APRENDIENDO CASTELLANO

Douglas Fairbanks, hijo, que hoy no es ya sólo un astro cinematográfico en tren de turista, sino un embajador cultural de los Estados Unidos, nos recibe en un salón de la embajada de su país.

No podemos, sin embargo, substraernos al pensamiento de que mister Fairbanks es uno de los actores más famosos del cine norteamericano, y decidimos interrogarlo... bajo sus dos aspectos: el que le confiere su embajada extrajicial y el de actor del cine. Y como recordamos que el riñón del país donde "el tiempo es oro", comenzamos en seguida nuestra interrogatorio.

—¿Qué impresión le ha causado la Argentina, mister Fairbanks?

—Estoy muy satisfecho de mí visita. He visto la ciudad y el campo; he conversado con políticos y con artistas, con industriales y con simples trabajadores, y creo que llevaré a mi patria una impresión bastante exacta de este progresista país, que lo mayor de nosotros sólo conoce de oídos.

Vemos que Douglas Fairbanks representa muy bien su papel de embajador, y que nos responde muy políticamente, para sin contestar a nuestra pregunta. Tratamos de obtener una respuesta más directa y le preguntamos:

—¿Qué le parece nuestra capital?

—Buenos Aires es una gran ciudad, pero es algo más reducida, pues tiene la belleza de París, la cultura de Londres y el tránsito de Nueva York. Si embargo, es fácil comprender que el futuro de la Argentina se halla en el campo.



—Vamos que lo captado usted nuestra función —le decimos—, y quizá podrá darnos algunos ya algo de lo que podría hacer pro del acercamiento de ambos América.

—Si yo fuera un simple turista —contesta—, después de un instante de vacilación, haría una deducción personal: me interesaría mucho más que un observador, olviden que no soy más que un observador.

—Así que...

—Por el momento, me limito a tomar de lo que veo y de lo que oigo. Cuando o mi país estudiare todo esto y presencie deducciones al señor Roosevelt.

—Entonces, mister Fairbanks, habrá estado algo en sus visitas a los estudios cinematográficos —le insistimos intercomunicados.

—Así es —contesta nuestro interlocutor—, una sonrisa comprensiva, y no tan conveniente en adelante mis conversaciones se panta.

—¿Creo usted, pues, que el cine está bien examinado?

—Evidentemente, aunque desde luego no todavía un largo camino por descubrir. La técnica cinematográfica ha muchos años de estudio y de ensayo, más... grandes capitales.

El otro embajador se ha puesto a Nuestra entrevista finaliza, pero como una duda, le hacemos esta última pregunta:

—De modo que no puede adelantarse sobre su posición como embajador?

—Sólo una cosa —contesta Douglas—, buena vecindad no puede limitarse a políticos y académicos. El lazo cultural vital importante.

—Estamos de acuerdo con usted. distintos idiomas...

—Pues, en pro de nuestra mutua ustedes aprenderán inglés y nosotros Yo yo lo estoy estudiando...

Y mientras nos tiende la mano y se condesmolda, Douglas nos da, al un momento de sus "proyectos"...

—Muchos gustos and hasta...

con ojos extranjeros



mas y boledadoras eran, hasta no hace mucho, síntesis y pauta nuestra personalidad para quienes nos conocían en el exterior. Más las carnes congeladas y el trigo pusieron nuevas pinceladas en la trama argentina que imaginaban los extranjeros. Pero desde que nos acortara distancias y el eco de actividades culturales argentinas llevado más allá de las fronteras de nuestro suelo, por quienes visitaban, el cuadro ha cambiado. Sin embargo, como es un hecho indudable que nadie tiene de sí mismo un concepto exacto, LA N ha querido recoger la opinión de quienes, habiéndonos visitado y conocido, están en condiciones de adelantar un juicio sobre la vida. Sobre la Argentina vista con ojos extranjeros. Tal está en por la que desfilan personalidades de las más caracterizadas que cuando a identificar, por un momento, con el ambiente de nuestro país el canal desarrollan ellas sus actividades. Son, pues, sus auto-opiniones las que se exponen en estas crónicas, en las cuales la vida es siempre un beneficio, y el elogio un índice de nuestro progreso, como siempre es interesante saber lo que piensan de uno los dejamos ya que el lector se mire, como quien dice, al espejo...

QUE PIENSA SONIA GRAF DE LAS AJEDRECISTAS ARGENTINAS

—¿Qué sorpresa! ¡Un viejo amigo! —exclama la vicecampeona mundial de ajedrez, Sonia Graf, al verme llegar.
—¿Cómo le va, Sonia? —le preguntamos, y en seguida recordamos nuestro primer encuentro a bordo de un transatlántico.
—No saben que dentro de pocos días voy a ser madre? —nos dice de pronto.
—¡Sorprendidos, miramos su rostro de rasgos enérgicos y buscamos después la explicación en sus ojos claros y vivaces. Ella permanece serena un instante, pero, al cabo, asoma a estos últimos el brillo juguetón de una sonrisa.
—Sí —nos dice—, será madre... espiritual de mi primer libro "Así llega una mujer", que aparecerá dentro de unos días, y que será también el primer libro de ajedrez escrito por una mujer.
—Muy bien, Sonia, la felicitamos. Pero, ¿nada más que de ajedrez trata el libro?
—¡Oh! no. Aparte del ajedrez, el libro contiene toda mi vida: un poco de aventuras, un poco de amor, y una pizca de psicología.
—¿Incluye también algo de la Argentina?
—¡Claro está. El libro lo he escrito aquí, y las impresiones recogidas en esta patria son las más recientes.
—A propósito, ¿qué le parece el ajedrez entre nosotros? —le preguntamos, encauzando la conversación hacia el tema de nuestra encuesta.
—Se halla en buen camino —nos contesta Sonia, sin vacilación—. Es cierto que de los juegos "científicos" todavía se aprecia más el balón, pero, poco a poco, está penetrando la idea de la superioridad

del pensamiento sobre la fuerza bruta. El ajedrez tiene aquí, además, un profundo inconveniente: la raza latina siempre ha estado de las luchas espectaculares y de movimiento, desde el circo Máximo, de los antiguos latinos, hasta el "catch-as-catch-can", de sus descendientes de hoy. El ajedrez también es lucha, pero lucha de inteligencia, que no se exterioriza en forma violenta. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —urgen, buscando la terminación de la frase.

—Acabo de enterarme —continúa la célebre jugadora— de que en este país existen mil quinientas sociedades donde se cultiva el juego-ciencia. Eso significa que aquí el ajedrez tiene un gran porvenir.
—¿Cree usted que entre nosotros hay buenos jugadores?

—Estoy convencida de ello. Entre los más destacados podría citar a

Grau, Pleci, Maderera, Guimard, y varios otros.

Mientras conversamos, Sonia nos enseña algunos ingeniosos trucos del tablero, que parece cobrar vida a través de sus maravillosas combinaciones. Un instante antes de irnos, recordémosle la parte más importante de nuestra entrevista.

—¿Cómo manejan los treboles las argentinas, Sonia? —le preguntamos como al acaso. Ella guarda silencio un segundo, mirándonos con una sonrisa que asoma apenas a sus finos labios, y luego, encendiendo parsimoniosamente un cigarrillo, contesta en voz baja:

—¡Van llegando...! ¡Van llegando...!

LA TEMPORADA DEL COLÓN ES MUY BREVE, SE LAMENTA ZINCA MILANOV

Zinca Milanov, la célebre soprano yucanés de la "Metropolitan Opera House", en Nueva York, se encuentra en nuestra capital y es huésped del teatro Colón. Los ensayos y los compromisos sociales ocupan casi todo su tiempo. Sin embargo, llegamos a su casa en uno de esos raros momentos que se dedica a sí misma y que nosotros le robamos sin el menor reparo.

Ella nos sonríe, y después de echar una mirada a un suspiro sobre los libros y las flores que la rodean, comienza a hablarnos de sus viajes y de la labor artística que piensa desarrollar en Buenos Aires.

—Cantará pronto en "Tosca", "La Traviata" y "Otello". Luego, en el "Requiem", de Verdi, bajo la dirección de Arturo Toscanini...

—¿Usted que ha cantado en Europa y en los Estados Unidos, ¿qué impresión tiene de nuestro teatro lírico? —le preguntamos de repente, con ánimo de sorprenderla.

—¡Oh!, excelente —contesta Zinca—, sin vacilar y con evidente entusiasmo. Sin contar que el Colón, por su acústica, su escenario y su equipo es uno de los primeros teatros del mundo, he quedado profundamente impresionada por el público argentino, que demuestra ser entendido. Exige mucho, pero cuando se le satisface sabe apreciar el esfuerzo del artista. En nuestro país, al contrario, puede decirse que tienen un nivel artístico muy elevado. Resulta sumamente simpático ver a los cantantes jóvenes frecuentar los ensayos de los artistas extranjeros. Son sumamente



mente estudiosos y tienen mucha voluntad.

—¿Así que, según su parecer, ¿nada podría mejorarse en nuestro arte lírico? —preguntamos sintiéndonos un poco defraudados al oír tantos elogios.

Nuestra bella interlocutora se queda meditando un momento y luego dice:

—Me parece que el Colón no satisface plenamente las necesidades de esta ciudad y de su público culto y ansioso de ver, de oír y de conocer. La temporada es muy breve, y durante ella se dan pocas funciones. Según mi entender —continúa la soprano—, aquí la ópera es accesible sólo a gente de dinero. No hay teatro lírico por la tarde, ni funciones especiales a precios módicos para los estudiantes, los obreros y los empleados, como ocurre en Europa y en los Estados Unidos. Sería necesario hacer más variables las horas y el precio de las funciones. Parece como si aquí ignorásemos todavía el gran valor educativo de la ópera y de la música en general.

La gran cantante, que disfrutará al público porteño durante la presente temporada lírica, ha dicho las últimas palabras de pie. Al despedirnos de ella le decimos "adiós", y no hasta luego, porque, pensando en nuestro bolso, no estamos muy seguros de poder escucharla en el Colón.

¿Cuánta razón tiene Zinca!



IGNACIO ARA CREE QUE LOS BOXEADORES ARGENTINOS SON MUY "PELEADORES"

El boxeador español de peso mediano, Ignacio Ara — don Ignacio como le llaman sus colegas —, nos recibe en el Luna Park, pero vestido con ropas de calle y no con guantes, como esperábamos nosotros de un boxeador. Le preguntamos la causa y él nos contesta:

—Tendré que dejar el entrenamiento por unas semanas.

Y antes de que tengamos tiempo de formularla, responde también a nuestra táctica interrogación:

—Durante mi pelea con Raúl Rodríguez sufrí un accidente...

—¿Un accidente? — preguntamos adoptando el aire más inocente que podemos, porque tenemos vicios obligados a confesar, en detrimento de nuestra misión, que no hemos presenciado ese *match*.

—Sí, un desgarrar muscular en el costado izquierdo del cuerpo, que me paralizó, impidiéndome emplear todos mis medios combati-vos — nos aclara él sin hacernos la temida pregunta.

—¿Así que los boxeadores argentinos son peligrosos?

—Claro que sí! Pero...

—La calidad... — insinuamos viendo que está a punto de tragar el anzuelo.

Generalmente son buenos, pero necesitarían perfeccionarse. El argentino no es boxeador, es más bien peleador. Quiero decir que existen aquí fuerzas muy buenas, y a menudo surgen figuras de excelentes condiciones naturales y de perspectivas promisorias. Todos ellos alcanzan un cierto nivel, hasta donde los eleva el impulso de su vigor y de su juventud. Luego quedan en ese punto, como clavados. No tienen la paciencia de trabajar para perfeccionarse y escalar así las posiciones



que merecerían por su fuerza física y su temperamento con...

—Entonces, ¿qué le aconsejaría usted a nuestros boxeadores? ¿guntamos aprovechando el entusiasmo con que nos habla Ara.

—¿Aconsejarles? Pues un poco más de autodisciplina y la de que en nuestra profesión nunca se sabe lo suficiente.

Después el boxeador se aparta del tema para contarnos muchas cosas, que no vamos a reproducir aquí por falta de espacio y porque así nos lo pidió Ignacio Ara:

—¡No vayan a decir nada malo en contra de mí, eh! — pronto. Y acompaña estas palabras con un gesto... que... con un gesto que para justificación nuestra sorprendió la tográfíca.

Y que, naturalmente, nos hace complacer el pedido de don

DONDE CATALINA BARCENA "CRITICA A LOS PERIODISTAS"

—No, no, señores. No me pongan en una encuesta entre artistas extranjeros — Catalina Bárcena, la actriz española que ha triunfado en todos los escenarios de rícos —. Nosotros, los españoles, nos sentimos aquí en la Argentina como en nuestra así también cuando los argentinos van a España los acogemos como a hermanos que después de una larga ausencia.

Festejamos los pensamientos de la celebrada actriz, que accede a nuestro pedido cuando le exponemos la nómina de los demás entrevistados, que no son todos "extrin en el sentido estricto de la palabra.

—Estoy a la disposición de ustedes — nos dice entonces, sonriendo.

—¿Querría decirnos, señora, su opinión sobre el teatro argentino? — preguntamos do en seguida en materia.

—¡Qué pregunta maliciosa! — exclama Catalina Bárcena. Y después agrega:

—Sin embargo, no es tan peligrosa como ustedes creen, porque puedo decirles, con ceridat, que el teatro argentino es el mejor de Sudamérica, y eso lo saben ustedes. No lo digo por hacer alabanzas, sino porque la verdad es que los elencos teatrales me general excelentes.

—Nos parece que a nadie mejor que a usted, que ha hecho tanto por nuestro te-dríamos preguntarle las causas y el origen de tal auge.

—De modo que pretenden ustedes alabarme, ¿eh? Pues sepan que no necesitan tales procedimientos, porque le tengo verdadero cariño al teatro argentino, y...

—¡Ah!, ya vemos que no quiere usted contestar a nuestra pregunta... — le leamos del reto. Pero ella nos desarma con esa sonrisa que sigue jugando en sus labios, nos dice:

—Bien; creo que ello se debe a que por los teatros de Buenos Aires desfilan los artistas del mundo, y como consecuencia el público tiene la exigencia del entendido, así que el actor, si no es bueno, no puede triunfar aquí. Felizmente los autores argentinos son muy sagaces y con la técnica de sus obras ayudan al lucimiento del

—¿Y en cuanto a sus propias experiencias entre nosotros?

—Cuando vine por primera vez — contesta con gesto serio — ahora Catalina Bárcena — le tenía un poco de temor al público argentino. Pero después de la acogida tan sincera y cordial que me brindaron los porteños, no puedo menos que volver cada vez que puedo hacerlo.

—Agradecemos mucho sus declaraciones, señora; pero vemos que no nos ha dicho usted más que alabanzas — le expresamos con el aire de quien se siente defraudado —. ¿No cree que se podría hacer también un poco de crítica?

—¡Ya lo creo! — contesta ella sonriendo con malicia —. Pueden decir, por ejemplo, que ustedes los periodistas son gente muy curiosa y que tienen cada pregunta... bueno, cada pregunta de periodistas...





JOSE MOJICA NOS HABLA DEL TANGO

—¿El canto en la Argentina? — repite el popular tenor mexicano José Mojica, que se presta gentilmente a responder a la encuesta de LEOPLAN —. Pues verán: La variedad de los componentes de un pueblo impone también a su folklore una nueva gama de variaciones en la expresión. Así — y aunque la verdad tiene más fuerza para mí que para la Argentina — de la mezcla del indio con el español, con el italiano, con el negro, etc., ha resultado un pueblo profundamente activo y de expresiones muy suyas.

—¿Y en cuanto a la música?

—Creo que en el campo argentino existen una música y un canto inconfundibles, que son la expresión más adecuada del suelo donde nacieron.

—¿Debemos deducir de su juicio que la canción argentina autóctona tiene un valor internacional?

—Eso es lo que creo. Ustedes saben también — nos cuenta el famoso tenor y astro cinematográfico — que el tango ha sido creado con los elementos de la música argentina, o mejor dicho con el alma de este pueblo, y que los de Buenos Aires para conquistar el mundo. Probablemente, no será esa la última conquista de la Argentina musical.

—Pero, ¿cree que habría que hacer algo aquí para el adelanto de la cultura musical?

—Hacer, no creo. Pero, eso sí, seguir haciendo y trabajando para tratar de superar lo que ya se ha hecho, y también para abrir nuevos horizontes. Hoy, en Buenos Aires, y en algunas otras ciudades argentinas, existen orquestas sinfónicas muy buenas y excelentes concertistas, como existen también orquestas típicas y conjuntos modernos que compiten con los músicos de los Estados Unidos.

Y el afamado tenor, después de contarnos que ha leído LEOPLAN muchas veces en México, nos tiende sonriente la mano y agrega a modo de despedida:

—Digan que los argentinos, en materia de música y de canto, no tienen nada que envidiar a los demás países. Llegarán lejos, siguiendo el desarrollo artístico como hasta ahora lo han hecho. ♦

Todas ustedes PUEDEN DIPLOMARSE!



Estudiando en la **UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER** es fácil diplomarse y prepararse para el triunfo:

porque los cursos de la **UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER** están redactados en forma tan clara y sencilla, que para seguirlos no se necesita ninguna preparación especial;

porque las profesoras de la **UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER** prestan atención personal a cada alumna y se preocupan en solucionar cualquier dificultad que pueda presentarsele;

porque no hace falta interrumpir sus tareas habituales para concurrir a clase en la **UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER**; es posible aprovechar los ratos libres para conseguir nuestro diploma;

porque no hace falta hacer sacrificios económicos para costearse el estudio; los cuantos mensuales de la **UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER** son tan reducidos que no resultan gravosos, aun para el presupuesto más modesto.

Las alumnas de la Capital Federal pueden estudiar por correspondencia o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

RIVADAVIA 8465 - Buenos Aires

	TOTAL	POR MES		TOTAL	POR MES		TOTAL	POR MES
Canto y Canto	\$ 25	\$ 2 por mes	Correspond.	\$ 27	\$ 2 por mes	Redes y Bibliografía	\$ 20	\$ 2 por mes
Labor	\$ 15	\$ 1 por mes	Secretaría	\$ 10	\$ 1 por mes	Arquitectura	\$ 25	\$ 2 por mes
Labor y Arte	\$ 15	\$ 1 por mes	Contabilidad General	\$ 100	\$ 10 por mes	Tecno. Municipal	\$ 10	\$ 1 por mes
Recreación	\$ 12	\$ 1 por mes	Teografía	\$ 12	\$ 1 por mes	Química Industrial	\$ 100	\$ 10 por mes
Ciencias	\$ 12	\$ 1 por mes	Neurografía	\$ 10	\$ 1 por mes	Princ. y Mec. Física	\$ 100	\$ 10 por mes
Higiene y Belleza Personal	\$ 12	\$ 1 por mes	Idia Mística	\$ 100	\$ 10 por mes	Idia. Literaria	\$ 10	\$ 1 por mes
Transferencia de Libros	\$ 10	\$ 1 por mes	Eng. de Comercio	\$ 12	\$ 1 por mes	Física Industrial	\$ 100	\$ 10 por mes
Contabilidad Comercial	\$ 10	\$ 1 por mes	Enseñanza Bancaria	\$ 10	\$ 1 por mes	Arquitectura	\$ 10	\$ 1 por mes
Técnica de Argamasa del	\$ 10	\$ 1 por mes	Caligrafía	\$ 10	\$ 1 por mes	Berlindere y Jardinería	\$ 10	\$ 1 por mes
Cin. Nacional	\$ 10	\$ 1 por mes	Política	\$ 10	\$ 1 por mes	Colores	\$ 10	\$ 1 por mes

IDIOMAS: Estudiar con el modernísimo sistema "Fono-Maestro Argentino" de enseñanza por discos.

Obsequio: A cada alumna inscripta obsequiaremos un "Diccionario Enciclopedia Camillo" o "La Farmacia en Casa" cuyo valor es \$ 5.- y el libro "Curso del Estudiante."

● **Estudie TELEGRAFIA y RADIO-TELEGRAFIA** por medio de nuestro práctico y sencillo método por discos.

Mi nombre es Mi dirección es

Quisiera recibir más información sobre

Por favor, envíame

Nombre

Dirección

Localidad

Las enfermeras del

235 MUCHACHAS APRENDEN EN LA ESCUELA DE ENFERMERAS DEL HOSPITAL MONTESINAI, UNA DE LAS MIL TRESCIENTAS SETENTA Y CINCO QUE FUNCIONAN EN LOS ESTADOS UNIDOS, LA CIENCIA DE ALIVIAR EL DOLOR DE LOS QUE SUFREN



El "día de la cofia" es un gran acontecimiento en la vida de estas muchachas. Pasado el período de 24 semanas de prueba, la estudiante recibe la blanca cofia y el uniforme.

Aquí se benefician enfermos y estudiantes; los primeros reciben los diversos masajes que necesitan, y los segundos aprenden y practican todas las formas de la kinesiología.

Atentas, concentradas están observando, estas ras siguen cada detalle ración, y seguramente que no esté lejano el día puedan ayudar al cirujano misión de salvar vidas

ANTES cualquier persona se sentía capacitada para cuidar mos, y a una mujer le bastaba una dosis de buena voluntad, una cofia para estar ya en condiciones admitida en un hospital y manejar, con manos inexpertas, que muchas veces pendían de un hilo. Pero esos tiempos

Sinai

Por
Robert J. Wilkinson

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Esto no es un "ballet" ruso, sino un ejercicio con finalidad de educación física. La salud de la enfermera es tan importante como la del paciente.

En la segunda mitad del primer año los estudiantes reciben las lecciones de enfermería médica y quirúrgica, además de trabajar cinco horas diarias en el hospital de Monte Sinai, de Nueva York.

*Ahora si soy
enteramente
feliz*



SER MADRE constituye la dicha mayor de toda mujer casada.

Pero, ¡cuántas de ellas se ven privadas de serlo, por diversas causas, originadas en el complejo funcionamiento del organismo femenino! Felizmente, disponen de

Fertilinet

el último descubrimiento del profesor Richard Weiss, en materia de hormonas.

Fertilinet

está indicado también para las señoras que han llegado a la edad crítica; para combatir la excesiva nerviosidad, flaqueza, dejadez, falta de desarrollo del cuerpo y pechos, etc.

★

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

ya al país de los recuerdos; por lo menos en Norteamérica, y en nuestro país ya están pasando, aunque no mo lo exige la buena comprensión de las cosas.

Funcionan actualmente, en los Estados Unidos, 17 escuelas de enfermeras. Y en las fotos que integran esta nota podemos ver algo de lo que sucede en el interior de la del hospital Monte Sinaí, de Nueva York, la cual quizá sea una de las más importantes. Es, por lo pronto, la más antigua y más grande de la región.

Cuenta esta escuela de enfermeras con 235 estudiantes, además de las 223 enfermeras graduadas del hospital, contratadas por la Administración, las cuales hacen las veces de maestras y ayudan al cuerpo de alumnas a desempeñarse en las tareas difíciles y cuando los casos son de responsabilidad.

Pero lo que en verdad habla mucho en favor de la capacidad de las enfermeras tituladas en Monte Sinaí es lo que significa una verdadera garantía para quienes solicitan los servicios de una muchacha egresada de esta escuela: es la tabla de condiciones que se exige a las alumnas para aspirar a entrar en la escuela y los conocimientos que han de adquirir para poder graduarse.

Primeramente, la aspirante debe haber cursado estudios secundarios (cuatro años de bachillerato) y haber obtenido una clasificación superior al término medio; debe gozar de perfecta salud, pasar con éxito una serie de pruebas psicométricas y tener una personalidad apropiada y que la ayude al éxito en su profesión elegida. Después de esto se la considera apta para las condiciones de inscribirse como alumna "a prueba". Este período dura 24 semanas, el cual es, indudablemente, muy necesario. Durante este tiempo, las alumnas "a prueba" son sometidas a espectáculos propios de los hospitales de sangre, y es entonces cuando se descubren naturalezas inaptas para esta profesión. Así no pocas veces el tiempo las que equivocaron la elección y también algunas seguras las de vocación verdadera.

Pasado este período de prueba, las que se desahogan bien durante él reciben solemnemente el diploma y la cofia, lo que marca para ellas una fecha memorable y las consagra Estudiantes de Enfermeras, cual es algo así como el antiguo espaldarazo para un caballero. En seguida deben aplicarse a un estudio que dura tres años, durante los cuales deben dedicar 6,000 horas a trabajos prácticos y 1,200 a trabajos teóricos. Estudian al lado de grandes enfermeras del hospital de Monte Sinaí, asisten a todas las operaciones y están encargadas de los enfermos en las secciones clínicas, donde, gradualmente, se las cargan con mayores responsabilidades. Así llegan a adquirir una técnica profesional y conciencia de la elevada misión a la que están destinadas.

Se cree que las 1375 escuelas de enfermeras existentes en la Unión, la calidad de su enseñanza y la cantidad de alumnas que a ellas concurren son los factores que han influido poderosamente para levantar el "nivel" de buena salud que hoy es un motivo de orgullo para los Estados Unidos.

Remitimos al lector a las fotografías que acompañan estas palabras; ellas dan una idea clara acerca de los procedimientos y disciplinas de la enseñanza que se imparte en la Escuela de Enfermeras de Monte Sinaí, Nueva York. ♦

el estudio de las fa-
culdas y los impulsos
de la *mobilia* del alma
—los frenólogos
pasado por alto una
verdad que, a pesar de
su existencia, evidentemente,
sentimiento radical,
activo e irreducible, ha
llamado también a la aten-
ción de todos los moralis-
tas anteriores a aquéllos.
En su arrogancia de nue-
veza no la hemos no-
tado. Hemos dejado que su
fuerza escapara a nues-
tro entendido sólo por falta
de fe, ya fueran
la Revelación o en la
ciencia. No se nos ha ocu-
rrido nunca la idea, sim-
plemente por ser una su-
perstición. No conside-
ramos que fuera necesario
de los impulsos por esta
razón; no veíamos su
necesidad. No podíamos
entender — es decir, no
podíamos haber compren-
dido — en el caso de que se
tratare el impuesto la noción
de *primum mobile* —
de qué manera se lo podría
utilizar para fo-
mentar los fines de la hu-
manidad, ya fuesen tempo-
rales o eternos.

Se puede negar que
la frenología, y en gran
medida la metafísica, ha sido
una *ars a priori*. El hombre
no es intelectual, más
que el observador o el in-
terprete, fué el que se dis-
puso a imaginar designios,
a dictar sus propósitos a
las intenciones de Jehová;
y ellas erigió innume-
rables sistemas mentales.
En el campo de la freno-
logía, por ejemplo, prime-
ramente decidimos, naturalmen-
te, que la circunstancia de
que el hombre debía co-
mer era designio de la Di-
vidinidad. Así fué como asig-
namos al hombre un apara-
to para la alimentación, y
ese aparato es el flagelo
del cual el Ser Supremo
castiga al hombre, de buen
grado, a comer. Des-
pués habiendo decidido
que era voluntad de Dios
que el hombre debía per-
tencer a la especie, descu-
rimos en seguida el órga-
no de la amatividad. Y lo
que sucedió con la comu-
nicación, los ideales, la cau-
tela, el espíritu cons-
ciente; en pocas palabras,
todas las fuerzas de la
que representan, ya
una propensión, un sen-
timiento moral o una fa-
cultad pura de la intelligen-
cia. En esta distribución de
los principios de la acción
humana, los *spurzheimis-*
tas (1), tuvieron o no ra-
zón en parte o en todo, no

(1) Partidarios de la teo-
logía del doctor Spurzheim,
uno de los creadores de la
frenología.



UNA HISTORIA
EXTRAORDINARIA de
EDGAR ALLAN POE

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

El demonio de la perversión

han hecho sino seguir, en
esencia, los pasos de sus
precursores al deducir, to-
do del destino preconce-
bido del hombre, y fundar
todo sobre las bases de los
fines de su Creador.

Hubiésemos sido más sen-
sato, más prudente, clasificar,
si es que debemos hacerlo,
sobre la base de lo que el
hombre, general u ocasio-
nalmente, hacía, más que
sobre la base de lo que, se-
gún presumíamos, la Divi-
nidad quería que hiciese.
Si no podemos entender a
Dios en Sus obras visibles,
¿cómo podríamos com-
prenderlo en Sus pensa-
mientos inconcebibles, que
dan el ser a Sus obras? Si
no podemos comprenderlo
en Sus criaturas objetivas,
¿cómo podríamos enten-
derlo en Su verdadero Ser,
en las fases de Su creación?

La inducción a *posteriori*
habría hecho que la freno-
logía admitiera como prin-
cipio innato y primitivo de
la acción humana, un algo
paradójico, que podríamos
llamar "perversión", a fal-
ta de un término más apro-
piado. En el sentido a que
yo me refiero, es, en reali-
dad, un móvil sin motivo,
un motivo que no es *mo-
tivante*. Por su impulso ac-
tuamos sin objeto com-
prensible o, si se considera
a esto una contradicción
verbal, podría modificar la
proposición y decir que, a
causa de su impulso, actu-
amos por la simple razón de
que no debemos hacerlo.
En teoría, no hay razón
más irrazonable; pero, en
la realidad, no hay ninguna
más fuerte. Se hace absolu-
tamente irresistible a cier-
tos temperamentos y bajo
ciertas circunstancias. Es-
toy tan seguro como de
que respiro de lo impropio
o lo erróneo de cualquiera
de nuestras acciones es a
menudo la fuerza invencible
que nos empuja a continuarla.
Esta tendencia irresistible a
cometer el mal por el mal mis-
mo tampoco admite el me-
nor análisis ni la descompo-
sición en sus elementos.
Es un impulso radical, pri-
mitivo, elemental. Se dirá,
bien lo sé, que cuando in-
sistimos en actos en los que
debemos persistir, y lo sa-
bemos, nuestra conducta
no es sino una modifica-
ción de la que tiene su ori-
gen en la combatividad a
que hace referencia la fren-
ología. Pero una simple
observación bastará para
demostrar el error de tal
idea. La combatividad fren-
ológica tiene por esencia
la necesidad de la defensa
propia; es nuestra salva-
guardia contra el mal. Su
principio concierne a nues-



tro bienestar, y así, el deseo de gozar de bienestar es citado simultáneamente con el propio desarrollo de la combatividad. Se deduce de esto que a ese deseo se debe excitar al mismo tiempo que cualquier principio que sea solamente una modificación de la combatividad. Pero en el caso de lo que yo denomino perversión, sólo no existe tal deseo, sino que se nota la presencia un fuerte sentimiento antagónico.

Un llamado al propio corazón es, después de todo, la mejor respuesta al sofisma que se acaba de expresar. No que consulte e interroge con confianza y sincera y fundamente a su alma podrá negar la naturaleza humana de la tendencia en cuestión. Es tan incomprensible característica. No hay hombre que en algún momento de su vida no se haya sentido atormentado, por ejemplo, un ardiente deseo de molestar a quien lo escucha medircunloquios; sabe que desagrada, aunque tiene la intención de agradar, pues, generalmente, es conciso, ciso y claro. El lenguaje más lacónico y lúcido lucha exteriorizarse, y el orador logra sólo con dificultad narse de emplearlo; teme la ira de su interlocutor y, embargo, le ataca el pensamiento de que, por medio de rodeos y paréntesis, podrá engañarla. Este pensamiento basta; el impulso aumenta, se convierte en un deseo, se en un ansia indomitable, y esta ansia es satisficla gran remordimiento y mortificación del orador, en fío a todas sus consecuencias.

Tenemos ante nosotros una tarea que debemos cumplir rápidamente. Sabemos que será muy perjudicial para la crisis más importante de nuestra vida reclama energía y acción inmediatas. Nos inflamamos, nos me el ansia de comenzar la labor, la anticipación de gloriosos resultados incendian toda nuestra alma. Debe iniciarla, la iniciamos hoy; no obstante, la postergamos hasta mañana, y ¿por qué? No hay respuesta a esa pregunta, excepto que nos sentimos "perversos", palabra que lizo sin comprender sus principios. Llega el mañana, el una ansiedad más impaciente por efectuar nuestro pero con esta creciente ansiedad viene también un de postergación, imposible de describir, temible por sondable. Este anhelo reúne fuerzas a medida que los instantes. Ya se acerca el último momento que da para actuar. Temblamos a causa de la violencia conflicto que se producirá en nuestro interior entre el inicio y lo indolente, entre la substancia la vida. Pero si la lucha ha llegado a esta etapa, son las sorpresas que vencen. Combatimos en vano; el reloj da la hora toque de d'unto por nuestro bienestar. Al mismo es el canto del gallo para el espectro que nos ha zado por tanto tiempo. Vuela, desaparece: somos Retorna la antigua energía; *ahora* trabajaremos, demasiado tarde.

Estamos de pie al borde de un precipicio. Al abismo nos mareamos. Nuestro primer impulso es el del peligro, pero, sin saber por qué, permanecemos allí. Gradualmente, nuestro mareo y nuestra terroclan en una nube de sentimientos indescritibles. Periclos, aun más imperceptibles, esa nube toma forma, el vapor de la botella de la cual surgió el genio Mil y Una Noches. Pero de la nube nuestra, al precipicio, se hace palpable una forma más terrible que cualquier genio o demonio de leyenda y que, bargo, no es más que un pensamiento, aunque tan que huela la médula de nuestros huesos con la f que encierra la delicia de su horror: es, simple pensamiento de lo que serían nuestras sensaciones una celda desde semejante altura. Y dicha cala- quiliación casi instantánea — por lo mismo que imágen más odiosa y terrible de la muerte, entre imágenes más odiosas y terribles de muerte y su que se han presentado a nuestra imaginación, por ma razón la decimos con tanto más ardor. Y como razonamiento nos aconseja violentamente que nos del borde, en consecuencia nos acercamos a él o más imprudencia. En la naturaleza no hay diabólicamente impaciente como la de aquel blando a orillas de un precipicio, medita arrojarse mo. Si por un momento tratamos de pensar en perdidos, pues la reflexión nos insta a reprimimos esa misma razón no podemos contenernos. Si no brazo amigo que nos detenga, o si fracasamos en fuerza por retirarnos del abismo, caemos y sac-

Al examinar estas y otras acciones similares, remos que son consecuencia solamente del espíritu "versión"; las llevamos a cabo porque sabemos que debemos hacer. Más acá o más allá de ese espíritu, ningún principio comprensible, y podríamos

esa "perversion" es una instigación directa del Demonio si no fuera porque en ocasiones opera en pro del bien. He dicho todo esto para poder contestar, en parte, vuestro pregunta, para poder explicarlos por qué estoy aquí, para poder exponeros algo que tenga, al menos, leve apariencia de causa de que yo lleve estas cadenas, de que yo esté en esta celda de los condenados. Si no hubiese sido tan así, quizá me habríais entendido mal o considerado loco como lo hizo la plebe. En cambio, ahora os pareceréis que soy una víctima más del Demonio de la Perversion. Es imposible que delito alguno haya sido planeado con deliberación. Durante semanas, durante meses, conocí los medios para cometer el crimen. Rechacé mil veces porque su realización implicaba una probabilidad de que se descubriera. Por último, al leer algunas memorias en francés, descubrí el relato de una enfermedad fatal que atacó a Mme. Pilau por intermedio de un criado accidentalmente envenenado. La idea se posesionó seguida de mi imaginación. Conocía la costumbre de víctima de leer en la cama, y sabía que su departamento era estrecho y mal ventilado. Pero no es necesario que me informe con detalles no pertinentes; tampoco necesito saber los simples ardid de que me valí para substituir el candelabro de su dormitorio, una vela que encontré por otra de mi propia fabricación. Al día siguiente, se encontró muerta en su lecho, y el médico forense declaró que era "muerte por la visita de Dios".

Una vez que heredé sus propiedades, todo fué bien durante varios años. Nunca penetré en mi cerebro la idea de ser descubierto. Yo mismo había dispuesto cuidadosamente de los restos de la bujía fatal; no había dejado rastro de huella por la que se pudiera condenarme o juzgarme, o siquiera que me hiciese sospechoso de haber cometido el crimen. Es inconcebible el sentimiento de satisfacción que nació en mi pecho al reflexionar sobre mi pura seguridad. Durante mucho tiempo tuve por costumbre deleitarme en este sentimiento, pues me ofrecía un placer más real que todas las ventajas mundanas resultantes de mi pecado. Pero llegó, por fin, una época en que el sentimiento de placer se convirtió, por grados apenas perceptibles, en un pensamiento obsesivo y atormentador. No podía deshacerme de él por un instante. Es común sentirse fastidiado por el retinir que causa nuestros oídos, o más bien en nuestros recuerdos, el eco de alguna canción común o de ciertos trozos significativos de una ópera; no estaremos menos atormentados si la canción es buena o el aire de la ópera tiene mérito. Así fué como llegué a verme meditando sobre mi seguridad, repitiendo, en voz baja, las palabras: "Estoy a salvo". Un día, mientras caminaba por la calle, me descubrí en el acto de murmurar a media voz las acostumbradas sílabas: "Estoy a salvo, sí; estoy a salvo, sí; no soy lo bastante tonto como para confesar abiertamente".

No bien dije estas palabras, sentí un frío que me helaba la médula. Ya tenía alguna experiencia con respecto a arranques de "perversion" — cuya naturaleza he explicado detalladamente —, y recordaba muy bien que en ningún caso había podido sobreponerme a ellos. Y ahora, ni siquiera sugestión casual, de que podía ser lo bastante tonto como para confesar el crimen del cual era culpable, se me apareció ante mí como el espíritu de aquel a quien había condenado, y me llevaba a la muerte.

Al principio, no hice ningún esfuerzo por deshacerme de esta pesadilla del alma. Caminé con vigor, cada vez más fuerte, hasta que por fin corrí. Sentía un deseo delirante de escapar. Cada ola de mi pensamiento me abrumaba con un nuevo terror, porque, ¡ay!, bien sabía, demasiado bien, que pensar en mi situación significaba mi perdición. Apuré aun mi paso, corrí como un loco por las calles llenas de gente, hasta que, por fin, ésta se alarmó y comenzó a perseguirme. Entonces sentí que se consumaba mi destino. Hubiese podido arrancarme la lengua, lo hubiera hecho; pero una bronca voz resonaba en mis oídos y sentí que se tomaban rudamente por el hombro. Me di vuelta, tomé aliento. Por un momento, experimenté toda la congoja de la sofocación, me volví ciego y sordo y me sentí mareado; entonces, un demonio invisible me golpeó con su anillo de fuego en la espalda. El secreto, por tanto tiempo guardado, se me rompió de mi alma.

Dicen que hablé con palabras claras, pero con marcado énfasis y prisa apasionada, como si temiese una interrupción antes de terminar las breves pero significativas palabras que me enviarían al verdugo y al infierno.

Una vez que declaré todo lo necesario para la más completa condena judicial, caí sin sentido.

Pero ¿a qué continuar? Hoy llevo estas cadenas y estoy aquí. Mañana estaré libre de ellas, pero ¿adónde? *



En Córdoba se dictan clases



Paladín de la titería andante, poeta con corazón de niño y alma de marioneta, Javier Villafañe le puso ruedas una vez a su afán de caminos y se fué

por los pueblos, señor de lo trashumante, a dejar en cada cabecita infantil que encontró en su itinerario, a través del ensueño, la llama de una ilusión.

Así surgió "La Andariega", desde la que Maese Trotamundos fué diciendo a los niños argentinos la poesía de los titeres. Y así también, al conjuro de su "raid" alrededor del paisaje y el asombro de nuestros pueblos, surgieron en la Argentina los niños titeriteros, de los que en esta nota, con sencillez de copla y acento de confidencia, nos habla Javier.



"El Gallito Pinta" se llama este teatro de titeres, construido y animado exclusivamente por un grupo de niños cordobeses en el corto lapso de dos meses.

Cuatro pequeñas escolares de la Colonia de Vacaciones de Villa General Mitre afanándose a la tarea de pintar cabezas de titeres, en un teatro construido por



Para niños titiriteros

POR LAS PLAZAS DE DICHA CIUDAD AMBULAN YA VARIOS TEATROS DE TITERES CONSTRUIDOS Y MANEJADOS POR LOS NIÑOS QUE EN UNA ESCUELA DEL CONSEJO DE EDUCACION APRENDEN EL ARTE SUTIL DE LAS MARIONETAS

Escribe Javier Villafaña

ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"

En la Colonia de Vacaciones de Villa General Mitre (Córdoba), el verano pasado se reunieron, entre los dos contingentes, trescientos veinte niños de seis a doce años de edad, llegados de distintos puntos de la provincia.

Al marcharse, dejaron terminado un teatro de títeres. Labor exclusivamente de ellos.

Todas las tardes, con el grabador Mauricio Lasansky, les dábamos representaciones con nuestro teatro de títeres de "La Andariego". Así conocieron estos niños los primeros muñecos. Comenzaron a quererlos. Poco a poco se fueron familiarizando con los personajes. Los nombres de Moisés Trotamundos, el vigilante Juancito, el Mago, y María, la de los cabellos rosados, estaban constantemente presentes en los labios de todos los niños de la Colonia.

Jugaban con los títeres. Dibujaban y pintaban las escenas que más les habían impresionado. Les escribían largas cartas a los muñecos, contándoles



Obsérvese la expresión de auténtico regocijo con que estos pequeños cordobeses siguen los paripatos de Moisés Trotamundos, el Diablo, lo Brujo y demás infatigables personajes del teatro de títeres.

pasaban los días en la Colonia, cómo vivían en sus pueblos; los invitaban a ir en sus paseos, a bañarse con ellos en el río y, muchas veces, les daban cartas para prevenirlos de alguna diablura del Diablo. Personaje estable en un teatro de títeres.

Cuidado, María — escribía un niño de diez años —; ayer el Diablo le dijo Fantasma que esta noche fuera a robarte. Avisale a Juancito y cerrá la puerta, y no salgas. Yo estoy bien, lo que más me gusta es el río; vení al río con todos y te va a gustar". Otro niño le escribe esta carta al vigilante Juancito:

El "Alfeñique" de 44 kilos

Que se Convierta en "El Hombre Más Perfectamente Desarrollado del Mundo"

"Le PROBARÉ en 7 Días que USTED también puede ser este HOMBRE NUEVO!"

CHARLES ATLAS

CUANDO yo digo que puedo convertir en un hombre de gran fuerza y energía, yo sé lo que me digo. Yo he visto cómo mi nuevo sistema de Tensión Dinámica ha transformado en Campeones Atlas a cientos de hombres más débiles y raquíticos que Ud.

Yo mismo, por ejemplo, pesaba 44 kilos y daba pena. Entonces descubrí Tensión Dinámica. Me proporcionó un cuerpo que ganó dos veces el título de "El Hombre Más Perfectamente Desarrollado del Mundo". ¡Operará en Ud. el mismo cambio! Estoy tan seguro de ello, que le hago esta sorprendente oferta: a mi propio riesgo, le PROBARÉ en sólo 7 días que yo puedo convertirlo en un NUEVO HOMBRE. Empezaré a entrenarle sujeto a su aprobación. Si no nota en Ud. un cambio real y efectivo dentro de una semana, no me debe nada.

Sin "sis", o puede ser. Sólo dígame en qué parte del cuerpo quiere Ud. músculos de acero. ¿Es Ud. grueso y blando? ¿Delgado y flojo? ¿Se fatiga Ud. pronto y no tiene energía? ¿Se queda Ud. rezagado y permite que otros se lleven las ganancias más bonitas, los mejores empleos, etc.? ¡Sólo deme 7 días! Y le PROBARÉ que puedo hacer de Ud. un VERDADERO HOMBRE, saludable, lleno de confianza en sí y en su fuerza.

Tensión Dinámica es un sistema completamente NATURAL. No requiere aparatos mecánicos que puedan lesionar su corazón u otros órganos vitales. No necesita píldoras, alimentación especial u otros artefactos. Sólo unos minutos al día de sus ratos de ocio son suficientes — ¡es, en realidad, una diversión!

GRATIS—Prospecto Ilustrado

¡Póngame en seguida el envío en el correo y yo le enviaré mi Prospecto Ilustrado. Dígale toda acerca de mi "Tensión Dinámica". Contiene fotografías verdaderas de hombres que han convertido en "músculos de acero" sus cuerpos débiles. ¡Es un Prospecto que vale! Y es GRATIS. Envíe hoy por su copia.

Charles Atlas, 116 E. 23 St., Nueva York, N.Y., E.U.A.

CHARLES ATLAS Dept. SF 19

115 East 23rd St., Nueva York, N.Y., E.U.A.

Quiero la prueba de que su sistema Tensión Dinámica hará de mí un hombre nuevo — me dará un cuerpo saludable y robusto y desarrollará grandes músculos. Envíemelo gratis su Prospecto Ilustrado.

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____

Preferido
o Envío
a País _____



NOTA: Ningún otro instructor de Cultura Física del Mundo se ha ATREVIDO hacer Oferto como este!



Otro grupo de niños modelando los cabezas de los pinteros actores en miniatura que harán luego, desde el pequeño escenario, las delicias de sus compañeros.



"La Andariega", el trashumante teatro con que Javier Villafañe, pueblos argentinos enseñando a los niños del interior la poesía de

"Sos valiente y sos bueno, por eso no quiero que te vayas. Me gusta cuando cantas con la guitarra. Al principio yo iba a ayudarte cuando te peleaste con el Diablo; fui el primero que te avisó y te grité fuerte para que me oyeras. Pero te vales solo y le ganas a todos juntos."

"María es linda como una flor."

"Me quedo triste porque mi hermanito no te conoce, tampoco a María, ni al Trotamundos ni al Mago. El no puede venir a la Colonia porque alguno de los dos tiene que quedarse en la casa para el reparto. Si vas por Alta Córdoba anda a verlo, se llama Eduardo, pero le dicen Pocho. Adiós Juancito y María, sean felices los dos; a mí me gustaría irme con ustedes".

Los niños en las funciones de títeres —y esto ocurre siempre— eran al mismo tiempo espectadores y actores. Solían hablar con los muñecos.

Cuando los personajes que querían estaban a punto de correr peligro les avisaban a gritos. Les alcanzaban palos para que lucharan y vencieran a los diablos, los brujos y los fantasmas.

Cuando iban a bañarse al río buscaban ramas y cañas. Una tarde, al ver a un niño muy pequeño tratando de cortar una rama de un árbol, me acerqué a preguntarle:

—¿Para qué la quieres?

—Para dársela a Juancito, así hoy le pega a la Fantasma.

En una escena en que el Brujo se llevaba prisionera a María y el vigilante Juancito venía a socorrerla, a espaldas de éste aparece el diablo del aire y del agua —un diablo verde y azul, con cuernos llenos de lentejuelas—. Va a atacar a traición y, en el preciso momento que levanta un grueso bastón para dejarlo caer sobre la cabeza del héroe, un niño que estaba en las primeras filas, lo golpea con una caña y le grita:

—¡Tomá, diablo traicionero!... ¡Peliale de frente a Juancito!

Estos niños, llegados de distintos puntos de la provincia de la ciudad, de pueblos pequeños perdidos entre arroyos, de las llanuras del sur, de la alta pampa, están frente al tinglado de colores con la misma presión de asombro, unidos en una misma alegría, mismo cariño: los títeres.

Día a día se va acentuando en ellos la curiosidad por cómo se mueven, cómo hablan las marionetas; están hechos sus cuerpos, sus manos, sus cabezas tarde, después de una función, les descubrimos el Les mostramos el interior del teatro, la construcción canino, el manejo de los muñecos. Ven. Observan que es demasiado sencillo, demasiado fácil, ellos mismos, cualquiera de ellos, desde el más pequeño hasta el más grande, pueden hacer marionetas y

Los hablamos de un teatro de títeres que hicieran alumnos de la escuela Carrasco, en la ciudad de Bahía Blanca, de otro teatro, hecho también por niños, en la Bahía Blanca.

Miran fotografías de los teatros y de los títeres, y libretos escritos por niños.

Ellos también quieren hacer un teatro, modelar muñecos y escribir obras.

Y al día siguiente, con un entusiasmo inaudito, comienzan a trabajar.

En dos meses, enero y febrero, quedó terminado el primer teatro de títeres hecho



niños cordobeses y bautizado con nombre de "El Gallito Pinto".

Mientras unos se dedicaban a la construcción del pequeño tinglado, modelaban y pintaban cabezas de muñecos, y otros escribían las que iban a representarse, un día de niñas cortaba y cosía generosos colores, para vestir reinas, vigilan-caballeros, brujas y magos.

El teatro de "El Gallito Pinto" sub-sal de "La Andariega". Los mu-modelados, pintados y vestidos niños aparecieron una tarde, en-los flamantes telones rojos, para-ción de estreno de una obra es-por ellos: "La Princesa Robada".

El teatro de "El Gallito Pinto" fué taller de artes manuales "Amadeo", dependiente del Consejo Ge-de Educación, en la ciudad de

el modelo de una larga serie de de títeres, que serán destina-para las escuelas de la provincia. ciona desde el mes de marzo del pasado en el citado taller de artes ales, dirigido por el grabador io Lasansky, un curso para ni-ritireros.

ovecientos alumnos de las escue-primarias van a aprender el arte esese Pedro.

se les enseña a construir un tea-a modelar muñecos y a mane-

salieron algunos de estos teatros, ruidos y manejados por niños, a funciones por las plazas de la d de Córdoba. Pronto saldrán veinte teatros. Cada uno de ellos rá el nombre de un pájaro.

adelante se organizará entre escolares un concurso de obras titeres.

elegerán las mejores piezas, y va-quipos de niños titereros las-ntarán en las escuelas, en los-ales, en las colonias y en las de toda la provincia. *

DOS INTERESANTES REGALOS

que se mandarán (GRATIS) contra el envío de este aviso. - Únicamente por correo



EL DIGESTIVO - ANTIACIDO Bicarbonato Catálico

MANERA DE TOMARLO:

EL BICARBONATO CATALICO se mezcla con un poco de agua.

Puede tomarse a cualquier hora en que se sienta malestar, pero el momento más oportuno es después de cada comida, para evitar las molestias de la digestión anormal.

ALMENDRA AMYDALOSA

POLVO PARA EL BAÑO, LA HIGIENE Y BELLEZA DEL CUTIS

su empleo es sencillísimo: agréguese a 16 miligramos de agua una cucharada de Amydalosa. Se prepara así una exquisita borra-cha de leche de almendras.

SUAVIZA, REFRESCA, EMBELLECE y deja la piel tersa y gratamente perfumada.



Sres. LAICH & Cia.
BELGRANO 2544 Buenos Aires
Sirvanse remitir muestras Gratis de
BICARBONATO CATALICO y
ALMENDRA AMYDALOSA
a la dirección siguiente:

NOMBRE.....

DIRECCION.....

LOCALIDAD.....

Usted se felicitará siempre de haber aprendido UNA PROFESION en las Escuelas Zier

SIEMPRE TENDRA EN NOSOTROS EDUCADORES CONSCIENTES

El país necesita TECNICOS

La Industria, el Comercio y la Producción reclaman constantemente los servicios de **TECNICOS ESPECIALIZADOS**. Esta es una oportunidad ÚNICA, para GANAR MÁS DINERO. Aprovechela Ud. y póngase rápidamente en condiciones de labrar SU PORVENIR, ocupando UN BUEN PUESTO, a trabajando por su propia cuenta con muy buen resultado.

Aprenda EN SU PROPIA CASA, la Profesión que más le agrade, de manera fácil y segura, aprovechando horas libres, mediante nuestro Sistema de Enseñanza, simple y práctico, en el que incluimos LECCIONES DE CARACTER, que forman la personalidad y mejoran la educación moral, base del éxito en la vida.

Obtenga Ud. también — al igual que 85.000 alumnos de estas Escuelas — su INDEPENDENCIA ECONOMICA, con nuestra ayuda.

ESTA ES LA MEJOR OPORTUNIDAD DE SU VIDA. APROVECHELA en su beneficio.

QUIMICA INDUSTRIAL - AGRONOMIA - PETROLEO - AERONAUTICA - CONSTRUCTOR

Ingeniero Civil - Arquitecto - Constructor - Ingeniero en Técnica en Radio y Televisión (Cine Sonoro, Amplificación de Sonido, etc.) - Ingeniero Electricista - Electrotécnico - Ingeniero en Técnico Mecánico - Ingeniero en Técnico en Diesel - Ingeniero en Puentes y Caminos - Ingeniero en Exploración de Minas y Petróleo - Ingeniero en Puentes y Caminos - Arquitecto Naval - Ingeniero Agrónomo - Agrimensor - Químico Industrial - Farmacia - Sobrestante en Obras Sanitarias - Ingeniero Comercial y de Publicidad - Jefe de Propaganda - Dibujo y Pintura - Caricaturista - Retratista - Deseñado Artístico - Dibujo Lineal Arquitectónico - Lineal Mecánico - Lineal de Ebanis-tería - de Herrería Artística - de Ornato - de Letras - Paisa-jista - Profesor de Dibujo - Vidrierista - Contador Comercial - Tenedor de Libros - Mecánica Dental - Piloto Aviator - Tec-nico en Argumentos Cinematográficos, etc. OTORGAMOS DIPLOMAS



FUNDADAS EN 1914



CONFIANZA!
Las Escuelas Zier le economi-zarán tiempo y dinero. En 27 años, diplomaron 85.000 alum-nos en Sud y Centroamérica.

El 42%

de nuestros alumnos estudia en los países SUD y CENTROAMÉ-RICANOS, donde nuestros Cur-sos son la mitad más baratos que los de otros Escuelas y enseña mejores.

Envíe este cupón HOY para triunfar MAÑANA.

Señor Director de las ESCUELAS ZIER

LAVALLE 900
Buenos Aires (Rep. Argentina)

Nombre.....

Ocupación.....

Calle.....

Localidad.....

Me interesa el curso de.....



Dados por otros 40 años un Alu-mno de las Escuelas Zier, enviame GRATIS catálogo y datos pa-ra que yo también pueda en-tre-ñar en una gran profesión.

L. 168

LAS ESCUELAS DE MAYOR PRESTIGIO EN LAS AMERICAS



Lo que en 1931 parecía un imposible es hoy la magnífica realidad de una cinta de asfalto. Y los imponentes glaciares de las Montañas Rocosas bordean majestuosos la senda del viajero.



Antes de comenzarse las obras del camino de los campos helados de Columbia, el transporte de animales llevaba varios viajes y había que realizar rodeos.

EL CAMINO BLANCO

DESPUES DE DIEZ AÑOS DE
LABORIOSOS TRABAJOS
ACABA DE TERMINARSE
"ALTO CAMINO DE LOS
CAMPOS DE HIELO DE
COLUMBIA", MAGNIFICA
VIA QUE UNE A TRAVES
LAS MONTAÑAS ROCOSAS
DEL CANADA A LAS
DADES DE BANFF Y JASPER

Una nota de
Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La franja de doscientos millos de
une a Banff con Jasper es bordeado, en
parte de su trayecto por hermosísimos





Un estudio especial de los ingenieros, destacados al gobierno norteamericano, requirió a los extensos y blanquitos campos de los glaciares de la región de Columbia.

DE COLUMBIA

MAIN ROLLAND ha dicho el camino ideal es el que no a ninguna parte". Poesía he- frase, sin lugar a dudas. Pero en de la electricidad y la mecá- se ha acentuado el espíritu de tradicción y de la duda. Y va- ingenieros norteamericanos, tal levados por ese espíritu, o po- mente pensando que la poesía las regiones siderales mien- que la realidad no ha pensado dejarse de la rugosa corteza del optaron por esta última. Y el zado obtenido a través de diez de pacientes estudios y penosas fué un magnifico camino, que gar de conducir al viajero al etico "ninguna parte", acorta la cia de las dos mil millas que aran a Banff, ciudad del dominio

no ofreció inconvenientes en sus primeros
Y cuando las lagunas interrumpieron el
pequeños puentes salvaron el obstáculo.



Ya habilitados los primeros tro- mos del camino, grupos de turis- ta se unieron a los de los obre- ros para contemplar ese paisaje hasta entonces casi ignorado.



Es muy fácil habituarse al uso de purgantes y laxantes, pero quizá Vd. ignore que éstos, a cambio de un alivio momentáneo, en general irritan las mucosas intestinales y agravan el estreñimiento.

De aquí el éxito del Peptógeno Ruxell en el tratamiento de la constipación habitual, porque no sólo depura el organismo, sino que reeduca el intestino.

El Peptógeno Ruxell no es un purgante vulgar, sino un estabilizador de la digestión que favorece la asimilación y todo el ciclo de la función digestiva.

Peptógeno Ruxell

REEDUCA EL INTESTINO

inglés del Canadá, de Jasper, en el condado de los Estados Unidos, atravesando las Montañas Rocosas del Canadá.

Obra paciente y magnífica, que descubre la inteligencia humana. Cuando a fines del año 1931 un grupo de empleados del gobierno norteamericano, especialmente comisionados, recorrieron diversos Estados para precisar el lugar que, con el tiempo, pasaría una interminable cinta vial de seis metros de ancho y muchos de ellos. Si bien comprendieron que sin esfuerzo no hay éxito. Pero de pensar en la conveniencia de aproximarse entre sí seis mil ochocientos millas cuadradas de terreno para pensar en su realización, va mucha distancia. Máximo si el día de aproximación está supeditado a la oposición pétrea de una cadena quebrada de montañas, a innumerables selvas vírgenes y a vías fluviales de lecho arenoso y poca consistencia. Pero el "Alto camino de los campos de hielo de Columbia" es su nombre—debía tener un principio que permitiera su fin. Y los comisionados, después de haber recorrido la vista durante varios meses los más hermosos paisajes de América, comenzaron los trabajos. Primero, ingenieros especializados hicieron los trazados, y, partiendo de Banff, pasaron alternativamente por valles y pequeñas elevaciones, montañas y valles por numerosas familias de alces, osos pardos, caribúes salvajes y venados, que hubieron sorprendidos ante esa inusualidad de sus pacíficos dominios, hasta llegar a las montañas canadienses, que obligaron a buscar sus facturas geológicas, falseando el recorrido. Más tarde, y en virtud de la enorme tensión a través de la cual habría de desenrollarse la fantasmagórica menuda del camino, enormes tractores arrastraron camiones con provisiones para los numerosos obreros, material de construcción, herramientas manuales y pesadas máquinas, cuando entonces se comenzaron las tareas.

Diez años de lucha ininterrumpida en beneficio de una obra, por magnífica que ésta sea, exigen una voluntad inquebrantable. De ella dieron prueba en más de una ocasión los directores de los trabajos del camino. No sólo se comprometieron las cuadrillas de obreros con las chatas praderas se extienden invitando al avance, o con los jóvenes vendedores que se inclinaron vencidos, cediendo posiciones ante el constante mordor de las sierras mecánicas. El primer tramo de obra, construido sobre un nivel relativamente bajo, no tuvo mayores obstáculos; pudo seguirse sin inconvenientes el camino preestablecido, y cuando el paisaje se vio interrumpido por una línea de agua, que pareció detenerse, curiosa, ante el grueso del hombre, un pequeño, pero perfecto puente, añadió, pasando sobre ella.

Pero a medida que el terreno se elevó, encaminándose por las cadenas montañosas, las obras se hicieron más lentas y pesadas; las sierras y los brazos cedieron su lugar a las resacas y, en ocasiones, a la dinamita, y el camino continuó marchando, alejándose del nivel del mar para alcanzar a las montañas. Pass los seis mil ochocientos pies de altura. Una obra de ingeniería, un puente colgante que mira desde las montañas los espumosos y blancos glaciares, sorprendió al camino varios años de trabajo. Después, la madre de los glaciares, los campos nevados de Columbia, que da principio a un descenso del terreno, descenso que se acentúa al cruzar la montaña Pass, a seis mil seiscientos setenta pies de altura, se había unido en ese entonces al grupo numeroso de montañas de un mundo de turistas, que en interminables caravanas recorren las maravillosas rutas en estado agreste. Y las holladas en estado virgen por las ágiles patas de las alpacas y los venados, y las torpes y pesadas de los osos pardos, dieron su bautismo de civilización al ser surcadas por los ruidos neumáticos.

Lejano todavía Jasper, y cuando aun se tropezaba con inconvenientes, varios ingenieros se adelantaron a las obras para estudiar la conveniencia de sortear los obstáculos geográficos con sus conocimientos y con la reciente experiencia adquirida. Pero no fue necesario desviar en absoluto el camino. De nuevo a algunas elevaciones graníticas, fácilmente escalables, continuaron valles y praderas que permitieron a las largas filas de los mil millas. Y la distancia de diez años de trabajo que separaba hasta 1931 a Banff de Jasper se recorrió en horas, a través de una carretera magnífica, que, por el esfuerzo humano. Ahora, los ingenieros comisionados por el gobierno, no satisfechos aun de sus trabajos, estudiaron la manera de completar el "Camino de los campos de hielo de Columbia" con una red canadiense desde Príncipe Jorge a Príncipe Rupert, en la costa norte del Pacífico, que daría una ruta hacia las Tierras del Fuego, de Alaska. Tal vez más allá de la tarea continua. Pero, sin lugar a dudas, el trabajo es dudable de un camino que, por no ser hipotético, se adelantó y las inquietudes de la vida actual a los lugares distantes de los Estados Unidos. ♦

Del diario de un cochainómano



RELATO ARABE

por

Antonio Saab

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

NO hace muchos años vagaba ebrio por uno de los barrios más pobres de El Cairo un hombre vestido de túnica azul. Su pensamiento erraba por otros mundos. Se sabía, solamente, que había llegado con otro compañero aficionado a la cocaína. A pesar de su estado anormal, producido por el narcótico, su aspecto y su modo de vestir infundían respeto e indicaban su alta jerarquía. Sin embargo, poco tiempo después su barba crecía desmesuradamente, su rostro enflaquecía y sus trajes finos se convertían en una raída y mugrienta túnica azul. Jamás trabajaba. Pasaba los días recluso en su sucia pocilga y en las noches recorría las calles para pedir limosna y comprar la maldita droga blanca.

Corrieron luego algunos años sin que nadie supiera el origen de aquel desgraciado. El hombre que lo había llevado a aquel barrio ya había desaparecido, víctima de la fatal droga. No tenía amigos, no tenía conocidos. Los vecinos lo apodaron "el borracho". Un día, quienes acostumbaban a verlo, empezaron a extrañar su desaparición. La puerta de su covacha fue forzada, y la autoridad lo halló tendido rígido, muerto, sobre un jergón, único bien que poseía. Sólo un montón de manuscritos, unidos a modo de diario, encontrados en uno de los rincones de aquella humilde morada, dio a revelar su procedencia aristocrática, como que había pertenecido a una de las familias más respetables de aquel país lejano.

Sus manuscritos decían así:

"La noche envuelve la tierra. La ciudad duerme. Hay una inmensa calma en todas las cosas.

"El sueño! ¿Qué es el sueño? Me parece que hace un siglo que no duermo. ¿Dormir? ¿Qué hastío! ¿Es que acaso los hombres duermen? Sólo los niños y los hombres que rompen piedras y laboran la tierra tienen necesidad del sueño. Nosotros, los grandes hombres, que poseemos una imaginación ágil, nunca dormimos, apenas si lo logramos en algunas de las horas que suceden a la medianoche. Nos tendemos en nuestros lechos por costumbre nada más, y no para dormir, sino para imaginar, para soñar.

"Anoche vi un grupo de amigos, de mis compañeros, que salían del teatro. Todos charlaban y reíanse tranquilamente en la Gran Avenida. Estos amigos me demostraron siempre grandes afectos. Antes de caer en la desgracia, se me consideraba justamente superior a todos ellos.

"Tuve deseo de acercarme a ellos, de decirles que era Farid bey, hijo de Jallí Pacha Nassim. Resolví no hacerlo. ¿Quién creería en esta transformación? De buen seguro que si lo hubiese hecho, cualquiera habría levantado su bastón para golpearme y acaso increparme mi situación; me parecía ya escuchar:

"—Cállate, borracho, impostor. Farid bey murió hace mucho tiempo. "Si, es cierto; soy maníaco, degenerado; ¡pero impostor, no! Soy Farid bey, realmente, el mismo que ocupó altas posiciones en el gobierno, el mismo que escribió grandes obras literarias y artículos sobre diversos temas. Pero, ¿quién cree en estas cosas? ¿Por qué me invaden ahora estos amargos pensamientos? ¡Si no quiero recordar mi pasado! Fuera de la cocina, nada me importa en el mundo. La cocina es mi vida, mi paraíso, el cielo alcanzado.

"Después de haber observado a mis compañeros departir alegremente, me marché por una calle comercial. Me detuve frente a una vitrina de libros. Allí encontré una de mis producciones en exhibición. Su valor era de cincuenta céntimos. Quise tener esta pequeña suma para adquirir un ejemplar, leer en contenido y ver cómo pensaba en mi pasado. ¿Es que acaso yo pensaba? ¿Era yo un escritor, un intelectual? ¡No, no! ¡Mentiras! ¡Fantasías! No soy más que un enfermo, perdido, degenerado, arrojado ahora de la sociedad. Otro capítulo trágico de mi vida. ¿Farid "el borracho" era escritor? ¿Era intelectual, hombre de bien y respetado? ¿Hasta cuándo seguiré representando esta horrible farsa?

"Vuelvo a recobrar mi tranquilidad, a recuperar por un momento mi equilibrio mental. Vuelvo a pensar seriamente, después de mucho tiempo.

"Sí, en verdad fui escritor-poeta, tribuno, hombre de alto prestigio y uno de los legítimos exponentes de la nobleza de mi país.

"Mi padre fue accionista de fuertes compañías nacionales y extranjeras y uno de los primeros latifundistas. Pero ahora soy un miserable, estoy arruinado física y pecuniariamente, y ando descalzo. Tengo únicamente esta túnica raída, que ni alcanza a cubrir mi cuerpo, que más parece un esqueleto. Mis ojos se hundieron, mis mejillas se pronunciaron, mi rostro se tornó flácido, mis cabellos y mi barba se alargaron, abandonados; nunca los baño, siempre están sucios y en desorden.

"Paso los días acostado en mi cuarto desmantelado y húmedo. Muchas veces he pasado días sin comer. En las noches salgo a recorrer las calles de la ciudad, distraído, enervado, sin rumbo.

"Castaba el dinero con generosidad, lo obsequiaba a los necesitados, lo daba a las obras de caridad. Hoy me veo arrastrado al crimen para obtener unos cuantos céntimos.

"Dadme cincuenta céntimos y haré lo que me pidáis. Robaré, asesinaré, cometeré todos los delitos necesarios para cerrar mi mano sobre la moneda, porque ella me dará para comprar el polvo blanco que convierte mi inmunda vivienda en una regia mansión, mi pobreza en abundancia, mi desgracia en dicha, mi túnica sucia en el traje más fino del mundo. ¡Polvo maravilloso que me transforma súbitamente en un príncipe alojado en un suntuoso palacio! Cuantas veces he ordenado a mis súbditos obediencia y me han obedecido. Los gobernadores, hincados, pedían mis mandatos.

"La trayectoria de mi drama empieza en el amor.

"Mi padre era poderoso. Heredó la riqueza del suyo, que ocupaba las mejores posiciones en el gobierno.

"Yo era su hijo único. Fué siempre muy pródigo para mi educación. Me envió a los grandes centros universitarios de Europa. A mi regreso al hogar fui recibido en los mejores círculos sociales de mi patria.

"Tenía la buena y firme intención de prestar mi ayuda al progreso del país. Publiqué una serie de artículos en los grandes rotativos y logré un sólido prestigio.

"Tuve una gran afición por la poesía. Me agradaban los hombres de letras. Fui autor de múltiples obras, que me depararon las consideraciones de mi pueblo.

"Antes de haber caído en este hondo abismo que me separa de la sociedad y del mundo había escrito muchos poemas, que me valieron las más favorables críticas de envidiosos intelectuales.

"No sé cómo he vuelto ahora a recobrar mi tranquilidad, a recuperar mi normalidad psíquica, para pensar en cosas que me desgarran el corazón, que ya había olvidado, y en las que ni siquiera había vuelto a pensar.

"Me atormentan con sorda crueldad estas recordaciones. Ignoro cuántos años hace que tengo el pensamiento adormecido. Nunca quise recordar lo que era, pero ahora los pensamientos me invaden como aguas incontrolables de un río que todo lo inunda y me obligan a meditar en cosas enterradas en el pasado. ¿Qué importó, si una inhalación del polvo hechicero me lleva en rápido vuelo hacia otros mundos, me traslada sobre las alas del placer, del amor hacia otros sitios, en donde no existen los recuerdos, ni la miseria, ni el dolor, ni los amigos, ni la familia!

"Un deseo morboso me empuja al polvo fascinador. Para él vivo; sin él fallezco. Si me ha traído la desgracia, me trae de nuevo la felicidad. No importa que al fin aumente mi infortunio.



"Y reanudo mi historia: Decía que había amado y sobre mi amor había erigido las más hermosas esperanzas. Amé a una mujer más que a mí mismo. Sentía que mi alma se vertía en su alma, y mi vida se fundía en su vida. Pero aquella niña era de una raza distinta a la mía. Por consiguiente, eran otras sus costumbres, otros, quizá, sus sentimientos. Ocupaba yo un alto puesto en el gabinete del gobierno de mi país. Todos los días, al salir de mi despacho, me encaminaba a la casa de aquella mujer inolvidable.

"Así pasé largo tiempo, rodeado de felicidad.

"Una tarde, como de costumbre, fui a visitar a mi novia.

"Se negó a recibirme alegando hallarse indisputado. Le escribí entonces..., y recuerdo que en mis palabras se delineaba todo el fervor de mi pasión. A la misiva acompañé un ramillete de las más perfumadas y frescas flores. No logré verla durante una semana, que me pareció un siglo.

"Resuelto a hallarla, una tarde logré sorprenderla con mi presencia. Su rostro dejaba revelar un profundo sufrimiento moral, que parecía destruir su existencia.

"—¿Qué tienes, Miriam?— le interrogué. Por toda respuesta oí un hondo sollozo. Las lágrimas inundaron su rostro. Su mirada se extrañaba en el espacio. La tomé de la mano para besarla. Me rechazó bruscamente, y, volviendo hacia atrás, me suplicó:

"—Perdóname. Ten piedad de mí. Nunca te he amado. Amo a otro hombre. Quise olvidarlo y dedicarte mi corazón, pero una fuerza irresistible me lo impidió. Me acojo a tu nobleza, a tu generosidad, para que me perdones, me olvides, me dejes en libertad plena.

"Cualquiera puede imaginar lo que quiera; encontrar fácil explicación a la conducta de Miriam. Puede suponer que Farid bey, hijo de Jalil Pachá Nasim, se despidió y, aunque herido en su amor propio, abandonó a la joven, dispuesto a no volver nunca a su lado. Pero, ¿quién no ha sentido el peso de sus pasiones en la cruel lucha que se libra entre el cerebro y el sentimiento?

"Miriam hablaba y yo escuchaba, callado, sus querellas despiadadas, ahogado por el llanto.

"En vano intenté persuadirla.

"Y abandoné a Miriam. Me marché con la esperanza de recibir sus últimas noticias, de obtener su cambio de decisión en los finales de la semana siguiente.

"Al salir de su casa tomé camino de las orillas del río, siempre pensando en mi infortunio.

"Seguí en mi marcha, hasta que ya las fuerzas me faltaban. Recostado sobre un banco de piedra, cerca de la orilla del Nilo, me di a observar la luna, que ofrecía su luz al paisaje nocturno, y a disfrutar de la brisa fresca que inundaba los campos.

"Fatigado por la dura jornada, me quedé adormecido, cuando sentí una mano que me acariciaba y una voz que me decía:

"—Farid bey, ¿por qué estás en este sitio, escondido, dormido sobre una piedra? ¿Tú, con tu fortuna y tu alta posición, vienes a dormir sobre una piedra, en un lugar público, propio de gentes desamparadas?

"Creí aquello fruto de una alucinación. Con todo, reconocí a un viejo condiscípulo: Ibrajím Hasan. ¿Quién, en toda la ciudad de El Cairo, no conocía a Ibrajím Hasan? Su padre era gobernador, su madre descendía de una rancia familia aristocrática. Pero Ibrajím no había heredado de sus padres cosa distinta de una fabulosa fortuna que había gastado. Le había quedado sólo una pequeña renta de una propiedad, que por al-



TORTURADO

por el peligro de una vejez prematura.



Hombres jóvenes, agotados física y espiritualmente, no tienen apego alguno por la vida. Son en realidad fracasados, sin voluntad, muchos de ellos a causa del vicio de los alcaoides, por graves perturbaciones en su sistema nervioso, o porque han perdido su vigor masculino. Pero actualmente la ciencia les ofrece.

Virilinet

el moderno preparado de hormonas.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

gunos motivos no le era posible vender. Yo siempre había tenido pasión y lástima por aquel muchacho.

"Ibrajim se quedó estupefacto al no oírme hablar. Se sentó a lado y me dijo al oído en tono muy grave:

"¿Qué te ha sucedido, buen amigo? ¿Has perdido dinero en la vida? ¿Estás enfermo? ¿Sufres?

"—Soy un desgraciado —le contesté—, un infeliz... Se han esfumado mis esperanzas, mis ilusiones.

"De pronto mi interlocutor se puso en pie, lanzó un grito de dolor como si recordase algo muy importante.

"—Tengo remedio para todos los males —dijo—. Remedio para tahures que pierden su dinero. Remedio para los enfermos que necesitan el remedio para los escritores y poetas que carecen de recursos. Remedio para los que aman y han sufrido desengaños. Tengo para cada uno su remedio.

"Concluyó de hablar y extrajo de su bolsillo un pequeño estuche cuyo contenido llevó una porción a la nariz y la aspiró con fuerza.

"—¿Qué haces? —le pregunté.

"—Esto es la vida —replicó—. Es el néctar de la juventud, la filosofía, la música, la riqueza, la civilización, la nueva ciencia. Esto es la sangre que corre por las venas, lo que vivifica el cerebro acercándose con su estuche, me sugirió que aspirase un poco de sustancia, agregando:

"—Aspira este maravilloso lenitivo, amigo mío. Deja, por unos momentos, las preocupaciones de la riqueza, de las rentas, de la posición, de la grandeza vacía. Toma, aspira este remedio, una vez, que él te hará olvidar tu intranquilidad, tu desesperación, tus desengaños. Una pequeña dosis de este polvo te hará trasladar al mundo de farsa al mundo de la imaginación, de los dulces sueños a los placeres nunca sentidos.

"Le obedecí maquinalmente y aspiré parte de lo que me ofreció. Después nos pusimos a charlar. Aspiramos juntos aquel polvo unas cuantas veces hasta terminar con el contenido de la pequeña caja.

"Al verse Ibrajim desprovisto de la droga, me increpó:

"—Has gastado todo lo que poseía de este polvo milagroso. Perdona, pero yo...

"—¿Acaso no lo puedes obtener con dinero?

"—Pero, ¿el dinero?

"—Saqué de mi bolsillo un billete de banco y lo puse en su mano. Él me miró con ojos de alegría y se despidió precipitadamente.

"Lanzó un grito de alegría y se despidió precipitadamente. Al cabo de pocos minutos regresó, doliéndose de que el billete que había alcanzado para cubrir el valor de un contenido igual al pequeño estuche que llevaba consigo.

"Nuevamente nos pusimos a aspirar la sustancia fatal, hasta que avanzadas de la noche. Después llamé a un cochero y le di órdenes que me llevase a mi casa.

"Desde aquella noche no he vuelto a dormirme.

"Entré en mi aposento. Hice esfuerzos por reconciliar el sueño, pero fui inútil. Mi cabeza se llenaba de visiones. Despierto, soñaba. Miriam que se sentaba a mi lado, me oprimía entre sus brazos llenaba de caricias. Luego la vi enfadarse sin razón. Me miró con odio. Me dijo que no me amaba, que era un obstáculo para ella. Me rechazó, sobresaltado, al igual que un loco. La cení entre mis brazos, pero me quedé mis manos alrededor de su cuello, y apreté tan fuertemente que su cuerpo sin vida. La recogí, la estreché violentamente y ella se volvió a la vida. Obedecí. Yo reía, reía sin cesar, y le decía:

"—Es mejor que mueras antes de que seas de otro.

"De repente me hallé en un ministerio. Era el primer ministro y defendía proyectos en acalorados debates con mis colegas de gobierno hasta que mi padre entró en el aposento a despertarme, extrañado de verme visto salir.

"Con mucha ternura me inquirió:

"—¿Estás enfermo, hijo mío?

"Le ordené que se marchase inmediatamente.

"En vano quise hablar conmigo y cerciorarse de la causa de mi disgusto.

"Me dejó a solas.

"Antes del mediodía me levanté y, en vez de irme para el ministerio, salí en busca de Ibrajim, para que me contase una buena cantidad de aquel polvo prodigioso que me había dado una vida distinta. Le encontré antes del anochecer. Fuimos a un lado, y allí ingerimos una buena dosis. Mi padre me buscó por todas partes, pero no me halló.

"Pasó el término que debía concluir con la resolución pedida por la que llamaba mi prometida. Durante ese tiempo mi organismo se acostumbró a adquirir el hábito de la droga fumada, guiado por la experiencia de Ibrajim.

"Cierta tarde, en la campaña que rodeaba la casa de Miriam, Ibrajim, sentados los dos sobre la grama verde:

"—¿Ves esa casa grande? Lleva este escrito a Miriam, pídele que venga a verme, que me entregue el escrito que me ha dado.

"Aquel escrito rezaba así:

"Miriam: quiero verte para despedirme. Quiero decirte mi última palabra. Puedes venir con el emisario de esta misiva. Te espero con paciencia.

"Al cabo de algunos minutos regresó Ibrajim acompañado de una mujer. Vestía ella traje de tul blanco, estaba intensamente pálida, como que nunca. No podía reconocerme. ¡Había cambiado tanto que cuando escuché mi voz pudo distinguirme y no supo contener un gran

— estarás apreciando las consecuencias de tus desdenes, que me
 a la ruina, a la desgracia, a la muerte.
 me cóy y lloró. Quise tener compasión y decirle que regresara
 casa. Pero enajenado por los efectos de la droga, en aquel instante
 sentir una voz que desde mi interior me ordeaba enérgicamente:
 — ¡Mata!
 — tomé entre mis brazos, la llevé lejos hasta la orilla del río,
 secreto donde había solido ocultarme con Ibrajim.
 — ¿Adónde me conduces? — me preguntó.
 — una vez más apiadarme de ella. Quise llorar, pero las lágrimas
 desaparecieron. Quise devolverla a su hogar, perdonarla, olvidarla,
 — a pensar en ella. Pero la influencia inexorable de la droga
 me ordenábase: ¡Mata! ¡Mata!
 — arrojé y ordené entonces a Miriam que se arrojase también.
 — sin resistencia. Le supliqué que me dijese si aun insistía en sus
 — de rechazar mi cariño.
 — respondí fríamente.
 — ¿Des entonces... Muere.
 — arrojé como un felino sobre ella, la así de la garganta, tal como
 hecho en mis sueños. Quiso desasirse de mí, mas fué en vano.
 — me la defendían. Seguí cada vez con más furia apretando
 — Me lanzó una mirada de espanto, como si me demandase
 — como si me rogase una vez más que no le hiciera daño. Aquella
 — no me enternecía. Se había apoderado de mí un desdoblamiento
 personalidad.
 — ¡Ah, joven, bella, llena de ilusiones, seguramente, temía la muerte,
 — vivir. Intentó un supremo esfuerzo para salvarse de mis manos;
 — imposible salvarse de un loco.
 — miré por última vez. La suocré hermosa, fascinante. De nuevo
 — me ser indulgente.... No pude serlo. La misma voz de antes seguía
 — teazamente en mis oídos: ¡Mátala!
 — minutos después Miriam falleció. Levanté los brazos y la
 — cayó sin vida. No me di cuenta de lo que había hecho. No había
 — hubiese dado muerte. Me incliné para hablarle, la saqué con
 — a y le ordené a gritos que se despertase, también como lo había
 — en sueños. Era tarde. Me puse a llorar, a protestar de mi propia
 — era cruel, tan injusta, tan inhumana:
 — ¿No estás muerta! ¡No! ¡No te he matado! Te adoro, Miriam.
 — ¿Entonces me respondía el eco aterrado, como un reproche por el
 cometido.
 — ¡Entanto, Ibrajim había esperado impaciente por largo rato. Como
 — hubiera visto regresar, había seguido mis huellas hasta hallarme,
 — muerto, junto al cadáver de mi víctima.
 — ¿Qué hiciste, Farid?
 — me doy cuenta. ¿No sé por qué ha muerto? — contesté —. Puse
 — manos en derredor de su cuello y apreté con mis fuerzas, y... la
 — cayó en tierra.
 — ¿Eres un asesino. La has matado y esta misma noche los guardias
 — te sacarán de la cárcel. Más tarde te juzgarán y te llevarán a la horca.
 — ¿Levanté aterrado, y luego, disimulando mi zozobra, dije a
 — con aparente calma:
 — Te juro que yo prefiero la muerte. Mi vida ha llegado a valer
 — nada cosa que no merezca la pena de defenderla. Te juro que le
 — muerte sin quererlo. Más aun: sin saberlo. Tú eres el culpable.
 — Tú necio maldito acabó con ella...
 — ¿Por mí — exclamé — ¿quién me ha determinado a proceder
 — así procedí? Ayúdame tú, Ibrajim, a ocultar su cadáver. Arroje
 — al río.
 — seguida Ibrajim sacó el estuche de su bolsillo, y me dió a
 — una nueva porción, diciéndome:
 — Tómala otro tanto para que reacciones.
 — cuerpo de Miriam fué lanzado a las aguas, y prontamente lo
 — perderse en la corriente. No pude contener un alarido de espasmo
 — por amado, que había sido el punto final de mis anhelos, de
 — mis esperanzas, había desaparecido para siempre.
 — Miriam! Fuiste la causa de mi locura, de mi dedicha — grité
 — con mis fuerzas.
 — momentos después sentía las manos de Ibrajim que me asían para
 — irme.
 — ¡Mátala! ¿Le das muerte y te pones a llorar? Huyamos sin
 — de tiempo adonde nadie pueda encontrarnos.
 — vivimos toda la noche. Cercana ya el alba, llegamos a una
 — habitación húmeda, estrecha. Nos recogimos allí. Dos años
 — me no me había atrevido a salir de ella, temeroso de ser descubierto.
 — Por causa de la transformación, que en mí se había efectuado,
 — de la intoxicación y del abandono completo a que había
 — mi cuerpo, tenía perdida toda noción de higiene y de estética.
 — frugal alimento y la droga — que no faltaba — era cuanto
 — recibido, traídos por Ibrajim a aquel sitio de confinamiento.
 — años después moría Ibrajim, víctima de su vicio. Murió deján-
 — solo. Y me vi forzado a recorrer las calles de la ciudad durante
 — meses, en demanda de la caridad de los transeúntes bondadosos.
 — rentes se habían ya olvidado de la desaparición de Miriam, y
 — olvidado también a Farid, el hijo del potentado Jalil Pacha.
 — Lo daban por desaparecido definitivamente.
 — embargo, Farid no ha muerto.
 — Farid ha muerto para la virtud, para su familia, para la sociedad,
 — continúa viviendo para el vicio como seguirá viviendo su historia
 — mentes de quienes la conocerán, a manera de enseñanza para
 — generaciones futuras y como reproche para el Estado, que no ha
 — reprimir suficientemente — combatiéndolos en sus causas y no
 — efectos — los terribles estragos de las drogas heroicas.
 — entretanto, sigo vagando como un fantasma de mi pasado por
 — noches blancas de El Cairo... ♦





El general José M. Sarobe, a la izquierda, y su eficaz colaborador, el coronel Horacio Mendiburu, que dirigen y orientan la audición radiotelefónica oficial del Ministerio de Guerra: "Una nación en marcha", realizando una meritoria obra de argentinidad.

CIMENTAR en el pueblo argentino los sentimientos de nacionalidad y de patria bien entendidos, es decir, encauzados hacia el progreso y la labor de la nación, es una de las obras más meritorias que puedan realizarse en los presentes momentos, en que hondas crisis espirituales conmueven al mundo.

Pero si a ello se agrega, además, el culto inteligente de nuestro pasado histórico, asignándose a las personalidades más destacadas del país la misión de proyectarlo en forma práctica hacia la juventud, o, lo que es lo mismo, hacia el porvenir, entonces la obra se agiganta, cobrando caracteres netos de argentinidad. Tal es la obra que han emprendido, a través de la audición radiotelefónica "Una nación en marcha", y desde el comando de la 1ª Región Militar, el general José M. Sarobe y el coronel Horacio Mendiburu, su más inmediato y eficaz colaborador.

Son, pues, los conceptos básicos que sobre tal obra han emitido sus inteligentes gestores y propulsores, así como las líneas generales de la labor desarrollada y los planes futuros, lo que **LEOPLÁN** destaca a través del presente reportaje hecho a los dos distinguidos militares.

—La juventud es siempre acción, luz y esperanza de la patria — nos dice el general Sarobe, glosando a Estrada, cuando le preguntamos sobre los móviles de su iniciativa.

Y el coronel Horacio Mendiburu remata la frase con la concisión de un soldado y la claridad de un estadista:

—La escuela y el ejército deben marchar siempre unidos para formar la gran columna de la patria.

Tiéndese así un lazo de unión entre el militar y el estudioso, que compendia la razón de ser y el alcance de la meritoria obra emprendida.

Acto seguido, el general Sarobe nos explica que la audición "Una nación en marcha" se realiza diariamente por la onda de L S 1, Radio Municipal, Irradiada desde el mes de noviembre de 1940, ha ido cobrando cada vez más vuelo y categoría, hasta que el 24 de mayo próximo pasado —significativa fecha que la asocia a la celebración de nuestra independencia— recibió el apoyo oficial del Ministerio de Guerra, en un lucido acto en el que, además, se inició un largo ciclo de conferencias, que se dictarán los martes y los sábados, a cargo de las más distinguidas personalidades del país, que han tomado bajo su cargo la tarea de hacer patria, procurando que llegue a los puntos más lejanos de la República su autorizada palabra, cimentada por la labor realizada en los temas de sus respectivas esferas.

También se ejecutó ese día, por primera vez, la marcha oficial de la audición, titulada "Siempre unidos". Refiriéndose a ella, nos dice el coronel Mendiburu:

—Al concurso realizado a fin de dotar a la audición de una marcha, se presentaron diecinueve maestros. El jurado, que integraban los señores López Buchardo y Athos Palma, aceptó el trabajo presentado por el compositor Sebastián Lombardo.

—¿Se había instituido algún premio para el triunfador? — le preguntamos.

—El premio consistió en que el autor del trabajo aceptado dirigiría la marcha el 24 de mayo, día en que se ejecutó por primera vez.

—La marcha tiene una letra muy meritoria — insistimos.

—En efecto; y los versos son del señor Rubén F. de Olivera, director artístico de la audición. Hemos obsequiado mil ejemplares impresos,

TAL ES EL TITULO DE LA AUDICION RADIAL QUE SE PROPALA BAJO LOS AUSPICIOS DEL MINISTERIO DE GUERRA, PARA FOMENTAR Y PERFILAR EL SENTIMIENTO ARGENTINO DE NUESTRA JUVENTUD

Un reportaje de Silverio Manco

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

de la marcha "Siempre unidos", al Consejo Nacional de Educación que sean distribuidos en todas las escuelas de la República.

COMO SURGIO LA AUDICION

Preguntamos al general cómo surgió la idea de esta audición y fueron sus orígenes.

—La audición oficial del Ministerio de Guerra, "Una nación en marcha", que se realiza diariamente de 19,30 a 20 horas por la onda municipal L S 1, bajo la dirección del comando de la 1ª Región Militar — nos responde — nació del deseo de reavivar el sentimiento argentino, especialmente en la juventud. Por medio de una emisora indicada, se trata, pues, de llegar a todos los ámbitos del territorio del país, a objeto de sacudir las fibras del sentimiento brindando media hora diaria de emoción patriótica.

—Sus palabras, general, encierran un vasto y meritorio programa de acción, y dejan vislumbrar una obra de honda trascendencia cultural.

—Efectivamente; tal es el propósito que anima nuestros esfuerzos. En el momento actual del mundo, hora de dura prueba para las masas morales y materiales de los pueblos; en medio de la tragedia que aventa el patrimonio más sagrado de las naciones, creamos que nuestra patria se concentre sobre sí misma para



Un sector del numeroso público que concurrió o presenció la significativa reunión radial realizada por "Una nación en marcha", en la "broadcasting" municipal L S 1, con motivo de iniciarse la primera transmisión oficial de la mencionada audición.

en marcha

exaltación de sus grandes valores morales. Para ello, nada que su pasado histórico, lección grandiosa de su valentía, su sacrificio y su grandeza de espíritu eterno.

ese pasado de gloria habrá de encontrar la nación el acicate y el para las grandes empresas, porque la historia es el abono es de los pueblos y la fuerza propulsora de su progreso. Para que nación tenga el rango y la categoría que exigen sus nobles pro el comando de la 1ª Región Militar ha nombrado representant casi todas las ciudades importantes del país, los que han hecho y una intensa propaganda para que ella sea escuchada, habiendo rido un eco auspicioso en todas partes. La prensa del interior tribuido y contribuye en forma realmente halagadora a estos motivo por el cual aprovecho esta oportunidad para agradecer sinceramente su colaboración."

COLABORADORES PRESTIGIOSOS

reemos, general, que una obra que abarca un campo tan vasto y po ha de contar, necesariamente, con colaboradores de hondos cimientos por los hechos.

contamos con un cuerpo de colaboradores de carácter permanente su misión en forma digna de nuestro reconocimiento, y con un de eminentes patriotas en todas las manifestaciones de la nacional, los que harán llegar periódicamente la palabra de su ento patriótico, hecho obra en la acción, conocidos y apreciados os. No serán, pues, nuestros colaboradores, predicadores de almente, sino entrañadores en las conciencias argentinas — por para ello tienen la solvencia de su obra — del credo magnífico de tinidad.

ese instante se nos ocurre relacionar las palabras del general con erente título de la audición, y espontáneamente le preguntamos qué de tal denominación.

orque con este título se da una idea cabal de nuestra patria y del que nos impulsa a quienes hemos emprendido la tarea de su ción — responde él y agrega —: Una nación en marcha es la estamos orgullosos de su presente y estamos seguros de su luminoso. Nación joven y vigorosa, acrecienta cada vez más ermonio espiritual y material; pero queremos que las voces más

Protejase



CONTRA
AFECCIONES DE LA GARGANTA
ANGINA, GRIPE,
con pastillas de



Panflavina

Desinfectan boca y garganta y previenen del contagio

ABRA SU CAMINO

Enviémosle por Correo:

Radio
Autos
Sastre
Modista
Dibujo
Ortografía
Caligrafía
Electricista
Tenedor
de Libros
Perito
Comercial

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo una profesión en estas Escuelas, fundadas en 1915. Envíenos este cupón y recibirá informes muy interesantes. Otorgamos Diplomas.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

695, Av. Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

Localidad (5).....



autorizadas del país, con el auspicio del gobierno de la nación, le marquen el rumbo y le indiquen el derrotero en medio de la tormenta universal de esta hora, en forma de que embique de firme sus esfuerzos hacia el porvenir anhelado por los argentinos. Esa es la nación nuestra; así la queremos, en marcha, y a ese fin va e irá nuestra prédica.

—Hemos notado, también — le decimos en seguida —, que en las audiciones se incluye un número sobre ataques aéreos y defensa antiaérea. La guerra europea le confiere un interesantísimo carácter de actualidad, al dar a conocer los pormenores de esa novísima arma. Sin embargo...

Pero la despierta mente del general descubre de inmediato nuestras intenciones y nos ataja con una sonrisa y un gesto.

—Entre los colaboradores permanentes de la audición contamos, en efecto, con un joven e inteligente oficial de nuestro ejército, el teniente Beltrán, quien tiene la misión de desarrollar un plan de carácter exclusivamente técnico-militar, tratando en forma de breves conversaciones aquellos asuntos de interés para los ciudadanos, en cuanto se refiere a sus deberes militares: enrolamiento, excepciones al servicio militar, aspirantes a oficiales de la reserva, tiro ciudadano, etc. Además, desarrolla temas referentes a la defensa contra ataques aéreos; pero no con propósitos alarmistas, tal como él mismo lo dijera el día de su incorporación al núcleo de nuestros colaboradores, sino para que los compatriotas conozcan estos peligros de la guerra moderna.

—Usted, como militar y como dirigente, se halla en situación de definir la posición actual de la Argentina... — le decimos.

—Pueblo de paz y feliz el nuestro, vive su vida en franca y fraterna armonía con todas las naciones del mundo; no piensa ni remotamente que sobre él puedan realizarse las grandes empresas devastadoras de la aviación moderna, pero no es ni siquiera humano que nuestros compatriotas ignoren los grandes y salvadores recursos de la defensa, máxime cuando no se puede inculcarlos bajo el apremio de una realidad que — repetimos — ni hemos soñado. Pero el viejo aforismo de "el saber no ocupa lugar" adquiere una importancia vital en este asunto, y en esta época, en que vamos viendo cómo se destruyen ciudades que han sido cuna de la civilización actual y hasta ayer morada de pueblos felices que ni pensaron en su destrucción.

—Aparte de eso, es un tema que apasiona a la opinión pública, general. Sería de desear que el teniente Beltrán tocara el asunto con amplitud.

—Puestos en la tarea de ilustrar a nuestro pueblo sobre tan impor-

NOMINA DE LAS DESTACADAS PERSONALIDADES QUE COLABORAN EN LA AUDICION "UNA NACION EN MARCHA"

General Adolfo Arana, general Nicolás Accome, Dr. Nicolás Avelanado, Dr. Angel Acaño, profesor Próspero G. Alemandri, doctor Juan C. Agullo, Dr. Juan Alvarez, Sr. Ismael Bucich Escobar, doctor Rafael A. Bullrich, Dr. Mario Belgrano, Ing. Alejandro E. Bunge, profesor Narciso Binayán, Sr. Eduardo Bradley, profesor Ricardo Cailliet Bois, profesor César Carrizo, monseñor Dr. Andrés Calcaño, Dr. Abel Chonetón, Dr. Manuel Corlés, Dr. Ramón J. Córca, capitán de fragata Teodoro Cailliet Bois, profesor Rómulo Carbia, profesor Atilio Chafforri, monseñor Dr. Miguel de Andrea, doctor Cupertino del Compo, Dr. Bernardo de Quiroz, Dr. Juan P. Echagüe, coronel Ernesto Florit, Dr. Boldomero Fernández Moreno, Dr. Enrique de Gondía, Dr. Aquiles González Oliver, Sr. Martín Gil, doctor Adolfo Gorstón, general Jorge Giovonelli, Sr. Eugenio A. Gollé, Dr. Juan González Corderón, Sr. González Garofio, Dr. Ataliva Herrera, Dr. Carlos Ibarquena, Dr. Ricardo Levene, Dr. Pedro M. Ledesma, Dr. Carlos A. Leumann, Dr. Ricardo D. Labauge, Sr. Carlos E. López Bucharda, Dr. Artemio Moreno, Dr. Ernesto Morales, general Francisco Medina, Dr. Lucio M. Quintana Moreno, Dr. Fernando Moreno, Dr. Rodolfo Medina, Dr. Julio Noé, Sr. Ernesto Nelson, Dr. Manuel Orús, coronel Juan J. Palacios, general Juan F. Farinini, Dr. Carlos E. Pueyrredón, Dr. Cesáreo de Quiros, Dr. Juan A. Quirno Costa, Sr. Benito Quinquela Martín, capitán de fragata Héctor R. Rotta, Sr. Rega Molina, Sr. Sigfrido Radaeli, profesor José Rezzano, profesora Clotilde G. de Rezzano, Dr. Ricardo Rojas, Dr. Horacio Rivarola, Ing. Ricardo Silveyra, Dr. Antonio Sagorno, Dr. Juan S. Spangenberg, Dr. Carlos Saavedra Lomas, Dr. Emilio Solanet, contraalmirante León L. Scasso, general Adolfo Espindola, Dr. Diógenes Urquiza Anchorena, Dr. César Urien, general Juan Tonozzi, Dr. Gastón Federico Tobal, general Juan E. Vaccarezza, Dr. César Vial, general Armando Verdugue, capitán de fragata Jacinto Yablen, contraalmirante Marcos A. Zor, Dr. Manuel Zuniga, Dr. Clodomiro Zavaglia, general Angel M. Zuloaga, Dr. Ricardo Zorroquin Becú.

tante tema, se le irán haciendo conocer gradualmente las formas más prácticas y eficientes de la defensa, sea ésta aérea o terrestre; el efecto de los proyectiles que se arrojan desde el cielo; las características principales de los mismos, el valor de los refugios, el concepto de su empleo, etc.

—¿Cree usted, general, que el pueblo no las interpretará como señal de alarma?

—Cree que no lo tomará como señal de alarma: primero, porque como ya lo he dicho, se le ha advertido del verdadero objeto de la instrucción, y segundo, porque, además de ser un pueblo que conoce a fondo la serena y clara situación política internacional de nuestro país, ya que todos sus problemas se debaten con la más amplia libertad por medio de la prensa. En síntesis, debo significar que esa es la manera de una siembra de ideales argentinos, y que ella es un gran fervor de patria por aquilatar los sentimientos de unidad. Tenemos fe en el logro de nuestros propósitos y en el triunfo del pueblo argentino. Y los pueblos, como los hombres de la vida, son los únicos que triunfan en las grandes empresas de la vida.

OBRA DE ARGENTINIDAD

Al irnos, pensamos todavía en las últimas palabras del general, la frase con que el coronel Mendiburu nos despediera:

—Sin unidad no hay grandeza; es necesario hacer patria.

Palabras que encierran una amplia acción futura, como, por ejemplo, la de construir bajo Buenos Aires dos grandes diagonales, para dotar a la ciudad de subterráneos que descongestionarian el tránsito, contribuyendo así a la solución de los problemas con los que nos servirían, en caso necesario, como eficaces y seguros refugios. Palabras que señalan, también, la meta de la marcha de la Nación Argentina. ♦

El teniente Beltrán durante una de sus interesantes disertaciones sobre la defensa aérea y ataques aéreos y defensa antiaérea, que pronuncia durante la audición "Una nación en marcha". Lo acompañan en la presente fotografía los señores María Argentina y el director artístico de la referida audición.



OFERTAS EXCEPCIONALES

CON MOTIVO DEL **50. ANIVERSARIO**
CON OBSEQUIOS A LOS COMPRADORES

FRUTALES SELECTOS

Árboles frutales seleccionados entre las mejores variedades (a nuestra elección), maduración escalonada, plantas injerto de 2 años. Mercaderes libre de empaque y acarreo, puesta en Estación de Ferrocarril.

Colección SAN MARTIN

15 plantas por \$ 8.—

- 1 CEREZO
- 2 CIRUELOS
- 1 DAMASCO
- 3 DURAZNOS
- 2 PERALES
- 2 MANZANOS
- 1 VID DE MESA

Colección BELGRANO

30 plantas por \$ 16.—

- 2 CEREZOS
- 3 CIRUELOS
- 2 DAMASCOS
- 3 DURAZNOS
- 4 MANZANOS
- 4 PERALES
- 2 HIGUERAS
- VIDES DE MESA

Colección PATRIA

60 plantas por \$ 30.—

- 2 ALMONDROS
- 2 CEREZOS
- 4 CIRUELOS
- 5 DAMASCOS
- 10 DURAZNOS
- 8 PERALES
- 6 MANZANOS
- 2 HIGUERAS
- 6 VIDES DE MESA
- 2 KAKIS
- 1 NISPERO

12 plantas en total, más
3 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de
3 años..... \$ 10.—
En extra fuerte..... \$ 14.—

Colección ARGENTINA

130 plantas por \$ 60.—

- 5 ALMONDROS
- 6 CEREZOS
- 6 CIRUELOS
- 10 DAMASCOS
- 25 DURAZNOS
- 20 PERALES
- 10 MANZANOS
- 110 plantas en total, más 20 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de 3 años..... \$ 70.—
En extra fuerte..... \$ 100.—

25 plantas en total, más
5 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de
3 años..... \$ 21.—
En extra fuerte..... \$ 27.—

Colección SARMIENTO

235 plantas por \$ 100.—

- 10 ALMONDROS
- 20 CEREZOS
- 15 DAMASCOS
- 50 DURAZNOS
- 25 PERALES
- 20 MANZANOS
- 10 HIGUERAS
- 200 plantas en total, más 35 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de 3 años..... \$ 130.—
En extra fuerte..... \$ 170.—

ROSALES SELECTOS

COLECCION SELECTA A PRECIO DE PROPAGANDA, INJERTADAS, DE PIE BAJO

- 1 Talisman, rojo escarlata anaranjado. (Nov.) \$ 1.50
- 2 Diana, rosado con amarillo. (Nov.) \$ 1.50
- 3 Etiole de France, colorado oscuro aterciop. \$ 1.—
- 4 Frau Karl Druschky, blanco puro..... \$ 1.—
- 5 George Dickson, rojo oscuro aterciopado. \$ 1.—
- 6 Radiance, rosado suave, interior de pétalos rosado fuerte..... \$ 1.—
- 7 Ideal, colorado oscuro, pesado..... \$ 1.—
- 8 Etiole de Hollande, rojo brillante. (Nov.) \$ 1.—
- 9 Red Radiance, rojo cereza..... \$ 1.—
- 10 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 11 PLANTAS INJERTO por \$ 8.— más 2 plantas de obsequio.
- 12 Presidente Hoover, anaranjado con rosa vivo, gran efecto. (Novedad.) \$ 1.50
- 13 Fragance, rojo carmesí oscuro..... \$ 1.—
- 14 Fleberg's Rosa Druschky, rosado brillante. (Novedad.) \$ 1.—
- 15 Miss. Edith Cavell, rojo sangre. (Novedad.) \$ 1.50
- 16 Laurent Garik, rojo carmin..... \$ 1.—
- 17 Jonathan J. L. Wock, rosado..... \$ 1.—
- 18 J. B. Clark, escarlata, pesado..... \$ 1.—
- 19 Mme. Maurice de Lutz, rosado, centro rosado vivo..... \$ 1.—
- 20 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 21 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 22 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 23 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 24 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 25 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 26 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 27 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 28 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 29 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 30 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 31 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 32 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 33 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 34 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 35 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 36 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 37 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 38 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 39 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 40 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 41 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 42 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 43 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 44 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 45 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 46 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 47 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 48 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 49 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 50 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 51 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 52 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 53 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 54 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 55 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 56 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 57 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 58 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 59 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—
- 60 Souvenir de G. Denoyel, colorado bermellón. \$ 1.—

- 32 Gotha..... \$ 2.—
- 33 Margaret Mc. Gredy..... \$ 1.—
- 34 Una Wallace..... \$ 1.—
- 35 Joannazambert..... \$ 1.—
- 36 Cheimart Duisburg..... \$ 1.—
- 37 Souvenir de George Permet..... \$ 1.—
- 38 Sterling..... \$ 2.50
- 39 E. G. Hill..... \$ 1.50
- 40 Joannazambert..... \$ 1.—
- 41 Everard Ketten..... \$ 1.—
- 42 Graf. Superior Arnold..... \$ 1.—
- 43 Williams F. Dyer..... \$ 1.—
- 44 Malat Ross..... \$ 1.—
- 45 Mme. Edward Herriot..... \$ 1.—
- 46 Ines Hill..... \$ 1.50
- 47 Elsie..... \$ 1.—
- 48 W. E. Chaplin..... \$ 1.50
- 49 Kistner Position..... \$ 1.—
- 50 Orange Perfecion..... \$ 1.—
- 51 Varied, pie alto..... \$ 3.—
- 52 Varied, pie alto..... \$ 4.—
- 53 Varied, pie bajo..... \$ 2.—
- 54 Varied, pie alto..... \$ 100.—

OBSEQUIOS

Las colecciones de 10 plantas de Rosales recibirán 2 Rosales; las de 25 plantas, 5 Rosales; las de 50 plantas, 10 Rosales, y las de 100 plantas, 20 Rosales de Obsequio, que se elegirán entre las soberbias variedades nuevas y de gran mérito, entre las cuales figuran Briarcliff, Better Times, Joseph Hill, H. J. Hill, Sterling, Dame Edith Helen, Ville de Paris, Padrig, etc.

OBSEQUIOS

UNA CANTIDAD DE FRUTALES A NUESTRA ELECCION, QUE SE INDICA EN CADA COLECCION.

Casa LUIS COSTANTINI

CALLAO 21

Bs. As.

U. T. 38-0096

SEMILLAS - PLANTAS - IMPLEMENTOS AGRICOLAS - FRUTAS - FLORES NATURALES
PARQUES Y JARDINES

VIVEROS

Luján-Muñiz-Rodríguez (Bs. Aires)-Ascochinga (Córdoba)-Chacras de Coria (Mendoza)

PLANTACIONES FRUTALES:


Calingasta (San Juan)

La Consulta (Mendoza)

Sortidos especiales a precios económicos de frutos cítricos, vides, árboles forestales, cañiferos y arbustos.

CONSULTENOS

Nuestro Catálogo General Ilustrado, con el tratado de Notas sobre Fruticultura, que contiene instrucciones sobre plantaciones, podas, abonos, tratamientos sanitarios, polinizadores, calendario para sembrar y todo lo útil para el agricultor, se enviará gratis a todo comprador o bien enviando \$ 2.—, importe que se descontará de su primer compra.

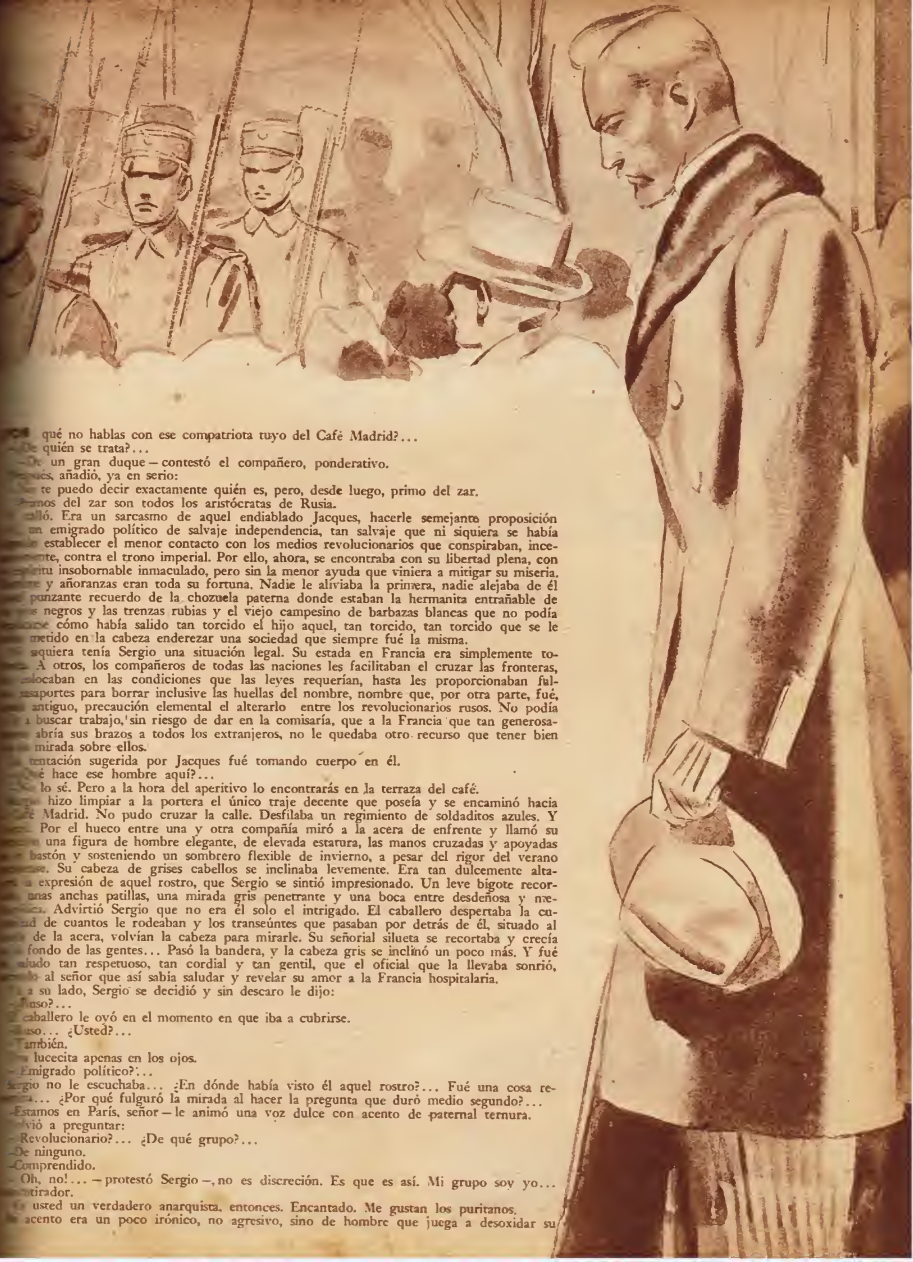


El gran Duque

Por *Jacinto Ramos*

ILUSTRACIONES
DE BERNABÓ

ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"





No hay felicidad comparable con la satisfacción de poder comer y digerir perfectamente los manjares de nuestro agrado.

Para los que se tienen que privar de comer por incapacidad digestiva ha sido creado el nuevo Digestivo Roermer, un producto muy fácil de tomar y de resultados satisfactorios. No es un medicamento más, sino un estimulante y regularizador de las funciones digestivas, que actúa proveyendo al estómago de los jugos, pepsinas, oxidasas, etc., que este delicado órgano necesita para cumplir su importante función.

El Digestivo Roermer se toma en las comidas, mezclado con el agua, vino o cerveza que se bebe.

**Digestivo
Roermer**

PRODUCTO
DEL
INSTITUTO
BIOQUÍMICO
MODELO

**CLORURO
OXIDASA
DE ROERMER**

inteligencia. Señalaba una mesa cercana, con tática invitación.

—¿Tiene usted algo que hacer ahora?...

—No, señor. Precisamente me he acercado a usted por si podía proporcionarme ocupación.

A tiempo que se sentaban, el señor comentó:

—Expeditivo también... Y con todo ello... ¡un delicioso manjar!

Sergio se sintió ruborizado.

Tornóse serio su interlocutor:

—Su alma es el alma de nuestra amada Rusia. Ni en este París donde todos encuentran un reflejo de sus patrias, se le puede olvidar...

—¿Verdad, hijo mío?...

—Sin embargo, usted debe de estar aquí por su gusto —avanzó Sergio.

—Estoy en París porque no puedo estar allí.

Otra vez el centelleo en los ojos. Pero ahora fue el de la emoción.

—Habría reconocido a aquel hombre que decían que era el gran imperio:

—¿Qué toma usted?...

Fue a levantarse.

—¿Usted?... ¡Usted es!...

El caballero le contuvo.

—Yo no soy nadie...

Puso sus manos sobre las del joven que se habían abalanzado a la mesa de mármol.

—Dos desterrados... por la misma voluntad.

Charlaron al día siguiente en el despacho del gran duque Alejandro, ex jefe de la guardia del zar, que a Sergio le había dado el puesto de *garconniere*. Y se lo dijo risueño.

—Pues se equivoca usted. Desde que yo lo habito, no ha habido más que una mujer.

Llegaron pronto a un acuerdo.

—Yo no haré sino presentarme. Usted será el encargado de hablar y de llevar la correspondencia y las cuentas del negocio.

El corazón de Sergio brinco de alegría.

Una importante casa austriaca concedió su representación para la industria pesada al gran duque.

que—decidió en los medios comerciales que por industria pesada una reina de madura edad del sur europeo—, ya que este gran negocio formado el firme propósito de no cobrar sus cuantiosas comisiones hasta que se levantara el destierro impuesto...

por que—imponerse o cuando menos manifestarle su imperial desagrado que viajase durante una larga temporada por donde le diera la gana.

a excepción de España.

—Comprenda usted, amigo mío, que la menor venta de mercancías, y tengo muchas posibilidades de acercamiento a las grandes empresas y grupos financieros, representa muchos miles de rublos. Alguien ha de acompañarme y es natural que yo me lleve un compatriota...

He dejado dormir el asunto mucho tiempo, pero seguramente seguirá durmiendo, mientras me quedara en París por vender. Pero desearía ser útil en algo y beneficiarme un poco a fin de que no tenga motivo alguno de agradecimiento a mí...

De esta forma, si volvemos a San Petersburgo podrá usted colocar una bomba en mi coche sin el menor riesgo de conciencia.

En pie, le tendió la mano.

—Como supongo que le corre prisa, le avisaré en breve de cuando me llamará a trabajar.

Cumplió su palabra. Cuarenta y ocho horas después Sergio su aviso.

Y durante varios meses el gran duque Alejandro y Sergio se ocuparon de encendidos manifestos políticos pasados por la parte del día juntos. Sergio le esperaba para almorzar en el Café Madrid, visitaban a prestigiosas firmas comerciales y se paraban, invariablemente, en la plaza de la Madeleine.

famoso templo parisense. Antes, el gran duque Alejandro se paraba en la perfumería situada en un chaflán de la plaza y el gran duque, acompañado por Sergio. Y en el momento de salir, el gran duque se ofrecía, todas las tardes, el mismo espectáculo cómico y doloroso. La miseria de las dependencias, el cotidiano cliente cruzaba el umbral, corría a colocarse en el lugar más próximo del mostrador para atenderle. Sergio se acordaba de aquel rostro que hubiese inmortalizado al pintor de la época.

ladrada a un lienzo, veía temblar, de los pies a la cabeza, el cuerpo armonioso que no se sabía por qué, evocaba la imagen de las playas mediterráneas que se abren entre Cannes y la frontera italiana. Y la mirada de la muchacha, como inatenta, se posaba en el gran duque, espasmo su menor gesto, hasta que él se iba.

su pedido. Una tarde en que hubo de alejarse para ir a dar un perfume raro en otra sección, retrocedió sin volver a mirarlo, las manos en la negra falda de uniforme, con la cabeza alzada levemente en una cortés reverencia. Y Sergio se acordó al encambrado compatriota este además le recordaba los días de tormentes de luz, deslumbramientos de uniformes, de



...ados, compases de minué, regalos de vida muelle en los salones, mientras los trineos se deslizaban sobre la nieve de los caminos en Siberia se iban encorvando las espaldas de los rebeldes. Luego era un nuevo temblor de las manos femeninas al entregar el paquete de lociones, jabón, pomadas, y un suspiro la voz que apenas podía pronunciar el:

—Bon jour, mesieurs...

El gran duque, sombrero en mano, le dirigía la palabra. En una ocasión en que atendía a otra cliente, rechazó con exquisita cortesía los servicios de una de sus compañeras y esperó. Y Sergio sintió que iba a caer desmayada cuando el idolo se acercó al mostrador, libre ya.

En la salida, detuvieronse frente a una agencia de turismo en una vidriera se veía un gran mapa de España.

Sergio dijo:

—Esa empleada es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Hermosísima... —respondió el gran duque Alejandro.

—No se ha dado cuenta de que está locamente enamorada de usted?...

El señor sonrió ligeramente y contestó:

—Ah, sí!... ¡La pobre!...

Sergio sintió un golpeazo en el pecho midiendo la distancia que le separaba de aquel hombre... ¿Era posible llegar hasta el extremo?... Podía un sentimiento de superioridad, fuese el que fuese, acallar la voz de más poderosa atracción que resonara en los ámbitos de la naturaleza?...

Pero su acompañante no le dio tiempo para estas meditaciones.

—Madrid... —murmuró.

En Madrid estaba ella. En las habitaciones que en el palacio real ocupaban el duque de Génova, la habían hospedado los reyes.

Y así decidió cortar el escándalo de sus amores. Su alteza tenía que ir a París por toda España. El gran duque Alejandro no podía poner el pie en su suelo.

Giró el caballero sobre sus talones con rigidez militar y se despidió.

—¿A quién saluda usted?... —preguntó Sergio.

Señaló el gran duque, con la cabeza, a unos novios que cruzaban entre la multitud, besándose frecuentemente con esos besos

cortos, rápidos, que son un poco más que caricia y no llegan a ser besos.

Llegó agosto de 1914 y con él la guerra... Cayeron los hombres... El gran duque Alejandro partió para San Petersburgo inmediatamente... Vino octubre de 1917... En Rusia se encendió la revolución... Se levantó un gobierno republicano y fué derribado... El ejército blanco invadía el territorio de Pedro el Grande.

Sergio estaba en el frente entre las filas bolcheviques. Su gorra era un cielo negro con una estrella roja. Apenas si se le hubiera reconocido: afeitado, hundido el pecho, contraídas las mandíbulas y apagado el brillo de sus ojos que serían ya, para siempre, cementerios en que yacían muchas ilusiones.

—¿Qué es eso, Iván?...

—Un fusilamiento, mi comandante.

Sergio vio pasar el pelotón. En seguida, en un automóvil, un militar de las tropas contrarrevolucionarias y unos oficiales del ejército rojo. Su rostro se contrajo más aun. Bruscamente se llevó la mano al cinturón... ¡Y gritó, gritó hasta asombrar a todos!...

—¡El coche!... ¡Pronto!... ¡El coche!...

Era tarde.

—¡Alto!... ¡Alto!... ¡Espera!...

Ya se alzaba un sable por puro formalismo, puesto que el gran duque Alejandro, a unos metros de distancia, tenía los ojos sin vendar y bien abiertos y los brazos sueltos... Hubo tan sólo unos segundos para que se cruzaran sus miradas, pero los suficientes para que el vencido reconociera al que llegaba jadeante y gritando y le sonriese sin poder terminar de levantar el brazo para saludarle y para que Sergio advirtiera en el rostro del antiguo compañero la misma expresión de antaño frente a la agencia de turismo de París.

El gran duque Alejandro despreciaba a la muerte que le acechaba en el piquete de ejecución con el mismo gesto entre soberbio y compasivo con que desechó a la vida que se le brindaba sumisa desde el mostrador de una perfumería en el boulevard de la Madeleine.

—¡Ah, sí!... ¡La pobre!... » ♦

FUERA DE LOS SETS

Cuando Errol Flynn



¡Hola! ¿Que se ha cometido un crimen? Bien, deje el asunto en mis manos, que no tardaré en descubrir al autor. ¿Cómo dice? ¿Que es usted el criminal? Un momento, ¿dónde estará mi pipá?... ¡Hola! ¡Hola!... ¿Es usted el muerto? Espere; tengo que consultar el manual.

Dentro de poco será famoso... ¡Un crimen! Veamos; ante todo, mi lupa. Bueno, esto está resultando bastante más difícil de lo que yo creía. ¿Por dónde empezaré? El "Tratado del buen detective" dice que hay que examinar las pruebas y buscar el móvil del criminal...



¡Ajá! El arma empleada... Sí, se trata de un revólver. No se alarmen ustedes, veré el caso en menos tiempo del que se tarda en pensarlo. Yo, Errol Flynn, me encargo personalmente del asunto. Y, a propósito, ¿verdad que tengo condiciones para ser actor?

quiso emular a Sherlock Holmes

El oficio de detective es hoy un oficio complicado. Los tiempos ya no son los mismos, y los métodos han cambiado. Desde Sherlock Holmes, que fumaba en pipa y usaba gorra de visera y americana a cuadros, hasta Philo Vance, elegante, científico y mundano, cada cual persigue al criminal según su estilo. Tal es el caso, también, de Errol Flynn, el astro cinematográfico norteamericano, cuyos primeros pasos en la materia se reflejan en las cuatro fotos de la presente nota gráfica. Fotos que, por arte y magia de sus profundos conocimientos en la materia, se han convertido en un curso gráfico y abreviado, de cuya eficacia no es posible dudar, ya que dan por resultado la captura del "sujeto". Después de leerse de un tirón una novela policial, y considerando que quizá había descubierto su verdadera vocación, Errol Flynn quiso poner en práctica los conocimientos adquiridos para una próxima película, y abrió una agencia de detectives, disponiéndose a cumplir a conciencia con sus nuevas funciones de sabueso policial. Pero, a juzgar por lo que puede verse aquí, la práctica no resultó, esta vez, igual a la teoría... ♦

Pronto hará importantes detenciones. Así... y ahora disculpa, pero tengo que irme a almorzar. ¡Coramba! ¿Cómo se sacará este endiablado chis, mey porque yo no soy el criminal, ¿eh? ¡Zio hay quien me ayude! Que llamen en seguida a un ladrón... digo, a un detective. Por que yo... resuacío.





POZO VERDE

Un cuento de **Manuel Cerbán Rivas**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

POZO VERDE era uno de los pueblos más bellos y pintorescos de aquella serranía. Situado en medio de un fértil valle, cuando se lo contemplaba desde las cimas de su cerco de montañas, se experimentaba la sensación de estar asomado al brocal de un inmenso pozo en cuyo fondo hubiese una aldea en miniatura. En su plaza se destacaba la iglesia, con su torrecita, en la que relucía una campana herida por los rayos del sol. El agua de una cascada que se precipitaba en el valle parecía un espejo prendido de un tapiz y, recortado al pie de una colina se divisaba un cuadrito: el cementerio, orlado de mirtos, con sus oscuros cipreses y sus blancas tumbas, cuyas cruces parecían hechas para ser colgadas al cuello de un niño. Pozo Verde parecía un tablador, cubierto con una maravillosa decoración, en el que se estuviesen representando escenas campestres, o un país hecho por las hadas para ser habitado por pequeños faunos.

El suave ruido que producían los árboles al ser mecidos por el viento; el murmullo del agua; el canto de las aves y los balidos de las

ovejas concertábanse con la cansada voz del boyero, las risas de los campesinos y los arrullos de las madres que dormían a

Pero si un contemplativo ingenuo, en lugar de seguir su camino, el espíritu embargado por el bello espectáculo, descendía al valle y se internaba en Pozo Verde, sufría un amargo despertar. Dicho pueblo tenía, como todos, un intendente llamado (como el Buen Ladrón), un juez, conocido por don Gesa (Mal Ladrón), tan generoso que siempre epilogaba las causas criminales con reeligiosarios y amigos con la frase hecha: "No afecta su honor", aunque hubiesen cometido parricidio o robo, y un comisario grande y barrigón, color mate, apodado por sobrados motivos. También tenía Pozo Verde su médico, producto de una de las últimas cosechas universitarias, gran poco práctico, amable y altruista (aunque algo pedante), que perdonaba todo, menos que su apellido, Santolito, no fuese por el calificativo "doctor". Y su cura, un santo viejito

do, el que daba a los necesitados todo cuanto caía en sus manos, que, como reverso de la medalla, acompañaba un sacristán hipócrita y rapavela, explotador de fanáticos, amarillo y largo su nombre: Ciríaco, despectivo de cirio.

faltaba, naturalmente, en Pozo Verde, un maestro de escuela, don Juan, que vivía de esperanzas; un farmacéutico aguatero, cómplice peluquero desollador, sacamuelas y curandero clandestino; y, del coro formado por paisanos, chacareros, mozas, usureros y otros, un cuerpo de baile integrado por los poltriquillos que, alrededor del escudillaje, Las mujeres (y también los hombres) vituperaban mutuamente o se elogiaban, amabanse o se aborrecían, llegando hasta el sacrificio o descendiendo hasta la infamia, el caso.

en un pueblo que era como todos, no podía faltar un zonzoo, y Verde tenía el suyo, al que habían apodado "Gillillo", sirviendo, para diversión de los vecinos, sino también para su descanso, les ayudaba a limpiar sus casas, lo que era pagado con sobras de comida, cigarillos, ponchos y zapatos viejos, y con alguna ropa usada que por los agujeros de ella "Gillillo" mostraba la mitad de

degreñadas carnes. Una vez que el doctor Santolío se encontraba con aquel desagradable, lamentábase de que no hubiese sido eliminado al nacer, pues, además de carecer de inteligencia, era contrahecho: su espalda deformada, y su cabeza grande y su ancho pecho resultaban proporcionados para sus cortas piernas; además, sus largos brazos, aplastados, boca enorme y ojos redondos, le daban el aspecto de un animal. Las pocas palabras que conocía las pronunciaba con dificultad, resultando casi incomprensible su conversación.

La mayoría de los vecinos de Pozo Verde no le daban mayor trascendencia al caso de "Gillillo", pero los que se creían personas ilustradas, con desprecio, llegando hasta expresárselo de viva voz, que no resultaba del todo inhumano, porque el inocente se daba aquellos "espíritus selectos" le dirigían amables frases.

En la casa del intendente se reunían todas las noches a jugar al tute, el juez, el médico y el maestro de escuela. Este último, la mayoría de las veces se conformaba con verlos jugar, por encontrarlo de recursos, aconsejándole algunas jugadas al cura cuando el doctor Dimas o don Gesta le miraban las cartas para hacerle perder burdas trampas.

En esas noches, entre mano y mano, discutían de asuntos ajenos al deber de hacer caso de los síes de la intendencia para que hablasen con ellos, porque con los gritos que daban no podían dormirse sus hijos. El doctor Santolío procuraba siempre llevar la conversación al tema: el eugenismo, que era el asunto que lo obsesionaba, y el pueblo que ponía a menudo era el caso de "Gillillo", por ser el más perjudicado de los concurrentes.

— Sí, señores — decía el médico con mucho énfasis —, la eugenesia es una de las ramas de la ciencia más importante. Si a ese degredado "Gillillo" le hubiesen aplicado la eutanasia, la humanidad habría ganado mucho.

— ¿Es una infamia! Un disparate que no hay ley divina ni humana que autorice — interrumpía el cura —. La misma culpa tiene ese caso de ser idiota como la tiene usted de ser doctor. — ¡No, don Cándido, pero no es lo mismo — exclamaba el médico, — ¡fijado —. Estamos hablando sobre la selección de la especie. ¿Qué selección ni qué ocho cuartos! — vociferaba don Cándido —. La selección ya la hace Dios por medio de la naturaleza! ¿Puede saber la misión que a cada ser le ha sido asignada? Hasta los perros han cumplido grandes acciones: muchos perros han salvado a personas y unos gansos salvaron un imperio.

— ¡Pores — decía el juez —, yo creo que deberían de ser aplicadas al caso de la eugenesia, pero la eutanasia me parece inaceptable. — La opinión tiene usted sobre esto, señor maestro?

— Usted sabe, don Gesta, que mis opiniones nunca han valido nada, así, digo, que se me está aplicando desde hace tiempo algo peor que la eutanasia: que es la buena muerte, o sea la muerte lenta por negligencia, sin que nadie se preocupe de ello.

— Las ocurrencias del maestro provocaban sonrisas y todos miraban al juez, pero éste no se daba por aludido, por estar tramando, en los momentos, arreglos políticos con el comisario "Caifás", o cuando impresiones sobre el mástil para la bandera, que en breve sería inaugurado.

— Bueno, amigos, ¡bamos diciendo... — proseguía el doctor —. Lo que íbamos diciendo — exclamaba ahora la señora —, ¡¡¡¡ desde la puerta del dormitorio — era que hablasen un poco más bajo, que despiertan a mis chicos. ¿O es que se han vuelto sordos?

Después de esto, cada cual se iba a su casa.

"Gillillo" vivía en un rancho de adobe situado al pie de un antiguo templo, construido detrás de las montañas que circundaban a Pozo Verde. Desde allí se llegaba al pueblo en pocos minutos, no así las personas que tenían que rodear las sierras hasta desembocar en la cascada para caer en el valle.



Esta es
la única
y
verdadera!

desde
30
ctvs



Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco. La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.

¿POR QUÉ EXPONERSE

a perder el tren por 1 minuto?, a llegar tarde a su oficina, cuando Ud. puede conseguir Gratis la Hora Exacta de su reloj, confiándolo un día al

OBSERVATORIO
CRONOMETRICO

DE

Nicolas Scarina

ANTES MAIPU Y SARMIENTO

Hoy FLORIDA 248, Bs.As.

(Tel. 67-32971) PISO 1º (Asc.)

DE SCARINA OBTENDRA MAXIMA PRECISION EN SU RELOJ

YA SE VE:

LONGINES
ULISSE-NARDIN
PATEK-COPART
VACHERON-CONSTANT
SOLIVY-OMEGA
JEWETT-MORAVO
ELECTRON-VULCAIN
GRAND-PENHOSE

MINIMOS PRECIOS

DISCOS CLASICOS
Y POPULARES

en perfecto estado

COMPRE
VENDE
CASA CHICA

Llama o pase por: SALTA 676 - U.T. 38 - 7609

Bu. de INCOVEN 269-0137-2402

ANEXO: TALLER REPARACIONES-VICTORLAS

MEMBRANAS-REPUESTOS

La conjuntivitis purulenta es una enfermedad fácil de evitar y curable, pero, si no se ataca a tiempo, los ojos pueden sufrir daños irreparables.

PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS

Trabaje con provecho en su propia casa

Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", que la vendemos por sólo pesos 250.— y con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta \$ 200.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE CO

SALTA N° 482 Buenos Aires

El Idioma Ingles

Libro GRATIS!

que le demuestra la facilidad con que puede aprender INGLES práctica y rápidamente en su casa. Aproveche la oportunidad que se le presenta de mejorar su posición.

★ PIDA EL SUYO HOY MISMO ★

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente.
NATIONAL SCHOOLS, Inc., Boston.
Buenos Aires, R. Argentina, Depto. 385-SL
Mándeme el Libro GRATIS "El Idioma Ingles"
Nombre edad
Dirección
Localidad

Una noche en que el doctor Sanrolo volvía de la casa del intendente, con un voluminoso libro que había llevado a la reunión para confundir con sus teorías a don Cándido, tropezó en la plaza con "Gillillo", que venía corriendo, el que le dijo con su deficiente lenguaje:

—Agua, che, médico, mucha agua, allá, allá, mucha agua. La casa grande rota, y sale agua así, así — y, al expresar esto, hacía con sus manos movimientos descendentes apresurados.

El doctor no dudó ni un momento de las palabras de "Gillillo", sabiendo, además, que el dique era ya muy viejo y el día anterior había llovido mucho.

"Entonces — pensó el médico — el pueblo está perdido, pero aun queda tiempo para que nos salvemos todos; las aguas tienen varios kilómetros que recorrer". Mientras pensaba esto ya iba corriendo hacia la iglesia, seguido por "Gillillo", llamando a grandes voces al sacristán y al cura, que por suerte estaban todavía levantados. Ordenó a Ciriaco que tocara inmediatamente a rebato, puso a don Cándido al corriente de lo que ocurría, y sin perder un momento fue en busca del intendente y del comisario, en tanto que el cura avisaba a los vecinos más cercanos.

"Gillillo", olvidado ya de lo que había visto y sin darse cuenta del peligro que corría, se quedó mirando al sacristán, el cual acostumbraba a darle un cigarrillo cuando en las grandes fiestas le ayudaba a tocar la campana. Ciriaco, aprovechándose de aquella circunstancia, le dijo al inocente que siguiera tirando de la cuerda, hasta que él volviese para darle el pago acostumbrado, y escapó como hoja que lleva el viento, mientras "Gillillo" siguió tocando a rebato, deleitándose con aquel sonido monótono, como la mayoría de los idiotas, y contento como un niño al que le entregan el juguete deseado.

El intendente, el juez, el médico y el comisario seguían al cura, quien, apoyado en un recio bastón, golpeaba en todas las puertas, gritando: "¡El dique se ha roto, rápido, a las montañas! ¡Corran hacia el cerro más próximo!"

En pocos momentos todos los vecinos de Pozo Verde estuvieron enterados de la catástrofe que se aproximaba. Los pobladores del valle llegaban jadeantes al pueblo, alarmados por el toque de rebato, al que se habían unido los ladridos de los perros y el canto de los gallos. Hombres y mujeres seguidos por niños, y otros llevándolos en los brazos o de la mano, corrían para ganar las alturas. Muchos iban a medio vestir; la mayoría, envueltos en mantones, en cobijas o en sábanas, huía descalza. Una niña llevaba un gato al que cuidaba como a un hijo; otras no abandonaron a sus muñecas, y un niño abrazaba una jaula con un pájaro alborotado adentro. Algunas ancianas conducían canastos con pollos, y una moza luchaba con un lechón que quería escapársele de entre los brazos, dando agudos gritos. Las personas más cobardes iban delante, pero otras ayudaban a los padres a llevar a sus hijos; conducían enfermos, algunos hasta sobre sus hombros; o eran el sostén de las ancianas. Don Cándido daba el ejemplo socorriendo a todos inculcándoles su fe, sin que se notara en el cansancio ni desaliento, a pesar de su avanzada edad. El usurero iba agobiado por una arquilla llena con el tesoro que había cambiado por su alma, y el juez, en aquellos momentos de agonía, sentía también el peso de su conciencia e iban ambos caminando a la par, como una yunta unida al mismo yugo. El intendente y el comisario se multiplicaban para poder atender, no sólo a sus familias, sino a los demás, porque cuando no mediaba la política eran capaces hasta de ser buenos, y el médico, haciendo honor a su profesión, atendía a todo el que lo necesitaba, sin preocu-



parte del peligro. Uno de los que tuvo ser atendido fué el maestro de escuela, a quien se le cayó encima un pedruzco de albañilería, produciendo un desmayo en medio de algunos alumnos, cuando les iba enseñando a leer, momento en que valían en los momentos de peligro la entereza de ánimo y la resistencia física.

Los pasivos eran los más molestos, los más mezclados entre los altruistas entorpecidos. Los hipócritas fueron descubiertos en aquella patética jornada, porque no se preocuparon ni a sus propios hijos, a pesar de compadecerse de todos con palabras dulces y melosas.

Ya se percibía el olor a lodo y a barro, como el ruido del torrente, cuando la multitud, deprimida por el cansancio y el miedo, empezó a trepar por la falda de la montaña, siempre alertas, seguían avisando al pueblo, y, a lo lejos, como un continuo gemido, se oían los desesperados bramidos de los animales, que no habiendo podido ser libertados por sus dueños sentían el peso de la muerte, una muerte cierta, y el tan sólo campana tocada por "Gillillo".

La mayoría de los habitantes de Pozo Verde estaban ya sobre la meseta, cuando los horrores, que el aluvión se precipitaba por la cascada en el valle. El espectáculo, aunque dramático, resultaba bello, a pesar de la luz de luna, que, esa noche, como un sarcasmo, parecía iluminar la escena.

En pocos minutos todo fué desmoronado.

bajo las aguas de aquella espantosa tromba, empujando, al ruido que producía, el llanto de las mujeres y los niños, y los angustiosos gritos de los hombres, al ver que se iba perdiendo todo lo que habían acumulado en tantos años de sacrificio y los lugares que amaban: las tierras de labranza, con sus árboles, sus parvas y sus ganados; las chacras, sus frutales y sus corrales llenos de aves; las casitas blancas, con jardines como alfombras de terciopelo bordadas de flores, y la iglesia, entonces muda su campana, tras un retanado repiqueteo, no sobresaliendo de las aguas más que la cruz de la torre.

Todo el valle de Pozo Verde había quedado convertido en un caudaloso río, en el que los sapos con su croar y los patos con sus graznidos celebraban alegremente su nombramiento feliz. Y, sobre aquel desastre, las noches nocturnas con sus lúgubres gritos acentuaban la tristeza que había anidado en todos los animos.

El médico y el cura, que eran los únicos que habían echado de menos a "Gilillo", iban en ludo a otro preguntando por él, hasta que tropezaron con el sacristán. Este, al ser interrogado, les contestó "que, a ruegos de "Gilillo", lo había dejado en la sacristía todo a rebato, porque siendo él un sacristán, servidor de la iglesia, tenía el deber de estar en socorro de sus semejantes".

El doctor midió a Ciriaco de pies a cabeza una mirada despreciativa, al mismo tiempo que exclamaba don Cándido, con voz sonora:

— Dios mío, y yo que creía al oír la campana que este infame había muerto cumpliendo con su deber!

Poscído de noble indignación, intentó ir también al hipócrita sacristán de un amenaza, lo que fué evitado por la rápida intervención del médico.

Entonces — exclamó éste apesadumbrado — el único que se ha ahogado ha sido el "Gilillo".

Oiga, doctor Santolito — le contestó don Cándido recordando las ideas del médico y haciendo la ira que le había producido la leve acción del sacristán —: ese monje, como algunos le llamaban, tenía una misión que cumplir, como todos los seres, y ahora quedado demostrado cuán grande era la suya. Esto ya se lo dije a usted en otra ocasión. No se olvide más de ello, señor doctor...

— continuó, mirando emocionado a los que rodeaban —: Tengan fe, hijos míos; cuando llegue el día nos dirigiremos a la aldea más próxima para pedir hospitalidad; mientras tanto vamos a rezar por el alma de "Gilillo", y así nuestro sueldo salvado por don Cándido se alejó seguido por los pecados.

El joven médico no contestó nada al sacerdote, pero impresionado por sus palabras, por los acontecimientos que había presenciado aquella terrible noche y por la trágica muerte de "Gilillo", sacó el libro que conservaba en el brazo, lo miró pensativo, pareciendo que dudaba un momento; pero al fin, haciendo una mueca despectiva al mismo tiempo se encogía de hombros, con rápido ademán lo arrojó a las aguas del torrente. Empezaba a aclarar el día. En las tierras almorzaban los primeros gorjeos de los pájaros, el albedeo de las perdices y los chirridos que una producían los grillos con sus alas y, descendiendo en la armonía de la naturaleza, los susurros suspiros de los hombres y los sollozos de las mujeres, que ya estaban casadas de besar. Los niños, por fin, se habían dormido. La luna, eterna espectadora, contemplaba aquella escena alamburrida con su luz esfumada por la aurora, mientras el cuerpo del ahogado "Gilillo" era llevado por las aguas del torrente rumbo a las profundidades del océano. ☼

tienen TOS

LOS que sufren de bronquitis,
los que fuman con exceso,
los convalecientes de gripe y
pulmonías,
los que tienen irritación de
garganta.



PASTILLAS Dr. ANDREU

Calman la TOS, facilitan la expectoración y
descongestionan las mucosas respiratorias.

Una poción pectoral de bolsillo!

La profilaxis correcta del "Método Crede" debe aplicarse inmediatamente después del nacimiento. — PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

**SEA USTED AUN MAS
HERMOSA! Y CON
MAYORES ATRACTIVOS!**

QUELLO SINCEBADOUCAS OPERAS MANHAI QUELLE

SEÑORA, SEÑORITA... Todo abandona su artificialidad. Las defecías del cutis y de la belleza femenina son fáciles de corregir si *Estad* se preocupa de su persona! **¡ENTONCES!**... Cuida su belleza: Será hermosa y admirada.

MADAME BERARD experta en belleza, aplica en su Instituto los métodos y productos de su elaboración de acuerdo a cada caso. **PRUEBAS GRATIS.** Atiende todos los días, de 14 a 20 horas. Las damas del interior interesadas en conocer los precios de mis productos soliciten por carta los folletos explicativos. No es necesario agregar estampillas.

MADAME BERARD
Calle Tucumán 637 - Bs. Aires

GRATIS Solicita el libro de "El Secreto Revelado" en belleza y higiene

POLVERILLOS
DE MADAME BERARD

"POLVERILLOS" reemplaza con ventaja las Cremas inferiores y sustituye los POLVOS, embellece el CUTIS fresco, marchito. "POLVERILLOS" emmascara la PIEL, indicia que elige para las MANCHAS, PECAS, BARRITOS, ALISA las ARRUGAS. Blanquea el CUTIS y las MANOS. Estimula el VELLO.

CREMA - EXPRES - LIQUIDA

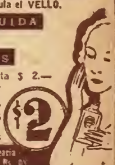
EN CUARTO DE LITRO

PARA TRES MESES

"POLVERILLOS" es económico, cuesta \$ 2.— Un cuarto de litro crema lechosa perfumada. Se remite Contra - Rembolso. En venta en todas las FARMACIAS y PERFUMERIAS y en los LABORATORIOS **MADAME BERARD**.
Calle TUCUMAN 637 - Bs. Aires

POLVERILLOS

Se vende la Farmacia FRANCISCO INGLÉS N.º 21



El Fio Sam se

Los oficiales de Kentucky extienden con gran rapidez largas líneas de comunicaciones telefónicas usando los pinos como postes, donde los hay.

PAIS EXTRAORDINARIAMENTE CAPACITADO PARA LA PRODUCCION BELICA, EL DEL NORTE ENSEÑA AHORA A SUS HIJOS EL MANEJO DE LOS NUMEROSOS ELEMENTOS DE GUERRA QUE FABRICA

Escribe

Jorge Gros

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



Ultima etapa de un ataque con fusiles y gases contra un cañón 75, durante un simulacro de combate entre los oficiales de la Guardia Nacional Estadounidense.

prepara

Es posible que estemos viviendo el gran momento de las civilizaciones guerreras por siempre, y de ahí que no pueda pasar un tiempo sin que el hombre tenga que prepararse en matar para asegurar su vida que ya nos viene de siglos, y va hacia adelante sin miras de terminar. La vieja Europa, técnica en las cuestiones vitales por lo tanto, en las mortíferas, tiene la guerra encendida y sus chispas amenazan extenderse al mundo entero. En vista de esto, las naciones vuelven a recordar que a veces hay que matar para vivir, y la guerra es un tiempo de vivir matando, lo que requiere aprendizaje. Los Estados Unidos, que por el Atlántico escuchan el fuego del aguerrido Occidente, y por el Pacífico se encuentra ante el frenético Oriente, constituye, puede decirse, la vanguardia del gran continente americano y es lógico hacerlo en los actuales mo-

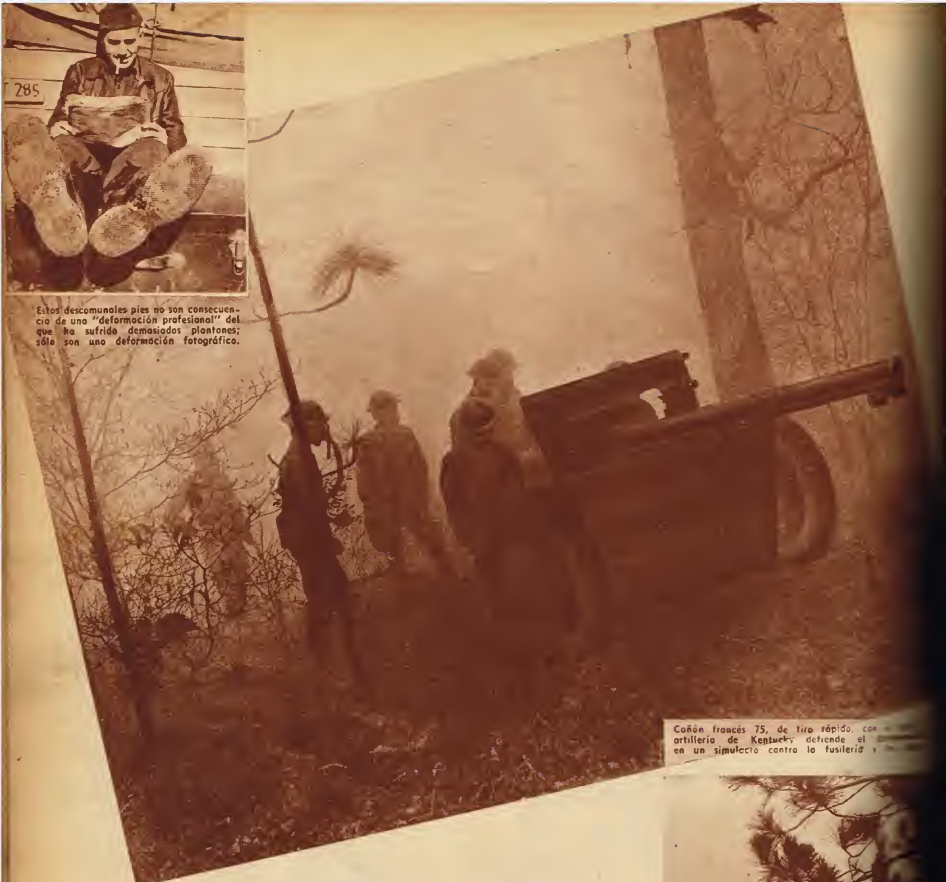
mentos nocturnos de una de las compañías que sirven con toda rapidez los oficiales de la Guardia Nacional en las maniobras de Kentucky.



"¡Altai!" ¿Y quién avanza ante la amenazadora actitud de esta guardia nacional estadounidense que marcha con energía la terminante orden?



Estos descomunales pies no son consecuencia de una "deformación profesional" del que ha sufrido demasiados platooners, sólo son una deformación fotográfica.



Cañón francés 75, de tiro rápido, con artillería de Kentucky, defiende el campamento en un simulacro contra la fusilería.

mentos, alista sus hombres en el manejo de todo ese enorme material bélico que lo señala como un país extraordinariamente capacitado para la producción de armamentos en gran escala.

Naturalmente, cualquiera que sea la cantidad de cañones, éstos resultarán ineficaces si no son manejados por buenos artilleros, los cuales, a su vez, no llenarán su objetivo si no están dirigidos por buenos tácticos y estrategas. De manera que se impone la enseñanza rigurosa tanto en el manejo de las armas como en la vida de guerra, por medio de la severa instrucción individual y de los simulacros de combate en plena campaña.

Pero la vida de guerra presenta aspectos múltiples. No sólo el manejo de un fusil es cosa que requiere larga práctica, pues hay que saber tirar con buena puntería, llevarlo sin que moleste cuando se hacen otros trabajos, usarlo con la bayoneta calada y ser ducho en su esgrima. Lo demás tiene tanta o quizá mayor importancia, y su aprendizaje lleva aún más tiempo. Hay que aprender a vivir en los campos y en los montes, en las llanuras y en las sierras, sin desorganizarse, sin que de-

caiga la moral, sin enfermarse, y trabajando de continuo en diversos menesteres, unos calculados y otros imprevistos, dadas las circunstancias siempre diferentes que sorprenden al soldado en acción. El cambio de lugar de un campamento exige una técnica especial que debe ser aprendida en la práctica. Las defensas naturales que el soldado puede hallar y utilizar con éxito en la topografía requieren un conocimiento que es conveniente poseer antes de que la verdadera guerra lo enseñe a elevado precio. El transporte apremiante de provisiones de boca, piezas de artillería, parapetos y otros elementos de combate necesita ser realizado con la rapidez y la seguridad de lo que ya se ha hecho muchas veces. El servicio de comunicaciones debe maniobrar en medio de todo esto como un colaborador inseparable del resto del ejército, y su tarea es un continuo tender líneas telegráficas y telefónicas a través de los lugares más arriesgados, como son las montañas y las

Una buena organización de tiempo para todo, esto para lavar la ropa mientras se espera al "enemigo". Estos oficios sobran hacerlo como los soldados.



de matarse, porque ninguno de los bandos aceptaría declararse vencido teniendo a todos sus hombres en pie y dispuestos a seguir peleando.

Es fama que los ingleses no desconfían su "comfort" ni en plena guerra, y los norteamericanos, dignos descendientes de anglosajones, levantan campamentos que reúnen las mayores comodidades posibles en tales circunstancias. Sus carpas, bien alineadas y limpias, pueden cerrarse casi herméticamente, y junto a sus puertas suelen verse sillas plegadizas... Sin embargo, cualquiera de sus habitantes es capaz de dormir perfectamente bien a la intemperie, porque así es la vida militar.

En la instrucción individual tiene destacado lugar la esgrima de la bayoneta calada, esgrima muy especial y muy diferente a todas las que el común de las gentes conoce, pues el peso del fusil obliga a usar de una técnica que requiere mucha práctica. Cada oficial debe conocer a fondo un cañón y debe saber desempeñarse en cualquiera de sus puestos. En

Kentucky tiene preferencia el cañón tipo francés 75, de tiro rápido, y el ejercicio que se realiza con esta arma es permanente y de sumo interés para el regimiento.

Y, un hombre en la guerra, hasta debe saber lavar su ropa, porque el asco es uno de los factores que ayudan a mantener la moral elevada, o a no dejarla caer del todo en los momentos adversos. En Kentucky se hace todo cuanto la guerra obliga a aprender a hacer bien. Y de este modo los oficiales de la Guardia Nacional no podrán ser sorprendidos por ninguna eventualidad. En estos tiempos, en los que para vivir tranquilos y asegurar el porvenir de nuestros hijos hay que aprender a matar, América se prepara para su defensa con la actividad máxima que es capaz de desarrollar. Todos sueñan con la paz, pero para disfrutarla hay que tener fuerza suficiente para mantenerla. De ahí los fusiles, los cañones, la guerra... O la posible "paz armada" que está preparando Norte América. ☼

peleando contra un "enemigo" muy útil para aprender. El manejo de la bayoneta exige destreza y decisión, cosas que no se adquieren sin una gran práctica.

Comisiones demasiado descubiertas al fuego del enemigo. Y así, todas las demás actividades de un ejército exigen una técnica que la teoría no podría satisfacer.

Es interesante la preparación militar que hace la oficialidad de la Guardia Nacional de Kentucky, en el Estado de Kentucky. Sus campamentos, situados en plena campaña, en una pie de guerra y en continua "batalla", son un perpetuo simulacro de guerra. El campamento ataca al otro con todos los medios que dispone, y lo toma, o no lo toma y a su vez cae en poder del enemigo, según el éxito de la estrategia de su comandante. Los técnicos observadores, los cuales fallan sobre los resultados parciales a medida que se va desarrollando la acción, hasta llegar así al resultado final, pues de lo contrario sería cosa

Aprenda RADIO Y ARME SU RECEPTOR



MUCHO DINERO GANAN LOS TECNICOS EN RADIO

Usted también ganará más y vivirá mejor. La Radio le brinda esta oportunidad. Aprenda RADIO por Correspondencia con NUESTRAS FAMOSAS LECCIONES PRACTICAS. Con la cual le enviaremos completamente gratis todos los materiales y herramientas para armar un potente receptor de TODA ONDA — Mundial — de OCHO lámparas metálicas y ojo eléctrico, para ambos corrientes. Si no dispone de corriente, le enviaremos materiales para 6 ó 32 voltios.

GRATIS

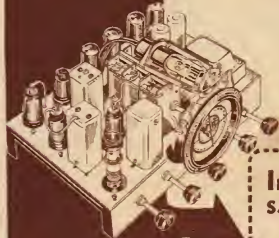
ESTE RECEPTOR MUNDIAL

SISTEMA FACIL, COMODO, RAPIDO Y PERFECCIONADO

El curso puede pagarlo en pequeños cuantos mensuales y el receptor armado queda de su propiedad. Todos los envíos de materiales, herramientas, lecciones, sobres, Diploma, etc., los recibe gratis y con flete pago. Decídase hoy a ganar dinero en RADIO y armar su receptor.

INSTITUTO INTERAMERICANO

Siempre el Mejor Instituto de Radio.



Envíe ESTE CUPÓN

y solicite informes Gratis

Instituto Interamericano SAN PEDRITO 72 Buenos Aires

Sírvanse enviarme informes GRATIS del curso de Radio por Correo, según su aviso.

Nombre.....

Calle.....

Localidad..... L. 168

Novela de un spahi

La famosa obra de PIERRE LOTI

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

INTRODUCCION

I

IB LED-EL-ATEUCH!, y los moros tiemblan pensando en el país de la sed, en el "mar sin agua". Es el desierto del Sahara que se orilla días y días al descender de Africa al sur de Marruecos.

Estas solitarias playas tienen 500 leguas de largo, sin abrigo para el navío que pasa, sin un vestigio de vida, sin una planta. Desfilan, con monotonía triste, las soledades, las dunas invisibles, los horizontes indefinidos; y el calor aumenta día a día de intensidad.



Raúl
Valencia



La prueba



—Le escribí pidiéndole su fotografía, creyendo que ya me habría perdonado, pero veo que no es así.

Y, luego, aparece al fin por encima de las arenas una ciudad blanca, plantada de palmeras amarillas: es la capital de Senegal, San Luis del Senegal.

Una iglesia, una mezquita, una torre, casas de estilo morisco. Todo parece dormir bajo el candente sol, como las ciudades portuguesas que florecían años ha en la costa del Congo: San Pablo y San Felipe de Benguela.

Nos aproximamos y, sorprendidos, vemos que esta ciudad no está construida sobre la playa, que no tiene puerto, ni comunicaciones con el exterior. La costa, siempre recta y baja, es inhospitable como la del Sahara, y una línea eterna de rompientes impide el arribo de los barcos.

Se observa lo que no había sido visto desde lejos: gigantescos hormigueros humanos en las orillas, miles y miles de chozas de brezo, cabafías lipiutenses de techumbres agudas en las que se agita una población negra. Son dos grandes ciudades yofas: Fout-el-dar y N'dar-tout, que están entre San Luis y el mar.

Dereniéndose ante este país, se ven llegar largas piraguas de espólin, de contornos de tribuna, de hocico de pez, tripuladas por hombres negros que reman parados. Estos bateros son héroes enjutos, de formas y de músculos admirables, con cara de gorila. Mientras pasan las rompientes, vuelcan diez veces, por lo menos. Con una constancia negresca, agilidad y fuerza de *clown*, diez veces enderezan su piragua y prosiguen la marcha. El sudor y el agua corren por su piel desnuda, semejante al ébano reluciente.

Llegan, sin embargo, y sonríen con aire de triunfo, descubriendo sus magníficas dentaduras blancas. Su vestido es tan sólo un amuleto y un collar de vidrio; su impedimenta, una caja de plomo, fuertemente cerrada: la caja de las cartas.

Se encuentran allí las órdenes del gobernador para el barco que arriba; en ella se guardan los papeles dirigidos a las gentes de la colonia.

Cuando hay prisa, puede uno confiarse sin temor a estos hombres, seguro de ser pescado y vuelto a pescar con todo cuidado, y depositado luego sobre la arena.

Pero es más cómodo proseguir su camino hasta la desembocadura del Senegal, en la que las lanchas planas llegan a tomarnos y nos llevan tranquilamente a San Luis, por el río.

Este aislamiento del mar es para el país causa de gran estancamiento y tristeza. San Luis no puede servir de punto de escala a los trasatlánticos ni a los barcos que se dirigen al hemisfe-

rio opuesto. Se va allá cuando no hay ya adónde ir; pero nadie *pasa* jamás por allí, y es como sentirse prisionero y separado del resto del mundo.

II

Cerca de la mezquita, en el barrio norte de San Luis, había una vieja casita aislada perteneciente a un tal Sambá-Hamet, comerciante del alto río. Estaba toda enjalbegada de cal; sus paredes, de ladrillos resquebrajados; las tablas, carcomidas por la sequedad, servían de asilo a miles de termitas, de hormigas blancas y de lagartos azules. Dos marabúes paraban en su techumbre, al sol, alargando gravemente su cuello pelado hacia la calle recta y desierta, si alguien pasaba por ella, por mala casualidad. Qué tristeza la de esta tierra de África! Una fina palmera espinosa pasaba diariamente su débil sombra a lo largo de la ardiente pared. Este árbol era el único del barrio, en el que la vista no hallaba punto alguno en que detenerse. Sobre sus palmas amarillas iban a asentarse con frecuencia bandadas de esos pajaritos diminutos que en Francia llaman bengalites. Todo era arena alrededor; siempre arena. Ni un musgo, ni una brizna de hierba en este suelo reseco por los ardientes soplos del Sahara.

III

Una vieja negra horrible, llamada Curán'diaye, antigua favorita de un poderoso rey negro, vivía abajo, entre los restos de su fortuna, y allí había instalado sus curiosos andrajos, sus esclavitas cubiertas de azules gargarillas, sus colchas, sus cameros comudos y sus delgados perros barcinos.

Había arriba una gran pieza cuadrada, de techo alto, a la que se subía por una escalera exterior, de madera carcomida por el tiempo.

IV

Cada día un hombre con chaquetilla roja, con un fez musulmán, un spahi, subía a casa de Sambá-Hamet a la hora del crepúsculo. Los dos marabúes de Curán'diaye lo observaban venir desde lejos. En el extremo opuesto de la ciudad muerta, reconocían los colores vistosos de su traje, su tipo, su paso, y lo dejaban entrar sin aparentar inquietud, como persona de mucho tiempo conocida.

Era de alta estatura, de cabeza altiva y arrogante. De pura raza blanca, aunque el sol de África le hubiese atezado recientemente el rostro y el pecho. El citado spahi era sumamente hermoso, de belleza masculina y grave, con ojos claros, grandes, alargados, como ojos de árabe. Su fez, caído hacia atrás, dejaba ver un rizo de cabellos oscuros que caían al descargarse sobre su frente pura y despejada.

La chaquetilla roja se amoldaba admirablemente a su tallo esbelto, y en su postura había una rara mezcla de fuerza y agilidad.

Comúnmente serio y pensativo, su sonrisa tenía una gracia felina y dejaba al descubierto unos dientes de rara candidez.

V

Una tarde, el hombre de la roja chaquetilla tenía, más que nunca, aspecto reconcentrado y soñador, al ascender la escalera de madera de Sambá-Hamet.

Penetró al departamento alto, que era el suyo, y quedó sorprendido al verlo vacío.

Era un raro alojamiento el del spahi. Banquetas cubiertas de esteras decoraban la cámara desnuda; pergaminos redactados por los sacerdotes del Moghreb y diversos talismanes colgaban del techo.

Se acercó a un gran baúl, adornado con placas de cobre y pintado de colores chillones como lo que emplean los yofas para guardar sus tesoros. Quiso abrirlo y lo encontró cerrado.

Se tendió sobre un *tará*, sofá de tablas ligeras que construyeron los negros de las orillas de Gambia, y extrajo después de su ropa una carta que leyó luego de haber besado la firma.

VI

No había duda que era una carta de amor escrita por alguna belleza —acaso alguna parisienne, o, mejor, de alguna romántica mora — al hermoso spahi de África, que por la carta creado para desempeñar los grandes papeles de héroe melodramático.

Este escrito, probablemente, nos dará el título de alguna muy dramática aventura, por que comenzará esta historia...

VII

La carta que había roto 'con sus labios el spahi llevaba el sello de una perdida alma en las Cévennes. Estaba hecha por una vieja mano temblorosa y poco práctica. Abundaban las faltas y las líneas cabalgaban unas sobre otras.

"Querido hijo:

"Esta tiene por objeto darte noticias de nuestra salud, que es bastante buena, gracias a Dios. Pero tu padre se siente envejecer, y como que su vida disminuye, es tu voluntad que tomas la pluma para hablarme de ti. Perdonarás, pues sabes que no sé cómo expresarlo mejor.

"Debo decirte, querido hijo, que desde algún tiempo estamos en desgracia. Tres años que tú te fuiste y nada nos sale bien. La prosperidad, han huido contigo. La vida dura, debido al granizo que ha caído en los campos y que casi lo arrasa todo, salvo la parte del camino. Nuestra vaca ha caído enferma y hemos gastado mucho en su curación. El jornal de tu padre falta alguna vez, que llegaron al país hombres amarillos que bajan más rápido que él. Ha habido necesidad de reparar una parte del techo de casa, a causa de las lluvias. Ya sé que tú haces rico en el servicio; pero dice tu que si quieres enviarnos lo que nos has ganado, nos será muy útil.

"Los Merv podrían muy bien darme noticias mucho, pero no quisiera molestarlos por su aspecto pobre y su lado. Vamos, todo a tu prima Juana Merv; está mucho más bonita. Su mayor felicidad es poder hablar de ti; dice que no quisiera ser tu mujer, pero su padre no quiere el matrimonio, porque dice que somos muy tú has sido un poco mala persona y tiempos. Sin embargo creo yo que el sargento de caballería y regresarás a tu con tu uniforme militar, acabarás, a pesar de todo. Yo podría mandarte quilla si os viene casados. Levantarías, junto a la nuestra, que nunca sería tan hermosa linda para vosotros. De noche, como formamos muchos proyectos.

"Sin falta, hijo querido, envíanos un dinero, te aseguro que estamos muy necesitados. No hemos podido reunir nada este año a causa del granizo y de la vaca. Tu padre se goja mucho, y hasta de noche noto que en ello y que da vueltas en vez de no poder hacerlo todo junto, mándame un poco de dinero.

"Adiós, hijo mío; las gentes del pueblo preguntan por ti y cuándo vendrás, y los te envían sus recuerdos. En cuanto a ti, besos que no hay más dicha desde que te fuiste.

"Termino besándote, y Peyral, tu madre que te adora y espera.

"FRANCISCA PEREZ

VIII

...Juan apoyó los codos en la mesa y comenzó a soñar, observando vagamente el panorama africano que se alargaba ante él.

siluetas puntiagudas de las casas yolofas, a centenares a sus pies—a lo lejos el agitado y la eterna línea de las montañas de África—un sol amarillo pronto a desahogarse iluminaba aún con suave resplandor el desierto, la arena sin fin. A lo lejos, una lecaravana de mirros, nubes de aves de rapiña sobre el aire, y, allá, un punto en el que se miraban sus ojos: el cementerio de Sor, al que llevaban a algunos canariados, montañeses, terminados por las fiebres, en aquel terrible.

Oh! ¡Volver allá, junto a sus padres viejos; con Juan Méry una casita, próxima al cementerio lecho paterno!... ¿Por qué motivos había destruido a tierra de África?... ¿Por qué había entre él y aquel país? Y aquel país que le habían colgado, y aquella chabala roja, y que, sin embargo, le daba tanto que disfrazar para él, misero campesino de Cévennes!...

Ese tiempo permaneció allí, soñando y con su pueblo, el triste guerrero del desierto. Se ocultó el sol, cayó la noche y sus ojos se entristecieron más aún. Del lado de occidente, los rápidos golpes de tam-tam llamaban a los negros a la zambra y titilaban luz en las casas yolofas. Era una noche de tormenta; se levantó un viento feo de invierno, y algunos torbellinos de arena, e hizo un estremecimiento, una impresión inusual de terror y de frío por aquel país abra-

la puerta se abrió y un perro leonado, con el pelo de chacal, un perro indígena de raza *lanbé*, ruidosamente, y fué a sentarse junto a su

En el mismo tiempo surgió en la puerta del desierto una muchacha negra, dibujó un saludo de resorte, alegre y risueña, reverencia ruda y cómica, y dijo: *Keit!* (Buenos días).

IX

El spahi le dirigió una mirada distraída. Fatu-gaye—dijo en una cruzada de francés y del yolof—; abre el baúl, debo mi dinero.

Tus *khális*!... (monedas de plata)—respondió Fatu-gaye, abriendo inmensos ojos blancos párpados negros.—Tus *khális*!—respondió con esa amalgama de terror y audacia de niños tomados en falta que temen ser castigados.

Después, mostré sus orejas, de las que colgaban tres pares de aros de oro, maravillosamente labrados.

Eran alhajas de una delicadeza maravillosa, de puro de Galam, que los artifices negros conocían el secreto de fabricar en sus bajas tierras, en las cuales trabajan silenciosamente, ocultos en la arena del desierto.

Fatu-gaye acababa de adquirir aquellos objetos de largo tiempo deseados, y en ellos se habían transformado las *khális* del spahi: el fruto de las pobres economías de soldado, un centenar de francos reunidos poco a poco, que destinaba a sus padres viejos y lejanos.

Los ojos del spahi lanzaron chispas—y buscó la moneda para pegar—, pero su brazo cayó inerte. Juan Peyral se calmaba pronto; era suave, pero todo, con los débiles.

No hizo reproche alguno; sabía que eran necesarios.—¿Por qué no había ocultado mejor el dinero, que ahora le era indispensable buscar en otro lado?

Fatu-gaye sabía que mimos de gata debía hacer a su amante; sabía cómo abrazarlo con sus brazos negros con alicates de plata, hermosos como brazos de diosa; cómo reclinarse su desnuda garganta sobre la tela de chaquetilla roja, y despertar los febriles deseos que traerían perdón para su falta...

Y el spahi se dejó caer sobre el *tará*, junto a ella, dejando para el día siguiente la búsqueda del dinero que era esperado allá, en la choza de sus mayores.

PRIMERA PARTE

I

Un hombre joven, equilibrado y sensato, bajo a tierra africana hacia ya tres años, y el clima y la naturaleza lo hicieron su presa sometiendo a su influencia enervantes. Así, sin darse cuenta, rodó y hallóse de pronto convertido en amante de Fatu-gaye, joven negra *khassonkessa* que lo seducía con sensual encanto de amuleto.

El pasado de Juan no era muy largo. A los veinte años, la muerte lo había alejado de su vieja madre que lloraba. Partió como otros jóvenes de su pueblo, cantando muy recio para no dejar ver las lágrimas.

Su alta estatura fué causa de que lo eligieran para la caballería. El encanto misterioso de lo desconocido le había hecho elegir el cuerpo de spahis.

Su niñez había transcurrido en las Cévennes, en una aldea perdida en medio de los bosques. Había crecido bajo el aire libre de las montañas, como un joven roble.

Las primeras imágenes grabadas en su mente de niño habían sido claras y sencillas: su padre y su madre; dos rostros amados. Y luego, una casita al estilo de los antiguos tiempos, bajo los castaños, el hogar.

En su recuerdo, todo esto estaba marcado indeleblemente, en un lugar profundo y sagrado. Y, después, venían los grandes bosques, las corrientes a la ventura por caminos llenos de céspedes: la libertad.

Durante su infancia, fuera de aquella aldea perdida en las montañas, no conocía nada del



Precio de la caja

2²⁰



Es un producto cuyos componentes naturales y de fórmula equilibrada lo indican en aquellos casos que se debe beber un té que cual el

TÉ TÚTOR

sea a la vez

LAXANTE,
DIURETICO y
DIGESTIVO.

TÉ TÚTOR

Tamaño grande, \$ 3.20

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Demostración



—Estaba demostrándole lo confortable que es nuestro calzado para el baile, señor.

resto del mundo; para él no había alrededor más que el campo salvaje, habitado por las fieras de la montaña y los pastores.

En aquellos bosques donde él iba a ambular días enteros, tenía ensueños de solitario, misticismo de pastorcito, y luego, de pronto, de esos locos de trepar, de correr, de cazar pájaros, de romper ramas de árboles.

Un mal recuerdo era la escuela de la villa: un lugar oscuro en el que era necesario estar quieto entre paredes. Se desistió de enviarlo allá, porque huía siempre.

El domingo se ponía su lindo traje de montañés y se iba a la iglesia con su madre, de la mano de Juanita, quien buscaban al pasar por la casa del tío Méry. Luego se iba a jugar a los bolos en un gran prado de la comuna, bajo las encinas.

Sabía que era más fuerte que los otros niños, y más guapo. En los juegos era a él a quien se obedecía, y estaba acostumbrado a hallar en todas partes esta sumisión.

Cuando se hizo adulto, su independencia y la necesidad continua de movimiento que tenía se acentuaron. No hacía más que lo que se le antojaba, y siempre maldecía: cazar en todo tiempo con un viejo fusil que no disparaba, desatar los caballos para ir a galopar lejos, y tener frecuentes reyertas con el guarda campestre, con gran dolor de su tío Méry, que soñaba para él verlo aprender un oficio, volviéndolo un hombre sensato.

Nada más cierto: él "había sido en sus tiempos un poco mala persona", y esto se recordaba aún en el país.

Sin embargo lo querían, aun los que más habían sufrido por él, porque tenía el corazón franco y leal. No se le podía querer mal, cuando se veía su sonrisa abierta; y, además, tratándolo con suavidad, cuando se sabía comprenderlo, se le gobernaba como a un niño dócil. El tío Méry, con sus consejos y amenazas, no tenía sobre él ningún poder. Pero cuando su madre le reñía y él se sentía sedido de haberle ocasionado un disgusto, cerrábase el corazón, y veíase al mozo, que ya tenía aire de hombre, ocultar la cabeza con deseos de llorar.

Era intrépido; pero no libertino. Su aspecto de joven, ancho y fuerte, era bravo y un poco salvaje. En su pueblo se estaba lejos de los contagios malos, de las depravaciones tempranas de los enervados de la ciudad. Tanto que, cuando llegaron sus veintidós años y fue

necesario ir al servicio, Juan era tan puro y tan ignorante de las cosas de la vida como un niño pequeño.

II

Pero pronto comenzaron para él los asombros de toda clase.

Acompañado de sus amigos había visitado lugares de desorden en los que conoció el amor en medio de todo cuanto la prostitución de las ciudades grandes puede mostrar de más abyecto y de más repulsivo. El disgusto, la sorpresa, y también el atractivo devorante de esta novedad que le había sido revelada, habían trastornado mucho su joven cerebro.

Y luego, pasados los días de vida revuelta, un barco se lo había llevado lejos, muy lejos, por el mar tranquilo y azul, para dejarlo, aturrido y admirado, en la costa del Senegal.

III

Un día de noviembre — en el período en que los gigantescos baobabs dejan caer sobre la arena sus últimas hojas —, Juan Peyral se dirigió a lanzar su primera misada de extrañeza sobre aquel rincón del mundo en el que el azar de su destino lo condenaba a vivir cinco años de su existencia.

El exotismo de aquel país había hecho mella desde el primer momento en su imaginación. Luego sintió muy inmensamente la felicidad de poseer un caballo, de llevar un gorro de árabe, una chaquetilla roja y un gran sable, de retorcarse el bigote, que le crecía rápidamente.

Se encontró hermoso, y esto le agradó.

IV

Noviembre. — La hermosa estación correspondiente a nuestro invierno de Francia; la temperatura era más suave, y el viento seco del desierto había seguido a las grandes tempestades de verano.

Cuando el buen tiempo empieza en el Senegal, se puede acampar con toda seguridad al aire libre, sin la protección de la tienda. Durante un semestre no caerá una gota de agua en este país; cada día, sin piedad, sin tregua, será abrasado por un sol ardiente.

Es la estación preferida de los lagartos — pero el agua falta en las cisternas; se desecan los pantanos, la hierba muere —, y ni los cactus ni los nopales espinosos dejan ver sus tristes flores amarillas.

No obstante, las noches son frías; al ocultarse el sol se levanta una gran brisa de mar que hace gemir las eternas rompientes de las playas de África y agita sin piedad las últimas hojas de otoño.

Otño triste que no lleva consigo ni las tibias veladas de Francia, ni la alegría de las primeras heladas, ni las frutas doradas, ni las cosechas. No hay fruta alguna en este rincón desheredado de Dios. Los mismos dátiles del desierto le son negados. Nada madura aquí, salvo los cacahuetes y los alfoncicos amargos.

La sensación de invierno que aquí se siente, con un calor aun fuerte, causa a la imaginación una impresión anodante.

Grandes llanuras tristes, desoladas, ciliadas, cubiertas de hierbas secas en las que de vez en cuando se alzan junto a endebles palmeras los colosales baobabs, que son como los gigantes del reino vegetal y cuyas desnudas ramas están pobladas de lagartos, de buitres y de murciélagos.

V

Pronto llegó el hastío para el pobre Juan. Era una melancolía que jamás había experimentado, confusa, indefinible, la nostalgia de sus montañas, la nostalgia de su aldea y de la cabaña de sus viejos padres tan queridos.

Los spahis, sus actuales compañeros, habían atraído ya su gran sable en distintas guar-

niciones de la India y de Argelia. En los bosques de las ciudades marítimas por las que exponía su juventud habían tomado ya ese tono languero y libertino que se adquiere en este mundo; poseían cínicas lisonjas hechas en el sahir, en árabe, que lanzaban en presencia de todo. Buenos mozos en el fondo, y alegres compañeros, tenían ya hábitos que Juan no podía aún y placeres que no deseaba compartir.

Juan era romántico, por su naturaleza montañesa. El ensueño es desconocido por el populacho embrutecido y malicioso de las grandes ciudades. Pero, entre los hombres cidos en los campos, entre los hijos de los cadores que han crecido en la barca pesada entre los peligros del mar, entre los que se hallan hombres que sueñan, verdaderos fantasmas, que pueden apreciarlo todo. Si no saben expresar sus impresiones y son incapaces de traducirlas.

Juan tenía grandes ocios y los ocupaba en soñar, en observar.

Recorría la playa inmensa, las arenas blancas llenas de puntos de sol inimaginables, tarde.

Bañábase en las rompientes inmensas de la costa de África, divirtiéndose, como en la tura que era, en dejarse rodar por las olas que le cubrían de arena y espuma.

Q, si no, andaba largo tiempo, por el placer de moverse, de aspirar a pueros el aire salado que sopla del mar. Y esta misma molición lo molestaba; op a imaginación acostumbrada a contemplar tañas; sentía como una necesidad de siempre, para ampliar su horizonte, par más allá.

Había allí figuras extrañas que llegaban al interior, curiosas caravanas que llegaban peñales, que se entendían en la lengua berber; cuando llenos a cada paso, al romper por una luz potente.

Horas después, las cretas de las dunas se hacían rojizas; los últimos resplandores horizontales resbalaban sobre las arenas; ponía entre vapores sangrientos y el pueblo negro se arrojaba la faz para la oración vespertina.

Era la santa hora del Islam. Desde la costa sahariana, repetido de boca, el nombre de Mahora pasaba sobre misterioso sobre África; apenas un poco hacia el Sudán, e iba a morir en el mar del mar tumuloso.

Los viejos sacerdotes yofotes, de flotante, recibían sus oraciones de car sombrero, con la frente en la arena, y las playas se llenaban de hombres pr Reinaba entonces el silencio y bajaba con una rapidez característica de los sol.

Juan volvía al cuartel de los spahis de San Luis, al atardecer.

En la sala blanca y grande, abierta de la noche, todo estaba llamado y Las camas numeradas de los spahis al largo de las paredes blanqueadas, tibia del mar agitaba sus mosquiteros lina. Los spahis estaban fuera. Juan la hora en que los demás se dispersaban hacia desiertas, en busca de placeres y

Era entonces cuando le parecía traslado al cuartel y cuando más soñaba madre.

VI

En el sur de San Luis había viejas ladrillos de aspecto morisco que se ban por la noche lanzando sobre los rayos de luz roja y a las horas en descansaba en la ciudad muerta. De extraños olores a negro y a alcohol, todo y elevado por el tórrido calor surgían de allí durante la noche que fiermo. Allí eran dueños y señores

El
perfume destaca
la personalidad



y crea en torno de la silueta femenina una atmósfera viviente, una perdurable primavera.

El perfume es uno de los principales elementos de seducción de la mujer; se revela con él la femineidad, se demuestra la distinción y la elegancia.

LOCION ORIGAN, modernizada por de Preal, sigue siendo el perfume femenino por excelencia.

LOCION ORIGAN de Preal pone en torno de quien la usa una aureola invisible de encanto y particular atracción.

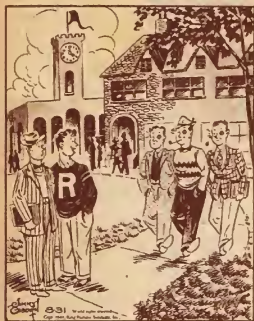
Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños, desde \$ 0.70.

Camauër & Cía.

Inclán 2839/47

LOCION Origan de PREAL
(Destaca su personalidad)

No podían negarlo



— ¡Parece que el equipo polémista perdió otra vez!

allí los pobres guerreros de uniforme rojo iban a armar estrépito y a aturdirse; a tomar por jactancia o por necesidad enormes cantidades de alcohol; a derrochar a su gusto la potente savia de su vida.

La innumerable prostitución mulata los aguardaba en aquellos antros y en ellos se desarro- llaban increíbles bacanales, enfiebradas por el ajeno y por el clima africano.

Pero Juan esquivaba tales lugares con horror; era muy discreto y se guardaba sus pequeños ahorros de soldado, guardándolos ya para el instante feliz de su regreso.

Era muy formal, y, sin embargo, sus camaradas no se burlaban de él.

El guapo Muller, un joven alsaciano que formaba escuela entre los spahis por su pasado de duelos y de aventuras, le profesaba estimación, y todo el mundo era de igual opinión que Fritz Muller. Pero el único amigo de Juan era Nyzor-fall, el spahi negro, un gigante africano de la soberbia raza Futa-Dialonké; raro rostro impenetrable con un delicado perfil árabe y una sonrisa mística entre sus delgados labios; una bella estatua de mármol negro.

Así era el amigo de Juan, y se lo llevaba consigo a su casa indígena de Guet-n'dar; lo sentaba entre sus mujeres, encima de una estera blanca, y lo agasajaba con la hospitalidad negra: el alcuzcuz y los *gouris*.

VII

Todas las tardes, en San Luis, se desarrollaba la vida siempre igual de las pequeñas ciudades coloniales. El *bien tiempo* daba un poco de animación a las calles de necrópolis. Después de ocultarse el sol, algunas mujeres, a quienes la fiebre había respetado, lucían sus *toilettes* europeas por la plaza del Gobierno o por la calle de palmeras amarillas de Guet-n'dar. Esto prestaba una impresión de Europa a este país de desierto.

En la plaza del Gobierno, rodeada de simétricas construcciones blancas, hubiera podido uno sentirse como en cualquier ciudad europea del Mediodía, aparte del amplio horizonte de arena, de la planicie infinita, que marcaba a lo largo su línea implaceable.

Los pocos paseantes se conocían y saludaban entre sí. Juan miraba a aquella gente, y la gente lo observaba a él. Aquel hermoso spahi

que se paseaba solo, con un continente tan grave y tan severo intrigaba a los habitantes de San Luis, que suponían en su vida alguna aventura de héroe legendario.

Sobre todo, una mujer miraba a Juan; una mujer que era más elegante y más bella que las otras.

Era mulata, según se decía, pero tan blanca, tan blanca, que hubiérasele supuesto parisiense. Blanca y pálida, de una palidez niata española, con cabellera de un tinte rojizo — el rubio de los mulatos — y de grandes ojos sombreados de azul, que se entreabrían a medias, que se movían lentamente, con languidez criolla.

Era la mujer de un rico comerciante del río. Pero, en San Luis, se le indicaba por su nombre, como a una muchacha de color. Llamábasele despectivamente Cora.

Venía de París; las otras mujeres podían verlo en sus *toilettes*. Juan no era capaz aun de distinguir esto; pero se daba clara cuenta de que sus vestidos de larga cola, hasta los más simples, tenían algo de parisiano, una gracia innata que no tenían los otros.

Apreciaba, sobre todo, que era muy hermosa, y como ella le dirigía siempre su mirada, experimentaba una suerte de escalofrío cuando se cruzaba con ella.

— Te ama, Peyral — le había dicho el hermoso Muller, con su aire de hombre experto en amorosas citas y de corredor de aventuras.

VIII

Ella lo amaba, en realidad, a su modo de mulata; y un día lo llamó a su casa para manifestárselo.

Pobre Juan. Los dos meses que sucedieron a esto transcurrieron para él en medio de sueños de encanto. Aquella mujer elegante, perfumada, aquel lujo desconocido, todo aquello turbaba extrañamente su activo cerebro y su cuerpo virgen. El amor, que hasta ese momento no se le había mostrado más que en una cínica parodia, actualmente lo embriagaba.

Y todo ello le había sido revelado sin reservas, de una vez, como las fabulosas fortunas de los cuentos de hadas. No obstante, inquietábalo un pensamiento: la declaración de aquella mujer; se alteraba un poco cuando pensaba en aquel impudor.

Pero esto ocurría raramente y, al lado de ella, estaba completamente ebrio de amor.

También él se acicalaba, también él se perfumaba y cuidaba su bigote y sus cabellos negros. Parecía, como a todos los amantes jóvenes, que la vida acababa de comenzar para él el día en que había encontrado a esa mujer, y que toda existencia pasada no era nada.

IX

Cora lo quería también; pero en aquel amor jugaba el corazón muy pequeña parte.

Mulata de Borbón, había sido criada en la ociosidad sensual y en el lujo de las criollas de dinero; pero hecha a un lado por las mujeres blancas, con despiadado desdén, rechazada siempre como *muchacha de color*. El mismo prejuicio de raza la había seguido en San Luis, por más que fuese esposa de uno de los más ricos traficantes del río. Hacíanla aparte, como a una criatura de desecho.

En París había contado con numerosos amantes muy refinados. Su riqueza le había permitido hacer en Francia un papel aceptable y gustar el vicio elegante y distinguido.

Ahora estaba ya cansada de finas manos enguantadas de suaves aires de perimetres, de rostros novelescos y cansados. Había tomado a Juan, porque era joven y fuerte; a su modo, ella amaba aquella linda planta inculta; le agradaban sus rudos e ingenuos modales y hasta la rústica tela de su camisa de soldado.

X

La casa de Cora era inmensa, de ladrillos, de ese tipo un poco egipcio de los viejos barcos de San Luis y blanco como un parador árabe.

Abajo, grandes patios adonde llegaban a chillarse en la arena los camellos de los habitantes del desierto, donde reinaba una mezcla traña de ganado, de avestruces, de perros y esclavos negros.

Arriba, largas galerías sostenidas por muchas columnas cuadradas, como las construcciones de Babilonia.

Se llegaba a los departamentos por escaleras exteriores de piedra blanca, de un aire mental. Todo ello estaba arruinado, triste, todo lo de San Luis, ciudad que posee un pasado, colonia de tiempos mejores, que...

El salón presentaba cierto aspecto de grandiosidad, con sus dimensiones amplias y sus techos altos del siglo anterior. Lo invadían los muebles azules; los perros, los gatos, los loros, las plantas domésticas, se perseguían sobre las alfombras de Guinea; las criadas negras se cruzaban lentamente, arrastrando sus pies sobre las alfombras, dejando en él hedores acres de sumario amuletos con almizcle. Todo ello respiraba una sé que melancolía de nostalgia y de soledad, un aire triste, especialmente de noche, cuando los ruidos de la calle se apagaban para dar al eterno lamento de las rompientes de la vida.

En la pieza de Cora todo era más moderno. Los muebles y los cuadros recientemente llegados de París desplegaban una elegancia clara y confortable; aromas de esencias de moda compradas en las perfumerías del bulevar.

Allí era donde tenía Juan sus horas de *brigue*. Aquel cuarto le hacía el efecto de un palacio mágico, sobrepasando todo cuanto su imaginación había podido crear de más misterioso y lujoso.

Esa mujer había llegado a ser su vida, su felicidad. Por un refinamiento de estragado en el placer, había anidado en el alma de Juan al igual que su cuerpo; mimó de criolla, había representado para él un amante más joven que ella una fina muestra de ingenuidad y de amor. Y había ganado para suyo por completo.

XI

Una negrita muy graciosa, en la que no se había fijado, dormía en casa de Cora, en la calidad de *cantiver*. Esta chiquitita era gaye.

Coro había llevado hacía poco a San Luis y vendida como esclava por moros de que la habían tomado en una de sus expediciones en el país de los *khassonés*.

Su independencia feróz, su gran fuerza, habían marcado un empleo muy bueno al servicio de la casa. Se la creía un boca inútil y lamentable adquisición.

No tenía aún la edad núbil, en la que las grasas de San Luis creen conveniente andaba, casi siempre, desnuda, con un collar de amuletos al cuello y unas cuantas de vidrios alrededor de la cintura. Se la estaba afeitada con todo cuidado, cinco mechoncitos, torcidos y pegados, colitas tiesas, alzadas a intervalos regulares de la frente hasta el pestorejo. Cada una de estas mechas terminaba en una perla de vidrio, excepto la de en medio, que ostentaba un valioso: un equi de oro antiguo, que de haber llegado años ha de Argelia, vana, cuyas peregrinaciones por el desierto, a lo más, a lo dudoso, muy largas y duras.

En este tocado extraño, cualquier hombre quedado admirado de la regularidad de los de Fatu-gayé.

El tipo *khassoné* en su honda y fina carita griega de piel lisa y oscura...

polimentado; dientes de una blancura
suma movilidad en los ojos, grandes
negras, en movimiento, sin cesar, corri-
derecha a izquierda sobre un fondo
entre dos párpados negros.

Se encontraba frecuentemente con esta
cara cuando salía de casa con su amante.
Cuantos ella lo veía se envolvía en una
seda — todo su lujo —, y avanzaba riendo,
su vocetita aguda y aflautada de negra,
riendo entonaciones suaves y mimosas, in-
cluyendo la cabeza y haciendo monerías de titi-
llos, le susurraba.

Man copur, sumá tubab (Dame plata,
mío), que, traducido, es: "Dame una
plata; dame plata, blanco mío".

era el estríbillo de todas las criaturas
de Luis. Cuando él estaba de buen humor,
era una pieza en la cartera, se la daba a
cave.

Se radicaba en esto lo singular de la aven-
tura que se sala de lo común era que
cave, en vez de comprarse un trozo de
seda, como hubieran hecho las otras, iba a
comprarse en un rincón y se ponía a coser
cuidadosamente en las bolsitas de sus
bolsas las monedas que le daba el spahi.

XII

Una noche de febrero, a Juan le surgió una
idea.

Le había pedido que se fuese a media
noche, y, en el momento de partir, le pareció
pasar en una habitación inmediata, como
si allí alguien anduviese esperando.

A media noche se fué; y, luego, volvió
cuidadosamente, caminando sin ruido por la ar-
cubrió un muro, un balcón, y miró al
de Cora, por la puerta de la terraza.

¿Quién había ocupado su puesto: un hombre
joven, con uniforme de oficial de mari-
Estaba allí confiado como en su casa, me-
mostado en un sillón, con aspecto de bien-
estar y de desdén.

Le estaba en pie y charlaban...

Se le pronto pareció a Juan que hablaban
lengua extraña... No obstante, eran pala-
francesas; pero él no las comprendía...
rases cortas que cambiaban a flor de labio
producían el efecto de enigmas burlescos, ca-
de sentido a su vez. Tampoco Cora es-
guale; su expresión había cambiado; una
sonrisa dibujábase en sus labios; una son-
como la que él había visto en los de una
mujer en un lugar repugnante.

Le temblaba. Sentía que toda su sangre
se le fluía a su corazón; oía en su
oído un zumbido como el ruido del mar.
Se le se entorpecían...

Le sentía vergüenza de estar allí y, sin embar-
go, quería quedarse, y escuchar.
Le oyó pronunciar su nombre. Se acercó, re-
cuerdo en la pared, y sorprendió palabras
claras.

Está usted en un error, Cora — decía el
señor, con voz muy tranquila, con sonrisa
suavemente —. En primer lugar, es muy guapo
mozo y, luego, la ama.

— ¡Certo; pero yo quiero dos. Yo lo he
ido a usted, porque se llama Juan, como
de mi así, podía haberme equivocado
nombre al hablarle; yo soy muy descui-

do...
y luego se aproximó al nuevo Juan.

Aun era el mismo gesto y tono; con todas
mimoserías bajas, ceceosas, del acento crio-
le decía bajito palabras de niño y le ofreció
labios, aun cálidos por los besos del spahi.

Pero él había visto la cara pálida de Juan
y que lo observaba por la puerta entre-

abierta, y por toda respuesta se le mostró con
la mano a Cora...

El spahi estaba allí, quieto, petrificado, cla-
vando en ellos sus grandes ojos lejanos...

Y cuando se vio observado a su vez, retro-
cedió buscando la sombra... Bruscamente, Co-
ra se había adelantado hacia él — con una ex-
presión horrible de animal al que han molestado
en sus amores —. Aquella mujer le daba mie-
do... Estaba por tocarlo... Ella cerró la puerta
con un gesto de rabia, crujó un cerrojo. Y no
hubo más.

La mulata, nieta de esclava, surgió allí con
su cinismo atroz, bajo la mujer elegante de
finos modales. No había tenido ni remordimen-
tos, ni repugnancia, ni piedad...

La mujer negra y su amante oyeron como
el ruido de un cuerpo que cae pesadamente en
tierra; un gran ruido trágico en el silencio de
la noche; y luego, hacia la madrugada, un ge-
mido tras aquella puerta, y como el contacto

de unas manos que buscan en la oscuridad...
El spahi se había repuesto y se iba a tientas,
en la noche...

XIII

Andando sin rumbo, a tropezones, como bo-
rracho, hundiendo todo el pie en la arena de
las calles desiertas, Juan llegó hasta Guet-n-dar,
la ciudad hecha de cientos de chozas puntia-
gudas. Apartaba con el pie, en la sombra, hom-
bres y mujeres dormidos por tierra, envueltos
en telas blancas que le hacían el efecto de fan-
tasmás... Y seguían caminando, sintiendo que
se le iba la cabeza.

Pronto se halló a la orilla del mar sombrío.
Los rompientes hacían gran ruido. Con un
estremecimiento de horror vió el bullir de los
cangrejos que huían en masas compactas a sus
pasos. Recordaba haber visto un cadáver arro-



Son males que no deben abandonarse

Mucha gente no presta atención a sus catarros, exponiéndose a las peligrosas consecuencias que pueden derivar de un catarro abandonado.

El catarro se combate fácilmente tomando al tiempo de acostarse una cucharada del Jarabe de Bronquialina Ruxell, seguida de una infusión o ponche bien caliente. Otras cucharadas más durante el día complementan el tratamiento, salvo opinión contraria de su médico.

El Jarabe de Bronquialina Ruxell, cuya fórmula ha sido mejorada, constituye un tratamiento agradable, libre de acción secundaria y de efecto benéfico en casos de catarros crónicos o rebeldes.

Indicado también tanto para adultos como para niños.

JARABE DE

BRONQUIALINA RUXELL

jado a la playa, desgarrado y vaciado por ellos. Sin embargo, las rompientes lo atraían; sentíase fascinado por las enormes volutas brillantes, plateadas ya por la claridad incierta de la mañana, que se desarrollaban hasta perderse de vista, a lo lejos, en las playas inmensas. Parecía que su frescura sería beneficiosa para su cabeza, que ardía, y que la muerte sería menos cruel en aquella humedad bienhechora...

Luego, se acordó de su madre, y de Juana, la amiga y novia de su niñez. No quería ya morir.

Se tiró sobre la arena y se durmió con un sueño extraño y pesado.

XIV

Era día claro y Juan continuaba durmiendo. Sonaba con su infancia y con las selvas de las Cévennes. Estaban sombrías, sombrías con la misteriosa oscuridad de los sueños; las imágenes eran confusas como los recuerdos... El estaba allí, con su madre, a la sombra de las encinas milenarias, sobre el suelo cubierto de líquenes y de delgadas gramináceas, juntando campanillas azules y helechos irisados.

Y cuando se despertó miró a su alrededor, desorientado. Las arenas brillaban bajo el sol torrido.

XV

Vió entonces que su cabeza estaba protegida por un toldillo de tela azul, sostenido por una serie de palitos puestos en la arena, y que proyectaba sobre él con suaves contornos una sombra limpia y cenicienta...

Creyó que los dibujos de aquella tela azul le eran ya conocidos. Giró la cabeza y vio tras él a Fatu-gaye, sentada, moviendo sus pupilas ágiles.

Era ella, que lo había seguido y que lo resguardó con su tela de lino.

Sin aquella protección, probablemente habría conatado una insolación mortal, por dormir descubierto en la arena.

Era ella, que desde horas atrás estaba allí, quieta, en éxtasis, besando suavemente los párpados de Juan cuando quedaba solo, temiendo despertarlo, que se fuera, y no volver a verlo más, para ella sola, temiendo por instantes, al pensar que Juan estuviese muerto, y feliz, acaso, si lo hubiese estado, pues entonces ella lo habría llevado lejos, muy lejos, y se hubiera quedado allí por siempre, hasta morir junto a él, sujetándolo bien, para que no se le separase más...

—Soy yo, mi blanco—dijo ella—, que levanté esto porque conozco que el sol de San Luis no es bueno para los *malabé* de Francia. Yo sé muy bien—continuó la pequeña con seriedad trágica, en una jerga graciosísima—que había otro *tabab* que llegaba a verla... Esta noche no me había acostado para oír. Estaba escondida de la escalera, entre las calabazas. Te vi cuando caíste en la puerta. Te he acompañado todo el tiempo y, cuando te has levantado, te he seguido largo rato.

He aquí hacia ella sus ojos admirados, llenos de dulzura y de agradecimiento. Estaba conmovido hasta lo profundo de su corazón.

—No lo digas, pequeña... Vuelvete ahora de la playa, y no digas que he venido a tirarme a la prisa. Vuelvete a casa de tu ama en seguida, pobrecita Fatu; yo también me iré a la casa de los spahis...

Y la acarició, le dio suaves palmadas igual que para rascarse la nuca del gordo gatito mimoso que en el cuartel iba cada noche a apolotarnarse sobre su cama de soldado...

Ella, temblando bajo la caricia inocente, resaca la garganta y se levanta hacia los ojos encerrados; recogió su tela de lino, la dobló con cuidado y se fue radiante de alegría.

XVI

¡Pobre Juan! El sufrimiento era para él una cosa nueva. Rebelábase contra esta potencia desconocida que venía a apretar su corazón con aplastantes ánulos de hierro.

Rabia concentrada, furia contra aquel joven a quien habría querido deshacer entre sus manos, furia contra aquella mujer a quien quisiera matar a latigazos, a espolazos. Sentía todo esto, y también no sé qué necesidad muy material de movimiento, de correr, hasta romperse la cabeza.

Además, todos los spahis lo irritaban y lo aburrían también; sentía sobre él sus miradas interrogadoras, curiosas ya y que, acaso, serían burlonas mañana.

Al atardecer pidió y obtuvo partir con Nyoor-fall, para ir a adiestrar caballos en el norte de la punta de Berbería.

Efectuóse esto con un tiempo sombrío; una carrera vertiginosa por la arena del desierto. Un ciego de invierno, que también los hay allí más raros que los nuestros, extraños y siniestros en aquel país desierto: nubes tan bajas, compactas, y tan negras, que bajo ellas el desierto parecía una estepa de nieve sin fin, una planicie blanca.

Y, cuando los dos spahis, con sus albornoces, cruzaban el aire por la carrera de sus caballos disparados, los enormes buitres que en bandadas recorrían la tierra alzaban el vuelo asustados y se ponían a dibujar en el aire, sobre ellos, curvas exóticas.

De noche, Juan y Nyoor regresaron al cuartel cubiertos de sudor, con sus caballos extenuados.

XVII

Pero, después de esta sobreexcitación de un día, se presentó la fiebre a la mañana siguiente. Lo acosaron inerte en unas parihuelas, sobre la raída colchoneta gris, para llevarlo al hospital.

XVIII

—¡Mediodía!... El hospital está quieto como una gran mansión de la muerte.

—¡Mediodía!... Las langostas gritan. La mujer nubia canta con su afinada voz la canción sonolenta y confusa. En toda la extensión de las desiertas llanuras del Senegal, el sol centellea a plomo su luz quemante; los grandes horizontes espejean y se estreman.

—¡Mediodía!... El hospital está callado como una gran casa de muerte, los largos corredores, y las largas galerías blancas están vacíos. En medio de la alta pared desnuda, encalada de blanco, cegadora, el reloj marca el mediodía con sus espaciales agujas de latón, al rededor de la esfera palidece al sol la triste inscripciones grises: *Vitae fugaces exhibit horas*. Suenan pausadamente las doce campanadas, con ese timbre quedo, conocido por los moribundos; con ese sonido que todos los que han ido allí a morir escuchan en sus horas febriles como un doble toque de agonía que se lanzase en un aire en exceso cálido para conducir los sonidos.

—¡Mediodía!... La hora triste en que mueren los enfermos. Se respira en las salas olores de fiebres, como vapores efílvios de muerte.

Arriba, en una sala amplia, voces que hablan por lo bajo, ruidos leves apenas perceptibles, pasos discretos de hermanita caminando con precaución sobre esteras. La hermana Pacomía ya y viene con aire preocupado, pálida y descolorida bajo sus grandes tocas. Están, también, un médico y un sacerdote, junto a un lecho cubierto por un mosquitero blanco.

Afuera, a través de las ventanas abiertas, y arena; arena y sol; centelleos de luz y nas líneas azules.

—¿Vivirá el spahi?... ¿Es éste el momento que el alma de Juan va a subir en el aire del mediodía?... Tan lejos de su hogar, ¿irá a pararse en las llanuras desiertas?... ¿de ir a esfumarse?

Mas no, el médico, que ha permanecido largo tiempo, esperando la última partida, de retirarse calladamente.

Llegó la hora más fresca de la tarde, viento marino lleva a los moribundos su tued. Será mañana, acaso. Pero Juan esta sereno y su cabeza menos ardiente.

Abajo, en la calle, ante la puerta, una negrita, de rodillas en la arena, que a las piedras con guijarros blancos, para algún pretexto cuando pasaba alguien, llorar la atención, por miedo a ser alejada, atinaba a preguntar nada a nadie; pero bien que, si el spahi moría, saldría por la puerta para ir al cementerio de Sori.

XIX

Siguió aún la fiebre durante una semana delirio diario a la hora exacta. Aun se un progreso del acceso. Pero, al parecer, el ligro había pasado; el mal estaba vencido.

—Oh, las horas terribles del centro de las horas más lentas para los enfermos! han tenido la fiebre en las orillas de la Africa conocen estas horas mortales de rramiento y de sueño. Un poco antes, a mediodía Juan se durmió. Era una especie estado de no ser, frecuentado por visiones fusas, con una persistente impresión de miento. Y luego, de vez en vez, experimenta la sensación de morir y de perder por tante la conciencia de si mismo. Estos momentos de calma.

Hacia las cuatro se despertaba y quedaba. Las visiones se esfumaban, retrocedían en ángulos más lejanos de la sala, se desdetrás de las cortinas blancas. Ya no más que el dolor de la cabeza, como bien echado en el plomo derretido el ataque había pasado.

Entre las figuras dulces o grotescas, de ensueño que flotaban en torno a tres veces había creído ver al amante querido, parado junto al lecho, lo mismo calma y desaparecía en cuanto Juan abría los ojos y desaparecía en los nubes. Era un no durar, como lo eran los aldeanos de bío que había creído ver, con rostros aires confusos y deformes. Pero, cosa desde que creyó verlo así ya no sentía guño contra él.

Y una tarde... No, no soñaba ya de... Lo veía claramente allí, junto a mismo uniforme que tenía en casa de dos galones de oficial redución en azul. Lo miró con sus grandes ojos, un poco la cabeza, y extendió su débil brazo para palpar si se encontraba allí.

Entonces, el oficial, viendo que era cido antes de desaparecer como todo, tonó la mano de Juan y la estrecho sencillamente:

—¡Perdón!

A los ojos del spahi subieron unas las primeras, y le produjeron mucho

XX

La convalecencia no duró mucho. Pasada la fiebre, la juventud y la vida braron prontamente lo perdido. Pero Juan no podía olvidar, y sufría mucho.

Invadíanlo, a ratos, desesperaciones deseos de venganza casi salvajes; y,

ería rápido y se decía que era capaz de por todas las humillaciones que ella le hacía, con tal de volver a verla y tenerla antes.

Oficial de marina, su nuevo amigo, iba de cuando a charlar junto a su cama. Le daba en cierto modo, como se conversa a un enfermo, aunque era casi de su edad. Juan — le dijo una tarde, muy dulcemente — Juan: si puede servirle de consuelo que diga, sea usted que... a esa mujer, padre de honor, que no la he visto desde aquella noche que usted recorda. Hay muchas cosas que no conoce usted aun, querido Juan; tarde comprenderá; asimismo, que no puedo sentir tanta pena por tan poco. Y, por lo que a esa mujer se refiere, le aseguro que no la verá jamás.

Después, ésto fué la sola alusión a Cora; ella prometió, en efecto, tranquilizó a

el joven spahi comprendía ya que debía tener *muchas cosas que él no conocía aún*; debía de haber allí — costumbres, sin duda, nuevas de un mundo más adelantado que el de las perversidades frías y refinadas que Juan su imaginación. Sin embargo, poco a poco iba dándose a aquel amigo a quien no entendía — que era cariñoso luego de haber sido cínico —, que veía todas las cosas con una calma y una serenidad inexplicables y que le ofrecía su protección de oficial en medio de las angustias que le había ocasionado. Nada le atraían ni protección ni ascenso de corazón, muy joven aún, estaba pleno de amargura de aquel primer desencanto...

XXI

Encontramos en casa de la señora Virginia-Escolástica (las misioneras tienen a veces nombres neofitos de éstos, que son raros). Era la una de la noche. El teatro era grande y sombrío, y estaba como siempre están los lugares vedados, cerrado de gruesas puertas reforzadas de hierro.

El farolito maloliente alumbraba un confuso grupo de cosas que se morían penosamente en una atmósfera espesa. Negras desnudeces y charcos rojos, enlaces extraños. Sobre las mesas, gorros encarnados, vasos rotos y platos de negro, arrastrando con sables de entre restos de cerveza y de alcohol. En el estrío reinaba un calor de estufa, un calor volterase loco, olores a ajeno, a almizcle, a hierbas y a sudor de negro, con humaredas de cigarro lechoso.

La fiesta debió de ser alegre y, sobre todo, espesa. Actualmente estaba terminada — acausados los cánticos y el estrépito —; era el período de decaimiento, de embrutecimiento después de haber. Allí había spahis, turbia la mirada; con sonrisas estúpidas, con la frente caída sobre la nuca. Otros, dignos aun, se resistían a la ebriedad, levantando la cabeza a pesar de todo. Bellos rostros de trazos enérgicos mirada quedaba grave con un no sé qué de tristeza y desaliento.

Entre ellos, esparcidos al azar, estaba toda la escuela de Virginia-Escolástica: negritas de diez años, ¡y niños también!

Fuera, prestando atención, habría podido oír el lejano grito del "chacal" rodeando el cementerio de Sor, donde muchos de los que allí tenían su sitio marcado ya bajo la

la señora Virginia, mulata y morruda, con grandes cabellos ceñidos por una cinta roja ancha, también — secaba la sangre de una herida rubia. Un gran spahi, de cara joven y rubia, de pelo dorado como el trigo maduro, iba tendido allí sin conocimiento, con un golpe en la cabeza; y la señora Virginia, ayudada por una criada negra, más ebria que ella, lo cubría con agua clara y compresas de vena.

gre. No lo hacía por delicadeza, no; sino por miedo a la policía. Virginia-Escolástica estaba verdaderamente asustada. La sangre seguía corriendo; había llenado ya un plato y no cesaba. A la vieja la desemborrachaba el miedo.

Juan estaba en un rincón, el más ebrio de todos; pero duro en su banco, con la mirada fija y vidriosa. Era él quien había ocasionado aquella herida, con un picaporte de hierro de una puerta, y aun lo conservaba entre sus manos, ajeno al golpe que había dado.

Desde hacía un mes que estaba sano, veía todas las noches recorrer los tugurios, en primera fila entre los viciosos y los ebrios, dándose grandes aires cínicos y desordenados. Aun había mucho de infantilidad en este caso; había recorrido un camino espantoso, desde aquel mes de sufrimiento. Había leído novelas en las que todo era nuevo para su imaginación y se había asimilado sus ridículos malsanas. Y luego había recorrido el círculo de los amores fá-

ciles de San Luis; mulatas o blancas, cuyo afecto, sin resistencia, lo había asegurado su belleza.

¡Y, luego, más que nada, se había dado a la bebida!

¡Oh, vosotros, los que vivís la vida tranquila de la familia, sentados junto al hogar todos los días, no juzguéis nunca a los marinos, a los spahis, a aquellos a quienes su destino ha arrojado, con naturalezas ardientes, en condiciones de resistencia atenuada, sobre el ancho mar o a los distantes países del sol, en medio de privaciones sin fin, de codicias, de influencia que vosotros no conocéis! ¡No juzguéis a esos hombres sin patria, o a esos errantes cuyas penas, cuyas impresiones tormentosas, cuya alegría desconocéis!

Juan, pues, se había dado a la embriaguez y bebía más que los otros; bebía horriblemente. — ¿Cómo puede hacer esto — se preguntaban en torno a él — no estando habituado?

Justamente. *porque no estaba habituado era*



INSCRIBASE HOY MISMO EN NUESTRO CURSO DE

CORTE Y CONFECCIÓN

y en menos tiempo del que usted imagina, podrá confeccionar sus vestidos y tapados, y si quiere, dedicarse a tan lucrativa profesión, ya que otorgamos diplomas que abren a sus poseedoras un exitoso porvenir.

Recuerde que nuestro método está prestigiado por más de 30 años de existencia, perfeccionándose cada día más, y puesto al alcance de las damas de todas las edades y condición social.

CORTE Y CONFECCIÓN

También dictamos clases personales. Solicite detalles en secretaria.

SOMBREROS

Corsés y Fajas (Incluso ortopédicas)

Labores y Manualidades

Ortografía y Redacción

TODOS LOS CURSOS EN CUOTAS DE \$ 3.-

INSTITUTO CULTURAL FEMENINO

Directora: F. LLONCH DE FONTOVA
Sistema LLONCH DE FONTOVA

RIVADAVIA 1966

U. T. 48 - 1852

Buenos Aires

Representante en el Uruguay: JOSE MARTINEZ - COLONIA 810 - MONTEVIDEO

Envíenos HOY MISMO este cupón y recibirá GRATIS el nuevo e interesante FOLLETO.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 168

Intención



—¿Tendría inconveniente en sentarse de este lado?

por lo que su cabeza seguía más fuerte, y por lo que, por ahora, podía beber más. Y esto lo engrandecía a los ojos de sus compañeros.

Desde luego, el pobre Juan había quedado casi casto a pesar de sus aires cínicos de muchachote salvaje. No había podido habituarse a la innoble prostitución negra, y cuando las empleadas de la señora Virginia estrababan sus manos hacia él, las alejaba con la punta de su látigo como a animales inmundos. Y las desgraciadas criaturas lo creían como una especie de hombre fetiche, al que no se aproximaban ya.

Pero cuando había bebido con exceso era malo; era terrible cuando perdía la cabeza, con su enorme fuerza física desencadenada. Un minuto antes, había golpeado, por una frase irónica lanzada al azar sobre sus amores, y después, no se acordaba ya, y quedaba allí, inmóvil, atónita la mirada, guardando aún en la mano el ensangrentado picaporte.

De pronto, sus ojos despidieron un destello: era a la vieja a quien quería agredir, sin motivo conocido, presa de una furia insensata de hombre ebrio, y se levantó furioso y amenazador. Ella lanzó un grito ronco y tuvo un minuto de terror horrible.

—¡Sujetadlo! — gritaba, dirigiéndose a los seres inmóviles que dormían ya sobre las mesas. Algunas cabezas se alzaron; manos laxas, sin fuerza, trataron de sujetar a Juan asiendo por la ropa. El auxilio no era eficaz.

—¡Dame de beber, vieja brujá! — gritaba él—. ¡De beber, viejo demonio de la sombra! ¡De beber, horror de vieja!...

—¡Sí, sí! — respondía ella con voz apagada por el miedo—. ¡Sam! ¡Pronto! ¡Ajeno! ¡Ajeno! mezclado con aguardiente, para acabarlo!

En tales casos, la señora Virginia no reparaba en el gasto, Juan tragó de un sorbo. Lanzó su vaso contra la pared y quedó como fulminado.

—¡Triunfo; te acabé! — como decía la vieja. Ya no era peligroso.

La vieja Escolástica era fuerte, maciza, y luego, pasada en realidad la borrachera, con ayuda de su criada negra y de sus muchachitas, alzó a Juan como una masa inerte, y después, tras haber realizado una rápida visita a sus bolsillos para quitarle las últimas monedas que pudiera contener, abrió la puerta y lo empujó fuera. Juan cayó como un cadáver, con los brazos a lo largo y la cara contra la arena, y

la vieja, lanzando un torrente de injurias monstruosas, de asquerosidades salvajes, giró su puerta, que se cerró pausadamente, con gran ruido de hierro.

Voltió la calma. Salía el viento del cementerio y, en el hondo silencio de la medianoché, oíase la nota aguda de los chacales, el concierto trágico de los desenterradores de muertos.

XXII

FRANCISCA PEYRAL A SU HIJO

“Mi querido hijo:

“No tuvimos contestación a nuestra carta y Peyral dice que empieza a ser ya tiempo más que sobrado para que nos llegue algo. Veo que sufre cada vez que Toinou pasa con su caja y le avisa que no hay nada para nosotros. También yo estoy temerosa; pero sígo creyendo que Dios protege a mi querido mozo, como tanto se lo ruego, y que no puede pasarse nada malo ni por castigo ni por mala conducta. Si esto ocurriese, yo sería muy infeliz.

“Tu padre me manda avisarte que pasan por su cabeza recuerdos de lo que también él ha sido anteño en el ejército. Y, como de guarnición dice que vio cosas muy malas para los jóvenes que no eran sensatos, con camaradas que los llevaban a la bebida y a malas mujeres que hay allí, sólo para hacerles caer en el mal. Te aviso esto para complacerlo; pero yo bien sé que mi querido niño es prudente y que tiene en su corazón ideas que lo alejarán de todas esas cosas feas.

“El próximo mes aun te mandaremos algún dinero. Creo que ahí será preciso que pagues algunas cosas. Ya sé que tú no gastas sin razón cuando piensas en el trabajo que le cuesta a tu padre. Por mí, el de las mujeres no es gran cosa, y hablo de él, el bueno y querido hombre. Se te recuerda siempre en la velada y en las reuniones; no hay reunión en la que no se charle de nuestro Juan. Todos los vecinos te mandan saludos.

“Mi hijo querido: tu padre y yo te besamos de corazón. ¡Que te guarde el buen Dios!

Tu madre,

“FRANCISCA PEYRAL.”

En el calabozo del cuartel, donde estaba preso por embriaguez y por haberse hecho conducir por la guardia, fue donde Juan leyó la carta. Felizmente, la herida del spahi de cabellos rubios no fue tan grave, y ni el herido ni sus compañeros quisieron denunciar a Peyral. Juan, con la ropas sucias y llenas de sangre y la camisa en jirones, tenía aún en su cabeza humedades de alcohol; pasábanle nieblas ante los ojos y apenas podía leer... Y, a más, tenía entonces un espeso velo sobre los afectos de la niñez y de la familia. Este velo era Cora, su maldad y sus pasiones. (Esto ocurre en ciertos períodos de aturdimiento y de locura, y luego, el velo se alaja y se vuelve lentamente a todo lo que se había amado.)

La pobre carta, a pesar de esto, no tuvo trabajo para encontrar el camino de su corazón. La besó cariñosamente y rompió a llorar.

Luego, juró no volver a beber; y como el hábito no era viejo, pudo estrictamente realizar la promesa. Jamás volvió a embriagarse.

XXIII

Tiempo después de esto, una circunstancia inesperada llevó a la vida de Juan una diversión alegre y necesaria. Dieron a los spahis la orden de ir, hombres y animales, dirigiéndose, para cambiar de aires, al campamento de Dialamban, varias millas al sur de San Luis, en la desembocadura del río.

El día de salida, Fatu-gaye fue al cuartel con su linda tela de lujo, a hacer una visita de adiós a su amigo, quien la besó por primera vez, en sus dos pequeñas mejillas negras. Y, a la caída

de la tarde, los spahis comprendieron la necesidad de enojar y, Cora, pasados los primeros momentos de enojo y de desahogo, echó a correr a sus amantes — cierto es que ella los amaba a los dos, los dos hablaban igualmente a sentidos, los dos Juan—. Tratada como divinidad por el spahi, transformada al tratarla el otro, tal cual era, como a zuela. Nadie le había enseñado aún un precio tan sereno, tan completo. Esta visión le agradaba.

Pero ya no se le vio pasear más por San Luis sus largas cosas por la arena. Un día, en silencio, enviada por su marido, a uno de los establecimientos más lejanos del sur, con consejos de la autoridad. Fatu-gaye había blado, a no dudar, y todo San Luis se admiró ante el último escándalo de mujer.

XXIV

Noche serena de fines de febrero; noche de invierno, tranquila y fría, día abrasador.

La columna de los spahis, camino de San Luis, cruzó al paso las llanuras de Legba permitida la desbandada a gusto y a cada una, cada una, y Juan, que se ha retrasado extrema retaguardia, camina tranquiamente en compañía de su amigo Nyaur...

El Sahara y el Sudán tienen noches que gozan del claro esplendor de los meses de invierno, con más transparencia luz.

A lo lejos, hasta perderse de vista, se cubierten por la triste vegetación de gorrillas; así es todo este país de África, la orilla izquierda del río hasta los confines desolados de Guinea.

Matorrales acá y allá, follajes oscuros de manchas sombrías sobre el fondo rojo y rosado de las arenas, y luego, inmensas de aguas corripoidas, como que cubren sobre ellas como las blancas: miasmas de fiebre, más débiles, más sutiles que los del día. Experimenta penetrante sensación de frío, extraña el calor de la jornada; y el aire está impregnado del olor de los grandes pastos.

Acá y allá, a lo largo del camino, esqueletos retorcidos por el dolor; y camellos bañados en un surco negro. Están allí, en plena luz, riendo a la vez, dando con impudencia su flanco a los buitres; su destripamiento trasero.

De vez en vez, un grito de ave de nocturnos, en medio de la calma inmensa.

A lo lejos, muy espaciados, los tendidos en el aire inmóvil sus ramas como grandes madreporas muertas, y piedra; y la luna acusa con sorpresa de contornos su estructura rígida donde, dando a la imaginación la algo inerte, petrificado, frío.

En medio de sus ramas palidas, y a las masas más negras. ¡Siempre los tendidos familias de buitres, tranquilas. Dime aproximarse a Juan como de aves fetiches. Y la luna lanza grandes alas plegadas, reflejos azules de metal.

Y Juan se admira al ver por vez los detalles íntimos de este paisaje nocturno.

A las dos, un concierto de gorrillas de los ríos que arriban a la luna, más ferino, más chirriante, más estruendoso. En las noches de San Luis el viento sopla de la parte de los Juan había creído otro, muy lejos, mejantes. Pero aquella noche era el mismo, en los matorrales, donde se

to trágico: aullidos lastimeros de chacachacidos con mullidos estridentes y agitados de hienas. Una batalla entre dos banerantes, de merodeo por los camellos

¿Es eso? — dijo Juan al spahi negro. Sentimiento, quizá; una especie de horror por el de él. Era allí, muy próximo, en maleza, y el timbre de aquellas voces le pasar escalofríos por la carne y enizársele cabellos.

Una mímica expresiva, respondió Nyaor, sacan para comérselos a los que están vivos, a los animales que están muertos por

decir comérselos, hacía el simulacro de su brazo negro con sus dientes finos que se eleva más velado, en otro punto del cielo, después se extingue y todo vuelve a un silencio.

vapores blancos sobre las aguas dormidas dispersan al aproximarse la mañana. Se siente tránsito y penetrarse por la humedada de los pantanos. Sensación extraña este país hace frío. Cae el rocío. La luna poco a poco por occidente; el velo se la soledad oprime el corazón.

luego, por fin, allá, en el horizonte, apuntes de chozas: la aldea de Diallamban, que al amanecer deben acampar los spahis.

XXV

La cercanías del campamento de Diallamban el país estaba desierto. Enormes lamedales muertas que no se terminaban nunca, planicies de árida arena, en la que crecían raras raquíticas.

efectuaba por ellas largos paseos solitarios, cazando o soñando, con el fusil a la mano, siempre con sus vagos sueños de

habían gustable recorrer en piragua las aguas del río de aguas amarillas, o hundirse en las sin fin de los canales senegaleses. Perdersen de vista, marismas en las que las aguas cálidas y tranquilas; riberas de agua traidor era inaccesible para la planicie.

blancas cruzaban gravemente en el verdor regular de los húmedos mangles; por el limo grandes lagartos soplagigantescos nenúfares, todos rosados o se abrían al sol tropical para mayor de los caimanes y de las águilas pes-

Peayral casi empezaba a amar aquel país.

XXVI

estábamos en pleno mes de mayo, spahis arreglaban alegremente su imperio. Recogían con entusiasmo sus tiendas y sus enseres. Iban a volver a San Luis, a una nueva posesión de su gran cuartel blanco, y pintado con el viento y a encontrar nuevo todos sus placeres: las mulatas y el

mes de mayo! ¡En la tierra de Francia, del verdor y de las flores! Pero en los tristes de Diallamban, nada había reverdecer. Árboles y hierbas, todo lo que no iba su pie en el agua amarilla de los charcos continuaba mustio, reseco y sin vida. Ni gota de lluvia había caído del cielo durante seis meses, y la tierra tenía sed espantosa. La temperatura se elevaba; las grandes olas de la tarde habían cesado y la estación no iba a empezar; la estación de los pecadores y de las lluvias torrenciales; la estación que los europeos del Senegal ven lle-

gar con terror, pues ella les lleva la anemia, la fiebre y, a menudo, la muerte.

Sin embargo, es necesario haber vivido en el país de la sed para comprender los encantos de la primera lluvia: la alegría que se experimenta al dejarse mojar por las gruesas gotas del primer chaparrón tormentoso.

¡Oh, el primer tornado!... En un ciclo quieto, plúmbeo, una especie de cúpula negra, un raro signo del cielo sube por el horizonte.

Y sube, sube siempre, romando formas nuevas, espantosas. Al pronto parece la erupción de un volcán gigantesco; la decadencia de todo un mundo. Grandes arcos se dibujan en el cielo, se superponen con limpios contornos, suben siempre; masas opacas y pesadas. Parecen bóvedas de piedra prontas a derrumbarse sobre el mundo; y todo ello se aclara por debajo con resplandores metálicos, verdosos, violáceos y cobrizos. Y continúa ascendiendo.

Los artistas que han representado el diluvio, los cataclismos del mundo primitivo, no han

creado jamás aspectos tan fantásticos, ciclos tan fantasmagóricos.

Y jamás un soplo en el aire, ni un agitarse de la abrumada naturaleza.

De pronto, una gran ráfaga terrible, un formidable latigazo, tumba los árboles, los pájaros, las hierbas, hace volar en torbellino a los buitres trastornados y lo enloquece todo a su paso. Es el tornado que llega; todo tiembla y oscila; la naturaleza se estremece bajo la potencia espantosa del meteoro que pasa.

Durante veinte minutos más o menos, todos los diluvios del ciclo caen sobre la tierra. Una lluvia refresca el suelo tórrido de África, y el viento sopla con furia, sembrando la tierra de restos, de hojas, de ramas...

Y luego, bruscamente, todo se calma. Se terminó. Las postreras ráfagas aventan las últimas nubes de tintas de cobre; barren los últimos ríones deshechos del cataclismo; el meteoro ha



¡No quisiera ser así!

La gordura excesiva es causa de constantes desazones; atenta contra el bienestar físico, resta agilidad al cuerpo y le hace perder la belleza de las formas, atractivo de la mujer.

A las personas con tendencia a engordar, recordamos la Yodosalina, eficaz regulador de las funciones de recambio material y activo disolvente de los tejidos grasos.

En la Yodosalina se asocian en combinación los alcalinos que desintoxican el organismo, con una rica porción de yodo. Muchos la emplean eficazmente en la obesidad, Reumatismo,

Gota, Arteriosclerosis, etc.

YODOSALINA

PISANI

Sería difícil



EMPLREADO. — Señor; yo... he falsificado su firma en un cheque.

PATRÓN. — ¡Malo, malo! Si se lo pagan, vamos mitad y mitad.

Cuando vio desfilar a Juan, lo saludó con un "keú" discreto, seguido de una pequeña reverencia muy correcta. No quería distraerlo más en las filas, y miró el tacto de esperar dos largas horas para ir a llevarle sus respetos al cuartel.

Fatu había cambiado mucho. En tres meses estaba más alta y se había desarrollado de golpe, como las plantas de su país.

Ya no quería dinero. Hasta había adquirido una gracia de timidez que denunciaba a la joven.

Un *bubú* de muselina blanca realzaba su pecho redondeado, como es de rigor entre las muchachitas núbiles. Olla ya a almizcle y a esencias.

No llevaba ya los rígidos rutilos en la cabeza; dejaba largos sus cabellos, que dentro de poco iban a verse puestos en las hábiles manos de las peinadoras para realizar el catafalco complicado que debe coronar la cabeza de una africana joven.

Por ahora, muy cortos aun, se abrían en bandos alborotados y crespos; y esta cambiaba por completo su fisonomía, que, de gentil y cómica, se había vuelto graciosa y original, casi hechicera.

Mezcla de niña, de jovencita y de diablito negro, era una personita muy graciosa.

— ¡Sabes, Peyral? — decían bromeando los spahis... ¡Es muy bonita la pequeña!

Juan se había dado cuenta de que lo era; pero, en el momento, casi le era lo mismo.

Intentó rehacer, tranquilamente, su vida de antes, sus paseos por la playa y sus grandes caminatas por el campo.

Los meses de calma y de paz que acababa de pasar en el campamento le habían hecho gran bien. Casi había rehecho su equilibrio moral. La imagen de su joven novia, de los viejos padres, que, confiados, lo aguardaban en la aldea, había vuelto a tomar sobre él todo su honesto encanto, todo su poder.

Intentó rehacer, tranquilamente, su vida de antes, sus paseos por la playa y sus grandes caminatas por el campo. Los meses de calma y de paz que acababa de pasar en el campamento le habían hecho gran bien. Casi había rehecho su equilibrio moral. La imagen de su joven novia, de los viejos padres, que, confiados, lo aguardaban en la aldea, había vuelto a tomar sobre él todo su honesto encanto, todo su poder. Había terminado sus chiquilindades y sus bravatas, y ahora no comprendía cómo la señora Virginia había podido tenerlo entre sus clientes. No solamente se había propuesto no volver a beber ajeno sino también ser leal a su prometida, hasta el día feliz de su matrimonio.

XXVIII

El aire estaba impregnado de efluvios densos y ardientes, de olores llenos de vida, de perfumes de plantas tiernas. La naturaleza se apresuraba a efectuar sus alumbraamientos prodigiosos.

Juan, en los primeros momentos de su llegada, había lanzado igual mirada de disgusto sobre la población negra. A sus ojos todos se asemejaban; era siempre para él la misma misérrima nulidad, y bajo aquel pulido ébano brillante no había podido distinguir uno de otro individuo.

Poco a poco, sin embargo, se había acostumbrado a aquellas caras; ya las diferenciaba. Viendo pasar las negras muchachas con brazaletes de plata, las comparaba, y está le parecía bónica y fea aquella; ésta delicada, aquella, brutal. Las negras tenían para él un rostro, lo mismo que las blancas, y le repugnaban menos.

XXIX

¡Junio! Era realmente la primavera; pero una primavera rápida, afiebrada, con olores ardientes y pesades de tormenta.

Era el regreso de la vida, de las mariposas, de los pájaros. Los colibríes se habían despojado de su plumaje gris para adquirir sus colores brillantes de verano. Todo resurgía como por encantamiento.

XXX

Todas las tardes, sin dejar a Juan, con una paz a su paso a la pequeña Fatu, con su rizada cabeza de camero negro. El pelo le crecía de prisa — como las plantas —, y pron-

to las hábiles peinadoras podrían sacar provecho de ello.

XXXI

Abundaban las bodas en primavera. Frecuentemente, durante la noche, enervada de junio, Juan hallaba a los jóvenes de bodas iban cruzando por la arena en largas procesiones extrañas. Toda aquella gente gritaba, en concierto de sus voces de falsear sin irse iba unido a contratiempo por palmadas y peses de tam-tam. Aquella alegría negra, aquellos cantos, tenían algo de pesados volutuosos, y de bestialmente sensual.

Juan visitaba a menudo en Guet-n'dara a su amigo Nyaror, y las escenas de vida popular, de vida en común, lo contagiaban también... ¡Cuán aislado de sus seres, cuán solo se sentía en aquella tierra tan Pensaba en la que amaba con amor casi infantil, en Juana Mérv... ¡Ay! ¡Seis años más que estaba en África! ¡Eran aún más de cuatro años antes de volver a la...! Empezaba a notar que acaso le faltaba valor para proseguir viviendo solo; que solamente a breve plazo necesitaría alguien le ayudase a pasar su tiempo de exilio... ¡ro quite?...

— ¡Fatu-gaye, quiza?... ¡Sea!... ¡Que fanación de él mismo!... Y luego, cuando a los clientes de la señora Virginia, se le recordaba... ¡Abusar como ellos, de jovenes...! Poseía una especie de dignidad, de instintivo, que lo había preservado siempre de ser arrastrado por tales impulsos de sensualidad. Jamás podría descender tan

XXXII

Paseábase todas las noches; los aguaceros pestuosos continuaban. Las marisnas fijas, las aguas estancadas, saturadas de miasmas y ganaban terreno cada día. Una alta vana de hierbas cubría ya el país de arena. El tarde, el sol aparecía casi estufado, un exceso debilitante de calor y de efluvios tétricos... A la hora que se ponía el sol, Juan se hallaba solo, todo era nuevo y para su imaginación, y una tristeza intensa se apoderaba de él... Dirigía sus miradas al plano horizontal sobre el que los vapores inmóviles. No percibía con claridad que había en aquella fisonomía de las algo anormal le oprimía el corazón.

Sobre las húmedas gramíneas revolaban nubes de libélulas con sus alas salpicadas negro, al mismo tiempo que pájaros de desconocido se llamaban quejumbrosos en las hierbas... Y la eterna melancolía de Cam se cernía sobre todo aquello.

En las horas crepusculares los pájaros de África durante la primavera tenían una que no se podría expresar con palabras una lengua humana...

XXXIII

— *Anamalis fobill!* — vociferaban los golpeando su tam-tam, los ojos enrojecidos sobre los músculos, chorreando sudor y tos...

Y todos repetían palmoteando frenéticamente: *Anamalis fobill, Anamalis fobill!* La reducción manchaba estas páginas. *Anamalis fobill!*... Las primeras palabras del canto de endiblad, ebrio de ardor y de alegría, ¡el canto de los aquelares de la vernal!...

Anamalis fobill!, aullido de deseo incandescente de savia negra recalentada al sol y de tórrida... ¡Aleluya de amor negro, de seducción cantado también por la ralea, por el aire y la tierra, por las plantas y los perfumes!...

En las frías noches primaverales, los se mezclaban con las motas que en gran pompa su traje núbil; y con

pasado y el cielo se vuelve puro, inmóvil y azul.

El primer tornado tomó a los spahis en marcha, y aquello fué una desbandada bullanguera y alegre.

Estaba allí, en el camino, la aldea de Turukambé, y a ella se corrió en desorden.

Las mujeres que amontonaban el mijo, los niños que corrían entre la maleza, los perros que dormían al sol, las gallinas que picoteaban, todos se recogían precipitadamente, apretados bajo los débiles techos puntiagudos.

Y las cabanas, ya muy estrechas, invadidas por los spahis, que vuelcan el alcuzcuz, que pisotean las calabazas... Unos besan a las jóvenes; otros, como niños grandes, sacan la nariz por el placer de hacerse mojar, de sentir el agua del cielo correr sobre su cabeza caliente y sin seso. Los caballos, atados de prisa, relinchan, pifando y coccando de espanto. Los perros gruñen, los carneros, las cabras, y todos los ganados de la aldea se aprietan junto a las puertas, alcanzando la cabeza, balando, saltando, empujando con los cuernos para entrar ellos también, pidiendo su parte de protección y de abrigo.

Raro estrépito de ruidos, de carcajadas de las negras, de gritos, silbos del viento de la tempestad, y el trueno reinando con su artillería formidable. Una gran locura bajo un cielo negro; la noche en pleno día interrumpida por rápidos y fulgurantes destellos verdes. Y la lluvia a torrentes, el diluvio cayendo a placer, penetrando por todas las grietas del bálagre seco, dejando caer por acá y por allá grandes duchas sobre los lomos de una gallina asustada, de un gato encaramado o sobre la cabeza de un spahí.

Cuando pasó el tornado y volvió el orden, los spahis reunieron su camino por senderos encharcados. Por el claro cielo azul corrían aún las posteras nubecillas graciosas, que semejan cosas compactas, jirones desgarrados, endebles, envueltos en gasas oscuras. Potentes hedores desconocidos surgían de la tierra cambiada al contacto de las primeras gotas de agua. La naturaleza iba a empezar sus alumbraamientos.

XXXVII

A las puertas de San Luis, Fatu-gaye estaba apostada desde la mañana, para no perder la llegada de la columna.

co, en notas rabiosas, cantaban todos
du sobre la ardiente arena; *Ananalis*
...

XXXIV

Ananalis fobit!... Los gruesos brotes lecho-
de los baobabs se abrían en hojas tiernas...
Juan sentía que se le abrasaba la sangre,
corría como un veneno devorante por sus
La renovación de toda aquella vida lo
da, porque no era la suya. En los hom-
la sangre que bullía era negra; en las
la savia que ascendía estaba envenenada;
Flores tenían perfumes nauseabundos y los
los estaban henchidos de veneno... En él
en subía la savia de sus veintidós años,
de un modo febril que fatigaba su brote,
con el tiempo, se sentiría morir de aquel re-
terrible.

Ananalis fobit!... ¡Cuán velozmente cami-
aquella primavera!... ¡Iba a acabar junio,
bajo los efectos de un calor mortífero,
amistósfera que no era ya viable, las hojas
se iban amarillando, las plantas moribundas, y las
nubes, excesivamente maduras, se tum-
en el suelo...

XXXV

Ananalis fobit!... Son frutos acres, de los
cálidos—los *gurijs*, de Senegal, por
—, repugnantes en nuestras latitudes
—, pero que allá son apropiadas a deter-
— estados de sed o de sufrimiento, que
— desearse con ardor, y que parecen ex-
—tamente agradables... Así era aquella cri-
— con su cabecita erizada de camero negro,
— modelado marmíreo de su carne, y sus
— esmaltados que sabían ya lo que pedían a
— y que, no obstante, se entornaban en su
— ciencia con un juego infantil de timidez y
— Fruto sabroso del Sudán, madurado
—tamente por la primavera tropical, lleno de
— tóxicos, de voluptuosidades malsanas,
— conocidas...

XXXVI

Ananalis fobit!
Juan, corriendo, y de prisa, en cierto modo
como un loco, había vestido su traje de noche.
Había pedido a Fatu, por la mañana, que fue-
se a guardarlo al caer la noche al pie de cier-
baobab solitario, en las marismas de Sorr.

...
Y luego, antes de ir, muy turbado el pen-
samiento, se apoyó en una de las amplias ven-
anas del cuartel, para reflexionar un momen-
to, reflexionar si era posible, aspirando un
poco de aire menos pesado. Temblaba pen-
sando en lo que iba a realizar.

Se había resistido algunos días, fué a con-
ciencia de sentimientos muy complicados
que bullían en él: una especie de horror ins-
tintivo se aunaba al embrujo terrible de sus
amados. Y, además, había en todo, también,
de superstición de niño montañés, con-
fusa terror a brujerías y amuletos, temor
a azos tenebrosos, a no sé qué encantamientos.
Parecía que iba a atravesar el umbral fa-
ta a efectuar con aquella raza negra una es-
pecie de pacto funesto, que velos más densos
se iban a interponer entre él, su madre y su
amor y todo cuanto había dejado allá de años
pasados y de amado.

En el dilido crepúsculo bajaba sobre el río.
La antigua ciudad blanca se tornaba roja en
azul y azul en la sombra; interminables filas
de camellos cruzaban por la llanura, tomando
al norte el camino del desierto.

Se escuchaba el tam-tam de los *griots* y el
canto de los deseos desencadenados que em-
pezaba en la lejanía: *Ananalis fobit! Farama-
fobit!*...

La hora indicada a Fatu-gaye casi había
pasado y Juan partió corriendo para encon-
trarse en las marismas de Sorr.



CUTIS BLANCO - CUTIS HERMOSO

Pero... para conseguirlo, use únicamente

AGUA NUPCIAL

40 años de éxito atestiguan su eficacia.

AGUA NUPCIAL

conserva, rejuvenece el cutis, quita las manchas, quemaduras
de sol, espinillos, elimina arrugas, calmando en el acto cual-
quier picazón.

Depositarlos: CONTI y Cia. - Paraná 167 - U. T. 38, Mayo 1379
En el Uruguay: Cia. Intern. Delgar - Plaza Independencia 839

Si después del nacimiento del niño se le hinchan los ojos y se nota alguna supuración
o secreción, acuda inmediatamente al médico, o al servicio hospitalario más cercano,
pues puede estar atacado de conjuntivitis purulenta.

PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS



PIORRI BRISOL

Está indicado en la PIORREA ALVEOLAR,
gingivitis, reblandecimiento y retroceso
de las encías.

PIORRI BRISOL

En frascos de \$ 3.90 y \$ 5.50

Autorizado por el H. Depto. Nacional de Higiene N° 2956

En venta en todas las buenas farmacias del país.

Cesante...



—¿M... M... Me permite ver la cesación de avisos clasificados, señora? Su hijo acaba de decirme que no quiere saber nada más conmigo...

Anamalis fobit... Foramata bil...

Sobre su himeneo extraño un solitario baobab proyectaba su sombra; el cielo amarillero extendía su bóveda triste, irrespirable, inmóvil, cargada de electricidad, de substancias vitales, de emanaciones terrestres.

Para describir estas nupcias, sería menester tomar colores tan variados, que ninguna paleta podría proporcionarlos semejantes: mezclar palabras africanas; tomar ruidos, sonidos y, sobre todo, silencio; pintar todos los olores del Senegal; unir tempestad y negro fuego; transparencia y obscuridad.

Y, a pesar de todo, allí no había más que un baobab solitario en medio de una extensa llanura de hierbas.

Juan, en su delirio de locura, experimentaba aún una especie de profundo horror, viéndolo sobre el fondo oscuro de la tarde destacar el negro más intenso de la desposada, viéndolo allí, junto a sus ojos, brillar el esmalte móvil de los ojos de Fatu.

Enormes murciélagos pasaron sobre ellos sin ruido; su vuelo suave parecía un mariposeo rápido de tela negra. Se acercaron hasta rozarlos; su curiosidad de murciélagos estaba muy agudizada; porque Fatu tenía un paño blanco, que resaltaba sobre la rojiza hierba...

Anamalis fobit... Foramata bil...

SEGUNDA PARTE

I

¿Qué cuadro! ¿Cómo cambian tres años a un hombre! Por tres veces las caravanas peregrinas cruzaron el desierto. Otras tantas pareció resurgir y suavizarse el África, pero siempre siguió la "estación de la sed".

Un blanco está tendido en un *tará*; a sus pies una mujer acostada en tierra, y a su lado la *laobé* amarilla, inmóvil, con los ojos abiertos y la expresión hierática de los chaceales de los templos egipcios.

Ese blanco es Juan.

Mediodía, la hora quieta de la siesta. Hacía calor, extraño calor... Recordad los días pasados de julio e imaginad mucho más calor y

mayor luz aun. Era un día de diciembre. El viento del desierto soplaba levemente con su regularidad inevitable de siempre. Y todo estaba muerto y resaca. Sobre la arena, el viento dibujaba hasta lo infinito miles y miles de pequeñas estrías onduladas, que eran como olas pequeñas del gran "mar sin agua"...

Fatu-gaye estaba echada, vientre en tierra, descansando en los codos; tenía el torso desnudo — traje de casa —, y su suave espalda se alzaba en curva graciosa desde los arqueados hombros hasta el extraordinario monumento de ámbur y de coral que constituía su peinado. En torno a la casa de Sambá-Hamet, sólo quietud; imperceptibles ruidos de lagartos o de moscardones; irrisaciones de arena...

Y, con la barilla apoyada en sus dos manos, Fatu, medio dormida, entonaba a media voz. Cantaba aires que nunca había oído en parte alguna, y que no componía ella, no obstante. Eran su sueño enervado, su adormecimiento voluptuoso, que se traducían por sí mismos en sonidos musicales, confusos y raros; éstos producidos sobre su cerebro de chiquilla negra por aquella soledad de las cosas, que se traducía en forma de canto.

¡Oh! En la sonoridad del mediodía, en el descanso febril de la siesta, cómo vibra y llora un canto irreal, inconsciente, resultado de las cosas, paráfrasis del calor y del silencio, de la soledad y del destierro!...

Entre Juan y Fatu se han hecho las paces. Juan ha perdonado; siempre es así. La historia de los *kbláts* y de los pendientes de oro de Galam está absolutamente terminada.

Se ha hallado el dinero y ha partido para Francia. Es nuevo quien lo ha dado, en gruesas monedas de plata de muy antiguas figuras que, con muchas otras, tenía guardadas en un cofre de cobre. Se le devolverán más adelante; es una preocupación para Juan, verdad es; pero, al menos, sus queridos y viejos padres, que contaban con él, lo tendrán y estarán tranquilos.

El resto no tiene importancia.

Adormecido sobre su *tará*, con su esclava acostada a sus pies, hay no sé qué abandono soberbio, qué aire falso de príncipe capado. Ya nada existe en él del montañés de las Cevennes. Ha tomado algo de la majestad pobre de los hijos de la tienda.

Los tres años de Senegal que han merchado acá y allá las filas de los spahis lo han respetado a él. Se ha puesto únicamente muy moreno; se ha desarrollado; sus facciones se han depurado, se han marcado aún en todo cuanto tenían de fino y de hermosos.

Una clase de atonía moral, períodos de indiferencia y de olvido, una especie de quietud del corazón con bruscos despertares de sufrimiento, es todo lo que estos tres años han podido cambiarlo.

El clima del Senegal no ha hecho otra huella en su naturaleza pujante.

Escalón a escalón se ha hecho un soldado modelo, vigilante, puntual y bravo. Y, no obstante, no hay aún en su brazo más que modestos galones de lana. Los dorados galones de sargento de caballería, que frecuentemente ha visto brillar ante sus ojos, le han sido negados hasta ahora. En primer lugar, ningún protector, y luego, más que nada, ¡oh, escándalo!..., ¡vi vir con una mujer negra!

Armaz estréptito, emboracharse, hacerse conducir con la cabeza partida, repartir por la noche, estando ebrio, sablazos a los caminantes, arrastrarse en todos los rugurios, abusar de todos los vicios..., todo esto es pasable. Pero tener para sí solo, dejada del sendero de la virtud, una esclavita de casa buena, provista del sacramento del bautismo, esto jamás podrá ser tolerado...

Sobre este punto había recibido Juan antes amonestaciones muy fuertes de sus jefes, con

amenazas terribles e injurias. Ante la tentada había levantado su orgulloso cabeza; luego había oído con el estoicismo orden por la disciplina, disimulando, tras cierto de contricción, el loco deseo que lo acusaba de servir de su látigo. Pero, luego, no le hecho ni más ni menos...

Acaso, un poco más de disimulo, durante unos días, pero se había quedado con...

Lo que pasaba en su corazón respecto a ella pequeña era tan difícil, que otros hábiles que él habrían perdido las horas de de conocerlo. Entregábase, sin como, a la atracción perniciosa de un caso de fuerzas para alejarse de ella a poca se hacían dentro de los días pasado y sus recuerdos. Dejébase con sin resistencia allí donde lo llevaba su corazón, desviado, indeciso, por la separación del destierro...

Y todos los días, todas las horas sol... Ver levantarse todas las mañan una regularidad inexorable, a la hora justa sol ancho, sin nubes y sin frescor, a rojo, que los planos horizontales dejaban aparecer debajo de todo, como en el cielo, apenas nacido, desviaba la cabeza, la impresión penosa y pesada de tales signos...

Hacia ya dos años que Juan y Fatu juntos en casa de Sambá-Hamet. En el de los spahis, se había acabado, hartos admitir lo que no había podido. Después de todo, Juan Peytral era ejemplar; sólo que quedaría a perpetuo a su modestos galones de lana, pasaría de ellos.

En casa de Cora, Fatu era cautiva y va, distinción esencial hecha por los de la colonia y que en el primer momento había aceptado. Cautiva, poseía el derecho de marcharse, sin que se tuviese el derecho, pero, una vez fuera por su propia era libre, y ella había hecho uso de su derecho.

Estaba bautizada, y esto era una liberación. En su cabecita, cerrada como la de un todo esto había penetrado bien y se había bien comprendido. Para una mujer que se renegaba de la religión de sus padres, a un hombre blanco es una acción investigada por todas las rechiflas públicas para Fatu este prejuicio horrible no...

Verdad es que con sus compatriotas las algunas veces *keffir*, y esto era el singular pequeña. Cuando veía arribar a las bandas de *klasonkés*, que se cía de lejos por su peinado alto, corría y era intimidada a dar vueltas a aquellos hombres de melenas, de modo de iniciar conversaciones en la da al país. (Los negros anim más que pueblo, la tribu del rincón de la bi ha han nacido). Y, entonces, por una mala mala compañera, los negros de país *klasonkés* volvían la cabeza y zándole con una sonrisa y un gesto intraducible la palabra *keffir* (infelunmi de los argelinos y el *guitan* de Oriente. Entonces la pequeña Fatu avergonzada y con el corazón opresado. Pero igual le daba. Prefería ser a Juan...

—¡Pobre Juan! Descansa largo *tará* ligera; que ese descanso del sueño pesado y sin ensueños sea el momento del despertar es...

¡Oh, abrir los ojos después del miento del sueño del mediodía! procedía aquella luzcidez extraña formaba ese instante en un espanto...

Las ideas se aparecían tristes, sencillas, cordantes, al principio; imágenes llenas de misterio, como rastros de

por a la de este mundo... Luego, de risa, concepciones más claras, de una dolorosa; recuerdos radiantes de otras impresiones de infancia resurgiendo, aluminiándose, desde el abismo de un pasado irrevocable; recuerdos de las caballerías, de los veranos en Cévennes, mezclándose a los largos de África; angustias de un futuro, de felicidad perdida; síntesis vespuntante, de toda la existencia. La vida por debajo, con sus aspectos de ultramar, el reverso del mundo...

Especialmente, en aquellos momentos para percibirse de la muerte rápida e inexorable de las horas, que la atonía de su espíritu le impedía habitualmente comprender... se levantaba escuchando sobre la tará sonora el latido de las arterias de su frente y oír las pulsaciones del tiempo, el golpear de un gran reloj misterioso de la eternidad y sentía correr el tiempo, huir, huir, rapidez de un objeto que cae en el vacío, lanzarse su vida con él, sin que le fuese consciente.

Y se despertaba bruscamente, con un loco de partir, una furia de impotencia, era en presencia de los años que le seguían aún del retorno.

Fatu-gaye comprendía que aquel despertar peligroso, un instante crítico en el cual el hombre blanco se le escapaba. Por esto aceptaba aquel despertar y cuando veía a Juan con sus ojos tristes y erguise después, de un salto, con la mirada recelosa, rápidamente se iba para servirlo, o le pasaba alrededor del cuello sus brazos amorosamente. ¿Qué tienes, blanco mío? — decía, con voz lánguida, con el son de la guitarra griot.

Pero estas impresiones de Juan eran fugaces. Cuando estaba bien despierto, su atonía se retomaba su curso, y volvía a ver las cosas con sus formas acostumbradas...

II

Una tarea muy importante y muy delicada de peinar a Fatu. Esto ocurría una vez a la semana, y le ocupaba todo el día. Tempranamente poníase en camino hacia la ciudad negra — donde vivía una herrera puntaguda construida con cañas secas, la peinadora de más fama entre las damas nubianas.

Se permanecía varias horas, sentada en la silla entregada a las manos de la artista pausada y minuciosa.

La peinadora, previamente, deshacía el peinado quitando una por una las perlas, desmenuzando los mechones espesos; luego recogía el edificio admirable, en el que encajaban coral, monedas de oro, lentejuelas de escamas de jade verde y bolas de ámbar como manzanas, herencia materna; y las joyas de familia, traídas subrepticamente a la tierra de esclavitud.

La peinadora, más difícil de peinar era aún la parte posterior de la cabeza; allí había que dividir las trenzas en centenares de ricitos entrecruzados y erectos, cuidadosamente alineados, formando filar de franjas negras. Cada uno de estos rizados arrollábase separadamente alrededor de un tallo de paja; se los cubría de una capa de goma. Para que esta se mantuviese así hasta el día siguiente, Fatu se iba a su casa con todas aquellas ramitas secas en su cabellera. Esa noche parecía adornada con la piel de un puerco espín.

Pero, a la mañana siguiente, una vez quitadas las pajas, qué hermoso efecto! Sobre todo ello se colocaba, al estilo kharé, una especie de gasa, muy transparente, que cubría como una tela de araña azul; y tocado, sólidamente asegurado, duraba una semana.

Fatu-gaye se calzaba elegantes sandalias de cuero, sostenidas por cintas pasadas por entre el dedo pulgar y el segundo, al estilo de algunos antiguos.

Vestía la tela estrecha y ceñida que los egipcios de la época de los farosones legaron a Nubia. Encima poníase un *bubbi*: gran cuadro de muselina con un agujero por donde pasar la cabeza y cayendo como una túnica hasta más abajo de las rodillas.

Sus adornos se componían de pesadas ajorcas de plata, colocadas en las muñecas y los tobillos, y luego perfumados collares de *sumaré*. La fortuna de Juan no le permitía usar collares de oro ni de ámbar.

Los *sumaré* son hechos con varias vueltas de granitos negros enhebrados; estos granitos, que maduran en las orillas del Gambia, tienen un olor penetrante y apimentado, un perfume *sui generis*, uno de los más característicos del Senegal.

Fatu-gaye aparecía muy linda con aquel alto

peinado salvaje que le daba un aspecto de divinidad india, preparada para una fiesta religiosa. Nada de rostros pasmados y morrudos de ciertos pueblos del África, que en Francia se tiene la costumbre de considerar como el ejemplar genérico de la raza negra. Poseía un tipo khashonké muy puro: nariz pequeña recta y fina, de aletas delgadas, rasgadas, y muy móviles; boca graciosa, con dientes admirables; y sobre todo, grandes ojos de esmalte azulado, saturados en ciertos momentos de grave asombro o de misteriosa malicia.

III

Fatu jamás trabajaba; era una verdadera odalisca que Juan se había regalado.

Sabía arreglarse para lavar y reparar sus *bubbis* y sus telas. Estaba siempre pulcra como una gatita negra vestida de blanco, por instinto de limpieza, primero; y, luego, porque comprendía que Juan no la toleraría de otro

La mujer que trabaja...



Las mujeres que trabajan en oficinas, tiendas, aulas o laboratorios son frecuentemente víctimas de malestares, dolor de cabeza, etc. Su delicado organismo se resiente fácilmente de la dura labor, y por esto los médicos aconsejan un buen tónico. La IPERBIOTINA MALESCI es un reconstituyente para la mujer, puesto que proporciona al organismo elementos vigorizantes capaces de compensar el desgaste a que está sometido, al par que fortifica el sistema nervioso.

Iperbiotina

MALESCI

La marathon



—Imagínate que me siguió a pie durante una hora y después me invitó a caminar con él...

modo. Pero aparte de los cuidados de su persona no era capaz de ningún trabajo.

Cuando los pobres vicios Peyral no pudieron enviar ya a su hijo los pequeños ahorros que céntimo a céntimo apartaban para él, por que "nada les salía bien", como decía la anciana Francisca, y hasta se habían visto obligados a recurrir a la menegada bolsa del spahi, el presupuesto de Fatu se hacía muy difícil de equilibrar.

Felizmente, Fatu era sobria, y su vida material no costaba cara.

En todos los países del Sudán, la mujer se halla, con respecto al hombre, colocada en condiciones de gran inferioridad. Varias veces en el transcurso de su existencia, es comprada y vendida como cabeza de ganado, a un precio que disminuye en razón contraria a su fealdad, a sus defectos y a su edad.

Juan preguntó una tarde a su amigo Nvao: —¿Qué has hecho de Nokhunduñkú, tu mujer, la que era tan buena moza?

Y Nvao contestó con sonrisa tranquila: —Nokhunduñkú era muy charlatana y la he vendido. Con lo que me han pagado por ella he comprado treinta ovejas que no hacen más que balar.

A la mujer le toca el más rudo trabajo de los indígenas: moler el mijo para el alcuzeu.

Desde la mañana hasta la noche, en toda la Nubia, desde Tombuctú hasta la zona de Guinea, bajo el sol devorante, en todas las aldeas de brezo, los pilones de madera de las negras caen con fuerza en los morteros de calcedra. Miles de brazos, adornados de brazaletes, se fatigan en este trabajo; y las obreras, charlatanas y discursivas, mezclan a este ruido monótono el concierto de sus voces agrias que parecen brotar de gargantas de micos. De ello resulta una batatola muy típica, que anuncia de lejos, en el desierto, entre las malezas, la cercanía de las aldeas de África.

El producto de esta molienda eterna, que agota generaciones de mujeres, es una burda harina de mijo con la que se prepara un cocido sin gusto: el alcuzeu.

El alcuzeu es la base de la alimentación de todos los pueblos negros.

Fatu-gave se eximía de este trabajo de siglos de las mujeres de su raza. Todas las

tardes iba a casa de Curá-n-diaye, la mujer griota, la vieja poetisa del rey El-Hadi. Allí, por medio de una débil retribución mensual, tenía derecho a sentarse entre las esclavas de la vieja favorita alrededor de las grandes calabazas en que humeaba el alcuzeu caliente, y a ingerir de acuerdo con su apetito de dieciséis años.

Desde lo alto de su tará, estráda sobre finas esteras de difícil tejido, la vieja destronada presidía con una dignidad impenetrable.

Y, no obstante, sucedían en aquellas comidas escenas graciosas y bulliciosas. Las desnudas cravatorras, acurrilladas en el suelo, en torno a calabazas inmensas, metían sus dedos, todas a la vez, buscando en el cocido el plato que les apetecía. Eran gritos, muecas, gestos, travesuras negras que dejaban pequeños a los tírtis; y llegadas intempestivas de comidos carneros y patas de gusos alargadas quedito e introducidas luego solapadamente en el condomio; intrusiones de perros barchinos, alargando en el plato su hocico puntiagudo; y después, estallidos de risa de una gracia imposible, mostrados filas magníficas de blancos dientes en encías de un rojo de peonía.

Fatu estaba siempre bien puesta y con las manos limpias cuando Juan, que debía ir al cuartel a las cuatro, volvía después del toque de retreta. Ella había vuelto a arreglarse bajo su peinado alto de idolo, una expresión casi melancólica, sería. No era la misma criatura.

Por la noche, era triste aquel barrio muerto, parado al extremo de una vieja ciudad muerta.

Juan quedaba con frecuencia apoyado de codos en la gran ventana de su cuarto amplio y desnudo. La brisa del mar hacía jurguear en el techo los pergaminos religiosos que Fatu tenía colgados allí de largos pióniles para velar sus sueños.

Ante él se abrían los grandes horizontes del Senegal —la punta de Berbería—, una llanura plana, por cuyas lejanías cruzaban oscuros vapores de crepúsculo: la entrada inmensa del desierto.

O bien se sentaba a la puerta de la habitación de Sambí-Hamet, ante el pedazo de terreno inculto que bordeaban antiguas construcciones de ladrillos en ruinas, semejante a una plaza en cuyo centro crecía la débil palmera amarilla, de la especie espinosa que era el único árbol del lugar.

Sentábase allí y consumía cigarrillos que había enseñado a hacer a Faru.

¡Ay! Hasta esta distracción tuvo que suprimirla muy pronto por falta de dinero para adquirir tabaco.

Seguía con sus negros ojos, estáticos ya, el ir y venir de dos o tres negras que se perseguían corriendo locamente en el viento de la tarde, en la media luz crepuscular, como cervatillos.

En diciembre, la entrada del sol llevaba a San Luis a menudo brisas frescas y grandes corrientes de nubes que, de repente, ensombrecían el cielo; pero que no se deshacían jamás. Pasaban lejos y se iban.

En la gran gota de agua; jamás una impresión de humedad; era la estación seca, y en toda la naturaleza no habría encontrado un átomo de vapor de agua. A pesar de ello, se respiraba en aquellas tardes de diciembre; era un descanso aquella frescura serena que causaba una sensación de consuelo material; pero, al mismo tiempo, no sé qué impresión más honda de melancolía.

Y cuando Juan estaba sentado al caer la noche, ante su puerta aislada, su pensamiento volaba lejos.

... ¿Qué harían sus viejos padres a la hora en que él los recordaba? Sentados en un rincón del hogar, sin duda, junto a la gran chimenea

en la que chisporroteaban alegremente las brasas recogidas en el bosque...

Allí veía él aquellos objetos familiares de infancia, la pequeña lámpara de las velas de invierno, los viejos muebles, el garbancito mitando sobre un banco. Y, en medio de todas las cosas amigas, trataba de ir ubicando a su gusto a los bien amados moradores de la choza.

¿Aproximadamente las siete! Terminada la cena, se hallaban sentados en un rincón, fuego, envejecidos, sin duda; su padre, en actitud habitual, reclinando en su mano la cabeza gris —una cabeza de viejo con un pelo a ser monjes—, su madre, con las calcetas, probablemente, moviendo ríspicas grandes aguias entre sus manos diestras y ríscas, o bien teniendo inmóvil su rostro cáñamo, e hilando.

Y Juana, quizá estuviera con ellos! Su nombre le había escrito que iba frecuentemente cerles compañía en las noches de invierno. ¿Cómo estaría en la actualidad? ¿Cambiaría un embellecido, le habían dicho. ¿Cómo se veía sobre de mujer hecha, que él no veía...

... Junto al hermoso spahi, que vestía su chaqueta, se encontraba sentada Faru con su alto peinado de ámbar y monjes oro.

Había llegado la noche y, en la sierta, las negras continuaban persiguiéndose pasando y volviendo a pasar en la oscuridad de ellas, totalmente desnudas, las largas bridas flotantes, sus madres, de dos murciélagos blancos. El viento impulsaba a correr; eran como esos pequeños que, en nuestras casas, sienten la necesidad de correr locamente cuando viento seco del este, que trae las heladas...

IV

DIGRESION PEDANTESCA ACERCA DE LA MUSICA Y SOBRE UNA CATEGORIA DE GENTES LLAMADAS GRIOTS

El arte de la música se confía en el oído a una casta de hombres determinada. Los griots, que son, de generación en generación, músicos ambulantes y compositores de obras heroicas.

Los griots están encargados de cantar y tam-tam durante las zambras y de bailar las fiestas las alabanzas de las personas ilidad.

Cuando un jefe experimenta el deseo de exaltar su propia gloria, ordena a los griots que se sienten al lado de la mesa, y cuando en el acto, en su honor, una o dos tonadas oficiales acompañadas por tam-tam con el rasgueo de una guitarra muy fuerte, cuyas cuerdas están tensas sobre pieles de animal.

Los griots son las personas más importantes y más perezosas de la tierra; llevan una vida ociosa y no se preocupan jamás del mañana. El griot es el jefe del pueblo, el jefe de los grandes jefes de ejército, recibiendo de ellos honores y tratados por doquier como los gitanos, colmados muchas veces de favores; excluidos durante su vida de las ceremonias religiosas, y, al cabo de su vida, de los lugares de sepultura.

V

BAMBULA

En las comarcas del Senegal, los griots de luna llena son especialmente famosos por la *bambula*; noches de gran luna y pases que la luna se eleva a una gran altura, en sus horizontes cálidos, más roja y más que nunca.



RECETARIO INDUSTRIAL y DOMESTICO

por el Dr. JOSE BERSCH

Libro que puede descubrirle el secreto de su porvenir

aquí una obra útil, formada por una colección de recetas desprovistas de todo aparato científico, pero que se basan en fórmulas concisas la gran diversidad de aplicaciones de la química a las artes e industrias. El RECETARIO INDUSTRIAL Y DOMESTICO, tan útil para consultar gracias a su disposición en forma de diccionario, ofrece la solución en cualquier caso. Sabido que para emplear con éxito ciertas fórmulas basta conocer las sustancias de que se componen y las cantidades de cada una de ellas. A veces los fracasos se deben a la falta de claridad en las recetas, y en este punto ha sido muy cuidado en el RECETARIO INDUSTRIAL Y DOMESTICO, a fin de evitar toda posibilidad de error.

Independientemente de las explicaciones que se dan a cada fórmula, esta obra tiene al final una segunda parte: Parte Técnica—donde se describe con claridad la manera de efectuar ciertas operaciones, acompañada de la descripción con numerosos grabados para más comprensible cualquier manipulación hasta los más sencillos.

En todos aquellos casos en que hace falta emplear aparatos, el libro lo indica y los describe con toda claridad de detalles. Lo mismo en lo que se refiere a trabajos de laboratorio que a los de fábrica o de taller se ha tenido muy en cuenta que esta obra no sólo hecha exclusivamente para el químico y el físico. Esta obra está especialmente destinada a ser útil en la forma más sencilla las operaciones necesarias para que, siendo éstas realizadas con éxito y seguridad, le permitan, si lo desea, establecer una industria, que podrá ser para muchos la solución de su problema económico.

También esta parte técnica está dispuesta en forma de diccionario para facilitar su manejo.

Precio del ejemplar, \$ 27.— (Flete, 50 cts.). Este libro puede adquirirse en cómodas mensualidades, con detalles y condiciones remitiendo el cupón a:

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.

34 - 4067 - ESMERALDA 116 - BUENOS AIRES

GRATIS

Editorial Sopena Argentina, S. R. L.
Esmeralda 116 Buenos Aires

En el compromiso de mi parte, sirvase remitirme el boleto descriptivo del Recetario Industrial y Doméstico, por José Bersch, y las condiciones de compra con facilidades de pago.

Nombre.....
Domicilio.....
Profesión..... L. 168



Más de 1.000 páginas de texto. — Contiene 17.000 fórmulas. — Tamaño del volumen: 28 x 16 cm. — Lujosa encuadernación en tela inglesa. — Numerosos grabados.



El tiempo lo diría



—Nos casaremos en cuanto él se divorcie de su esposa y yo de mi marido..., siempre que para entonces estemos todavía enamorados uno del otro.

Al atardecer se forman los grupos. Las mujeres visten telas de colores llamativos; se adornan con alhajas de oro de Galani, orlan sus brazos con pesados brazaletes de plata y su cuello con una asombrosa profusión de objetos de vidrio, de ámbar y de coral.

Y cuando el disco rojo surge, siempre agrandado y deforme por el espejismo, esparciendo sobre el horizonte cruentos resplandores, una gritería furiosa se eleva de toda la muchedumbre: la fiesta se inicia.

En ciertas épocas del año, frente a la casa de Sambá-Hamer, la plaza solitaria se transformaba en escenario de *bambulas* fantásticas.

En estas ocasiones, Curá-n'diaye facilitaba a Fatu algunas de sus alhajas finas para ir a la fiesta.

A veces concurría allí como en sus antiguos días.

Y, entonces, se elevaba un murmullo de admiración, cuando la vieja *griote* se acercaba cubierta de oro, erguida la cabeza, con una llama extraña vuelta a encender en sus gastados ojos. Tenía el torso desvergonzadamente desnudo; sobre sus pechos arrugados de momia negra, que colgaban como grandes odres vacíos y muertos, mostraba los regalos maravillosos de El-Hadi el conquistador: collares de jade pálido de un suave verde de agua; y, luego, hileras y más hileras de grandes esferas de oro fino de un trabajo sutil e inimitable. Tenía llenos de oro los brazos y los tobillos; sortijas de oro en cada uno de los dedos de los pies y, en la cabeza, un antiguo artificio de oro.

La vieja, ídolo adornado, se ponía a cantar; poco a poco se animaba batiendo sus brazos esqueléticos, que tenían trabajo para levantar el peso de sus brazaletes. Su voz cavernosa resonaba al principio como en el fondo de una valva vacía; luego se tornaba vibrante hasta hacer estremecer. Se hallaba en ella un eco póstumo de la poetisa de El-Hadi y, por sus ojos dilatados, iluminados interiormente, parecían verse desfilir reflejos de grandes guerras misteriosas; de grandes días de otros tiempos: los ejércitos de El-Hadi atravesando el desierto; las grandes derrotas, abandonando aldeas enteras a los buitres; el asalto de Ségú-Koró;

todos los pueblos del Masina en centenares de leguas de extensión ardiendo al sol, desde Medina a Tombuctú, con un gran incendio de hierbas en la llanura.

Curá-n'diaye estaba muy cansada cuando había terminado sus canciones. Retornaba a su casa, temblorosa, y se acostaba sobre su tará. Cuando sus esclavitas le habían quitado sus joyas, y la habían froto suavemente para hacerla dormir, la dejaban como una muerta, y permanecía así tendida durante dos días.

VI

Guet-n'dar, la ciudad negra, construida con paja gris sobre la arena amarilla. Miles de chorcias redondas, semicualtras tan empalizadas de cañas secas y cubiertas todas ellas con un gran capuchón de brezo. Y los miles de puntas de esos miles de techos presentando las formas más puntiagudas y extravagantes; unos, rectos, amenazando el cielo; otros, transversales, amenazando a los vecinos; otros, en fin, encogidos, ventruídos, con aire fatigado de haberse secado tanto tiempo al sol, pareciendo querer arrojarse como trompas de elefante. Y todo ello, hasta perderse de vista, dibujando graciosas perspectivas de casas cornudas sobre el uniforme cielo azul.

En medio de Guet-n'dar, dividiendo la ciudad en dos, de noche a sur, una gran calle de arena, muy regular y muy recta, abriéndose en la lejanía sobre el desierto. El desierto por campiña y por horizonte.

A cada uno de los lados de vasto corte, un enjambre de callejuelas tortuosas, contorneadas, como los caminos de un laberinto.

A aquellos barrios es donde Fatu lleva a Juan; y, para hacerlo al estilo negro, le tiene aprisionado un dedo con su firma manecita, adornada con sortijas de cobre.

Corre enero. Las siete de la mañana y el sol asoma apenas. La hora es agradable y fresca, aun en el Senegal.

Juan anda con paso altivo y firme, sonriendo interiormente de la extraña expedición que Fatu-gaye le obliga a realizar y del personaje a quien va a visitar.

Se deja conducir de buen grado; este paseo le interesa y le divierte.

Hace buen tiempo; el aire puro matutino, el bienestar físico provocado por aquel raro frescor, todo influye agradablemente en él. Y luego, en aquel instante, Fatu-gaye le parece muy linda y casi la ama.

En uno de esos momentos pasajeros y singulares en los que permanece muerto en el recuerdo, en los que toda África parece sonreírle, en los que el spahi se abandona sin reservas lúgubres a aquella existencia que durante tres años lo ha mecido y lo ha dormido en un cargo peligroso, frecuentado por pesadillas saniegras.

Tras las empalizadas grises de cañas que circundan las callejuelas de Guet-n'dar, comienzan a escucharse los primeros golpes sonoros en los morteros del alcuzcuz entremezclados con los estallidos de voces negras, con ruidos de cuenteallidos de vidrio que se remueven; en los rincones del camino, cráneos de animales cornudos (para aquellos que están al corriente de las costumbres de los negros: los degollados de la *tabaski*) clavados en la punta de largos palos, y mirando pasar a la gente con aires de estirar su cuello a medida para ver mejor. Y en todas partes, enormes lagartos fétiches, con el cuerpo azul de cielo, moviéndose perpetuamente de derecha a izquierda, a causa de un singular tic de lagarto que poseen, y con la cabeza de un hermoso amarillo que parece hecho con piel de naranja.

Olores de negros, fétiches de cuero, de alcuzcuz y de sumaré.

Negrillos que comienzan a surgir por las

puertas con su grueso vientre aderezado una fila de perlas azules, con su ombligo pendiente, su sonrisa ancha hasta las orejas, cabeza en forma de pera, afeitada, con colitas. Todos se estiran, mirando a Juan rostros asombrados con sus grandes ojos malatados, y diciendo alguna vez los mismos: "Tabab, tabab!... Tabab! (¡sus días!)".

Todo esto pinta claramente el país de tierra, el alejamiento de la patria. Las cosas, los más pequeños detalles son extraños. Pero hay un encanto tal en estas cosas al sol de los trópicos, tal pureza en el esta mañana, tal bienestar en esta fresca sitada, que Juan contesta a los buenos los niños, sonríe a las observaciones y se abandona, y se olvida...

El personaje a cuya casa se va Fatu y Fatu era un anciano de mirada ciosa y astuta llamado Sambá-Latir.

Cuando entramos se hallaron sentados sobre esteras, en la casa de su Fatu, tomando la palabra, explicó su como va a verse, era grave y crítica.

Durante varios días ella encontraba misma hora a cierta vista, muy fatigada de un modo particular, ¡con el ojo, sin dar vuelta la cabeza!... La noche, finalmente, penetró a su estancia en lagrimas, diciendo a Juan embriagada.

Y, por la noche, se había visto sumergir la cabeza en agua para mirarse meros efectos del malfético.

En la colección de amuletos que había contra toda especie de males: contra los malos sueños y las plantas, contra los golpes peligrosos, veneno de los animales, contra las brujas de Juan y los estragos de la noche, finalmente, penetró a su estancia en lagrimas, diciendo a Juan embriagada.

Esta era una virtud atribuida al ciano, y he aquí por qué Fatu-gaye rrido a él.

Precisamente, Sambá-Latir le tenía. Extrajo de un viejo cofre un saquito rojo lido con un cordón de oro, lo colocó al cuello de Fatu-gaye para las frascas sacramentales, y el espanto se halló conjurado.

La operación no costaba más que de plata. Y Juan, que no sabía nada, quería un amuleto, pagó sin protestar, sintió que la sangre se le subía a la ver estarse las dos monedas, al dinero — nunca había podido apreciar su valor —; pero, no, *kábilas* eran mucho en aquellos días su exhausta bolsa de spahi. Y, sobre, cía con remordimiento que sus hijos se privaban, seguramente, de muchas valían menos de dos *kábilas*, y que eran más necesarias que los animales.

VII

CARTA DE JUANA MERY A SU HIJO

"Mi querido Juan:

"Pronto habrán transcurrido tres tu partida y aguardo siempre que de tu vuelta. Yo tengo confianza en que me la pensarás enviarme; pero de que la separación me parezca pesada, durante la noche, me embarga a y me acometen toda clase de pesares más de esto, mis padres me dicen que, si no quieres, podrías haber licencia para pasar unos días con Suspecho también que hay aquí un bío, quien les calienta los cascos; "

muy cierto que nuestro primo Pedro nos decía a veces durante el tiempo que...

quien hace correr la noticia de que el Sr. Suroit. ¡Ya ves qué casarse con este tonto que no me lo dejó decir, porque sé que no hay mundo para mí como mi amado. ¿Puedes estar tranquilo; no hay temor me obliguen a ir al baile; no me digan que hago tonterías; para bair-Suroit o con el bobo de Toinou; u-estós, no; muy contenta me siento en el banco que hay frente a la Rosa, y allí pienso y repienso en mi Juan, que vale más que ellos; y estoy para de no aburrirme cuando pienso...

¡Ay las gracias por tu retrato; estás a mí me parece que es tu misma que, realmente, no miras del mismo modo el colocado sobre la gran chimenea, mi ramo de Pascuas, lo que al entrar en la habitación, sea lo que contemplo.

Querido Juan; hasta ahora no me he a usar el hermoso brazalete que me regaló por tener a Oliveta y a Rosa; ¡yo hago la señorita, y con esto, sería cuando tu regreses y estemos casados como, me pondré también al cuello el collar de la tía Tounelle y sus pulseras. Sólo ansío que vengas, pues, en febrero no por verte; a veces me río de mí; pero pronto la pena me invade, tan fuerte, que me oculto para...

Querido Juan; te abrazo de todo co-

JEANNE MÉRY."

VIII

Los de Fatu, que eran de un negro por fuera, tenían el interior rosado, había causado miedo al spahi, durante el tiempo. No le agradaba ver las palmas de los de Fatu, que le provocaban, al verlo, una desagradable impresión fría de mono.

Además, estas manos eran pequeñas y blancas, unidas al brazo por una muñeca que aquella pigmentación interior, aquellos tendidos a medias, tenían algo de mono y espantoso.

Y ciertas modificaciones de un falso que se le escapaban a veces cuando muy excitada; esto, y ciertas actitudes, gestos inquietantes, evocaban misteriosas cosas que turbaban la imaginación... Y, a pesar de esto, Juan se había acostumbrado, con el tiempo, Juan se había acostumbrado, y ya no le preocupaban. En los días que Fatu le parecía graciosa y en los días que la llamaba, riendo, con el nombre yolofo que significa *hijita*...

El relativo carifismo mortificaba mucho a entonces, adoptaba posturas y gestos que divertían al spahi.

La de excepcionalmente buen tiempo; casi dulce, con un cielo diáfano, y el calor, que iba de visita a casa de Juan, le hacía sentirse y se detuvo en el um-

bral, encintrado asistiendo desde la puerta a una siguiente:

¡Sonríe con franca sonrisa de niño, y examina a Fatu con gran atención, es-los brazos, volviéndola, analizándola, en cada una de sus fases, y luego, de eso, con aire convencido, resumía así las conclusiones:

¡Almente, eres algo como un mono!...

¡Tuan!; ¡Tú no debes decir esto, mono! En primer lugar, el mono no habla, y yo lo sé bien!... Pero Frits Muller lanzó una sonora

carcajada, y luego Juan también, sobre todo por el aire digno y correcto que Fatu-gay se esforzaba por aprender, a fin de evitar con su compostura aquellas conclusiones groseras.

¡Muy lindo monito en todo caso!... dijo Muller, que admiraba la belleza de Fatu.

Fritz había vivido largo tiempo en el país negro, y era perito en bellas mozas del Sudán.

¡Muy lindo monito! ¡Si todos los de las selvas de Galam fuesen parecidos, aun podría uno aclimatarse en aquel país maldito, que indudablemente no ha recibido jamás la visita del buen Dios!

IX

Una sala blanca, abierta totalmente al viento de la noche; dos lámparas suspendidas contra las que van a estrellar sus alas grandes efímeras cegadas por la llama; una mesa bulliciosa de hombres vestidos de rojo, y marionetas muy negras que en torno se mueven: una gran cena de spahis.

Durante el día ha habido fiesta en San Luis: fiesta militar, parada en el cuartel, carreras de camellos en el desierto, carreras de bueyes montados y regatas de piraguas. Todo el programa habitual en los festejos de una pequeña ciudad de provincia, con la nota exótica, además, prestada por la Nubia.

Por las calles se han visto pasar de uniforme a los hombres útiles de la guarnición, marineros, spahis y tiradores. Mulatos y mulatas con trajes de los grandes acontecimientos; las ancianas *signardes* del Senegal (mezclas de distinción), erguidas y dignas, con su alto tocado de tela de Madrás y sus dos aladares rizados, a la moda de 1820, y las jóvenes *signardes* vestidas a la época, graciosas y marchitas, denunciando la costa africana. Además, dos o tres mujeres blancas con trajes vaporosos, y tras ellas, en contraste, la multitud negra cubierta de amuletos y de adornos salvajes: Guet-n'dar en traje de fiesta.

Todo lo que San Luis puede desplegar de animación y de vida; todo cuanto la vieja colonia puede echar a sus calles, todo esto, afluera por un día y dispuesto a retornar al día siguiente al amodorramiento de las casas silenciosas cubiertas por un sudario uniforme de cal blanca.

Los spahis que han recibido la orden de formar toda la jornada en la plaza del Gobierno no están muy despiertos y excitados por este movimiento insólito. Este día celebran nombramientos y medallas que han recibido por el último correo de Francia. Y Juan, que generalmente forma un poco rancho aparte, participa con ellos de esta ceremonia que es una *comida de cuerpo*.

Las negras marimotas han tenido bastante que hacer para atender a los spahis; no porque ellos hayan comido con exceso; sino porque han bebido terriblemente, y están todos borrachos.

Se ha pronunciado gran número de brindis — muchos intencionadamente llamativos de ingenuidad o de cinismo —; se ha gastado mucho ingenio, un ingenio de spahis, crudo, a la vez escéptico y animado. Muchas canciones raras espantosamente atrevidas, llegadas Dios sabe de qué lugares, de Argelia, de la India o de otros sitios, han sido cantadas; unas, en solo, graciosamente discretas; otras, en coros terribles, seguidas de choques de vasos y de puñetazos hasta destruir las mesas. Se han cantado viejas bufonadas ingenuas y gastadas que han excitado risas jóvenes y alegres; también se han dicho palabras capaces de ruborizar al diablo en persona.

Y, de pronto, un spahi en medio de tanto desbordamiento de locuras estrépitosas, levanta un vaso de champapa y eleva este brindis inesperado:

— ¡Por los que murieron en Mecké y en Bobdiarab!



**POMADA
PARA CALZADO
"COLIBRI"**

**LA MEJOR Y MAS ECONOMICA
LUSTRA-TINE**

Productos de los
Establecimientos de Anilinas Colibri

No ha inventado el autor de esta historia estas frases llenas de bizarría, estas frases absolutamente imprudentes. ¡Homensaje sincero o payasada sacrilega hecha a los que murieron?... El spahi que había elevado este brindis fúnebre estaba ebrio y su vaga mirada era sombría.

¡Ay! Dentro de unos años ¿quién recordará a los que *cayeron en la derrota de Bobdiarab y de Mecké*, y cuyos huesos han quedado bajo el sol del desierto?...

Las gentes de San Luis que los vieron partir quizá recuerden sus nombres. Pero dentro de algunos años, ¿quién los conservará y quién podrá pronunciarlos todavía?...

Y las copas fueron vaciadas en memoria de los que *cayeron en Mecké y en Bobdiarab*. Pero este brindis extravagante había ocasionado un gran silencio de asombro y puesto como un negro resaca sobre la comida de los spahis presentes.

Juan, más que nadie, cuyos ojos se habían animado al contacto de la alegría de los otros, y que, aquella noche, por excepción se reía con gana, se tornó soñador y grave sin poder a punto fijo explicarse por qué. *¡Caidos allí, en el desierto!* No podía evitarlo; mas esta imagen lo había dejado frío como el sonido de una voz de chacal, y había hecho circular por sus carnes un escalofrío...

Era nuevo aun el pobre Juan; no estaba bastante agueruido; no era lo suficiente soldado. No obstante, era muy valiente; no temía batirse, en modo alguno. Cuando se le hablaba de Budakar-Segú, que rondaba entonces con su ejército casi a las puertas mismas de San Luis, en el Cavor, sentía brincar su corazón; a veces, pensaba en ello; le parecía que le haría bien el ruido despertaría a ver el fuego, hasta el fuego contra un negro rey; a ratos se moría de desecho...

Era, precisamente, para batirse para lo que se había hecho spahi, y no para languidecer en una casita blanca, átono, bajo los encantos de una muchacha *kissouké*...

¡Pobres mozos que brindáis a la memoria de los muertos; cantad, read, estad alegres y sed locos, aprovechad el instante alegre que no vuelve!... Pero los cantos y el ruido suenan

a falso en la tierra del Senegal, y aun dicen que quedar allí, en el desierto, sitios marcados para alguno de vosotros.

X

—“En Galam!”... ¿Quién apreciará los ecos misteriosos que estas palabras hacen elevar en el fondo de la alma en esta tierra?... La única vez que Juan había preguntado a Fatu, mucho tiempo hacía, fué en casa de su ama:

—Pequeña, de dónde eres tú?
Fatu contestó con voz conmovida:
—De la tierra de Galam!...
—Pobres negras del Sudán, expatriadas, alejadas del país natal por las grandes guerras o las grandes hambrunas, por todas las devastaciones de estas comarcas virgines. Llevadas a la esclavitud, vendidas, han recorrido a pie bajo el látigo del amo regiones de países mayores que Europa entera, pero, en el fondo de su negro corazón, la imagen de la patria ha quedado grabada indeleblemente...

—Es, a veces, el lejano Tombuctú, o Segú-Kó, mirando en el Níger sus enormes palacios de tierra blanca, o un pobre rancharito de paja, perdido en el desierto, o muy, muy lejos, en algún rincón ignorado de las montañas del sur, y vuelto en un montón de cenizas y en una carnicería para los buitres, al paso del usurpador.

—En Galam! —palabras repetidas con devoción y misterio.

—¿A Galam! —murmuraba Fatu—. ¡Tíjua, un día te llevaré conmigo a Galam!

Tierra sagrada de Galam, que Fatu veía cerrados los ojos; tierra de Galam! ¡Pais del marfil y del oro; país en donde dormían los caimanes grises a la sombra de los altos nágles, en el agua tibia; en que el elefante que corre por las selvas cerradas golpea pesadamente la tierra con su pie rápido!...

Juan había soñado en otro tiempo con el país de Galam. Fatu le había hablado de relaciones extraordinarias que habían intrigado su imaginación fácil al prestigio de lo nuevo y de lo desconocido. Ahora había pasado; su curiosidad por todo el Africa se había enmohecido y cansado; prefería seguir en San Luis su vida monótona, estar allí pronto para el momento feliz en que regresase a sus Cévennes.

XI

Fatu no podía ver un *n'gabú* (un hipopótamo) sin correr el riesgo de caer exánime. Era un maleficio hecho añejo sobre su familia por un hechicero de Galam. Se había probado todos los medios para evitarlo. En sus antepasados había muchos ejemplos de personas caídas así, muertas ante el aspecto de estos grandes animales; y el maleficio lo perseguía sin tregua desde varias generaciones.

Este es un género de hechizo bastante común en el Sudán; hay familias que no pueden ver el león, otras, el manatí; otras, y son las más desgraciadas, el caimán. Es un mal tanto mayor cuanto los amuletos mismos no valen nada.

Pueden suponerse las precauciones a que estaban sometidos los antepasados de Fatu en Galam: evitar andar por el campo a las horas que los hipopótamos los frecuentan, y no aproximarse jamás a los grandes pantanos de hierbas en los que acostumbra a retazar.

En cuanto a Fatu, conociendo que en cierta casa de San Luis había un joven hipopótamo domesticado, efectuaba siempre un rodeo enorme para no pasar por aquel barrio, por temor a sucumbir a una terrible curiosidad que sentía por ir a ver a aquel animal del que se hacía hacer diariamente descripciones minuciosas, por sus amigos; curiosidad, como se adivina sin trabajo, que tenía algo de maleficio.

XII

Los días pasaban lentamente en su terrible monotonía; parecíanse todos. El mismo ser-

vido en el cuartel de los spahis; el mismo sol en sus paredes blancas; el mismo silencio en los salones de guerra; contra Babakar. Segú, hijo de El-Hadí, era el motivo de las conversaciones de los hombres de chaqueta roja; pero no se confirmaban jamás. Ningún acontecimiento en la quietud ciudad; y los ecos de Europa, como apagados por el calor, llegando de lejos.

Juan pasaba por diferentes períodos morales; tenía altas y bajas; lo más regular no era más que un vago hastío, un cansancio de todas las cosas; y, de tiempo en tiempo, la nostalgia, que parecía calmada en su corazón, volvía a apoderarse de él para hacerlo sufrir.

Acercábase el invierno; las rompientes de la costa estaban tranquilas; había ya días en que el aire escaseaba en los pechos, en que el mar, más que templado, se mostraba blando y pulido como de aceite, reflejando en su espejo grandioso la potente luz tórida...

.....
—¿Qué amaba Juan a Fatu-gaye?

Ni él mismo lo conocía a punto cierto; pobre spahi.

Por otra parte, la consideraba como un ser inferior, casi como su *laabé* amarilla. No se molestaba mucho por desentranar lo que podría haber en el fondo de aquella almita negra, negra como su cuerpo de *khassonké*.

La pequeña Fatu era ladina y mentirosa, con una dosis inmensa de malicia, o muy, muy coquetería. Juan sabía esto desde tiempo atrás. Pero se daba cuenta, también, de la adhesión absoluta que ella sentía por él, apego de perro hacia su amo, adoración de negro por su idolo; y, sin saber positivamente a qué grado de heroísmo era capaz de llegar este sentimiento, se sentía ablandado y conmovido por él.

Alguna vez su gran potencia se despertaba; su dignidad de hombre blanco. La fe jurada a su novia y a su traidorador padre negro, se levantaba también ante su conciencia honrada; sentía vergüenza de su debilidad.

Peró Fatu-gaye estaba muy linda. Cuando caminaba ligera y esbelta, con el balanceo de caderas que las africanas parecen haber tomado de los enormes felinos de su país; cuando cruzaba con una tela de fina muselina cual un peplo sobre su pecho y hombros redondos, era de una perfección antigua; cuando dormía de brazos cruzados bajo la nuca, tenía una gracia de estatua. Bajo aquella piel de alto zámbar, su rostro fino y regular adquiría por instantes la belleza misteriosa de un ídolo de ébano lustrado. Sus grandes ojos de esmalte azul que se cerraban apenas, su sonrisa negra descubriendo algo sus dientes blancos, todo esto tenía una gracia negra, un encanto sensual, una potencia de seducción material, algo confuso, que parecía participar a la vez de la joven virgen, del mono y de la tigresa; y hacía correr por las venas del spahi embriagueces desconocidas.

Juan sentía una especie de terror supersticioso hacia todos los amuletos. Había momentos en que toda aquella profusión de saquillos le molestaba, le chocaba al fin. No creía en ellos, seguramente; pero viendo por doquier los amuletos negros y al saber que todos poseían por virtud retenerlo y enlazarlo, se acordaba en su techo, en sus paredes; al encontrarlos escondidos bajo su *tará*, en sus esteras, por doquier agazapados, con aires malhechores y formas curiosas de cositas viejas y embrujadas; al despertarse por la mañana y verlos solapadamente deslizados sobre su pecho... imaginaba que al fin, todo aquello tramaba en torno de él, en el aire, ligaduras invisibles y tenebrosas.

Y, además, faltaba el dinero.

Muy seriamente decíase que iba a despedir a Fatu. Ocuparía los dos últimos años en ganar, al fin, sus galones dorados; mandaría todos los meses a sus viejos padres una pequeña suma para hacerles la vida más dulce; y podría aún hacer economías para comprar los rega-

los de novia a Juana Méry y subvenir a los gastos de la fiesta de su boda. Pero, ¿cómo la atracción de amuletos, por la costumbre, o la inercia de su dormida por las pesadumbres del aire? ¿qué teníaéndolo bajo su manecita, y despedía.

Su novia... a menudo pensaba. Si necesario fuese perderle, parecería vida se había roto. Había como un dolor alrededor de su memoria. El recuerdo a su aurore a la gran muchacha de hablaba su madre, que se *hermosa en día*. Tratada de olvidar su rostro, por desarrollando, los rasgos de niño años que él había dejado... En relación todos sus proyectos de volver venir. Pero aquello era una cosa que él aterroraba allí, muy lejos, muy en esperándolo en el hogar. Su imagen poco debilitada ya en el recuerdo, dejaba aun en lo futuro y, a veces, de vista por instantes.

¿Cómo quería, también, a su madre. Por su padre sentía un muy dolor, una veneración que se culta.

Pero sin duda la parte más tierna zón era para su madre.

Ved los marineros, los spahis, abandonados, tantos jóvenes que los spahis, sobre el ancho mar o en el desierto, en medio de condiciones tan más rudos y más difíciles, sin más cabezas, escogió los más más más desocupados, los más más basados en su corazón, en el más grado y más hondo: frecuentemente santuario hallarles colocada una na, una vieja campesina de una valiente buena mujer brete, blanca o una vasca con capucha

XIII

Por cursa vez el invierno ha Dias aplastantes sin una brisa feroz. El ciclo, brumoso y plúmis en un mar como de aceite, en el numerables familias de tiburones de la costa africana, la línea arenas bajo los rayos del sol abollante tinte blanco.

Son los días en que parece que órganos europeos este aire despirable, que la vida se nos avinimos se nos hacen más dormis sobre algún barco, a la tienda mojada, frecuentemente nuestro pesado sueño de meo perturbado por los silbidos y la gromeros, por un estrepitoso ruido hue, golpeada furiosamente con Es una bandada de piraguas que rretra furiosa bajo un sol de plúmis y la población negra está parada en la playa. Los espectadores a los concurrentes con gran lo lejos, como entre nosotros, son recibidos con aplausos, y rechiflas.

XIV

Juan no aparecía por el cuartel más que el tiempo estrictamente la ejecución de su servicio, y oportunidades de ser recompensado. Los jefes cerraban los ojos ante que le permitían pasar en su casa días.

Todo el mundo lo apreciaba inteligencia y la honradez que simpatía de su persona, de su su había, ejercido paulatinamente influencia incoherente. Juan por granjearse la confianza y

especie de situación aparte, que le casi la independencia y la libertad. dando la manera de ser un soldado correcto, aun siendo casi un hombre

XV

noche acudió al llamado de retirada. Cuarenta no presentaba su aspecto de habitual. Grupos de spahis conversaban en el patio; algunos subían a las escaleras a grandes trancos, batiendo de una alegría loca. Algo nuevo en el ambiente. ¿Qué suerte tienes! ¿Qué nuevos habían arribado de Frangarbo de Dakar; y los doce más an a partir (Juan estaba entre ellos) por favor, a concluir en Argelia su ser-

al día siguiente por la noche. embarcaron en el paquete de Frangarbo a Burdeos; desde allí se al a Marsella por las rutas del Mediodía, ciones en el trayecto, permitiendo hacer una aparición en el país (los que un país y un hogar); luego, en Marsella el barco de Argel, ciudad de spahis, y los últimos años en las filas como un sueño...

XVI

regresaba a su hogar a lo largo de las irgenes del río. La noche estrellada sobre el Senegal, cálida, aplastante, de calma y de luminosa transparencia, ruidos de corrientes en las aguas del perdido a la distancia, el tambor, el fobol de primavera, que él oía en mano sitio por cuarta vez, y que escuchaba a las primeras enervantes voces del país negro y que ahora saludaba.

legado cuarto de luna nueva; las estrellas de vapores luminosos; muy próximas al horizonte plano, las brillaban en la otra orilla, en la ciudad de Sor. trazando sobre el agua tibia vagas de resplandores. Color castaño en el por incubando sobre las aguas; fosforescencia por doquiera; la naturaleza con el aire de calor y de fósforo; una calma de misterio en las orillas del Senegal; melancolía tranquila de las cosas... cierta la gran noticia inesperada! El lo a informarse; su nombre figuraba ara de los que iban a partir; mañana al día, iba él a descender por aquel río y regresar jamás...

regresó hacer aquella noche para la mar... el cuartel las oficinas estaban cerradas, el mundo había salido; los preparativos, para el día siguiente. Nada que soñar, reunir sus ideas, dejarse llevar a toda clase de ensueños, decir adiós a la tierra de destierro.

en su cabeza un maremágnum de pensamientos, de sensaciones incoherentes.

dentro de un mes, hacer una breve visita en su pueblo; besar a sus bien amados, ver a Juana convertida en una mujer, hacer todo eso corriendo, como en un minuto en minuto, dándole cada vez sensación una sacudida que le hacía latir más y más...

obstante, él no se hallaba preparado para la entrevista; había una serie de penas que le iban a unirse a aquella gran alegría inesperada.

se figura haría él apareciendo al cabo de tres días, sin haber ganado siquiera los humillantes de sargento, sin llevar nada para de su largo viaje; como un pobre diablo un centínimo, sin tener siquiera dinero

para proveerse de un traje nuevo y apropiado para hacer su entrada en el pueblo!...

No; realmente era demasiado precipitado aquella partida. Esto lo miraba, lo embarrachaba, pero, no obstante, bien podían haberle concedido algunos días de tiempo.

Y luego aquella Argelia que él desconocía no le interesaba. ¡Y otra vez a aclimatarse a otro lado! Ya que necesitaba para terminar alivio del hogar aquellos años podados a su vida, tanto dar acabarlos aquí mismo, a la orilla de este gran río triste, cuya melancolía le era ya familiar.

¡Ay! El infeliz amaba a su Senegal; entonces se daba cuenta de ello; se encontraba atado a él por una infinidad de lazos íntimos y misteriosos. Ante la idea de aquel regreso, se sentía loco de alegría, pero amaba el país de serfía loco de alegría, hasta aquella tristeza agobiadora, hasta aquel exceso de calor y de luz.

No estaba preparado para marchar tan pronto.

En su sangre se han ido infiltrando paulatinamente eflorescencias de todo lo que le rodea. Se siente retenido, ligado por toda clase de hilos invisibles, de trabas misteriosas, de amuletos negros.

Las ideas se confunden al fin en su cabeza perturbada; la libertad inopinada le causa miedo. En el letargo de la noche cálida, llena de emanaciones tormentosas, influencias extrañas y tenebrosas están en lucha alrededor de él; como si las potencias del sueño y de la muerte luchasen contra las de la vigilia y de la vida...

XVII

La partida de los soldados es brusca. Al día siguiente por la tarde, ya está todo su equipaje empaquetado de prisa y todos sus documentos en regla. Juan está inclinado sobre el empaquetado de un barco que navega río abajo. Fumando su cigarro, contempla cómo San Luis se aleja.

Fatu-gaye está acurrucada a su lado en el puente. Con todos sus paños, adornos, empaquetados en cuatro grandes calabazas. Ha estado puntual a la hora convenida. Juan ha notado que pagar su viaje hacia Dakar, con los últimos khalis de su sueldo. Lo ha hecho de buen grado, feliz al poder satisfacerse este último deseo y poder conservarla un poco más junto a él. Las lágrimas que ella ha vertido, los lamentos de ciudad que ha profetizado, según costumbre de su país, todo ha sido sincero y conmovedor. Juan se ha sentido tocado hasta el fondo de su ser por aquella desesperación; ha olvidado que ella era mala, mentirosa y negra.

En tanto que su corazón se abre a la alegría del regreso, ya sintiendo por Fatu un poco más de piedad, hace un poco de ternura. La idea de Dakar, pues así gana tiempo para reflexionar sobre lo que podrá hacer de ella.

XVIII

Dakar es una especie de villa colonial elevada sobre arena y rocas rojas. Un punto de parada improvisado para los buques en este extremo occidental de África llamado Cabo Verde. Grandes baobabs esparcidos por las



HEMORROIDES

Combata las hemorroides con un medicamento realmente digno de confianza: use la Pomada Man Zan. Elaborada exclusivamente para combatir las hemorroides en todas sus formas, la Pomada Man Zan proporciona alivio desde las primeras aplicaciones. Calma la irritación, desinflama y es antiséptica.

Cada tubo viene provisto de una cánula especial mediante la cual la pomada se aplica sin dificultad, llegando a todas las partes afectadas. En venta en todas las farmacias.

POMADA MAN ZAN

ES UNA ESPECIALIDAD DE WITT

dunas desiertas. Nubes de águilas pescadoras y de buitres se ciernen sobre la región.

Fatu-gaye está instalada provisionalmente en una choza de mestizos. Ha manifestado que no desea regresar a San Luis; a esto se limitan sus proyectos; ignora lo que va a suceder, y Juan también. Por más que ha pensado, Juan no ha hallado nada, no ha decidido nada para ella. ¡Y ya no tiene dinero!...

Es de mañana. El paquete que se llevará a los spahis debe salir dentro de algunas horas. Fatu-gaye está agazapada allí, junto a sus pobres cuatro calabazas que guardan toda su fortuna, sin responder siquiera, sin decir nada, con los ojos fijos, inmóviles por una desesperación taciturna y embrutecida; pero tan real y tan profunda que conmueve el corazón.

Y Juan está parado junto a ella, retorciendo su bigote y sin saber qué decir.

De pronto la puerta se abre ruidosamente y un spahi corpulento entra como el viento, conmovido, con los ojos animados y el aspecto preocupado y ansioso.

Es Pedro Boyer, que ha sido durante dos años el camarada de Juan en San Luis, su vecino de cuarto. Apenas conversan, muy reservados entran; pero se quieren, y cuando Boyer partió para ir a Gorce, se estrecharon las manos fraternalmente.

Alzando su gorro, Pedro Boyer murmura una excusa confusa, por haber entrado así, como un loco, y luego, con efusión, estrecha las manos de Juan:

—¡Oh, Peyral! —murmura—. Te busco desde el amanecer... Oyeme un momento; hablémosle. Tengo que pedirte un favor inmenso. ¡Escucha todo cuando voy a decirte primero, y no te apresures a contestarme.

—Te vas a Argelia! Mañana, ¡ay! yo parto hacia el puesto de Gadiagué en el Ouankari, con algunos otros de Gorce. Hay guerra allí. Hay que pasar tres meses, aproximadamente, y ascenso que ganar o la medalla, seguro.

—Nosotros dos tenemos que hacer igual viaje, tenemos la misma idea. Eso no influye nada en tu vuelta... ¡Dime: quieres permear conmigo?...

Ya en los primeros momentos, Juan lo había adivinado y comprendido todo. Sus ojos observaron vagamente, como dilatados por el tormento interior. Un terrible torrente de pensamientos, de contradicciones, de indecisiones subía a su mente; con los brazos cruzados y la frente inclinada a tierra, pensaba, y Fatu, que comprendía también, se enderezó anhelante, aguardando la sentencia que iba a brotar de la boca de Juan.

Luego, el otro spahi siguió hablando con volubilidad, como para no dejar a Juan pronunciar un no, que no quería oír:

—Escucha, Peyral; te aseguro que será un buen negocio.

—¿Y los otros, Boyer?... ¿Se lo has pedido a los demás?...

—Sí, y se han negado; pero yo lo sabía; tienen sus razones. Pasa tú es un buen negocio,

Imposible



—¡Tírese al suelo, buen hombre! ¡Achátese completamente contra el piso!

Peyral. El gobernador de Gorea se interesa por mí, y te prometo su ayuda si aceptas. Primero habíamos pensado en ti (mirando a Fatu), porque es sabido que amas a este país... Al regreso de Gadiangué, te llevarán a terminar tu tiempo a San Luis, está fijado con el gobernador; y esto se hará; te lo juro.

—...No vamos a tener tiempo —contó Juan, que se sentía perdido y trataba de aferrarse a una imposibilidad.

—¡Sí! —dijo Boyer, con un rayo de alegría—. Tendremos tiempo, Peyral; la tarde toda es nuestra. Tú no tendrás que pensar en nada. Todo está preparado con el gobernador y los papeles están firmados. Sólo falta tu consentimiento, y tu firma al pie, y yo voy a partir para Gorea, vuelvo dentro de dos horas y ya está todo hecho. Escucha, Peyral; aquí tienes mis economías; trescientos francos; son tuyos. Podrán ayudarte también a tu vuelta a San Luis, para instalarte, para servirte de algo, lo que quieras.

—¡Oh, gracias!... —contestó Juan—. A mí no tienes que pagarme...

Tornó la cabeza con desdén, y Boyer, que comprendió que había errado el camino, le tomó la mano, diciéndole:

—¡No te enojos, Peyral! —Y reueto la mano de Juan entre la suya y los dos continuaron así, uno ante otro, ansiosos y sin hablar.

Fatu había adivinado que podía perderlo todo pronunciando una sola palabra; se puso de rodillas recitando en voz baja una negra plegaria, enlazando con sus brazos las piernas del spahi, dejándose arrastrar por él.

Y Juan, que se sentía molesto haciendo esta escena a los ojos de aquel otro hombre, le dijo con rudeza:

—¡Vamos, Fatu-gaye, te lo ruego, déjame! ¿Es que te has vuelto loco?

Pero Pedro Boyer no los hallaba ridículos; por el contrario, estaba conmovido.

Y un rayo de sol matinal, deslizándose por la arena amarilla, entraba por la puerta, iluminando de rojo las copas de los dos spahis, destacando sus bellas cabezas enérgicas, alumbrando las pueras de plata en los ágiles brazos de Fatu, que se retorcián como culebras en las rodillas de Juan, mostrando la desnudez triste de aquella choza africana de brezo y de mader...

ra, en la que aquellos tres seres jóvenes y abandonados iban a decidir sus destinos...

—Peyral —continuó en voz muy baja y dulce el otro soldado—. Peyral, es que yo, ¿sabes?, soy argelino. Tú sabes lo que es esto, tengo allá, en Blidah, mis pobres viejos padres que me aguardan; no me tienen más que a mí. Tú debes comprender muy bien lo que es regresar al país...

—¡Pues bien, sí! —dijo Juan, empujando hacia atrás su gorro rojo y golpeando el suelo con el pie—. ¡Vamos, sí!... Permuto, acepto y me quedo!...

El spahi Boyer lo estrechó entre sus fuertes brazos y lo besó. Y Fatu, arrastrándose aún por tierra, llevó un grito de triunfo; luego seputó la cara entre las rodillas de Juan, con una especie de estor tor de fiera, acabando en un estallido de risa nerviosa, seguido de sollozos.

XIX

—Era necesario apresurarse; Pedro Boyer salió como había llegado, como un loco, llevando a Gorea el precioso papel en el cual el pobre Juan había puesto su firma gruesa de soldado, muy clara y muy legible.

A última hora todo estaba confrontado, regularizado y firmado; operada la substitución; trasbordados los equipajes; todo cerrado tan de prisa, que apenas habían tenido tiempo de pensarlo los spahis.

A las tres en punto el buque se puso en marcha llevándose a Pedre Boyer.

Y Juan se quedó en el África.

XX

Pero cuando todo quedó terminado, irrevocablemente, y él se vió en la playa de arena, mirando al navio que se alejaba, el corazón se le llenó de una desesperación loca, una angustia espantosa, en la que había algo de terror por lo que acababa de hacer, de horror por la presencia de aquella muchacha negra, de rabia contra Fatu-gaye, y como una necesidad de arrojarla lejos de sí; y un enorme y profundo amor despertado por su hogar querido, por los seres adorados que lo esperaban allá y a quienes no iría ya a ver.

Parcialmente que acababa de firmar un pacto de muerte con aquel país sombrío y que él mismo se había aniquilado. Partió, corriendo por las dunas, sin rumbo, sin saber adonde iba, para estar solo, para respirar el aire, sobre todo, para seguir con las miradas el mayor tiempo posible aquel barco que huía...

¡Atado aún por dos años más a aquel país, cuando pudo estar allá, sobre el mar, camino de su aldea querida!... ¿Qué sortilegios, qué influencias tenebrosas, qué amuletos lo habían retenido allí, Señor?

¡Dos años! ¿Se terminarían alguna vez, tendría realmente un fin, una liberación aquel destierro?...

Y corría hacia el norte, siguiendo al barco, para no perderlo de vista, hiriéndose con las plantas espinosas, golpeándole en el pecho como una granizada grandes langostas locas, a las que agitaba al pasar por entre las altas hierbas del invierno...

XXI

La suerte estaba ya tirada y era preciso continuar su destino.

Dos días más tarde, Juan se embarcó en vez de su amigo, en un barquito de la marina de guerra, para ir al lejano puesto de Gadiangué, en el Ouankará. Iban algunos hombres y municiones para reforzar el puesto entubiado. En el país cercano los asuntos se enturbiaban. Las caravanas no cruzaban ya; había esas luchas de intereses negros, entre reyes ladrones, entre pueblos rapaces. Y se creía que todo terminaría

con el invierno; y, dentro de tres o cuatro meses, al volver, según la promesa del spahi Boyer por el gobernador de Gorea, sería de nuevo destinado a San Luis y iría fin a su tiempo de servicio.

Había mucha gente apretada en el buque. En primer lugar estaba Fatu, que había sido guiado hacerse admitir a fuerza de peso y de astucia, pasando como mujer de color negro. Allí estaba ella consumida de cuatro calabazas y todo su equipaje.

Había doce spahis de la guarnición rean mandados a acampar por una tre en aquel desierto; y, luego, veinte indígenas, que arrastraban con ellos toda la milia.

Estos llevaban un séquito extraño; jerejes para cada uno y varios hijos; muchas calabazas, como provisiones de boca; ropas y los utensilios, también en un y, además, amuletos por miles y una de animales domésticos.

XXII

Al partir reñaba a bordo una gran y un gran monotonamiento. A primera parecía que jamás podría disminuir tanta gente y objetos.

Error. Luego de una hora de cam estaba maravillosamente colocado y negras pasajeras dormían en tierra, en sus redes, en el puente, tan apac tranquilas como los peces en una lar servas, y el barco avanzaba suave el sur, entrando poco a poco en las y más cálidas y azules.

XXIII

Se está en camino desde hace tres Al salir el sol todo está inundado plendente matiz de oro.

Y, al elevarse el sol del cuarto en el este una larga línea verde, un verde dorado, luego de un ver verosímil y tan verde, que parece a una pintura china, con un fino y de lor de abanico.

Y esta línea es la costa de Guinea. Hemos llegado a la desembocadura halléme, y el barco de los spahis se ca la entrada anchura del río.

El país es allí tan plano como el gal, pero la naturaleza es distinta; es en que no caen las hojas.

Por todas partes una vegetación te, ya ecuatorial, de una juventud un verde esmeralda, de uno de esos los árboles nuestros no alcanzan en el esplendor de los meses de junio.

Hasta perderse de vista, es una va sin fin, una llanura uniforme, el agua quieta y cálida, una selva la que hormiguean los reptiles de medio.

XXIV

Aquel país era triste y silencioso sin embargo reposaba en el la vista todas las arenas del desierto.

En la aldea de Pupubal, del barco se detuvo, no pudiendo seguir Los pasajeros fueron desmontar aguardar los botes o las piraguas conducirlos hasta su destino.

XXV

Una noche de julio, Juan tomó Fatu y con los spahis de Gorea, en un bote tripulado por diez ro, al mando de Samba-Bubu, piloto experto de los ríos de Guinea hasta el puesto de Gadiangué, una distancia de muchas leguas

noche no había luna, pero era sin luna y estrellada; una verdadera noche de Marchaban por el río tranquilo con una rapidez, llevados hacia el interior corriente veloz y por el incansable de sus remos.

Las orillas pasaban misteriosamente en la noche, los árboles, confusos en la noche, grandes sombras, y las selvas huían.

Bubú dirigía el cantar de los remos. Su voz era triste y delgada, con un alto, de timbre salvaje, y luego arrastraba un lamento hasta los bajos extremos; y el coro la repetía con voz lenta. Y así en largas horas, oíase la misma rítmica seguida de igual constatación de... Entonaban largo rato alabanzas, a sus perros, a sus caballos, se felicitaron a los guerreros de la familia y hasta a Sabután, una mujer legendaria de las riberas del Gambia.

Como la fatiga o el sueño disminuían el ritmo regular de los remos, Sambá-Bubú entre dientes, y este silbido de repentin por todos reavivaba su ardor combativo.

Se encajona finalmente entre dos filas de colinas. Agitanse luces en lo alto, y los peñascos que se levanta ante ellos; parecen descender hacia las orillas, Sambá-Bubú enciende una antorcha y un grito de reunión; son gentes de que llegan a su encuentro. Han

esté encaramada en la cúspide de la colina vertical. Se llega allí por senderos y los negros alumbra con antorchas. Se sube sobre esteras, arriba, en una gran que han preparado, aguardando el día, tardará en aparecer.

XXVI

Despertado primero, tras una hora de sueño, al abrir los ojos las claridades del amanecer empezaban a filtrarse en una choza de techado jóvenes medio desnudos que estaban en tierra con la cabeza sobre sus rodillas; alzaban, picados, bostones, y las rubias cabezas del Norte, y Juan despertó en aquel momento una concepción iluminada, de visión de la vida triste y misteriosa, de los destinos de los expatriados, locamente destruidos, por la muerte.

Y, muy cercana a él, una forma grande, de negros brazos con aros de oro, se extendían como para enlazarlo.

Y, lentamente, recordó que había llegado a la noche a una aldea de Guinea, pertenecientes regiones salvajes; que él estaba lejos que nunca de la patria, en una que ni siquiera llegaban las cartas.

Y, para no despertar a Fatu y a los que dormían aún, se acercó a la ventanilla y observó el país desconocido.

Y allí veía un precipicio de cien metros de altura. La choza en que él estaba pasaba desapercibida en el aire, arriba. A sus pies, en la mañana, un paisaje del interior, apenas de pilidos resplandores.

Y, abruptas, en las que había amontonado estercos que no había visto nunca, y en lo más profundo, el río que lo había cubierto sobre el fango como una larga cinta blanca, velado a medias por una blanca nube de neblina; posados en las orillas, los

se parecían pequeños lagartos vistos desde el alto. Un olor desconocido en el aire, y los remos dormían allí abajo, mismo sitio en que se habían tendido al acostados en su bote, sobre sus remos.

XXVII

Un límpido arroyo serpenteaba sobre un lecho de piedras oscuras entre paredes de rocas grises y pulidas. Los árboles daban forma

en lo alto a una bóveda. Todo tan fresco, que uno se hubiese creído en cualquier parte menos en un rincón ignorado del África.

Las mujeres, desnudas, del mismo matiz que las rocas, moreno rojizo, y con la cabeza cargada de ámbur, lavaban allí sus trapos, refiriéndose con animación los combates y sucesos de la noche. Pasaban cruzando el arroyo guerreros armados de pies a cabeza, marchando a la guerra.

Juan daba su primer paseo por aquella aldea a la que su nuevo destino lo había llevado, durante un tiempo cuya extensión desconocía. Los negocios se embrollaban y el puesto de Gadiangué veía ya el momento en que cerraría sus puertas dando tiempo a la política negra para apaciguarse, como quien cierra sus ventanas ante un chaparrón de verano.

Pero todo aquello era movable, vivo, original en exceso. Había verdor, flores, selvas, montañas y aguas corrientes; un gran esplendor terrible en toda la naturaleza...

Nada era triste, y todo ello era desconocido.

No; realmente no se sentía triste todo aquello, ni era cálido tiene una pesadez malsana; pero, no obstante, no es el silencioso aplastamiento de las costas del Senegal; y la fuerte savia ecuatorial circula por doquier.

Juan mira y se siente vivir. Ya no lamenta haber venido; su imaginación no había sospechado nada parecido.

Más tarde, en el país, cuando esté de vuelta, se considerará dichoso por haber pisado esta región lejana y por acordarse de ello.

El imagina esta estancia en el Ouankará como un período de libertad pasado en un país maravilloso, de verdor y de selvas, país de caza; y lo crea como una tregua a la horrible monotonía del tiempo, a la regularidad mortal del destierro.

XXVIII

Juan poseía un viejo reloj de plata, al que quería tanto como Fatu sus amuletos; el reloj de su padre, que éste le había entregado en el momento de la partida. Esto, y una medalla que llevaba al pecho, pendiente de una cadena, era lo que más estimaba en el mundo.

La medalla era de la Virgen. Se la había puesto allí su madre, cuando estuvo enfermo, siendo muy pequeño. No obstante, recordaba el día en que aquella medalla le había sido puesta allí y nunca se la había quitado. Estaba él en su primera camita de niño, con no sé qué enfermedad de la infancia, la única que había padecido en su vida. Al despertarse cierto día, vio a su madre cerca de él, llorando. Era una tarde invernal y había nieve que se veía por la ventana. Él tenía una blanca capa sobre el bosque.

Su madre, alzándole suavemente la cabecita, lo había cogido al cuello aquella medalla; después lo había besado y él se quedó dormido.

De esto hacía más de quince años; luego el reloj había engordado y el pecho se había ensanchado mucho; pero la medalla estaba siempre en su sitio. Jamás había sufrido tanto como cuando, la primera noche que pasó en un mal lugar, las manos de no sé qué muchacha habían hallado la medalla sagrada, y la tal se echó a reír al verla.

En cuanto al reloj, hacía sus buenos cuarenta años que fué comprado, en remate, por su padre, en épocas en que él hacía el servicio, con sus primeras economías de soldado. Antes, había sido un reloj muy notable; pero ahora era ya un poco anticuado, grande y abultado, con timbres, demostrando una edad muy venerable.

Su padre lo consideraba todavía como un objeto de gran mérito. (Los relojes no eran muy conocidos entre los montañeses de su pueblo.)

El relojero de una aldea vecina, que lo había comprado en el momento de la partida de Juan para el servicio, había dicho que tenía una marcha notable; y su padre anciano lo había

DISFRUTE de BELLEZA

con los tratamientos de JA PROF. MAGDA KLEIN. Presentando este cupón se le efectuará GRATIS un análisis de su cutis. Al interior, por correo,

INSTITUTOS
Prof. MAGDA KLEIN
Santa Fe 1391 - Cabildo 1954

confiado esta compañía de su juventud, con toda clase de recomendaciones.

Juan, al principio, lo había usado; pero en el regimiento oía estallidos de risa cuando miraba la hora. Se habían llegado a hacer bromas tan locas sobre aquella ebollita, que el pobre Juan se puso rojo de cólera y de tristeza por dos o tres veces. Oír faltar al respecto a aquel reloj... Hubiera preferido escuchar toda clase de injurias contra el mismo, que él pudiera volver, y cachets en pleno rostro. Esto le causaba tanta mayor pena cuanto que, en su interior, se había visto forzado a reconocer que era un poco ridículo aquel reloj viejo. Y lo quiso aún más; le causaba una pena inexplicable verlo así despreciado, y más que nada, encontrarlo chocante, el mismo.

Entonces dejó de usarlo para evitarle nuevas afrentas. Ni le daba cuerda, para no fatigarlo; además que, después de las sacudidas del viaje y bajo la influencia de aquel clima tan tórrido al que no estaba acostumbrado, el pobre reloj dejó en marcar las horas más inverosímiles; verdaderamente, a destinar.

Lo guardó con amor en una caja en la que conservaba sus objetos más preciosos, sus recuerdos de la tierra, sus cartas. Aquella caja era la de los fetiches, una de las cajas absolutamente sagradas, como poseen siempre los marineros, y, rara vez, los soldados.

A Fatu le había prohibido formalmente tocarla.

Sin embargo, aquel reloj la atraía. Ella había encontrado el modo de abrir el cofrecillo precioso; habría aprendido a darle cuerda, cuando Juan no estaba en casa, y a dar las horas, y a hacer girar las agujas. Y acercándose a su oído, escuchaba con gestos curiosos de riri los ruiditos débiles que hubiese hecho una caja de música.

XXIX

En Gadiangué no se sentía jamás una sensación de frescura ni de bienestar, ni siquiera frescas noches de invierno, como en el Senegal.

De mañana ya, bajo las verdaderas admirables, igual temperatura densa y mortal; por la mañana ya, en las selvas habitadas por monjes volingleros, los verdes y colibríes raros, antes de salir el sol, en los senderos llenos de sombra, en las hierbas altas mojadas por las que se deslizaban las serpientes, siempre, siempre, por todas partes y a toda hora, el mismo calor de estufa, aplastante, húmedo, emponzoñado... Las pesadeces cálidas del Ecuador, concentradas todas las noches bajo el ramaje de los grandes árboles; y la fiebre en el ambiente, por doquier.

Al cabo de tres meses, como ya se previera, el país estaba en calma. Había acabado la guerra, las degollinas negras. Las caravanas comenzaban a cruzar de nuevo, llevando a Gadiangué, desde el fondo del África, marfil, plumas, oro, todos los productos del Sudán y de la Guinea.

Y habiéndose dado orden de volver a los refuerzos, fué un barco en busca de los spahis a la desembocadura del río para transportarlos al Senegal.

¡Ay! ¡Ya no estaban allí todos los pobres spahis! De doce que llegaron, dos faltaron al toque de llamada; dos quedaron tendidos en la tierra maldita de Gadiangué, arrebataos por la fiebre.

Economía



—*Avísame cuando pasemos una estación de servicio. Diez kilómetros antes se me ha acabado la nafta.*

Pero la hora de Juan no había llegado, y, un día, rehizo en sentido inverso el camino que recorriera tres meses antes en el bote de Sambá-Bubú.

XXX

Esta vez era pleno mediodía, en una piragua mandinga, al abrigo de un toldo mojado.

Bordeábanse las verduras espesas de la orilla, se cruzaba bajo ramas y bajo raíces pendientes de los árboles, para aprovechar algo de sombra cálida y peligrosa que caía sobre el agua.

El agua era densa como el aceite, parecía estacada e inmóvil, con leves vapores de fiebre que se alzaban acá y allá sobre la superficie brujida.

El sol estaba en el cenit; a plomo, lucía recto, en medio de un cielo de un gris violáceo, de extraño, que estaba empañado por los miasmas de los pantanos.

Era algo tan espantoso el calor que hacía, que los remeros negros estaban obligados a descansar, a pesar de todo su valor. El agua cálida no calmaba su sed; estaban como derretidos en sudor y extenuados.

Y cuando se detenían, la piragua, llevada dulcemente por una corriente casi insensible, seguía su camino a la deriva. Y los spahis podían ver este mundo aparte muy de cerca; el mundo de los mangles que pueblan las marismas de África ecuatorial.

Este mundo dormía a la sombra, en los foliajes oscuros de las grandes raíces.

Allí, a dos pasos de ellos, que se deslizaban sin ruido, que pasaban lentamente sin despertar ni aun a los pájaros, tocándolos, estaban los amarillos caimanes tendidos muertecito sobre el fango, abriendo las viscosas fauces, idiota y sonriente al aspecto. Había ágiles gacelas blancas que dormían, hechas una bola y posadas en una de sus largas patas, para no ensuciarse, sobre el dorso mismo de los caimanes inmóviles. Había somnolientos de los verdes y azules que dormían la siesta en las ramas, a ras del agua, en compañía de lagartos perezosos. Y grandes mariposas sorprendentes nacidas en temperaturas de caldera.

La pesadez de mediodía había pasado, y volaban ágiles pájaros. Mas, el país permanecía siempre silencioso; hasta perderse de

visita, los mismos árboles, la misma calma, la misma uniformidad. Sólo una orla monótona de mangles, figurando en las lejanías las formas conocidas de los álamos de nuestros ríos de Francia.

A derecha e izquierda abíanse, de distancia en distancia, otros cursos de agua que iban a perderse a lo lejos, también silenciosos, franqueados por las mismas cortinas de juncal verdor. Era precisa la experiencia suma de Sambá-Bubú, para no extraviarse en el dédalo de aquellos riachuelos.

Ni un movimiento, ni un ruido, excepto, la zambullida enorme de un hipopótamo, de rato en rato, a quien molestaba el ruido rítmico de los remeros, y que se alejaba, dejando sobre el espejo de las aguas turbias y cálidas enormes remolinos concéntricos.

Por eso cruzaba tanto los ojos Fatu, acostada en el fondo de la piragua para más seguridad, con un doble protector de hojas y de telas mojaditas sobre la cabeza. Es que ella se había enterado por adelantado, y sabía qué clase de huespedes pueden verse en aquellas orillas.

Cuando llegó a Pupubal, había efectuado el viaje entero sin atreverse a mirar nada durante todo el recorrido. Juan, para decidirla a que se moviese, tuvo que afirmar que positivamente habían llegado; que, además, era noche negra y que el peligro no existía, por consiguiente.

Ella estaba apoltonada en el fondo de la piragua y contestó con dolorida voz de niño mimoso. Querría que Juan la alzase en sus brazos y que él mismo la dejase en el barco de Gorea. Y así se hizo. Este modo de solicitar las cosas tenía siempre éxito con el pobre spahi, que a ratos consentía en mirar a Fatu, por necesidad de ternura, por necesidad de querer a alguien y a falta de algo mejor.

XXXI

El gobernador de Gorea recordó la promesa hecha al spahi Bover: a su regreso, Juan fue enviado nuevamente a San Luis para terminar allí su tiempo de servicio.

Juan, al ver de nuevo el país de arena y la ciudad blanca, sintió honda emoción; estaba unido a ella, como se está siempre a los lugares en los que se ha sufrido mucho y se ha vivido largo tiempo. Y hasta sintió cierta alegría en los primeros momentos, al volver a ver casi una ciudad, civilización casi, con los hábitos y los amigos antiguos, todas las cosas de que fue necesario verse privado durante cierto tiempo, para no hacer de ellas, al regresar, el menor caso.

Los alquileres están bajos en San Luis. La casa de Sambá-Hamet no tenía nuevos inquilinos: Curá-n-diaye volvió a Juan y a Fatu y les abrió las puertas de su viejo alojamiento.

Los días retomaron para el spahi su monótono curso de antes.

XXXII

Nada ha variado en San Luis. La misma tranquilidad en el cuartel. Los marabúes domesticados que habitan su lecho crotoraban pasmándose al sol, con el mismo grito de madera seca, de ruedas de molino de viento.

Las negras molían aún su eterno alcuzcuz. Por todas partes iguales ruidos familiares, la misma calma de la naturaleza abrumada, el mismo silencio monótono.

Pero Juan estaba cansado ya de todas estas cosas.

De día en día, también, iba alejándose de Fatu; estaba del todo disgustado con su negra amante. Ella se había hecho más exigente y mala, sobre todo, desde que notó el imperio que ejercía sobre Juan, desde que él se quedó por su causa.

Frecuentemente había peleas entre ellos; a veces, ella lo exasperaba a fuerza de perversi-

dad y malicia. Entonces él había comenzado a golpearla a latigazos, al principio fuerte, pero más duramente después. La espalda desnuda de Fatu los golpes a veces, negro sobre negro, marcaba rayas. Después, él lo sentía y se avergonzaba.

Un día, al volver él a su casa, vio en un *khazanké*, una especie de gorila negro, descolgarse ligero por la ventana; después de todo, lo que ella había hecho le importaba...

Se habían secido en él los sentimientos, o quizá de ternura que pudo nido hacia ella en algún momento. Y cansado, descomozonado, harto. Y por inercia la conservaba aún.

El último año había comenzado; barruntaba ya la partida, el fin. ¿Cómo a contar por meses!

El sueño le hula, como ocurre a los países enermos. Queda a la sombra de las de la noche apoyado de cosas en la tana, aspirando con voluptuosidad de su último invierno, y, sobre todo, con el del regreso.

La luna, terminando su tranquilo del desierto, lo encontraba, a media ventana. Le agradaban las hernias de los países tropicales, sus rosadas des en la arena, el argentado rielar de las aguas del río; todas las noches, a través de las planicies de Sore el lago, no de los chacales, y hasta aquel entonces le había hecho ya un grino feroz.

Y cuando pensaba que pronto donar todo aquello definitivamente, estaba como una vasta tristeza sobre él de volver.

XXXIII

Hacia ya varios días que Juan no abría su cofre de cosas preciosas su viejo reloj.

Estaba en el cuartel, atareado de servicio, cuando, de improvviso, pensó en un sentimiento de inquietud.

Regresó a su casa andando más de costumbre, y, al llegar, abrió la

Sintió un golpe en el corazón; se apartó febrilmente los ojos...

Fatu!...

Fatu canturreaba con aire indolente, servándolo de soslayo. Estaba enhebrando, combinando tonos para los grandes preparativos para las fiestas, ximo día, la bambulada de la Tana, que había de presentarse adornada.

—¿Lo has puesto tú en otra parte? Fatu!... ¿Yo te tenía prohibido...? ¿Dónde lo has colado?...

—¡Ram! (¿No sé!) — contestó Fatu, indiferencia.

Una especie de sudor frío empezó de la frente de Juan, loco de espanto. Agarró a Fatu y la sacudió bruscamente por el brazo.

—¿Dónde lo has puesto?... ¡Volviste en seguida!

—¡Ram!

De pronto, lo vio todo claro. A ver un paño nuevo de rayas azules cuidadosamente escondido en un rincón para la fiesta.

Comprendió; tomó el paño, lo examinó al suelo.

—¡Has vendido el reloj! — exclamó, pronto, de la verdad!

La arrojó de rodillas en tierra, se levantó.

Bien sabía Fatu que había vendido un objeto precioso y que aquello era cosa de la audacia de la impudencia hacia ya tantas y siempre había hecho!...

— Sin embargo, nunca lo había

... sintió miedo, lanzó un grito, y se
le cayeron los pies:

¡Tíjani, perdón!...

conocía su fuerza en los momentos

... las violencias: un poco salvajes de los
bosques, habían crecido en los bosques. Feróz-
caba el torso desnudo de Fatu,
en el rayas de las que brotaba la
su rabia crecía golpeando...
avergonzado de lo que había hecho
su fusta a tierra, se dejó caer sobre

XXXIV

... después, Juan se fué corriendo al
de Gueat-nar.

... Juan confesado finalmente la verdad
nombre del mercader a quien lo ha-
bía vendido. Juan esperaba que estuviese aún
podría rescatar su viejo reloj. Acaba-
rar su sueldo y creía tener bastante

... muy de prisa; corría ansioso por lle-
varse precisamente durante el trayecto
al algún comprador negro, dispues-
to a comprarlo.

... todas las razas, sobre la arena, bullicio, con-
todas las razas, babel de todas las
del sudán. Allí se encuentra perpetua-
en gran mercado, repleto de gentes de
países, en el que se vende de todo:
preciosos y ridículos; mercancías útiles
extravagantes; cosas inverosímiles; oro
carne y cautivos; carneros vivos y
ungüentos y comidas; fetiches y

... lado, cerrando el cuadro, un brazo del
San Luis detrás: líneas rectas y cerzas
blancas azules de cal, espal-
rojados ladrillos y acá y allá, el penala-
do de las palmeras, elevándose en
el azul.

... el otro lado, Gueat-nar, el hormigueo
de techos puntiagudos.
caravanas detenidas, camellos ardi-
la arena, moros descargando sus sacos
de mercaderes acullados en la are-
o riñendo, empujados, pisoteados
sus productos por los clientes.

... *Diendé n'pau!* (Vendedores de le-
cuasadas en el pelo por dentro).

... *Diendé n'bam!* (Vendedores de
de rata peuhl, con enormes mo-
rnos con adornos de cobre, tonan-
res peludos la mercancía con las ma-
llandola con los sucios dedos en a
cinco centavos la pieza, y limpián-
pies después, con sus cabellos).

... *Diendé kbeul!* (Vendedores de paque-
tores de chucherías, de paque-
hechizadas, colas de lagartos y raíces
hechizadas mágicas).

... *Diendé schiakhkhá!*... *Diendé djarrab!*
tores de granos de oro y jade, de perlas
de, de chapas de plata, todo disminu-
tierra sobre telas sordidas y pisoteado
compradores).

... *Diendé guetel!*... *Diendé kham!*
Diendé iap-nior! (Vendedores de in-
de patos vivos, de comestibles inven-
de carnes secas al sol y pastas con azúcar
por los moscas).

... *Diendé kham!* (Vendedores de
de pescado salado, vendedores
de alhajas, de viejas telas grasosas e in-
ofiendo a cadáver, de manteca de ga-
el mantenimiento del cabello crespo,
colitas cortadas o arrancadas a cabezas
muertas, trenzadas y engomadas, prepa-
por completo,

... *Diendé kham!* (Vendedores de
de objetos de gacela, de antiguos cuernos con
de los ríos marabutos del desierto;

de almizcle, de flautas, de filosos puñales con
cabo de plata, de viejos cuchillos de hierro que
han rasgado vientres, de tant-tames, de cuernos
de jirafas y de viejas guitarras.

Y la truhanería, la piquería negra, sentada en
tomo, bajo los caballos cocoteros amarillos;
mujeres leprosas extendiendo sus manos cubier-
tas de úlceras blancas, pidiendo limosna, y
viejos consumidos, medio muertos, con las pier-
nas hinchadas por la elefantiasis, con grandes
moscas y gusanos chupando sus llagas en carne
viva.

Y estiercol de camello por tierra, restos de
todas clases y montones de residuos. Y arriba,
cayendo a plomo, uno de esos sales abrasado-
res que se sienten allí tan próximos a uno, con
rayos que quemaban como los de un brasero
demasiado cercano.

Y siempre, invariablemente, por horizonte, el
desierto; la superficie infinita del desierto...

... Allí, ante la tienda de un tal Bob-Bakary-
Diam, se detuvo Juan observando con mirada
ansiosa y rápida, con recios latidos en el co-
razón, el montón de objetos heterogéneos es-
parcidos ante él.

... ¡Ah, sí, mi blanco! — dijo Bob-Bakary-
Diam, en yolofo, con suave sonrisa. — ¡El reloj
que tocas!... Hace cuatro días que la joven
estuvo a punto de venderlo por tres *khiáns* de plata.
Lo siento, pero como marchaba, lo vendi
el mismo día a un jefe de trazaás, que
pasaba en caravana para Tombuctú.

... ¿Se acabó! No había ya que pensar más en
el querido reloj viejo.

El pobre Juan sintió una gran tristeza, un
desgarramiento del alma, como si por su culpa
hubiese perdido un ser querido.

Si al menos pudiese ir a abrazar a su anciano
padre, y pedirle perdón, esto lo habría consola-
do algo. Si al menos se le hubiese caído en el
mar, en el río o en cualquier lugar del de-
sierto, ¡pero, así, vendido, profanado por Fatu!...
¿Era demasiado!... Casi había llorado si no
hubiese sentido contra aquella criatura tanta
furia en su corazón.

... ¿Era Fatu la que desde hacía cuatro años le
robaba su dinero, su dignidad, su vida! ¿Por
ella había perdido su ascenso, todo su porvenir
de soldado; por conservarla se había quedado
en África, por aquella mujer mala, negra de
rosto y de alma, rodeada de amuletos y de sor-
tilugos! Y se afusaba, caminando bajo el sol.
Contra sus maleficios se había apoderado de él
una especie de terror supersticioso; contra su
perversidad y su impudencia y la osadía que
acababa de demostrar, estaba poseído por un
furor insensato. Y regresaba a su casa de prisa,
hiriéndole la sangre, espasmo de angustia y
de cólera, ardiéndole la cabeza.

XXXV

... Ella aguardaba este regreso con gran ansie-
dad.

Al verlo entrar comprendió que no había en-
contrado el viejo reloj que sonaba.

Tenía él un aspecto tan extraño, que ella
pensó que, probablemente, la mataría.

Y comprendía que si ella le hubiese robado
un cierto amuleto resaca, el más preciado
que tenía y que guardando ella era muy niña le
había regalado su madre en Galam, ¡oh!, se ha-
bría ablandado sobre el ladrón y, si hubiese
podido, lo habría matado.

Comprendía que ella había hecho algo muy
grave, impulsada por los malos espíritus, por su
defecto de gustarle adornarse. Se sabía mala.
Estaba disgustada por haber provocado tanta
pena a Juan; le era indiferente que la matase,
pero hubiera deseado besarlo.

Cuando él la zotaba, casi experimentaba un
placer, porque apenas había otros instantes que
éstos, en los que él la tocaba y ella podía re-
cuerdo apretándose contra él para pedir perdón.
Esta vez, cuando él fuese a agarrarla, como no

Dr. ROMEO J. MESSUTI	
Médico cirujano del Hospital Zubizarreta - Cont. de 15 a 17	
VALLEJO 463 - Tel. 71 - 80 - 0224	
Dr. ANIBAL O. DE ROA (h.)	
Enfermedades de la Piel, Jirafas, úlceras (electrocoagulación)	
De 17 a 20	
VIAMONTE 830	Pedir hora U. T. 35 - 6493
Dr. ALFREDO S. RUGIERO	
Méd. Cirujano - Clínica Médica - Vías respir.	
CORDOBA 1383 - Tel. 853 - Vías respir. U. T. 44-4780	
Dr. ANGEL E. DI TULLIO	
MÉDICO CIRUJANO	
Especialista Oídos, Nariz y Garganta	
Nueva York 40220	U. T. 50-4278

... tenía nada que perder, pondría todas sus fuer-
zas para enlazarlo, para tratar de llegar hasta
sus labios, y luego se aferraría al él besándolo
hasta quedar muerta. Y esto le sería indiferente.

... Si el pobre Juan hubiese podido imaginar lo
que pasaba en aquel corazóncito torcido, induda-
blemente, para su desgracia, habría perdonado
una vez más. No era difícil convencerlo.

Pero Fatu no hablaba, porque sabía que todo
aquello no podía explicarse; y la idea de aque-
lla lucha suprema en cuyo transcurso iba a
abrazarlo, a besarlo y a morir por él, con lo
que terminaría toda esta idea la encantada y
esperaba, clavando en él sus grandes ojos de
esmalte, con una expresión de pasión y de
horror.

Pero Juan había entrado y nada le había
dicho; ni la había mirado siquiera. Y esto no
lo comprendía ella.

Al entrar, había arrojado su látigo, porque
estaba avergonzado de haber sido rudo con
una mujer y no quería volver a serlo.

Unicamente empezó a quitar todos los amu-
letos que colgaban de las paredes y a arrojarlos
por las ventanas.

Luego tomó los paños, los collares, los *hubús*,
las calabazas, y, siempre sin decir una palabra,
los lanzó a la calle afuera.

Fatu comenzaba a adivinar lo que le espe-
raba; comprendía que todo había terminado, y
quedó aterrada.

Cuando todo lo suyo estuvo fuera ya, des-
parando por la plaza, Juan le enseñó la puer-
ta, diciéndole simplemente, entre sus dientes
blancos apretados, con voz sorda, que no admi-
nistría réplica:

... ¡Vete!...

Y Fatu, inclinando la cabeza, se fué sin decir
nada.

No; ella no se había figurado nada tan es-
pantoso como ser expulsada así. Sentía volverse
lenta, y se fué sin atreverse a alzar la cabeza,
sin poder lanzar una queja, sin decir una pa-
labra, sin verter una lágrima.

XXXVI

Entonces Juan se puso a arreglar con calma
todo lo que era de él, a doblar sus ropas cuida-
dosamente, como para hacer su maleta de sol-
dado; lo empacaba todo con prolijidad, por
hábito de orden adquirido, a su pesar, en el
regimiento, y aun se apresuraba, por temor a
ser dominado por el sentimiento, y ser débil.

Sentíase algo consolado por aquella decisión
terrible, por aquella satisfacción dada a la me-
moría del viejo reloj; dichoso por haber tenido
coraje para hacerlo definitivamente, pensando
que pronto vería a su padre y le contaría todo
para conseguir su perdón.

Después, cuando hubo acabado, bajó a casa
de Curá-n'diaye, la grieta. Vió a Fatu, que allí
se había refugiado, inmóvil, acurrucada en un
rinco. Las esclavitas habían ordenado todas sus
cosas y las habían puesto en las calabazas, a su
lado.

Juan no quiso ni mirarla. Acercándose a
Curá-n'diaye, le pagó su mensualidad avisando
que no regresaría más, se puso al hombro su
ligero equipaje y salió.

«Pobre viejo reloj! Su padre había dicho: "Un poco antiguo es, Juan, pero muy bueno y acaso no se fabricaron hoy tan buenos como él. Cuando seas rico, más adelante, te compraré, si quieres, uno moderno; pero me devolveré éste. Cusrenta años hace que me acompaña; ya lo tenía en el regimiento, y cuando muriera, si tú no lo quieres, lo pondréis en mi ataúd; me hará compañía por allá..."

Curá-diave había recibido el dinero del spahi sin hacer reflexiones sobre aquella insólita resolución, con su indiferencia de vieja cortesana al tanto de todo.

Cuando Juan hubo salido, llamó a su perro laobé, que lo siguió con las orejas caídas como dándose cuenta de la situación, y disgustado por marcharse. Después caminó sin volver la cabeza, descendiendo las largas calles de la ciudad muerta, en dirección al cuartel.

TERCERA PARTE

I

Cuando Juan hubo expulsado así, para siempre, a Fatu-ge, experimentó gran consuelo por haberlo hecho. Cuando hubo dispuesto en su armario de soldado todo su menegado equipaje, ordenadamente traído de la casa de Sambá-Hamet, se encontró más libre y más dichoso. Aquello le parecía un paso más hacia la venturosa *licencia absoluta* de la cual sólo le separaban ya muy pocos meses.

No obstante, él había tenido piedad de Fatu. Había querido una vez más facilitarle el dinero de su paga, para proporcionarle una instalación nueva o medios de marcharse.

Peró como prefería no verla, había encargado al spahi Muller esa comisión.

Muller había ido a la casa de la grieta. Peró Fatu se había marchado.

«Ha sentido mucha pena —dijeron en yolo las esclavitas, formando rueda y hablando todas a la vez.

«Por la tarde no ha querido comer el alcuzcuz que le habíamos preparado.

«Por la noche —dijo la pequeña Sam-Lélé— la he oído hablar en voz alta, soñando, y hasta los laobés han gañido, lo que es de muy mal agüero. Peró no he podido comprender lo que decía.

Había partido, llevándose sus calabazas en la cabeza, un poco antes de la madrugada.

Una macaca conocida por Bufafule-Diop, jefa de las esclavas de la grieta, mujer muy curiosa por naturaleza, la había seguido a la distancia y la había visto cruzar el puente de madera, por el brazo pequeño del río, encaminándose hacia N'dar-tut, con *aires de saber adónde iba*.

Se creyó en el cuartel que había ido a pedir asilo a cierto anciano marabuto muy rico de N'dar-tut, que la admiraba mucho. Lo cierto es que, aunque *keffir*, era ella muy hermosa para no sentirse atraída por su persona.

Durante algún tiempo, Juan evitó pasar por los alrededores de Curá-diave.

Y luego, muy pronto, no pensó más en ella. Parecía que había recobrado su dignidad de *hombre blanco*, manchada por el contacto de aquella carne negra. Sus embriagueces de otrora, la fiebre de los sentidos sobrecalentados por el sol de Africa, no le inspiraban ya, cuando miraba el pasado, más que un profundo malestar.

Se forjaba una existencia nueva, de continencia y honestidad.

En el futuro, viviera en el *cuartel*, como un hombre sensato. Ahorraría para llevar a Juan Méry una cantidad de recuerdos del Senegal: hermosas esteras que serían más tarde adorno de su hogar soñado; tejidos bordados, cuyos bellos colores serían la admiración de la gente de su país y que en su casa utilizarían como tapetes de mesa magníficos, y, sobre todo, atos

y una cruz de oro fino de Galam que especialmente mandaría hacer para ella a los más hábiles artifices negros. Ella se los pondría para engalanarse, el domingo al ir a la iglesia con los Peyral, y sin duda en el pueblo ninguna otra joven poseería alhajas tan preciosas.

«El pobre niño grande de aire taciturno formaba así en su joven cabeza inculta un sin fin de proyectos casi infantiles, ingenuos sueños de ventura, de vida familiar y de apacible honradez.

Juan tenía entonces veintiséis años; se le habían dado algunos más, como sucede con frecuencia con las personas que han llevado la vida ruda de la campaña, del mar o del ejército. Los cinco años del Senegal lo habían transformado mucho; sus facciones habíanse acentuado; estaba más curtido y delgado; había tomado un aire más militar y más árabe; su pecho, sus hombros, se habían ensanchado mucho, aunque su cintura continuaba flexible y delgada. Cubaba el fex y su memoria la largo bigote obscuro con una coquería de soldado que le quedaba a las mil maravillas. Su fuerza y su hermosa inspiraban cierto respeto involuntario a los que lo rodeaban. Se le hablaba de modo muy distinto que a los demás.

Un pintor lo hubiera elegido como prototipo de perfección viril y de noble encanto.

II

Un día, en un mismo sobre con el timbre de su aldea, recibió Juan dos cartas: una de Juana y otra de su viejecita madre querida.

Carta de Francisca Peyral a Juan

«Mi hijo querido:

«Muchas novedades hay desde mi última carta, y vas a quedarte asombrado. Peró no te preocupes por adelantado; es necesario hacer como nosotros, hijo querido, y rogar al buen Dios y tener siempre fe.

«Empezaré por decirte que ha venido al país un nuevo alguacil, M. Próspero Suiror, al que no apreciamos mucho, porque es duro con los pobres y tiene un alma torpe; pero es persona de buena posición; no se puede opinar lo contrario. Pues el señor Suiror ha pedido la mano de Juana a tu tío Méry, quien lo ha recibido como yerno. Luego vino Méry a provocar una escena, una tarde aquí; había mandado tomar informes respecto a tu conducta, sin decirnoslo, cerca de los coroneles, y según parece, se los han dado malos. Dicen que vives ahí con una mujer negra; que la has tenido a pesar de todas las observaciones de tus jefes en contra, y que esto es lo que no te deja ascender a sargento; que corren malas voces a tu respecto; muchas cosas, hijo querido, que jamás habías creído; pero está escrito en un papel impreso que nos has mostrado y en el cual aparecían los sellos del regimiento. Juana vino a refugiarse a nuestra casa, diciendo que jamás se casaría con Suiror, deshecha en llanto, que no será jamás sino tu mujer, y que prefiere irse a un convento, querido Juan. Ella te ha escrito una carta que te remito, en la que te indica lo que debes hacer; tiene mucho talento, ya es mayor; haz todo cuanto te diga y escribe a vuelta de correo a tu tío, como te pide. Dentro de diez meses vas a volver con nosotros, mi hijo querido; con tu conducta has licenciarte y pidiendo mucho a Dios, esto se podrá arreglar aquí, pero esos votos muy acongojados, como mandan los sacerdotes, que me acordados, como mandan; tememos también que Méry prohíba a Juana venir a nuestra casa, y entonces la desgracia sería grande.

«Peyral se une a mí, mi hijo querido, para besarte y para rogarte que nos contestes pronto.

«Tu vieja madre que te quiere hasta la muerte,

"FRANCISCA PEYRAL."

Juana Méry a su primo y novio Juan

"Mi querido Juan:

"Esoy tan afligida que quisiera morir. Es para mí una desgracia que me haya minado y que no hables de volver pronto. Sulta que mis padres, de acuerdo con mi no, quieren casarme con ese Suiror de ya te he hablado; me vuelven loca como que es rico y que debo aceptar el hecho que me haya pedido en matrimonio. Y prenderás que digo que no y me arrojé ojos llorando.

"Mi Juan querido, soy muy desgraciada todo el mundo en contra de mí. Olvídate, se rien al verme siempre con los ojos rojos, que ellas se casarían de buen grado. El gran Suiror, con sólo que él se lo exige. A mí de sólo pensarlo me dan escalofríos. ramente no me casaré con él jamás, braré de todos, si me obligan, yéndome al convento de San Bruno.

"Si pudiese ir alguna vez a tu casa, con tu madre, esto me alentaría, por ella tanto respeto y tanto cariño que su hijo; pero ya me ponen en furor porque voy con mucha frecuencia, y sé que pronto no me lo prohibirán.

"Mi Juan querido, es preciso que cuanto voy a pedirte. Me he enterado corren malas voces a tu respecto; que las hacen correr con el único influir en mi ánimo, y no creo una de todos los cuentos; aquí no hay nada que conozca como yo; eso no es posible de todo, me alegraría que dijese esto, y que me hablastes de tu cariño.

que eso agrada, así sabiendo que tú escribes en seguida a mi padre, para que él me diga lo que me conviene.

que en matrimonio; hazle la promesa, sobre que en el país te conducirás siempre como hombre sensato y formal, de quien nada que decir siendo mi marido. De esto yo te adoraré de rodillas.

"Que el buen Dios tenga piedad de otros, mi amado Juan!

"Tu novia hasta después de muerte.

"JUANA

En la aldea apenas se saben expresiones de los campos sienten más hondamente, pero les faltan palabras para dar fuerza a sus emociones y pensamientos; el refinamiento de la pasión no existe para ellas experimentan no saben traducirlos con ayuda de frases sencillas, trayendo es toda la diferencia.

Fué preciso que Juana hubiese vivido vivamente para que escribiera esta carta. Juan, que hablaba también este lenguaje, comprendió todo lo que la resolución y de amor. Ante la ardiente de su novia, tuvo esperanza y contestación puso todo cuanto supo de reconocimiento. Dirigió a su petición formal, acompañada de juramentos de senates y de buenamiento. Y luego esperó sin ninguna la vuelta del correo de Francia.

Próspero Suiror era un joven alto y encorvado, librepensador feo, beaba ineptias atcas sobre todas las cosas de otros tiempos, garrapatado de vista baja, cuyos pequeños ojos oscilaban tras unos lentes ahumados que le inspiraba piedad a Juan. Era un miserable, una rapanancia instintivamente feo y deformes.

Seducidos por la dote y las grandes el aguacilillo creyó con su hijo, conceder un gran honor a la joven ofreciéndole su desgraciada persona a posición social. Hasta había después de su casamiento, para

La que le esperaba

III

meses habían transcurrido y los correos nada habían traído al pobre Juan. Eso, es cierto; pero nada bueno, tam-

Méry permaneció inflexible. Mas Juan lo fue, y en las cartas de la vieja dejaba deslizarse siempre algunas palabras de esperanza, no dudaba que a

en el país todo podría arreglarse satisfactoriamente.

que nunca se forjaba proyectos deliciosos. Después de cinco años de exilio, el pueblo se le presentaba bajo aspectos

Todos sus sueños de pobre abandonado conducían a aquel instante sublime; en su gran capa de spahi, la diligencia

de ver de nuevo las Cévennes, las nevadizas de sus montañas, el camino

hugo el campanario amado, después paterno; y estrechar entre sus brazos

la alegría a sus ancianos padres queridos... Los tres juntos iban a casa de los

Las buenas gentes del pueblo, las mosasomaban a las puertas para verlo

parecía guapo con su traje exótico de empaque de África... El enseñaba

los galones de sargento, que al fin le concedería, y cuyo efecto sería

Después de todo no era malo el haberse visto el país, sobre todo

Juan se acordaba; estaba muy seguro de la distancia, en el desierto, siem-

con los colores más suaves a los que el calor en el hogar; se los recuerda am-

queos; se olvidan sus defectos, sus dudas, su mal genio. Era imposible, pues,

Méry no se dejase conmover cuando sus dos hijos suplicaban juntos. Sin

los hombres de su tierra, sobre todo los de Juan sobre la suya... ¡Y, enton-

dicha, qué dulce y hermosa vida, qué alegría en la tierra!...

Desde luego, no se veía muy bien, vestían los hombres de su tierra, sobre todo, con el humilde sombrero campesino.

Juan era una de las cosas sobre las cuales estaba detener su pensamiento. Le pa-

recía ya no sería él mismo, el arrogante de su apariencia de antes. El había conocido la vida bajo su chaquetilla roja; bajo el

de África se había hecho hombre, y más que él suponía. El amaba todo aquello:

carabe, sus ropas, su caballo, su gran país del desierto.

Juan que decepciones aguardan a veces a los jóvenes marinos, soldados,

cuando regresan al pueblo, tan soñados, abandonan, niños aun, y que de lejos veían de prisa encandados.

A menudo, ¡qué tristeza y qué tedio en el país el regreso de los expatriados!

como él, acimatados, enervados en la vida, han llorado muchas veces por las are-

soladas del Senegal. Las largas jornadas a la vida más libre y la gran luz, y los

cosas inmensas, todo esto falta cuando se encuentran a ello y no se tiene, ya. En la

hogar se experimenta algo así como la



El director: — ¡Dios mío! ¿Cómo hago yo para decirle a toda esta gente que no tengo con qué pagarle?

dores e infantes de marina. Era el rumor del día y cada cual esperaba ganar en esa oportunidad su ascenso, medalla o grado.

Juan, que iba a finalizar su servicio, se prometía rehabilitar allí todo cuanto pudo haberse enrostrado respecto a su conducta pasada. Soñaba con poder ostentar en el ojal la cinta amarilla de los bravos; la medalla militar. Quería dar su adiós eterno al país negro con alguna hermosa acción de coraje que dejase su nombre indeleble en el cuartel, en aquel rincón de tierra en el que tanto había vivido y sufrido.

Un nutrido cambio de correspondencia se efectuaba diariamente entre los cuarteles, la comandancia de marina y el gobierno. Iban y venían grandes pliegos sellados que hacían soñar a los spahis; se preveía un expedición larga y seria y se aproximaba el momento. Y ellos afilaban su gran sable de combate, bruñían su armamento con derroche de palabras y bravura, copas de ajeno y alegres lusiones.

V

Eran los primeros días de octubre. Juan, que desde temprano había recibido orden de llevar de un sitio a otro papeles de servicio, fue finalmente al palacio del Gobierno, llevando un gran sobre oficial.

Por la larga calle recta, vacía y muerta como una calle de Tebas o Menfis, vio acercarse a él otro hombre rojo, en pleno sol, que le enseñaba una carta. Tuvo un cruel presentimiento, un vago temor, y apuró el paso.

Era el sargento Muller, que repararía a los spahis el correo de Francia, llegado hacía una hora, por caravana, de Dakar.

—Toma, mi Peyral — dijo entregándole el sobre con el matasellos de su querido pueblo.

VI

Esta carta que Juan esperaba hacía más de un mes le quemaba las manos, no sabiendo si leerla o romperla. Por último, resolvió esperar al término de su misión para abrirla.

Llegó a la verja del Gobierno. La puerta estaba abierta, y entró.

En el jardín, una gran leona domesticada se estiraba al sol con actitudes de cada amorosa. Dormitaban por tierra varios avestruces, junto a algunos álores ridículos y azules. Mediodía.

Un silencio de sepulcro y grandes terrazas blancas sobre las cuales las palmeras jóvenes dibujaban sombras inmóviles.

Juan, buscando a quien dirigirse, llegó hasta una oficina en la que se hallaba el gobernador, rodeado de diferentes autoridades del servicio colonial.

Allí, hecho extraordinario, se trabajaba animadamente; parecía discutirse cosas graves a aquella hora tradicional de la siesta.

A cambio del sobre que llevaba Juan se le confió otro dirigido al comandante de los spahis.

Era la orden definitiva de ponerse en campaña, que al atardecer fue comunicada oficialmente a todas las tropas de San Luis.

VII

Una vez en la calle solitaria, Juan no pudo contenerse, y, tembloroso, abrió su carta.

Esta vez vio en ella únicamente la escritura de la anciana Francisca, escritura más temblorosa que nunca, manchada de lágrimas.

Devoró las líneas, y el pobre spahi sufrió un desvanecimiento, se tomó con las manos la cabeza y se apoyó contra la pared.

Era muy urgente, hablaba dicho el gobernador, el documento que llevaba. Besó piadosamente el nombre de su anciana madre, y avanzó como un hombre ebrio.

¿Era posible aquello?... ¡Todo acabado, acabado para siempre!... ¡Le habían quitado su novia al pobre desterrado, su novia de la infancia, la que sus viejos padres le habían elegido!...

«Se han publicado las amonestaciones; la boda se realizará dentro de un mes. Yo me lo temía, mi querido hijo. Desde el mes pasado, Juana no venía últimamente a vernos; pero no me atrevía a decirlelo aún, por no afligirte, ya que nosotros nada podíamos hacer.

«Estamos desesperados. Y ahora, querido hijo, se le ha ocurrido a Peyral una idea que nos da miedo: que tú no querrás ya volver a tu patria y que te quedarás en África.

«Nosotros somos ya muy viejecitos los dos, mi buen Juan, hijo mío; tu madre te ruega de rodillas que esto no te impida ser sensato ni venir a vernos como esperábamos. De otro modo preferiría morir al instante, y Peyral también.

Pensamientos inconexos, tumultuosos, se agolparon en la mente de Juan.

Efectuó un rápido cálculo de fechas. No; no

estaba todo terminado; no era un hecho consumado. ¡El telegrafo! Pero no; ¿en qué pensaba? No había telegrafo entre Francia y el Senegal. Y aunque lo hubiese, ¿qué hubiera podido decirles?... Si pudiera partir en cualquier barco de rápida marcha y llegar aún a tiempo, arrojándose a sus pies, suplicando con lágrimas, acaso conseguiese así enternecerlos!... ¡Pero tan lejos!... ¡Cuántas dificultades!... ¡Qué impotencia!... Todo estaría consumado antes de que pudiese enviarles solamente un grito de dolor.

Y le parecía que le oprimían la cabeza con manos de hierro, que apretaban su pecho con torbellinos terribles.

Después pudo volver a leer, y luego, recordando que llevaba una orden urgente del gobernador, guardó su carta y siguió andando.

A su alrededor todo estaba sepultado en la gran calma del mediodía. Las viejas casas de estilo morisco se alineaban correctamente con su blancura lechosa, bajo el intenso azul del cielo. A veces, al pasar, se oía tras las paredes de ladrillo una quejumbrosa y somnolienta cantina negra, o bien, al paso de las puertas, se tropezaba con un negro muy negro que dormía en la panza al sol, desnudo, con un collar de coral, y que parecía una mancha oscura en medio de toda aquella uniformidad luminosa. Por la sólida arena de las calles se perseguían los lagartos con graciosos balanceos de cabeza, y al arrastrarse describían con su cola algo así como arabescos. Un ruido lejano de pilones de alucuzco, monótono y regular como una especie de silencio, llegaba de Guet-ndar, amortiguado por las ciudades y espesas capas atmosféricas del mediodía.

Esta tranquilidad de la naturaleza atargada parecía hacer burla de la excitación del pobre Juan y acariciar su dolor, oprimiéndolo como un malestar físico, asfixiándolo como un sudario de plomo.

Aquel país le ofrecía de pronto el aspecto de una inmensa tumba.

Y despertaba el spahi como de un pesado sueño de varios años. Una inmensa protesta se alzaba en su interior; ¡protesta contra todo y contra todos!... ¿Por qué lo habían arrancado de su patria, de su madre, para sepultarlo en la flor de su vida, en aquella tierra miserable?... ¿Con qué derecho habían hecho de él ese ser llamado spahi, arrastrador de sable medio africano, infeliz excluido, olvidado de todos, y finalmente, traicionado por su novia?...

Sentía una furia loca en su corazón y no podía llorar; sentía la necesidad de enfrentarse con alguien o con algo, de torturar, de antequitar, de estrangular a alguno de sus semejantes entre sus potentes brazos.

Y nada, nada en torno suyo, nada más que el silencio, el calor y la arena.

¡Ay, ni un solo amigo en toda aquella tierra, ni siquiera un camarada de corazón a quien contar su pena!... ¡Estaba, pues, absolutamente abandonado. Dios mío!... ¡Y completamente solo en el mundo!...

VIII

Juan corrió al cuartel y entregó al primero que encontró el sobre que le habían confiado; después se retiró, y comenzó a azar una carrera rápida y sin objeto. Era una manera peculiar de alargar su dolor.

Cruzó el puente de Guet-ndar y torció al sur hacia el extremo de Berbería, como la noche cuando, cuatro años antes, había abandonado, desesperado, la casa de Cora...

Pero esta vez su desesperación era desesperación de hombre, honda y suprema. Y su vida estaba trunca...

Anduvo largo tiempo hacia el sur perdiendo de vista a San Luis y a la población negra, y se sentó extenuado, al pie de un montículo arenoso que dominaba el mar...

Sus ideas carecían de concierto... El sol de todo el día lo había enloquecido. ¿Dónde cuenta de que no había estado allí nunca, y comenzó a dirigir a su alrededor miradas distraídas...

El montículo estaba cubierto de grandes jaulones extraños, que ostentaban inscripciones en la lengua de los sacerdotes del Moghreb. Blancas osamentas yacían mezcladas, desenterradas por los chacales. Había también ramas verdes como perdidas en medio de la absoluta aridez: eran guirnaldas de campanillas de deliciosas flores, que corrían por entre viejos brazos, viejas cráneos, viejas piernas, abriendo acá y allá sus cálidos rosados...

De trecho en trecho, montículos funerarios se alzaban en la homogénea planicie, con aspecto lúgubre.

En las playas se paseaban grandes grupos de pelicanos de un blanco rosado a los que el espejismo crepuscular les daba a la distancia formas regulares y dimensiones inverosímiles... Atardecía ya; el sol se había ocultado tras el océano y un viento muy fresco soplaban del mar...

Juan tomó la carta de su madre y una vez más comenzó a leerla...

«Ahora, querido hijo, se le ha ocurrido a Peyral una idea que nos da miedo: que tú no querrás volver ya a tu patria y que te quedarás en África.

«Nosotros somos ya muy viejecitos los dos, mi buen Juan; hijo mío, tu madre te ruega de rodillas que esto no te impida ser sensato ni venir a vernos como esperamos... De otro modo, preferiría morir al instante, y Peyral también...»

Entonces el pobre Juan sintió que se le quebraba el corazón; profundos sollozos agitaron su pecho y toda su rabia se desahó en lágrimas...

IX

Dos días después todas las harcas de la marina, utilizadas para la expedición, estaban fondeadas al norte de San Luis, en el recodo del río, cerca de Pop-n'hor.

El embarque de las tropas se realizaba en medio de gran concurrencia de gentes y bullicio. Todos los *smalabs* de los tiradores negros, mujeres e hijos, llenaban las orillas, gritando al sol como condenados. Caravanas de moros llegados del fondo del Sudán se detenían para mirar, con sus camellos, sus sacos de cuero, sus mercancías heterogéneas y sus hermosas mujeres jóvenes.

Cerca de las tres, la flotilla, que habría de remontar el río hasta Djalé de Galmi, se balanceaba con su cargamento de soldados y se puso en camino con un calor horrible.

X

San Luis se perdía a lo lejos... Sus líneas regulares se hundían, se esfumaban en fajas azules en las doradas arenas...

A ambos lados del río se extendía hasta el infinito grandes llanuras insalubres, inhóspitas, eternamente cálidas, eternamente tristes...

Y aquello no era más que la entrada al país olvidado de Dios; el vestíbulo de las inmensas soledades africanas...

Juan y los spahis habían embarcado en la *Falémé*, que navegaba a la cabeza, y que pronto llevaría una ventaja de dos días.

En el momento de partir, respondió de prisa a la anciana Francisca. Después de reflexionar resolvió no escribir a su novia; pero en la carta a su madre había puesto toda su alma para confortarla y devolverle la esperanza y la tranquilidad.

«... Por otra parte, decía, ella era demasiado rica para nosotros... Ya habremos de encontrar allí otra joven que me quiera; nos arre-

glaremos para vivir en nuestra vieja casa, estaremos más próximos aun de ustedes, queridos padres: no tengo más pensamiento dos los días que el de la dicha de volverlos; dentro de tres meses estaré de regreso y le juro que nunca, jamás, nie separaré de ustedes...»

Esta, ciertamente, era su intención, y como pensaba en sus ancianos padres, se le ocurrió compartir su existencia con otra que no Juan Méry lo deslucía todo; era un sentimiento espantoso que lanzaba sobre la vida un retorno un espejo vello lucroso...

A pesar de hacerlo para confundirse en la recia que ya no tenía objetivos su vida, el porvenir estaba cerrado ante él para el mundo. Junto a él en la cubierta de la *Falémé* se sentaba el gigantesco Nyaof-fall, el spahi a quien había confiado su dolor como a un fiel amigo.

Nyaor apenas comprendía estos asuntos, pues nunca había amado, él que posaba sobre un techo de brezo tres jóvenes comprados en pensaba venderlos cuando ya no le quedaba nada...

Si desgraciado, comprendía que su vida era desgraciado. Sonreía con cariño y distraído, le relataba cuentos de negro de hacer dormir de pie...

XI

La flotilla remontaba el río a la vez que se iba volviendo, deteniéndose al ponerse a volviendo a ponerse en marcha al amanecer. En Richard-Toll, el primer destacamento francés, aun se embarcaban más soldados y material.

En Dagana hubo una espera de dos días. La *Falémé* recibió la orden de reanudar el camino hacia Podor, el último puesto de Galmi, en el que estaban ya algunas compañías de tiradores.

XII

La *Falémé* marchaba siempre en un río inmenso, penetrando rápidamente en el desierto, siguiendo el angosto río de agua que separa el Sahara moro del desierto, un territorio habitado por los hombres.

Y Juan contemplaba melancólicamente las soledades que pasaban tras de sí, con la vista el horizonte que huía, con la nuosa del Senegal que tras él se perdía en la distancia. Aquellas llanuras malditas, sin fin ante su vista, caudales de penurias, una indefinible opresión, todo aquel país se fuese cerrando a medida que él iba avanzando.

Por las márgenes torvas, acá y allá, gravemente grandes buitres negros calvos que parecían siluetas humanas, un curioso mico apartando los mangles se asomaba para ver lo que ocurría; o bien, de una espesura de cañas, esbelta garza blanca, un martín pescador de esmeralda y de lapidario, despertaba a un perezozo camión, el fango.

Por la orilla sur, la de los ríos surgía de largo en largo espacio, perdida en aquella gran desolación.

La presencia de aquellas casitas era una alianza desde muy lejos por gigantescas palmeras de abanico, que cubrían, grandes árboles, que cubrían el blado.

En medio de la extensa planicie, aquellas palmeras tenían el aire de puestos alerta en el desierto. Los rectos, pulidos, de un gris rosado, como columnas bizantinas y terminados en ramilletes de hojas tan ligeras de hierro.

Y pronto, acercándose más, se veía negro hormiguero, chozas punteadas...

masas compactas por su pie; todo un en gris sobre las arenas siempre ama-

Los pueblos africanos eran, a veces, muy todos estaban rodeados de *tatés* espesas, de paredes de tierra y de madera defendían contra los enemigos y las jirón de blanca tela flotando sobre más alto que los otros indicaba la su rey.

Las puertas de sus murallones aparecían en arcos; viejos sacerdotes cubiertos de viejos leños con grandes brujas negras se destacaban sobre la blancura de los vestidos. Veían pasar la *Faléné*, con su artillería estaban listos, al menor hostil, para romper el fuego sobre

Para averiguar de qué vivían aquellos en medio de la aridez del país; cuando se su vida y sus ocupaciones tristes paredes. Aquellos seres que no nada fuera de eso, nada más que las y el sol implacable.

La orilla norte, la de Sahara, más de con más arena aun, era otra fisonomía

En la orilla norte, la de Sahara, más de con más arena aun, era otra fisonomía de encendidas por los enormes hogueras de paredes rectas a alturas sorprendentes se inmóvil. En el horizonte, cadenas absolutamente rojas como carbones con todas sus humaredas, simulando los límites.

Donde no había más que sed y arena, un espejismo continuo hacia aparcados lagos en los que todo aquel se miraba cabeza abajo.

Los temblores o vapores, como los que de las fraguas, lanzaban sobre todos los redes móviles; aquellos paisajes se espejaban y temblaban bajo el cielo, después se los veía deformarse como visiones. La vista estaba des- y cansada.

En vez surgían sobre esta orilla de hombres de raza blanca pura, leonbronceados, es cierto, pero regular- ramos, con grandes cabellos ondulados aban aires de profetas bíblicos. An- la cabeza descubierta bajo aquel con grandes ropas de color azul Moros de la tribu de los *brakés* o *razarás*, bandidos todos, salvadores mas, ladrones, la peor de todas las castas.

XIII

En el desierto, que es la respiración po- Sahara, se había elevado poco a poco ba de intensidad a medida que se del mar.

El viento cálido, resacaor como el soplo argu, cruzaba el desierto, sembrando de un fino polvo de arena y la parte del *Bled-el-Ateuch*.

Entonces se, vertía agua sobre las az cobijaban a los spahis; un negro con el chorro de una bomba arabescos que desaparecían al punto, evaporados continuamente en la atmósfera alterada. En, iban acercándose a Podor, una grandes ciudades del río; y la ori- Sahara se animaba.

En la puerta del país de los duaiich, enriquecidos por sus robos de ganado en el país negro. Los moros cruzaban el Senegal a nado en caravanas, empujando ante ellos, a nado en la corriente, los animales robados, cuyos campamentos empezaron a apare- llanura sin término. Las tiendas de camello, sostenidas sobre tirantes de pared, grandes alas de marfil, se alzaban sobre el desierto, formando grupos de gran intensidad de negro, en medio más amarillo, siempre uniformemente

Un poco más de animación por todos lados, un poco más de movimiento y de vida.

Grupos más numerosos cada vez acudían a las márgenes para mirar. Mujeres moras, bellezas cobrizas apenas vestidas, rotando montadas a horcajadas en vaquitas gibosas, llevando en la frente adornos de coral, y, a menudo, tras ellas, niños sobre terrieritos indómitos; desnudos niños, con la cabeza afeitada y grandes trapos en las melenas, y el cuerpo leonado y musculoso como jóvenes sátrapas.

XIV

Podor, un puesto francés de importancia en la orilla sur del Senegal, y uno de los puntos de más calor de la tierra.

Una gran fortaleza agrietada por el sol. Una calle casi grata, a lo largo del río, con algunas casas ya viejas de sombrío aspecto. *Tratantes* franceses, amarillentos por la fiebre y la anemia; mercaderes, árabes o negros acucillados en la arena; todos los trajes, todos los amuletos de África, fardos de plumas de avestruz, sacos de cacahuetes, marfil y polvo de oro.

Tras esta calle casi europea, una gran ciudad negra de brezo, cortada como un panel de abejas por calles largas y estrechas; cada uno de sus barrios, bordeados de fuentes *tatés* de madera, fortificado como una ciudadela.

Juan se paseaba por allá de tarde, en compañía de Nyaur, su amigo. Los tristes cantos que partían de detrás de aquellos muros, las voces exóticas, los aspectos innatados, aquel cálido viento que soplaban durante la noche le causaban una especie de angustia inexplicable, de terror vago formado por nostalgia, por soledad y también por desesperanza.

Jamás, ni aun en los lugares lejanos de Diakheláné, se había sentido tan sólo y tan perdido.

Alrededor de Podor, campos de mijo, algunos matorrales, algunos árboles raquíticos y un poco de hierba.

En frente, en la costa mora, se estaba en pleno desierto. Y, sin embargo, a la entrada de un camino apenas comenzado, que casi se perdía al norte de las arenas, un rótulo tenía esta inscripción profética: *Caminio de Argel*.

XV

Por las cinco de la mañana; empañado y rojizo, el sol iba a elevarse sobre el país de los duaiich; Juan volvió a la *Faléné* y se disponía a partir de nuevo.

Las pasajerías negras estaban ya tendidas en el puente, envueltas en sus abigarradas telas, y tan juntas unas con otras, que no se veía por tierra más que una confusa masa de trapos dorados por la luz matinal, sobre los que se agitaban algunos negros brazos cargados de pesados brazaletes.

Juan, que pasaba por entre ellas, se sintió, de pronto, retenido por dos brazos ligeros que se envolvían a su piel como dos serpientes. La mujer se cubría la cabeza y le besaba los pies.

—¡Tjuam!... ¡Tjuam!... —decía una extraña voz de él muy conocida —, ¡Tjuam!... ¡Te seguí por miedo que ganes el paraíso, que quedes en la guerra! ¡Tjuam!... ¡No quieres ver a tu hijo?...

Los dos brazos negros alzaban un bronceado niño que mostraba al spahi.

—¡Mi hijo?... ¡Mi hijo?... —murió Juan con su brusquedad de soldado, pero con voz, a su pesar, temblorosa. —¡Mi hijo?... ¡Qué leyenda es ésta... Faru-gaye?... —

—¡Y, sin embargo, es verdad! —agregó con emoción extraña, agachándose para mirarlo—. ¡Es casi blanco!... ¡Es verdad!...

El niño no había deseado sangre de su madre; era sólo de la de Juan; era bronceado;

Era distinto



—No quiero demandarlo porque no se casó conmigo. Lo demandé precisamente porque se casó.

tenía grandes ojos profundos, pero blanco como el spahi; era hermoso como él. El pequeño tendía sus manos, frunciendo sus cejas, con expresión grave ya, como tratando de comprender qué era lo que debía hacer en la vida, y por qué su sangre de las Cévennes se hallaba mezclada con aquella impura raza negra. Juan se sentía vencido por una fuerza interior, lleno de turbación y misterio. Se inclinó hacia su hijo y lo besó dulcemente, con ternura silenciosa. Sentimientos hasta entonces desconocidos le llegaban hasta el fondo del alma.

La voz de Faru-gaye había avivado también en su corazón una multitud de sentimientos; la fiebre de los sentidos, hábito de la posesión, había tendido entre ellos potentes lazos de gran resistencia, que apenas pudo destruir la separación.

Y luego, ella le era fiel, por lo menos a su modo; y él... él ¡escaba tan solo!

Permitió que le cogiese al cuello un amuleto de África, y dividió con ella su ración del día.

XVI

El barco seguía su ruta. El río corría fuértil al sur y el país se transformaba.

Algunos arbustos surgen ya en las márgenes; delgados gomeros, tamarindos de hojas ligeras, nimosas, y hierbas y verdes céspedes. Nada ya de la flora tropical; más parecía la vegetación delicada de los climas del norte. Fuera de aquel calor excesivo y de aquel silencio, nada recordaría ya que se viviese en el corazón de África; hubiérase creído estar en cualquier tranquila ribera de Europa.

No obstante, acababan de realizarse algunos idilios negros. Bajo la enramada, en la que todas las escenas pastoriles de Watteau hubiesen tenido sitio, tropezábase con alguna amorosa pareja africana llena de amuletos y de cuentas de vidrio, pastoreando cebúes delgados o rebaños de cabras.

Y más allá otros rebaños que nadie cuidaba; caimanes grises durmiendo al sol, por centenares, por miles, con el vientre medio hundido en el agua caliente.

Y Faru-gaye sonreía. Sus ojos se iluminaban con una luz singular. ¡Reconocía la cercanía de su tierra de Galam!

Una cosa la inquietaba, a su pesar; cuando veía grandes marismas herbáceas, estas tris-

los adornados de mangles, cerraba los ojos por miedo a ver surgir de las estancadas aguas algún negro morio de *nyabú* (de-hipopotamo), cuya aparición significaba para ella y para los suyos signo de muerte.

No podría decirse cuánta sagacidad, insinuación, persistencia, había en la deslealtad para ser aceptada a bordo de aquel barco en el que supo que había embarcado Juan.

Dónde se había recogido al dejar la casa de la griota? ¿En qué asilo se había refugiado para traer al mundo al hijo del spahi?

Era feliz; volvía a Galam, y volvía con él. Su sueño se había cumplido.

XVII

Dialé está ubicada en la confluencia del Senegal y de un riachuelo desconocido que llega del sur.

Había allí una aldea negra sin importancia, defendida por una casamata pequeña de construcción francesa que se asemeja a los fuertes avanzados de la Argelia interior.

Era el punto más cercano del país de Buhar-Segú; y allí era donde debían reunirse las fuerzas francesas y acampar con el ejército de los bambarás, sus aliados, en medio de pueblos aun amigos.

En las cercanías de la aldea, el país llano tenía la monotonía de la aridez típicas de las orillas del Senegal interior.

No obstante, veíanse algunos grupos de árboles, altas selvas, que anunciaban ya que se había entrado en el país de Galam, en las regiones boscosas del interior.

XVIII

Primer reconocimiento, al este del campamento de Dialé, rumbo a Didjam (Juan, el sargento Muller y el gran Nyarot).

Según las temerarias viejas de la tribu aliada, se habían visto sobre la arena las recientes huellas de un ejército numeroso de hombres y de caballos, que no podía ser sino el ejército del gran rey negro.

Durante dos horas los spahis recorrieron en todas direcciones la llanura con sus caballos, sin hallar huella humana alguna por tierra, ni el mínimo rastro del paso de un ejército.

El suelo, en cambio, estaba sembrado de huellas de todos los animales africanos, desde el gran agujero redondo que hace el hipopótamo con su pata pesada, hasta el delicado triángulo que la gacela, en su carrera ligera, hace con la punta de su casco. La arena estaba afirmada por las últimas lluvias del invierno, y conservaba con perfecta fidelidad todos los dibujos que los habitantes del desierto le dejaban. Distinguíanse manos de micos, rastros de lagartos y de serpientes, grandes zancadas oscilantes de lirabás, garras de tigres y de leones. Podrían haberse seguido las cautelosas y venidas de los chaceales, los saltos prodigiosos de ciervos perseguidos; adivinábanse toda la animación terrible traída por la obscuridad a los desiertos que quedan silenciosos mientras el sol cruza el cielo con su gran ojo centelleante; todos los aquarelados nocturnos de la vida salvaje reconstituíanse.

Los tres spahis alzaban ante sus caballos la cara oculta en la maleza. Habíanse realizado en este país milagrosas cazas. Las perdices rojas volaban en el extremo de los cañones y los grajos azules y los grajos rosas y las gallinas-faraones y los mirlos metálicos y las pesadas avutardas. Ellos las dejaban ir, buscando siempre huellas de hombres, sin encontrar ninguna.

Se acercaba la noche, y vapores espesos se cernían en el horizonte. El cielo tenía uno de esos aspectos inmóviles, densos, que la imaginación presta a las puestas de sol precipitadas, épocas en que la atmósfera se ve cubierta y cargada de substancias vitales, incubaba en

la primitiva tierra los gérmenes monstruosos de los mamuts y de los plesiosaurios.

El sol se ocultó dulcemente en los velos extraños; quedó lívido, sin destellos, empañado; se deformó, se ensanchó desmesuradamente, y después, se extinguió.

Nyarot, que hasta allí había acompañado a Muller y a Juan con su despreocupación acostumbrada, avisó que el reconocimiento se hacía ya imprudente y que sus amigos, los dos bubas, serían inútilmente temerarios si lo prolongaban.

Todas las sorpresas eran dables, y en tanto a ellos todo era de temer. Además, las huellas de los leones eran recientes y numerosas por todas partes. Los caballos comenzaban a inquietarse, avisando aquellas cinco uñas tan limpias sobre la arena compacta, y temblando de terror...

Juan y el sargento Muller, en consejo, decidieron volver grupas, y pronto los caballos volaban como el viento rumbo al fuerte, dejando flotar tras ellos los albornoces blancos de sus jinetes. En la lejanía empezaba a dejarse oír la formidable voz cavernosa que los árabes comparan con el trueno: la voz del león cazando.

Eran valientes aquellos tres hombres que galopaban, y sufrían esa especie de vértigo que produce la velocidad, ese miedo contagioso que hacía saltar a sus caballos enloquecidos. Los juncos doblegados a su paso, las ramas que golpeaban sus piernas, parecíanles cientos de leones del desierto que se lanzaban ya a su alcance...

Pronto vieron el río que los separaba del mundo habitado, de las tiendas francesas, y el puerto árabe de la aldea de Dialé, iluminado aun por las poderosas tintas rojas.

Hicieron vadear a sus caballos el río a nado y entraron en el campo.

XIX

Era la hora de la melancolía intensa de la tarde. La puesta del sol daba a aquella aldea una animación original. Los pastores negros hacían volver sus rebaños; los hombres de la tribu se alistaban al combate, afilando sus cuchillos de guerra; limpian sus prescripciones fútiles; las mujeres preparaban reservas de alceuzar para el ejército; ordeñaban sus ovejas y las hembras de cebúes. Oíase un murmullo confuso de voces negras al que mezclaban las cabras sus notas trémulas y los perros laobés sus quejumbrosos aullidos.

Fatu-gave estaba allí, sentada a la puerta de la ciudadela con su hijo, con la actitud humilde y suplicante que desde su llegada había guardado.

Y Juan, con el corazón apretado por la soledad, fué a sentarse junto a ella y alzó a su hijo en las rodillas, enternecido ante su negra familia, feliz aun y conmovido al hallar en Dialé de Galam alguien que lo quisiese.

A su lado los griots repetían cantos de guerra; cantaban con tristes voces de falsete, dulcemente, y se acompañaban con guitarras primitivas de dos cuerdas tendidas sobre pieles de serpientes que hacían un leve ruido de langostas; otro; tendida en tierra ante ellos, acostada como nizan bien con la desolación del país, que tiene su encanto incoercible y monótono.

El hijo de Juan era un delicioso muñeco, pero era muy serio, y raramente se le veía alegre. Veírlo un *bubú* azul y un collar, como un niño yolo; pero su cabeza no era rapada con rabitos, como es costumbre entre los niños de la religión. Como era un *blanquito*, su madre le había dejado crecer los cabellos rizados, uno de cuyos rizos le caía sobre la frente, como al spahi.

Juan quedó allí largo rato, jugando con su hijo, sentado a la puerta del fuerte.

Y las últimas luces del día alumbraron aquel cuadro de un carácter notable: el niño con su cara azulada, el spahi con su hermosa cabeza de guerrero, jugando los dos al lado de aquellos siniestros músicos negros.

Fatu-gave estaba en cucullas a sus pies; los

contemplaba con adoración a uno y a otro; tendida en tierra ante ellos acostada un perro a los pies de sus amos. Estaba en éxtasis ante la belleza de Juan, que comenzado a sonreírle.

El pobre Juan era siempre un niño, como cede a los jóvenes que han llevado una vida, y a quienes un prematuro desarrollo de la muy pronto el aspecto maduro y serio. Juan hacia saltar a su pequeño sobre sus rodillas, ruede de soldado, y reía a cada instante con risa fresca y joven. Pero al hijo de Juan no le gustaba reír; pasaba sus redondos ojos en torno al cuello de su padre, se apretaba su pecho y lo miraba con un aire grave...

Al caer la noche Juan instaló a los dos al otro del fuerte, en seguridad; después de pagu-gave todo el dinero que le quedaba en tres *khális*: quince francos!...

—Toma— le dijo —: mañana de mañana prarás alceuzar para ti y leche para el

XX

Después emprendió el camino del campo para irse a dormir él también.

Había que cruzar por el campo aliado bambarás para llegar hasta las tiendas francesas. La noche era transparente y luminosa, los dos de insectos por doquier. Se notaba bía millones y millones de grillos y en todas las hierbas, en todas las rinceas arena. A veces el conjunto de este mundo hacía estridente, se hinchaba, se cubría de una extensión del país habu cubierta de un número inmenso de plantas y de caracacs, y luego, por recia quietarse, como si todos los que vieran de acuerdo para cantar más canto semeja extinguirse.

Juan caminaba soñando; estaba en aquella noche. Y sin dejar de soñar, delante, se halló rodeado de personas gran corro que danzaban y cantaban bambarás. La ronda y la danza preferían bambarás).

Eran hombres de gran estatura, y tenían largas ropas blancas y negras, también blancos, con los brazos.

Y, en la noche quieta, el corro ruidoso, pero ligero como una ronda de como roces de plumas de pájaros. Y los bailarones tomaban todas las figuras diversas: se inclinaban hacia delante, sobre la punta de un pie, con sus brazos largos, que desplumaban las transparentes, los mil pliegues de muselina.

El tam-tam golpeaba suave, como dina; las flautas tristes y las trompetas fil tenían sonidos velados y lejanos, monótona, que podía ser un engreco, dirigía la rueda de los bailarones.

Y, al pasar ante el spahi, agachaba, en señal de reconocimiento, sonriendo.

—Toma, entra en el corro!... Juan también los reconocía a sus vestidos de gala: tiradores, que había vuelto a ponerse el largo y se habían vestido con la misma las fiestas.

Al pasar sonriendo, les decía: Niodagal! ¡Buenas noches, gran nas noches, Imobé-Fafandú!... Estaba allí; uno de los más grandes músicos...

Pero a pesar de todo, Juan salió de las largas ruedas de que se anudaban y desnudaban presionándole aquello, el baile, la

que parecía no ser cosa del mundo

tanto y tan bien, que la mayoría de ellos reventaron a la primera descarga, como sucede con frecuencia en las guerras del país.

Debían ir hacia el poblado de Djidiad, donde según los espías indígenas Bubakar-Segú estaba encerrado con todas sus tropas, tras pesadas murallas de madera y de barro. Djidiad era la gran fortaleza del personaje casi legendario, especie de mito, el espanto del país, cuya fuerza era huir, esconderse siempre en el interior de su país mortífero y permanecer inahallable.

Debía acamparse a la tarde en los grandes bosques cercanos al cuartel general del enemigo y, por fin, caer durante la noche sobre Djidiad, prender fuego a la aldea, que se quemaría a la luz de la luna como un auto de fe de paja; y después, regresar victoriosamente a San Luis, antes que la fiebre acabase de diezmar a la colonia.

El día antes Juan había enviado a sus viejos padres una cariñosa carta, pobre carta con lápiz que el mismo día bajó por el río en la *Falmé*, y debió de ser dulce en el corazón de su vieja madre.

Antes de salir el sol, besó a su hijo, dormido en el regazo de Fatu-gaye, y montó a caballo.

XXIII

También Fatu-gaye se puso en marcha con su hijo, muy temprano. Iba a Nialumbá, un pueblo de la tribu aliada en el que vivía un gran marabuto, famoso sacerdote en el arte de las predicciones y de los hechizos.

Hízose conducir a la choza del viejo cenarón, a quien encontró tendido sobre su estera y murmurando como un moribundo oraciones a su Dios.

Tuvieron una gran conversación, a consecuencia de la cual el sacerdote dió a la muchacha un saquito de cuero que parecía guardar una cosa de gran precio y que ella escondió cuidadosamente en su faja.

Luego, el marabuto hizo tomar al hijo de Juan un brebeja para dormir; y Fatu-gaye ofreció en pago tres grandes monedas de plata, los últimos *khális* del spahi, que el viejo guardó en su bolsillo. Luego, Fatu-gaye envió con cariño en una tela bordada a su hijo, que ya dormía un magico sueño, ató a su espalda el precioso fardo, y se hizo indicar la dirección de los bosques en que, a la tarde, debían acampar los franceses.

XXIV

Un extraviado lugar del país de Diambur. Las sierras de la mañana. Un pantano lleno de hierbas que esconden un poco de agua. Una colina baja limitaba el horizonte por la parte del norte; por la opuesta de la llanura, los grandes campos de Dialakar, hasta perderse de vista.

El sol asciende tranquilamente por el cielo puro. Todo está silencio y desierto.

Algunos jinetes surgen en este paisaje africano que pudiera muy bien tener sitio en alguna solitaria comarca de la antigua Galia. Arrogantemente montados en sus cabalgaduras, son todos hermosos como sus chaquetillas rojas, sus grandes sombreros blancos, sus pantalones azules, inclinados sobre sus caballos.

Son doce, doce spahis mandados en descubierta, bajo la guía de un ayudante. Y Juan está entre ellos.

Ningún presagio de muerte; nada triste en el aire; sólo la calma y la pureza del cielo. En el pantano las hierbas altas, húmedas aun por el rocío de la noche, brillan al sol; las libélulas, coloradas, grandes tachonadas de negro, revolotean; los nenúfares abren sobre el agua sus flores blancas anchas.

El calor es pesado ya; los caballos alargan el cuello para beber, olfateando el agua dormida, dilatando sus narices. Los spahis se detienen un instante para consultarse; echan pie a

¡Como para no desmayarse!



EL MÉDICO. — No, ha tenido solamente uno..., un varón. La enfermera le contestó seis, porque creyó que le preguntaba la hora.

tierra para mojar sus sombreros y sus frentes.

De súbito, en la lejanía se oyen golpes sordos como el ruido de tambores enormes resonando todos a la vez.

«Los grandes *tam-tames*! — grita el sargento Muller, que había visto varias veces la guerra en el negro país.

E, instintivamente, todos los que habían desmontado corrieron hacia sus caballos.

Pero una negra cabeza acababa de surgir cerca de ellos entre las hierbas; un viejo marabuto había ejecutado con su enjuto brazo un signo extraño, como un mágico mandato dirigido a las cañas del pantano, y una granizada de plomo cayó sobre los soldados.

Los tiros, certeramente apuntados, pacientemente, en la seguridad de aquella emboscada, hicieron todos blanco. Cinco o seis animales fueron derribados; los otros se encabitaron, sorprendidos y alocados, tendiendo a sus pies a sus jinetes heridos, y Juan también cayó a tierra con una bala en los riñones.

Al mismo tiempo surgieron de las hierbas treinta siniestras cabezas, treinta demonios negros cubiertos de fango, crujendo sus blancos dientes, saltando como monos enfurcados.

«Oh heroico combate que hubiese cantado Homero y que permanecerá ignorado, oscuro como tantos de los lejanos combates de África! Los pobres spahis hicieron prodigios de valor y de fuerza en una suprema defensa. La lucha los alentaba, como a todos los que son valientes por naturaleza y bravos. ¡Caras vendieron sus vidas esos hombres todos jóvenes, vigorosos y aguerridos! Y que dentro de algunos años, aun en San Luis, serán olvidados. ¿Quién recordará los nombres de los que cayeron en el país de Diambur, en los campos de Dialakar?»

Mientras tanto, el ruido de los *tam-tames* seguía acercándose.

Y, de pronto, los spahis, como entre sueños, durante la lucha, vieron pasar por la colina un gran ejército negro; guerreros semidesnudos, corriendo en dirección de Djidiad en masas desenfrenadas, cubiertos de amuletos; *tam-tames* de guerra inmensos, que cuatro hombres juntos apenas podían arrastrar en su carrera; caballos delgados del desierto que parecían henchidos de fuego y de furor, enjaezados con raras ropas, salpicados de lentejuelas de cobre, largas crines, con largas colas, teñidas de rojo cruento; todo

XXI

el spahi se encontró acostado en su comenzado a forjar en su mente nuevos

na, naturalmente, iría a ver a sus padres nada sería capaz de hacerle posterior. Pero, después, necesitaría volver a ahora que tenía un hijo... Sabía que con todo su corazón al niño y que del mundo podría abandonarlo...

en el campo de los bambarás, se oía la voz de los griots que entonaban, notas lamentables, el consagrado *grito* Lanzaban este canto de luto sobre las adormecidas y acunaban el primer de los negros guerreros, recomendándoles valientes y que pudiesen en sus cachuchas balas a la vez, cuando llegase el combate... Notábase ya que el día se acababa y que Bubakar-Segú no estaba lejos.

ría en San Luis el día que volviese a su hijo, cuando su licencia terminase?... ¿ancharía, o buscaría el modo de volver al mundo aventurado? ¿salir del río, tal vez?... Pero, no; un alejamiento invencible por todo que no fuera el de los campos o el

los ruidos se habían apagado ya en el campamento estaba también callado y los leños el rugido del león y, el grito más lúgubre que existe en el al del chacal. ¡Era como un acompañamiento terrible a los sueños del

lo oía. La presencia de aquel niño todos sus proyectos, y complicaba las dificultades del porvenir...

entra en la rueda!... medio dormido, fatigado por las largas del día, y pensando aún en el futuro, lentamente en torno a él la ronbambará aun en sueños, que pasaban a la vez, con blandos gestos, y actitudes al son de una indecisa música que no la Tierra.

entra en la rueda!... bezas, que se agachaban para saludar parecían inclinarse al peso de sus altos de fiesta... Ahora eran rostros gesticulantes, caras muertas que se inclinaban, y le son aires de conocimiento; muy bajo, como de fantasmas: «*Tjumi*: entra en...

es, la fatiga fué poco a poco nublando de Juan, y durmió profundamente, haber decidido nada, sin sueños...

XXII

del combate; llegó el gran día. res de la madrugada todo se mueve movimiento de Djidiad: tiradores, spahis y aliados se disponían a ponerse en con sus armas y sus municiones de

marabutos habían rezado largas plegarias sido distribuidos muchos amuletos. arabinas de los negros guerreros se habían por orden de los jefes, pólvora hasta de los cañones y plomo hasta la boca,

LOS DOS HERMANITOS

VENGANZA

Por TIM



un desfile demoníaco, fantástico; una pesadilla africana, más rápida que el viento.

¡Era que pasaba Bubakar-Segú!

Iba a caer sobre la tropa francesa. Pasaron, sin fijarse siquiera en los spahis, dejándolos a la tropa emboscada, que acabaría por exterminarlos.

Empujábanlos siempre, empujábanlos lejos de las hierbas y del agua, empujábanlos hacia las áridas arenas, allá donde un calor más aplastante, una reverberación más terrible, los matara más pronto.

No había habido tiempo para cargar las armas; se luchaba a cuchilladas, a arañazos, a mordiscos, a sablazos — por todas partes había heridas abiertas y entrañas ensangrentadas.

Dos negros hombres se habían encarnizado con Juan; él era más fuerte que ellos, los tumbaba con rabia, los hacía rodar; pero volvían siempre.

Al fin sus manos no hallaron ya presa en el aceiteoso negro de su piel desnuda; sus manos resbalaban en la sangre, y se debilitaba por todas sus heridas.

Confusamente sintió las últimas imágenes; sus camaradas caídos a su lado, muertos; y el grueso del ejército negro que seguía corriendo, hasta desaparecer; y el hermoso Muller que agonizaba junto a él vertiendo sangre por la boca; y allá, muy lejos, el gran Nvaor que se abría camino rumbo a Saldé, segando a grandes sablazos a un grupo negro.

Luego, entre tres, lo tendieron en tierra y lo tumbaron de costado, sujetándole los brazos; y uno de ellos apoyó en su pecho un gran cuchillo de hierro.

Un minuto de angustia espantosa, durante el cual Juan sintió la presión del cuchillo en su cuerpo. ¡Y ningún humano socorro; nada; nadie; todos caídos!...

El paño rojo de su chaqueta, la tela gruesa de su camisa de soldado y su carne. eran un colchón y resistían: el cuchillo estaba mal afilado!

El negro lo empuñó más fuerte. Juan lanzó un horrible grito ronco y, de pronto, se abrió su costado. Con un leve rechinar horrible, la hoja se hundió en su pecho profundo; se la removió en el agujero, fué arrancada luego con las dos manos, y el cuerpo rechazado con el pie.

Fué el último. Los negros demonios emprendieron su carrera lanzando su grito victorioso; en un minuto habían huido como el viento en pos de su ejército.

Los spahis quedaron solos, y la calma de la muerte cayó sobre ellos.

XXV

El choque de los dos ejércitos fué más lejos; mortífero, aunque hizo poco ruido en Francia. Estos combates librados en tan lejanos países y en los que toman parte pocos hombres pasan inadvertidos por la multitud; sólo los recuerdan quienes en ellos han perdido un hijo o un hermano.

El pequeño ejército francés se debilitaba cuando Bubakar-Segú recibió, casi a la boca de jarro, un cartucho de pólvora junto a la sien derecha. El cerebro del rey negro saltó hirviendo y blandó; al son del *tabalá* y de los címbalos de metal, cayó en medio de sus sacerdotes, apisionado en sus largos collares de amuletos, y ésta fué para sus tribus señal de retirada.

El ejército negro emprendió su carrera hacia las comarcas impenetrables del interior, y lo dejaron huir. Los franceses no podían perseguirlo. Se llevó a San Luis el turbante rojo del gran

rebelde. Estaba acribillado de agujeros de bala y abrasado.

Una gran tira de amuletos pendía de los saquitos bordados diversamente, como misteriosos polvos, dibujos cabalísticos y nenes en la lengua del Alghreb.

Este suceso produjo un efecto moral considerable sobre los pueblos indígenas.

Al combate siguió la sumisión de los surecitos, y pudo considerarse una victoria.

La columna regresó rápido a San Luis. Otorgaron varios grados y condecoraciones a todos los que la habían integrado, a las filas de los pobres spahis tenían claros!...

XXVI

Juan, arrastrándose entre los tules del folle, buscó un lugar en el que quedarse a la sombra, y se ubicó en él.

Tenía sed; sed ardiente, y pequeños mientos convulsivos empezaban a garganta.

El había visto morir a menudo a las radas de África y conocía el signo final, que el pueblo llama el hipo de la muerte.

Manaba la sangre de su costado. Árida bebía aquella sangre como un niño.

Sin embargo, sufría menos; apenas sed, que seguía quemándolo, casi nada.

El pobre spahi tenía extrañas cordilleras de las Cévennes, su cabeza se inclinaba hacia los parajes familiares de otros tiempos.

Eran paisajes umbrosos los que él veía, fresca de aguas corrientes, sonaba, y su anciana madre que recibía dulcemente para llevarlo a casa como en su niñez.

¡Oh, una caricia de madre! ¡Su acariciando su frente con sus manos temblorosas y poniéndole agua fría en la frente que abrasaba!

¡Cómo!... ¡Nunca más tendría de su madre! ¡Jamás volvería a voz!... ¡Era aquello el fin de la vida!... ¡Morir solo; al sol, morir desierto!... Y se incorporaba, morir.

—¡Juan!... entra en la rueda!

Ante él, como un ráfaga de viento furioso de tempestad, danzaban de fantasmas.

El roce del torbellino contra las ardientes hacía surgir chispas.

Y los bailadores diáfanos subían espirales como una humareda de viento, perdiéndose arriba, en el azul, en lo más alto.

Juan tuvo la sensación de ser alzado por alas terribles, dió que aquél era el minuto de la muerte.

Pero no fué más que una caricia; un espasmo horrible.

Un hilo de roja sangre brotó una voz dijo aún silbando en su oído.

—¡Juan!... entra en la rueda!

Y más tranquilo, menos sufrido de nuevo sobre su lecho de arena.

Recuerdos de su niñez revivían en su cabeza con una claridad vieja canción de su país con dormía su madre en la cuna.

Y luego, de pronto, el pueblo tocando ruidosamente, desierto, el *Angelus* de la tarde.

Entonces resbalaban las lágrimas por sus mejillas bronceadas; acudieron las oraciones de antes, y él, el soldado, puso a rezar con fervor infante.

Manos una medalla de la Victoria.

por su madre, y tuvo fuerza para acercarse a los labios y besarla con amor inmenso. Con toda su alma a aquella Virgen de los brazos que a todas las noches rezaba por él madre ingenua, y se sintió iluminado por las ilusiones radiantes de los que van a morir, y alto, en el apasante silencio de la soledad, su voz que se extinguía decía palabras de la muerte: "¡Adios! hasta pronto en el cielo!"...

En la mediodía, Juan sufría cada vez menos. Como, bajo la fuerte luz tropical, se le presentaba como un gran brasero de fuego cuyo calor quemaba ya. Mas su pecho se dilataba como para aspirar más aire, su boca se como para pedir agua, en loca sed.

Después, la mandíbula inferior cayó; la cabeza se abrió, con gran grande era, por vez última, murió dulcemente, en un deslumbramiento de sol.

XXVII

Como Fatu-gaye volvió de la aldea del gran desierto, llevándose un misterioso objeto en el pecho de cuero, las mujeres de la tribu le avisaron que el combate había terminado.

Al salir al campo, extenuada, ansiosa, anhelante, con paso febril por la caliente arena, llevando la espalda a su hijo, envuelto en una tela azul, adormecido.

El primer encuentro fué al musulmán, el negro spahi, que gravemente la se acercase, mientras pasaba su rosario de negro.

En la lengua del país ella preguntó secamente palabras: "¿Dónde está?"...

Mayor, con severo gesto, extendió su brazo al sur del país de Diambur, rumbo a la boca de Dialakar:

— ¡Dijo —, ¡Ha llegado al paraíso!...

XXVIII

Como febrilmente durante todo el día Fatu-gaye, por entre la maleza, por las arenas, llevando a su hijo dormido a la espalda... iba corriendo, corriendo a ratos, en andares locos de pantera, hubiese perdido sus cachorros; bajo la luna sol, buscaba sin cesar, sondeando los matorrales, mirando entre los espinosos zarzales.

Entre las trías, divisó un caballo muerto, en la arena árida; luego una chaquetilla roja; y, tras, tres... Era el campo de la derrota; era donde habían muerto los spahis!

Y allí, malezas de mimosas raquíticas y rindidos dibujaban en el amarillo suelo tan tenués que parecían desmenuzadas por el viento.

Lejos, al extremo de aquella planicie desierta, aparecía en el alto horizonte azul la boca de una aldea, de puntiagudas chozas.

Fatu-gaye se había parado temblorosa, atenta... Había reconocido a Juan, a lo leonado, con los brazos rígidos y la boca abierta al sol, y ella repetía no que plegaría tocando los saquitos que colgaban de su negro...

Como permaneció hablando cuando, con los huahues, cuya córnea se había llenado de machas rojas...

Al llegar de lejos viejas de la tribu enemiga que se dirigían hacia los muertos, y tímidamente sobre algo espantoso...

Las viejas negras, resoplando y lucientes bajo el torrido, despidiendo un olor acre, se acercaron a los jóvenes con gran tem-

bleto de amuletos y de cuentas de vidrios; los empujaron con el pie, entre risas, palabras burlescas, tocamientos obscenos que parecían de monos... violaban a aquellos muertos con una macabra burla...

Luego los despojaron de sus dorados botones, que colocaron en sus cabellos crespos; sus espuelas de acero, sus chaquetillas rojas, sus cinturones, todo les quitaron.

Fatu-gaye estaba agazapada tras un matorral, como una gata en acecho, encogida; cuando le tocó el turno a Juan, dió un salto mostrando las uñas y lanzando gritos de fiera, injuriando a las negras viejas en una lengua desconocida... Y el niño, despertado, se agarraba a la espalda de su furiosa madre que gritaba terrible...

Las mujeres negras tuvieron terror y retrocedieron; pensaron que podrían volver al siguiente día... Dijéronse algunas palabras que Fatu-gaye no podía entender, y se alejaron, volviendo aún la cabeza, para dirigirle muecas de chimpancés, risas ferozes.

Cuando Fatu-gaye se halló sola, acurrucada junto a Juan, llorando por su nombre; por tres veces lo hizo: "¡Tjuan! ¡Tjuan! ¡Tjuan!"... con delgada voz que resonaba en aquella soledad como la de la antigua sacerdotisa invocando a los muertos... Quedó allí, encogida bajo el terrible sol de África, con los ojos fijos, mirando sin ver, a lo lejos, el gran horizonte abrasador y triste; tenía miedo de ver el rostro de Juan.

Los buitres abatían descaradamente su vuelo junto a ella, azotando el aire pesado con sus grandes abanicos negros... Rondaban a los cadáveres, que se atrevían aún... los hallaban demasiado frescos todavía.

Fatu-gaye vió la medalla de la Virgen en la mano del spahi y comprendió que en su muerte había rezado... También ella tenía medallas de la Virgen y un escapulario con los amuletos que colgaban de su cuello. En San Luis la habían bautizado unos curas católicos; pero nunca era en ellos en quien tenía la fe.

Tomó un amuleto de cuero, que antes, en el país de Galam, le había dado una vieja negra: su madre... Era el fetiche que ella quería y que besó con amor.

Luego se agachó sobre el cuerpo de Juan y le levantó la cabeza.

De la abierta boca, por entre los dientes blancos, salían azules moscas, y un líquido ya fétido brotaba de las heridas del tórax.

XXIX

Entonces agarró a su hijo para estrangularlo.

Como no quería sentir sus gritos le llenó la boca de arena tibia.

Tampoco quería ver su carita agitada por la asfixia, cuando con furia un agujero en el suelo, le hundió en él la cabeza, y aun la tapó de nuevo.

Y luego le apretó el cuello, con sus dos manos; apretó fuerte, hasta que los bracios vigorosos que se crispaban bajo el dolor cayeron exhaustos.

Y cuando vió al niño muerto, lo acostó sobre el pecho de su padre.

Así terminó el hijo de Juan Peyral... ¡Misterio!... ¿Qué Dios había traído a la vida al hijo del soldado?... ¿Qué había venido a buscar a este suelo, y adónde se volvió?...

Fatu-gaye lloró lágrimas de sangre, y sus gemidos repercutieron desgarradores en los campos de Dialakar... Luego, agarró el saco de cuero del marabuto, trajo una amarga pasta que contenía, y su agonía comenzó; larga y cruel... Largo rato duró su estorcer con hipos horribles, al sol, desgarrándose la garganta con las uñas, arrancándose los cabellos mezclados con ámbur uno a uno.

Los buitres volaban alrededor de ella, mirándola acabar.

XXX

Cuando el amarillo sol se hundió tras las llanuras del Diambur, el estorcer había terminado; la muchacha ya no sufría.

Yacía tendida sobre el cuerpo de Juan, abrazando entre sus rígidos miembros a su hijo muerto.

Y la primera noche cayó sobre aquellos cadáveres, tibia y estrellada, con el aletear de la salvaje vida, comenzando misteriosamente su sordina, en todos los puntos de la oscura tierra de África.

La misma tarde pasaba allí, al pie de las Cévennes, el cortejo de boda de Juana, ante la cabana de los viejos Peyral.

XXXI

APOTEOSIS

Al principio, es un gemido lejano que sale del extremo horizonte desierto; luego, el lúgubre concierto se acerca en la oscuridad transparente: tristes aullidos de chacales, agudos maullidos de hienas y de gatos del monte.

¡Pobre vieja, pobre madre!... Esa forma humana que se ve confundirse en la sombra, que está extendida en aquella soledad con la boca abierta bajo el cielo tachonado de estrellas, que duerme allí cuando despiertan las fieras, y que no se moverá más; ¡pobre vieja, pobre madre!... Ese cadáver solitario, ¡es tu hijo!...

— ¡Juan... entra en la rueda!

La banda hambrienta llega tícidamente en la noche, arrastrándose bajo las altas hierbas, hollando las malezas, a la claridad de las estrellas, desgarran los cuerpos jóvenes, y comienza la comida exigida por la naturaleza ciega; todo lo que vive se alimenta, en alguna forma, de lo que está muerto.

El hombre conserva aún su medalla, en su mano dormida; la mujer, su bolsita de cuero... ¡Oh, amuletos preciosos: velad por ellos!

Mañana, enormes buitres calvos continuarán la obra horrible, y sus huesos se arrastrarán por la arena pisoteados por todos los animales del desierto, y sus cráneos blanquearán al sol, pulidos por el viento y por las langostas.

Ancianos padres al amor de la lumbre, en la cabana: padre venido por los años, que sueñas con tu hijo, con el hermoso joven de roja chaquetilla; vieja madre que de noche desgarras rosarios por el ausente. Ancianos padres. ¡No aguardéis a vuestro hijo! ¡No aguardéis al spahi!

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógica, chorados, cómicos, metáforas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

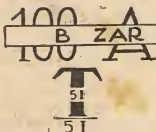
1. Iniciales del nombre y apellido de un novelista suizo, autor de "Novelas ginebrinas", de "Viajes en zigzag", etc.
3. Traducir de un lugar a otro.
5. Signo aritmético.
6. Nombre de una consonante (plural).
8. Suelta, amarra, una.
11. Proposición inseparable que significa separación.
12. Corriente de fuera adentro entre dos líquidos de densidad distinta, separados por una membrana.
15. Señor.
16. Trasladarse de un lugar a otro.

17. Cabos que se ponen a las velas en las relingas para hacer firmes las bolinas.
18. Afirmación.
19. Iniciales del nombre y apellido de un historiador, autor de una "Historia del descubrimiento y conquista del Perú".
20. Alejos rápidamente.
21. ¿Qué?
22. Proposición inseparable.
23. Miembros de una secta protestante fundada en el siglo XVIII por John Wesley y que se distingue por la rigidez de su moral.
28. Carrel, presidente.
31. Establezca hora y lugar para encontrarme con otra persona.
32. Ciudad de Alemania.
33. Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona en dativo y acusativo de ambos géneros y números.
34. Sociedad Anónima.

VERTICALES

1. Desafío a duelo.
2. Deseo de los cuerpos que se dejan atravesar por la luz.
4. Hagáis don.
7. Iniciales del nombre y apellido de uno de los principales autores de la revolución de los Estados Unidos. llamado el Catón de América.
9. Artículo.
10. Proposición que indica la causa de una cosa.
13. (Gustavo): novela francesa (1852-1895).
14. Vota de la escala diatónica.
21. Planta crucifera hortense de la que hay muchas variedades.
22. Iniciales del nombre y apellido de un filósofo francés nacido en Caen (1651-1722).
24. Ayuntamiento del partido japonés de Cambados (Pontevedra).
25. Insignia en forma de T, usada por los comandados de la orden de San Antonio y los familiares de la de San Juan.
26. Voz empleada para detener o poner en marcha a las vestias.
27. Pieza principal de la casa.
28. Partido Centralista.
30. Abreviatura de un tratamiento de cortesía, aplicado a ciertas personas.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO



(La solución en el próximo número)

LA INERCIA DEL AIRE

El aire, como todos los cuerpos, opone resistencia a ser movido. Dispositivo sobre la mesa un diario, según ilustra la fotografía, y debajo de él una regla delgada de madera, uno de cuyos extremos sobresale de la mesa, y dando un fuerte puñetazo sobre la porción saliente de la regla, antes se romperá ésta que conseguirá levantar el papel. Lo contrario sucedería suavizando el impulso dado a la regla.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DEL PROBLEMA:

"LOS CARRETES DE HILO"

El cabo a corresponde al carrete 2; el b, al 4; el c, al 3, y el d, al 1.

DEL PROBLEMA:

"LA CUESTION DE LAS BUJIAS"

Las bujías estaban primitivamente colocadas en este orden: 6, 8, 2, 1, 3, 4, 7, 9, 5, 0.

DEL PROBLEMA: "LAS ESTRELLAS MATEMATICAS"

El grabado indica el modo de montar las dos estrellas para que cumplan las condiciones del enunciado. Los números que quedan visibles en cada una de las puntas suman 23.



PARA NO UTILIZAR SACACORCHOS

Puesta la botella llena de líquido en posición horizontal, se dan fuertes y repetidos golpes con su fondo sobre una pared, interponiendo, para evitar roturas, una servilleta doblada. Pronto salta fuera el tapón, y tras él una porción líquida. Es que al detenerse la botella al efecto del choque, la masa líquida se impulsa hacia fuera el tapón.



LOS PUNTOS

Aquí tenemos nueve puntos, dispuestos en la forma que indica el grabado. Con un lápiz es posible tocarlos todos con cuatro líneas rectas solamente, trazadas sin levantar el lápiz del papel.

¿Cómo se puede conseguir lo indicado?

(La solución en el próximo número)

OTRO PROBLEMA DE PUNTOS

Existen en este cuadrado siete puntos, y el problema consiste en trazar a través del cuadrado tres líneas rectas, de manera que dentro de cada una de las secciones que formen haya un solo punto, y no haya ningún punto que no quede encerrado en su sección correspondiente.

(La solución en el próximo número)

LOS CIRCULOS



El presente consiste en trazar de este círculo, círculos, en forma que dejen secciones cada una de las cuales contenga un solo punto, además, no queda punto sin estar en su sección correspondiente.

(La solución en el próximo número)

DE LOS

"JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"

DOCUMENTOS

ATENDIDA

OPORTUNO